



# LIBERANDO MEMORIAS. SOBRE EXILIOS Y DESEXILIOS

Relatos de hijos desde la Norpatagonia



Cristina B. García Vázquez  
(Dir.)

Liberando memorias.  
Sobre exilios y desexilios  
Relatos de hijos desde la Norpatagonia



Cristina B. García Vázquez  
(Dir.)

Liberando memorias.  
Sobre exilios y desexilios  
Relatos de hijos desde la Norpatagonia

Telma Osorio Villa  
Santiago López Luro  
Ivalú Obeid  
Galia Labrin Kallmann  
Lautaro Labrin Kallmann  
Citlali Vilte Chaves  
Jordi Aguiar Burgos  
Laura Genga Bottinelli  
Marta Genga Bottinelli  
Paula Genga Bottinelli

Soledad Lastra (prólogo)  
Pablo Scatizza  
Gabriel Rafart  
Francisco Camino Vela  
Melina Schierloh  
Jonas Kalmbach  
Joaquín Celedón Miglioranza



**PubliFadecs**

Facultad de Derecho y Ciencias Sociales  
Universidad Nacional del Comahue  
2022

Liberando memorias, sobre exilio y desexilios : relatos de hijos desde la Norpatagonia / Cristina García Vázquez ... [et al.] ; dirigido por Cristina García Vázquez ; ilustrado por Cristina Vega ; prólogo de Soledad Lastra.  
- 1a ed. - General Roca: Publifadecs, 2022.

310 p. : il. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-4459-42-8

1. Dictadura. 2. Exilio. I. García Vázquez, Cristina, dir. II. Vega, Cristina, ilus. III. Lastra, Soledad, prolog.

CDD 323.044

© Cristina B. García Vázquez

Primera Edición: mayo 2022 / 100 ejemplares

Reimpresión: agosto 2022 / 150 ejemplares

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina

Ilustración de tapa

*La huida* (collage, 70 x 50 cm) de Cristina Vega

© Cristina Vega

Corrección de estilo

Adrián Barsotti

Diseño

Viviana García

© **PubliFadecs**

Departamento de Publicaciones de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales

Universidad Nacional del Comahue

Mendoza y Perú (8332) General Roca, Rio Negro, República Argentina

publifadecs@hotmail.com

*A nuestros hijos, de hoy y de siempre*

*En memoria de Abel Demicheli, de Josefina Luro y  
de Osvaldo Ortiz*



Nuestro más profundo agradecimiento a todos los que confiaron y colaboraron con nosotros en esta investigación. Damos las gracias a:

Gladis Sepúlveda, Susana Vega, Cristina Vega, René Chaves, Ernesto Rosenberg, Jorge López, Diana Kallmann, Nélide Bonaccorsi, Victoria Queipo, Luis Genga, Silvia Bottinelli, Nano Balbo, Jorge Gadano, Naldo Labrin, Laura, Marta y Paula Genga Bottinelli, Olga y Ricardo García, Ricardo Villar, Wálter Pérez, Doristeo James, Bernardo Guerra, Arturo Blatezky, María Elena Bayola, Ushi y Werner, María Teresa Piñero, Natalia Casola, Natalia Morbelli, Griselda Napal, Maximiliano Reyes, David Lugones, Marcelo Medrano, Violeta Correa, Pablo Gargano, Galia y Lautaro Labrin Kallmann, Telma Osorio, Ivalú Obeid, Santiago López Luro, Citlali Vilte Chaves, Jordi Aguiar Burgos, Guillermo Martínez





Vuelvo / quiero creer que estoy volviendo  
con mi peor y mejor historia  
conozco este camino de memoria  
pero igual me sorprende

hay tanto siempre que no llega nunca  
tanta osadía tanta paz dispersa  
tanta luz que era sombra y viceversa  
y tanta vida trunca

vuelvo y pido perdón por la tardanza  
se debe a que hice muchos borradores  
me quedan dos o tres viejos rencores  
y solo una confianza

reparto mi experiencia a domicilio  
y cada abrazo es una recompensa  
pero me queda/y no siento vergüenza/  
nostalgia del exilio

(...)

todos estamos rotos pero enteros  
diezmados por perdones y resabios  
un poco más gastados y más sabios  
más viejos y sinceros

(...)

Mario Benedetti



# Índice

Prólogo	
Soledad Lastra . . . . .	15
Presentación	
Cristina B. García Vázquez . . . . .	19
<b>Parte 1. Entre la dictadura y la democracia . . . . .</b>	<b>27</b>
Represión y dictadura en (y desde) la Patagonia Norte argentina. Algunas notas sobre la violencia política estatal en los setenta	
Pablo Scatizza . . . . .	29
Recorriendo tres décadas de la política neuquina desde 1970 hasta el cambio de siglo	
Gabriel Rafart y Francisco Camino Vela . . . . .	47
<b>Parte 2. Sobre exilios y desexilios . . . . .</b>	<b>65</b>
Identidades, exilios y desexilios: familias exiliadas en clave transgeneracional	
Cristina B. García Vázquez . . . . .	67
La reparación y sus sentidos: el exilio como violación a los derechos humanos	
Melina Schierloh . . . . .	111
Estrategias del periodismo durante el Estado represor y las experiencias de exiliados-retornados en la Norpatagonia	
Joaquín Celedón Miglioranza . . . . .	139

La trama del exilio argentino en Alemania Federal: entre las redes internacionales y las prácticas situadas de solidaridad  
Jonas Kalmbach . . . . . 175

**Parte 3. Liberando memorias: relatos de los hijos e hijas del exilio** . . . . . 227

Es difícil juzgar un tiempo histórico desde otro  
Telma Osorio Villa . . . . . 229

La decisión  
Santiago López Luro . . . . . 239

Pippi Långstrump  
Ivalú Obeid . . . . . 249

Simplemente ¡argenmex!  
Galia Labrin Kallmann . . . . . 257

Volver a casa: México, ¡Tierra Santa!  
Lautaro Labrin Kallmann . . . . . 267

Acá la T y la L no suenan juntas  
Citlali Vilte Chaves . . . . . 277

Hija de exiliados, entre otras cosas más  
Natalia . . . . . 287

Yo también soy parte de esta historia  
Jordi Aguiar Burgos . . . . . 293

Los cinco históricos  
Laura, Marta y Paula Genga Bottinelli . . . . . 299

## **Prólogo**

### **El exilio-retorno: esa experiencia incómoda y de urgente interrogación**

Cuando comencé a leer este libro noté inmediatamente su importancia y su sello local. Se trata de una obra novedosa, construida desde nuestro sur para comprender, con genuino interés, las experiencias sociales y políticas de los exiliados y retornados del último exilio argentino.

Sobran los motivos para invitar a lectores y lectoras a recorrer este libro, fruto de un trabajo colectivo de investigación, realizado por un equipo interdisciplinario de la Universidad Nacional de Comahue comprometido con las luchas por la memoria y la justicia en nuestro país. Y su anclaje no es menor, puesto que hace referencia a un Comahue que fue duramente reprimido durante el último ciclo de violencia estatal y paraestatal en Argentina y que, además, tuvo un rol relevante en el mecanismo represivo desplegado durante la última dictadura militar para aniquilar al “otro” e instalar el silencio. En ese sentido, es un libro que viene a alzar la voz y a instalar preguntas en un doble registro: el que comparte los hallazgos de una investigación colectiva sobre los exilios y retornos en la Norpatagonia y el que ofrece un puente para comprender y develar la historia política y social de la violencia vivida en este lugar.

Así, si hay algo que define a esta obra y que la realza es su trama subnacional y local, que ofrece al lector un primer pilar sobre los estudios del exilio-retorno en la Norpatagonia. En efecto, sus autores y autoras nos invitan a explorar y discutir las trayectorias y memorias de un pasado doloroso y convulso sin perder la territorialidad política de su desarrollo. ¿Cuáles fueron las voces, caras y proyectos nacidos desde este sur y marcados por la experiencia del exilio? ¿Qué respuestas sociales se tejieron desde la

Norpatagonia ante el retorno de los exiliados y exiliadas? ¿Qué memorias y silencios habitan hoy en esos actores?

Quiero destacar que cuando hablo de exilios y de retornos me refiero a ese par categorial, es decir, al exilio-retorno como experiencia única, pues aquello que separamos analíticamente, en los hechos, estuvo ligado y entramado por la memoria. Esta obra lo demuestra de un modo contundente y, por lo tanto, constituye un motivo de celebración, pues una década atrás, el retorno no estaba aún en la agenda de nuestros estudios sobre el exilio político, en los que ese retorno operaba como el epílogo de lo que Mario Benedetti llamó “desexilio”, para expresar una vivencia que desanda un camino y que, a la vez, implica un recorrido nuevo y doloroso también. Es, desde hace pocos años que hablamos del exilio-retorno como experiencias conectadas. Si el exilio implica un viaje guiado por el fundante deseo de volver, el retorno integra un abanico de experiencias emocionales y políticas que lejos están de ponerle fin al exilio. Así lo expresan estas páginas: la pluralidad del exilio también es la pluralidad del retorno.

Y esa característica también se manifiesta en las diferentes perspectivas y en los múltiples actores del exilio-retorno que estudia este libro. Entre ellos, se destaca la pregunta por las experiencias de los hijos e hijas, que interroga y alumbra las tramas socioafectivas y políticas que atravesaron a las familias exiliadas-retornadas. En consecuencia, los trabajos aquí reunidos dialogan estrechamente con una agenda de estudios en ciernes sobre las experiencias de la infancia, las memorias familiares de nuestro pasado reciente, las dinámicas transgeneracionales y la construcción de identidades móviles, refractarias de una época y de una vivencia de extranjería. En particular, creo que ello se consolida a lo largo de cada capítulo cuando los autores y autoras comparten sus entrevistas en una búsqueda por restituir el lugar central que tienen las voces de sus protagonistas y sus recuerdos.

Por otro lado, se refuerzan así los avances que se vienen realizando en los estudios sobre la represión y la violencia política en Argentina. En particular, subraya la importancia de considerar temporalidades amplias para el estudio de los mecanismos represivos que no obturen su dimensión institucional y sus múltiples caras y dispositivos. En este sentido, se trata

de un libro que se pregunta por la represión desplegada previamente al golpe, aquella que tuvo un carácter estatal y paraestatal, por lo menos desde 1974, y que fue ejercida por múltiples actores de la Norpatagonia provenientes de agrupaciones de derecha, de las fuerzas policiales y de seguridad, así como relevantes figuras de la política local y universitaria. Estas páginas conectan al exilio con esos procesos de “depuración” física e ideológica de militantes “subversivos” y, también, con las luchas locales para sobrevivir que se construyeron desde abajo y en los márgenes.

En sintonía con lo anteriormente expuesto, estas investigaciones exploran dos décadas poco analizadas: los 80 y los 90, echando luz sobre diferentes aspectos que incidieron en las experiencias del retorno y de las memorias que se podían construir en un marco político de creciente impunidad y desmemoria. En este sentido, conectan al exilio-retorno con un tiempo de más largo plazo que no se cierra en 1983, con la recuperación de la democracia. En esa línea, sus autores y autoras ofrecen importantes reflexiones sobre cómo fue la vuelta y qué pasó con el Estado nacional y local frente a sus regresos.

Adentrarse en el mundo del exilio-retorno implica recorrer silencios y recuerdos incómodos. Incomodidades que reflejan la invisibilidad generalizada que tuvo el exilio en la posdictadura, y que expresan los márgenes estrechos que tuvo nuestra sociedad para poder construir un espacio de escucha de las voces de las víctimas. Este libro asume ese desafío y lo hace invitándonos a conocer y transitar por las tensiones que atravesaron las familias retornadas en diferentes coyunturas. Uno de esos momentos clave tuvo lugar durante el menemismo ante un proyecto de ley para establecer una reparación económica a los exiliados políticos, que no ha logrado sanción al día de hoy. ¿Cómo “demostrar” el exilio? ¿Cómo narrar la experiencia del destierro en un país azotado por la muerte y la desaparición? ¿Cómo vivir luego de sobrevivir? ¿Podía considerarse al exilio una violación a los derechos humanos como tantos otros crímenes cometidos durante la larga noche de terror?

El lector hallará aquí un libro sobre temas difíciles, inconclusos, que no llegan a encastrar en algunas memorias consagradas sobre el pasado reciente, pero que son fundamentales para comprender la complejidad de



los procesos de reconocimiento y reparación a los exiliados y a las víctimas del terrorismo de Estado en general.

Agradezco especialmente a Cristina García Vázquez, organizadora y directora de esta investigación, por invitarme a escribir este prólogo y permitirme conocer de cerca el trabajo cotidiano de análisis y escritura de esta obra. No dudo de que este libro encontrará lectores y lectoras ávidos/as por escuchar y comprender estas nuevas voces y por contribuir con nuevas preguntas a nuestro campo de estudios, siempre abierto, plural y pujante.

Soledad Lastra\*

---

\* Escuela IDAES – UNSAM / CONICET

## Presentación

### *Liberando memorias, ¿para qué?*

*Pero “nunca más” podría ser antes que nada un llamado a que la memoria permanezca: “nunca más olvidar”. No olvidar, indefinidamente, lo que ocurrió, es una invocación a la necesidad de transmitir lo vivido para evitar las condiciones que hicieron posible aquello abominable.*

Héctor Schmucler

Nada puede quedar atrincherado en las murallas del olvido, aun sabiendo que la memoria es una práctica que selecciona acontecimientos y, en esa selección, el olvidar esté entre sus consignas. El problema es cuando el poder impide el derecho inalienable de conocer la verdad —o de acercarse a ella/s— y decide qué contar y qué excluir. No se trata de recordar por recordar, sino más bien de apelar a un sentido reflexivo que distinga el valor del pasado en un presente que exige sacar a la luz lo que se mantuvo en la sombras. Claro que se corre el riesgo de quedar sumergidos en el laberinto de las memorias, sin encontrar una salida. Por eso nadie puede adjudicarse el derecho de decidir por dónde ir si no se reconoce el proceso colectivo del debate abierto y pluralista de construir el presente. Cuando la memoria se vuelve funcional para legitimar un solo discurso, sin asumir una actitud crítica, queda atrapada en los hechos letales del pasado.

Sabemos que lo vivido y sus representaciones impactan en nuestra conciencia individual y colectiva. El tema es de qué manera nos posicionamos frente a vivencias y realidades sociohistóricas que aún mantienen sus heridas abiertas. Soltar, liberar las memorias —en plural— implica todo un esfuerzo doloroso de desprendimiento, que exige recomponer las piezas para, luego, encontrar un lugar que proyecte un futuro sin caer en eternos retornos. Como afirma Elizabeth Jelin: “El Nunca Más es un mandato a

futuro, no tiene que ver con el pasado”.<sup>1</sup> Coincidamos, además, que decir “nunca más” no solo nos interpela como argentinos sino también, y fundamentalmente, como seres humanos. Repetir “nunca más” hasta el hartazgo ante el horror de tanto sufrimiento nos conduce a estar siempre en alerta; y no podría ser de otro modo, porque “la historia, hay que decirlo, ha sido minuciosamente cruel” (Schmucler, 2009: 32). De ahí que, en esta línea, nos interese recurrir a la distinción de Tzvetan Todorov sobre los usos de la memoria: uno literal, en el que el pasado y su recuperación encadena al presente y, el otro, ejemplar, que nos obliga a recuperarlo y a reconocerlo como una fuerza transformadora y, por lo tanto, liberadora. Si la literalidad del pasado se asocia a la “memoria a secas”; no hay dudas que, la ejemplaridad de la memoria va de la mano de la justicia (Todorov, 2000: 22). El dolor por el dolor cae en un círculo vicioso, a no ser que lo asumamos como un aprendizaje de tal magnitud y profundidad, en tanto miembros de una sociedad, que nos impulse no solo a escuchar más voces y más memorias, sino a comprenderlas y a reconocerlas en la trama ininterrumpida de la historia. Las heridas son muchas, así como los miedos y las culpas.

Nos preguntamos: ¿Para qué escribir sobre exilios/desexilios desde la Norpatagonia? ¿Qué lugar ha tenido el exilio en la historia local y nacional? ¿Cuál ha sido y es el papel de los exiliados de la primera y segunda generación en la dinámica regional? ¿Cómo descubrir la ejemplaridad de sus relatos para no caer en la literalidad que encadena al pasado?

Los estudios sobre el exilio de argentinos de la última dictadura se han convertido en un campo fértil, en los últimos años, de la mano de destacados académicos como lo son Pablo Yankelevich, Silvina Jensen, Soledad Lastra, Marina Franco, Luis Roniger, Mario Sznajder, entre muchos más, y cuyas principales obras citamos a lo largo de esta publicación. La labor de todos estos autores ha abierto, en el siglo XXI, un ámbito extenso de investigación que reúne a cada vez más especialistas sobre el tema en diversos lugares del país<sup>2</sup> y de Latinoamérica.

---

<sup>1</sup> Entrevista realizada por Pablo Montanaro (2013:46) y publicada en Diario *La Mañana*, el 20 de agosto de 2012.

<sup>2</sup> Destacamos, a nivel regional, la investigación de Cecilia Azconegui sobre el exilio de chilenos en la Norpatagonia—Argentina y la tesis de maestría de Melina Schierloh sobre las políticas públicas de repatriación y reparación para exiliados argentinos.

En este sentido, este libro<sup>3</sup> pretende ser una contribución más, un pequeño granito de arena en tan fructífera producción sobre el pasado reciente. Nos acompañan tres historiadores de reconocida trayectoria a nivel regional y nacional como lo son Pablo Scatizza, Gabriel Rafart y Francisco Camino Vela. A partir de recorrer la historia local durante las tres últimas décadas del siglo XX, principalmente en la provincia del Neuquén, se propone una mirada socioantropológica y, por qué no, psicológica en el abordaje de una temática que no ha sido contemplada en las dinámicas sociopolíticas de la Patagonia, o no lo ha sido lo suficiente. Quizás el imaginario del “exilio dorado” lo dejó al margen de las tantas formas de violencia que se llevaron adelante en el país a finales de los sesenta y, principalmente, en los años setenta<sup>4</sup> hasta principios de los ochenta.

Los artículos de la segunda parte, titulada “Sobre exilios y desexilios”, parten de definir al exilio como un “fenómeno social total” desde una perspectiva transgeneracional que, centrada en la *familia exiliada* como unidad de análisis, intenta describir los procesos identitarios y adaptativos de la segunda generación (Cristina García Vázquez); de ahí pasamos a un detallado análisis de las políticas públicas de reparación y sus diversos sentidos desde la apertura democrática hasta la actualidad, lo que nos introduce en un debate que aún divide las aguas entre sus propios protagonistas (Melina Schierloh) para, luego, adentrarnos en el desafío de conocer, desde la práctica periodística, las tensiones entre “los que se fueron y los que se quedaron” y sus diversas estrategias para sobrevivir en plena dictadura den-

<sup>3</sup> Enmarcado dentro del proyecto de investigación titulado “Identidades, exilio y democracia en Argentina: análisis de casos de la segunda generación de exiliados argentinos de la última Dictadura militar”, dirigido por C. García Vázquez. El equipo está integrado por: Melina Schierloh, Jonas Kalmbach, Joaquín Celedón, Silvia Bascur y Aaron Saal. Nuestro agradecimiento durante la primera etapa a Enrique Masés y a Dolores Sancho. Agradecemos especialmente a Aaron Saal de la Universidad Nacional de Córdoba, que como investigador externo nos acompañó a lo largo de todo este trabajo. Es uno de los tres proyectos del Programa de Investigación “Patagonia en tiempos de transición, migraciones políticas e ‘integración’ en los siglos XX y XXI”, bajo la dirección, en los dos primeros años, de Gabriel Rafart y, actualmente, de Francisco Camino Vela (Facultad de Humanidades—Universidad Nacional del Comahue).

<sup>4</sup> Década de tal complejidad que no debe perder de vista la persecución de fuerzas paramilitares como la Triple A durante un gobierno elegido por el voto popular y la profundización represiva y sistemática sin precedentes a partir del golpe de Estado de 1976.

tro y fuera del país (Joaquín Celedón Miglioranza). Finalmente, se analizan las redes humanitarias internacionales en un estudio pormenorizado de la relación entre Argentina y la República Federal de Alemania y el lugar que le dio a los exiliados argentinos, a partir de una serie de entrevistas que tuvieron origen en la experiencia de una de las primeras exiliadas de nuestra región que se asiló en la ciudad de Ulm (Jonas Kalmbach). El último apartado titulado “Liberando memorias: relatos de los hijos e hijas del exilio” reúne 9 testimonios,<sup>5</sup> fragmentos de entrevistas convertidas en textos que han tratado de captar la esencia narrativa de cada trayectoria exiliar, y que fueron consensuados con cada uno de nuestros interlocutores.

Merece destacarse que todos estos estudios surgen de las narraciones de actores locales, con el claro objetivo de comprender el exilio y el retorno desde y hacia la Norpatagonia sin caer en un localismo reduccionista que desconozca el juego entre lo local y lo nacional (e internacional). A lo largo de la investigación fuimos descubriendo toda una urdimbre de vínculos dotados de singularidades propias de la región, pero insertos en una dimensión espacial en redes nacionales y transnacionales que los trascendía ampliamente. Por lo tanto, estos desplazamientos forzados de personas no pueden reducirse a un punto de salida y a otro de llegada. La gran mayoría transitó etapas intermedias, breves “exilios”, —en su expresión más amplia y metafórica de marginación, exclusión, aislamiento— en el propio país. La clandestinidad es una forma de *insilio* o exilio interno, una experiencia atormentada por la persecución permanente, por el miedo de ser descubiertos que tiñe la existencia diaria y por la amenaza de perder la vida, la propia o la del grupo familiar. Identidades silenciadas que lograron liberarse una vez que abandonaron el territorio nacional. La prisión también puede ser entendida como un “exilio”. No es raro que, como momento transicional traumático, las relaciones construidas durante la etapa pre-exiliar, como la

<sup>5</sup> El equipo de investigación entrevistó a un total de 13 hijos (8 mujeres y 5 varones). Se utilizó como técnica la entrevista abierta y en profundidad. En algunos casos se concretaron tres encuentros, todos de una hora y media. En simultáneo, se realizaron 16 entrevistas a la primera generación de exiliados que viven, principalmente, en la ciudad de Neuquén. La densidad de la información recolectada nos conduce a una segunda etapa a partir del 2022 en la que se continuará con la investigación, el análisis de la totalidad de los testimonios y el registro de casos que brinde un panorama cabal sobre el exilio/desexilio de argentinos a nivel regional.

de los compañeros de militancia política o social o las amigas/compañeras en prisión sea exaltada como vivencia drástica frente al exilio que, en muchos casos, quedaba desfigurado por ser visto como una supuesta “opción”. “Me descubrí exiliada en el momento que me viniste a hacer la entrevista”, nos dijo Susana, que del penal de Devoto pasó al destierro en Madrid. En sus palabras no solo resalta el sentido del encierro sino también el valor de las cartas, tanto dentro del penal como ya en el país de refugio para establecer contacto con las compañeras a las que, con suerte, les concedieron el “derecho a la opción”:

(...) la carta para un preso era todo; porque ahí adentro todo se había detenido. En la cárcel el tiempo se detiene, en algún aspecto, se te frena la vida ¡y se te frenó!!!...La carta era lo que te relacionaba con el afuera.

Como el exilio, la cárcel fragmenta, genera rupturas y disensos; pero también consensos, vínculos inquebrantables en una camaradería que fortalece el sentido de pertenencia por las experiencias compartidas. No solo el dolor de las ausencias o el horror por las pérdidas, sino la profunda angustia por tantas compañeras que quedaban en prisión. De tal manera que, se trata de un espacio que excluye, en tanto dispositivo disciplinario, a una persona que —en este caso— por sus ideales políticos representa un peligro para el régimen imperante. De ahí que en muchos casos, el exilio en un país extranjero haya estado precedido por una sucesión de “exilios”, una cadena de *insilios*-exilios (y de desexilios) que, a nivel emocional y psíquico, provocó rupturas sistemáticas en cada experiencia individual y familiar frente a tanta violencia física y psicológica. Se trata de vidas truncadas, identidades escindidas, que necesitan su tiempo para internalizar todo lo padecido y buscar diversas estrategias para sobrevivir en el propio país o en el de refugio.

“¿Te molesta que ponga música mientras hacemos la entrevista?”, me dijo Marcela cuando encendíamos el grabador. Hablar del exilio no había sido nunca fácil, mejor callar o quedar atrapados en la interminable búsqueda de respuestas de “¿por qué nos callamos?”. Y sí, ¿quién puede entenderlo si no lo ha vivido? Como ella, muchos *huyeron* del país hace

más de 4 décadas. Otro país, otra lengua, otra cultura y una empleada de una de las tantas embajadas que, ante el pedido de asilo para su compañero, le dijo: “Usted también corre peligro. El asilo es para toda la familia”, a pesar de que ella no quería irse del país. En un momento de la entrevista advirtió que la música se había terminado. Se detuvo en su relato, volvió a poner música, y nos dijo: “Tengo miedo que escuchen los vecinos. ¡Todavía tengo miedo!” Después de todo, era la primera vez que contaba su historia a alguien que no fuera una terapeuta. Como sucedió con todas las personas entrevistadas, el empoderamiento de sus propias palabras estuvo acompañado por nuestra escucha atenta. Como investigadores íbamos descubriendo la complejidad de una realidad que parecía alejada en el tiempo, y que desde un presente inmediato cobraba vida al recuperar sus relatos personales. Tan distante, pero tan cercana; porque en última instancia sus padecimientos, resistencias y luchas representaban a todo el cuerpo social, involucrándonos de un modo u otro a través del proceso investigativo por el solo hecho de formar parte de una misma sociedad. No se trataba de hablar de vivencias personales, sino más bien de un Nosotros, y de cuántas otrasidades nos integran. En cada encuentro, el exilio fue revelándose frente a tanto silencio. Luego de largos cuarenta años se resignificaba en cada trayectoria personal como un fenómeno singular y colectivo.

Por todo lo dicho, entendemos al exilio como un campo social y político de lucha, en donde se dieron cita, por un lado, quienes reafirmaban sus ideales y se involucraban, por ejemplo, con la revolución nicaragüense y, por otro, quienes asumían, una posición crítica frente a las propias organizaciones político-militares, a las que habían pertenecido o con las que tenían alguna simpatía ideológica y aceptaban la derrota sin bajar los brazos, reivindicando el derecho a la vida frente a tanta muerte. Todos ellos, de alguna u otra manera, alzaron su voz en defensa de los derechos humanos y en denunciar las prácticas genocidas en la Argentina. En el medio de debates y disensos, hubo también quienes quisieron dejar todo atrás y comenzar de nuevo: algunos salieron fortalecidos; otros, siguieron haciendo frente a más adversidades sin poder encontrar un lugar sentido como propio. Sería pretencioso de nuestra parte abarcar todas estas vivencias, y no es el objetivo de este trabajo: todavía nos queda un largo camino por recorrer sobre las experiencias de la primera generación. Los que aquí pre-

sentamos son los primeros resultados parciales que, en el transcurso de la investigación, fueron abriendo nuevas ventanas epistemológicas que desde un “aquí y ahora” nos permite introducir el debate en la agenda de los estudios regionales. La decisión de sumar relatos de los hijos e hijas del exilio se planteó como un aporte indispensable que contribuya a seguir interpretando y descubriendo esa trama vincular atravesada por la violencia represiva de los años 70. Voces que, poco a poco, han ido emergiendo y que han necesitado su propio proceso de reelaboración para asumirse como parte de una misma historia demasiado concentrada en las experiencias de los padres. “Mi vida está marcada por el exilio” —nos dijo Ivalú— o “Es claro que mi vida sin Venezuela no tendría sentido, estaría hablando de otra vida” —en palabras de Santiago—. Más allá del contexto sociohistórico que transitamos, estos testimonios son el resultado de desandar los caminos recorridos desde una subjetividad que se mira a sí misma, gracias a la posibilidad que brinda una cierta objetividad a partir de la distancia social, temporal y, sin duda, emocional de lo vivido.

No dudamos que, en muchos casos, con el paso de los años y en cada trayectoria, los sentimientos ambiguos y ambivalentes se hayan expresado de múltiples maneras. Pero si de algo estamos seguros es de que sus narrativas nos interpelan como sociedad y nos permiten acceder a los sentidos de un pasado, dentro de un entramado de relaciones sociales y políticas, que cuestiona a nuestro presente. Tomar distancia de lo vivido, mirarlo ahora desde la óptica de un adulto, es también transitar el proceso de reconocerse como víctima para, luego, dejar de serlo o no reconocerse exclusivamente como tal, en la búsqueda incansable de que el pasado no nos haga perder de vista las injusticias del presente. Por esta razón, hacer públicas estas experiencias privadas refuerza el compromiso social y político asumido a lo largo de sus vidas. De esta manera, quienes huyeron del país son sobrevivientes en su triple condición de ser actores, testigos y víctimas del horror de los años 70 (Franco, 2008). Triple condición compartida en diferentes grados por la segunda generación. No tenemos dudas de que los testimonios que aquí presentamos no son simples recuerdos de acontecimientos pasados, porque si la memoria fuera solo recordar quedaría atrapada en una sacralidad monacal y, entonces, los peligros serían muchos. Se trata de partir desde una mirada sociológica y antropológica centrada en el “recor-

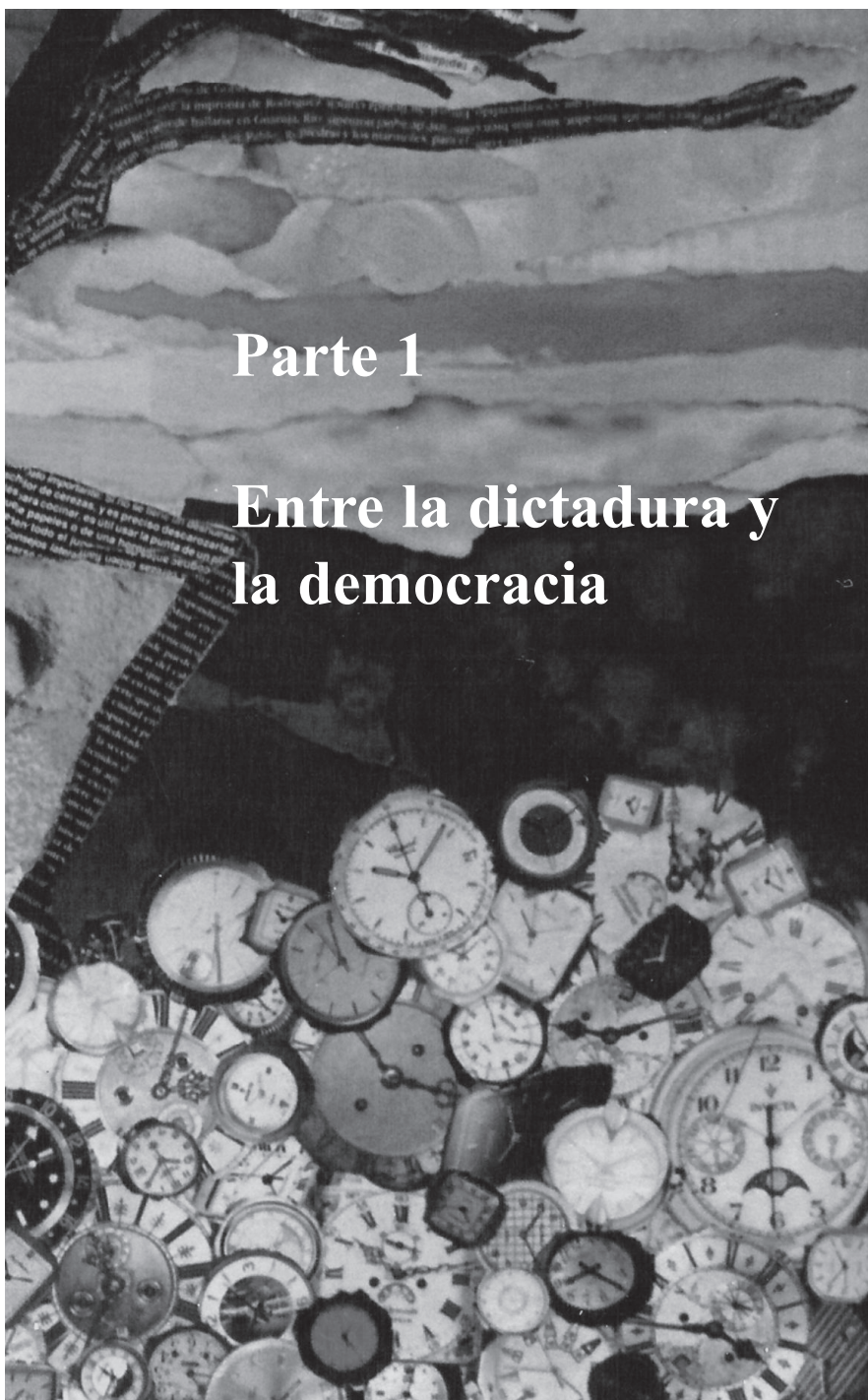


dar *para*” y vernos a nosotros mismos dentro de una realidad actual que necesita de la ejemplaridad de las memorias —*siempre* en plural— para poder transformarla. Ojalá cada uno de los artículos y relatos de este libro nos inviten a pensar sobre la complejidad de lo vivido, sobre un pasado que aún estamos intentando comprender.

Cristina B. García Vázquez

### **Referencias bibliográficas**

- Franco, M. (2008). *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*. Bs. As.: Siglo XXI.
- Montanaro, P. (2013). *Construcción de la Memoria. Conversaciones sobre dictadura y genocidio*. Neuquén: EDUCO.
- Schmucler, H. (2009). Memoria, subversión y política. En M. del Carmen de la Peza (Coord.), *Memoria(s) y política. Experiencia, poética y construcciones de la nación*. Bs.As.: Prometeo.
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.



# Parte 1

## Entre la dictadura y la democracia



# **Represión y dictadura en (y desde) la Patagonia Norte argentina. Algunas notas sobre la violencia política estatal en los setenta**

Pablo Scatizza\*

Es sabido que el espacio de tiempo en el cual nos sumergimos en un trabajo histórico se encuentra determinado de alguna manera por los propios fenómenos que nos proponemos estudiar. No obstante, no es algo “dado”; no es un *a priori* que se nos presenta naturalmente. Por ello, uno de los problemas centrales que surge al momento de construir un problema de investigación histórica es el de la periodización. Una tarea que implica analizar la temporalidad de determinados procesos históricos a partir de los períodos de mediana y larga duración que los estructuran, sin dejar de destacar aquellas particularidades que exigen atender a sus dinámicas internas. Tal es el caso de la violencia política estatal que caracterizó a los años setenta. Un fenómeno cuyo análisis nos obliga a soslayar la simbólica fecha en la que las Fuerzas Armadas ocuparon la Casa Rosada y los edificios de gobierno en la madrugada del 24 de marzo de 1976, e ir algún tiempo atrás; cuanto menos, tres años. Si bien no caben dudas acerca de la importancia de aquel acontecimiento como el inicio de la etapa dictatorial, y aun teniendo en cuenta las especificidades propias que caracterizaron a las

\* Doctor en Historia. Profesor e investigador en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Comahue. Coordina junto a Gabriela Águila y Santiago Garaño la Red de Estudios sobre Represión y Violencia Política (RER).

violencias de Estado antes y después de ese momento, son claros los elementos que habilitan a pensar al período que se extiende entre 1973 y 1983 en términos de continuidad en materia de persecución política y represión.

Asumo que pensar en 1973 como el momento en que comienza a constituirse un esquema represivo que se consolidaría luego del último golpe de Estado es discutible, y lo que intento hacer es proponer un recorte temporal posible para analizar en una mediana duración la manera en que dicho esquema fue desarrollado en todo el territorio nacional y, en particular, en la Norpatagonia.<sup>1</sup> No obstante, sería imprudente en términos históricos y analíticos trazar una línea de continuidad entre 1973 y marzo de 1976 —en particular entre la masacre de Ezeiza del 20 de junio y la aparición pública de la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A) en el mes de noviembre, incluyendo la orden de “depuración”<sup>2</sup> interna del peronismo decidida a comienzos de octubre— sin atender a las importantes particularidades propias de un momento y otro. No fue “todo lo mismo” antes que después del Golpe. Es decir, si bien pueden identificarse aspectos comunes en el accionar de las bandas parapoliciales<sup>3</sup> y de las Fuerzas Armadas, que habilitan a hablar y sostener que hubo un proceso represivo que duró toda una década, esos aspectos fueron sobre todo de *fondo* (en cuanto a los fundamentos ideológicos, políticos y económicos de su existencia, del tipo de enemigo a combatir, del tipo de sociedad por el que luchaban, etcétera) y quizá no tanto de *forma* (la modalidad represiva, el tipo de prácticas realizadas y sus acciones específicas).

<sup>1</sup> En un trabajo anterior he presentado este problema y reflexionado al respecto. Cfr Scatizza (2015).

<sup>2</sup> El 1° de octubre de 1973, cinco días después del asesinato del dirigente sindical José I. Rucci, el Consejo Superior Peronista dio a conocer un documento interno firmado por Perón, en el que se denunciaba la existencia de “una escalada de agresiones al Movimiento Nacional Peronista que han venido cumpliendo los grupos marxistas, terroristas y subversivos en forma sistemática” y convocaba, por ello, a la lucha contra el marxismo mediante la participación popular y la acción estatal a través de todos los medios que se consideren eficientes para concretar la depuración (Franco, 2011: 31-32). A partir de ese momento empiezan a registrarse numerosos atentados, asesinatos y otros hechos de violencia política contra sectores de la izquierda peronista y no peronista, bajo el precepto de “depurar al movimiento”.

<sup>3</sup> No me refiero solo a la Triple A, sino también a la Concentración Nacional Universitaria (CNU) que actuó principalmente en Mar del Plata y en La Plata, el Comando Libertadores de América en Córdoba, o el Comando Pío XII en Mendoza, entre otros.

Al momento de hablar de represión, resulta interesante hacerlo en los términos en que lo ha presentado Eduardo González Calleja, cuando señala en un estudio dedicado exclusivamente a su análisis que se trata de “una de las posibles acciones reguladoras que los gobiernos adoptan contra los individuos o los grupos que desafían las relaciones existentes de poder”; que “ha sido definida como el empleo o la amenaza de coerción en grado variable, aplicada por los gobiernos sobre los opositores reales o potenciales con vistas a debilitar su resistencia frente a la voluntad de las autoridades”, y que “en esencia consiste en la acción de gobierno que discrimina brutalmente a personas o a organizaciones que se considera que presentan un desafío fundamental a las relaciones de poder existentes o las políticas clave del gobierno” (González Calleja, 2006: 5). Y para subrayar esta amplia conceptualización, dirá también que es conveniente despejar el error muy extendido y equivocado de identificar represión con violencia corporal (ibid.: 6). Una salvedad no menor, ya que nos obliga a atender a otras formas del accionar represivo no configuradas en detenciones arbitrarias, secuestros, torturas y desaparición de personas, por ejemplo, sino en formas más veladas de coerción como las perpetradas por organismos y agencias estatales contra los pueblos originarios en este período, o el exilio forzoso de miles de militantes políticos.<sup>4</sup> Asimismo, pueden ser incluidas en este tipo de prácticas aquellas que apuntaron a censurar y combatir todo tipo de prácticas educativas y sociales en las cuales la heterogeneidad fuera su sustrato. Modos más “sutiles” o “indirectos” que buscaron destruir todo atisbo de cultura crítica, polifónica y solidaria que pudiera atentar contra el modelo homogeneizante y monofónico que persiguió consolidar la dictadura militar (Ansaldi, 2006).

### **Represión en la Norpatagonia**

Sin dejar de tener presente estas últimas modalidades posibles en las que la represión ha sido (y es) instrumentada, en este trabajo me detendré

---

<sup>4</sup> El análisis de este tipo de prácticas represivas sobre el pueblo mapuche durante este período forma parte de un proceso de investigación en curso del autor. Sobre la cuestión exiliar, véase Jensen y Lastra (2014), Jensen (2018), Lastra (2018), Azconegui (2014 y 2018) y los trabajos de C. García Vázquez y M. Schierloh que integran esta obra.

específicamente en aquellas formas de violencia política perpetradas desde el Estado (sus instituciones, claro está), o en connivencia con este, en la Patagonia Norte argentina. Más específicamente, en la Subzona 52, según el esquema territorial en que fue organizado el país por las Fuerzas Armadas para el despliegue represivo y que incluyó a la totalidad de la provincia de Neuquén y gran parte de la provincia de Río Negro.<sup>5</sup> Este ha sido el espacio regional en el que se han focalizado mis estudios, a lo largo de los cuales fue quedando de manifiesto la forma y la intensidad con la que se desplegó la violencia política estatal y paraestatal en la “larga década del setenta”. Una dinámica represiva que, como fue dicho recién, es posible observar ya en la segunda mitad de 1973, a partir del avance de la derecha en el gobierno, dentro del propio movimiento peronista y su articulación con la Triple A, la Policía Federal y policías provinciales.<sup>6</sup> En la región en estudio, los primeros registros de hechos represivos contra la militancia política y social datan de marzo de 1974, cuando comenzaron a ejecutarse una serie de actos intimidatorios, a los que algunos analistas del momento (en editoriales de los diarios *Río Negro* y *Sur Argentino* y a través de opiniones de algunos referentes políticos publicadas en esos matutinos) ya le atribuían a fuerzas

<sup>5</sup> En octubre de 1975 el gobierno de María Estela Martínez de Perón sancionó los denominados “decretos de aniquilamiento” (2770; 2771 y 2772), con los cuales autorizaba a las Fuerzas Armadas a intervenir en materia de seguridad interior para “aniquilar el accionar subversivo”. Allí quedó creado el Consejo de Defensa, cuya primera resolución, la Directiva 1/75 “Lucha contra la subversión”, establecía un nuevo mapa de la Argentina en términos de seguridad; una nueva división territorial en Zonas en la que los distintos cuerpos del Ejército ejercerían su comando para la *operacionalización* del plan represivo. La Zona 5, abarcaba los partidos del sur de Buenos Aires y las provincias patagónicas de Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego. El comando de esta zona quedaría establecido en el V° Cuerpo del Ejército de Bahía Blanca. La provincia de Neuquén y casi la totalidad de la provincia de Río Negro pasarían a conformar la Subzona 52 (o Subzona 5.2), cuya conducción quedó a cargo del Comandante de la Brigada de Infantería de Montaña VI (BIM VI), con asiento en Neuquén capital. Véase Mittlebach (1987), Mántaras (2005) y Scatizza (2016a).

<sup>6</sup> Cabe recordar que junto con la decisión de depurar internamente al peronismo, adoptada por el Consejo Nacional Peronista a principios de octubre de 1973, el presidente interino Raúl Lastiri reincorporó por decreto —un día antes de que Perón asumiera su tercer presidencia, el 11 de octubre de 1973— al comisario Juan Ramón Morales y al subinspector Rodolfo Eduardo Almirón, ambos al servicio activo de la Policía Federal como miembros de la custodia del General, devenidos luego en dos de los máximos responsables de la Triple A junto al ministro de Bienestar Social, José López Rega. Por su parte, Perón —ya presidente— decidiría tres meses más tarde el reingreso a la Policía Federal Argentina (PFA) de Alberto Villar como subjefe y de Luis Margaride como Superintendente de Seguridad Federal, concretándose así la articulación triangular entre la PFA, el Ministerio de Bienestar Social y la Triple A para la represión a las izquierdas y la oposición política. Véase González Janzen (1987), Larraquy (2007) y Buffano (2005).

peronistas de derecha y ligadas a López Rega. Entre ellos, un atentado con bomba en el local del Partido Socialista de los Trabajadores (PST) de la ciudad de Neuquén el 5 de marzo, adjudicado a la Juventud Sindical Peronista que conducía por entonces la UOCRA (*Sur Argentino*, 06/03/74: 6); una serie de atentados contra militantes de la Juventud Peronista Regional VII (perteneciente a la “Tendencia”) denunciados en Viedma el 22 de ese mismo mes, como parte de una “verdadera campaña de intimidación contra las organizaciones populares” por parte de sectores de la derecha; una bomba colocada en una Unidad Básica de la ciudad de Cinco Saltos el 7 de mayo, donde funcionaba la Regional VII de la Juventud Peronista; y una serie de ataques “con armas de grueso calibre” al local del Sindicato del Personal de Industrias Químicas de Cinco Saltos y a la casa del ex Secretario General de la Regional VII de la JP, Luis Liberatore, el 14 de ese mismo mes (*Río Negro*, 15/05/74: 18).<sup>7</sup> No deja de ser sugerente que todas estas amenazas y ataques hayan sido perpetrados contra una organización de base vinculada a Montoneros y públicamente opositora al peronismo de derecha, afín a López Rega. A estos incidentes habría que sumarle las persecuciones políticas a algunos de sus dirigentes, como la sufrida por Ana María Barone de Miele cuando fue detenida el 15 de junio de ese año,<sup>8</sup> o los atentados perpetrados el 18 de ese mes en Cipolletti contra militantes de la Federación Juvenil Comunista, opositores a la conducción del Sindicato de Obreros y Empleados Municipales de Cipolletti (*Río Negro*, 21/06/74: 10). Acciones que, sumadas a las amenazas de muerte a funcionarios y docentes universitarios, junto con una serie de atentados contra las viviendas de integrantes de la izquierda de la comunidad universitaria (Echenique, 2005), no dejan mucho margen de dudas respecto al efectivo accionar represivo estatal y paraestatal en la región.

Es necesario destacar la existencia de cierto consenso militante, articulado con la memoria colectiva construida en todos estos años, que

<sup>7</sup>Unos días antes (el mismo día en que había sufrido el atentado la Unidad Básica, el 7 de mayo), Luis Liberatore (padre de Roberto Liberatore) había recibido una amenaza que decía “te doy cinco días para que te rajes de acá, caso contrario te volaremos a vos y a tu familia” (*Río Negro*, 15/05/74: 18).

<sup>8</sup>Esta mujer, quien había sido apoderada de los dirigentes montoneros Roberto Quieto y Marcos Osatisnky mientras estaban presos, era esposa de un reconocido dirigente de la JP, Rodolfo Miele, “fue trasladada sorpresivamente de la Unidad Carcelaria 9 de Neuquén a la cárcel de Villa Devoto sin dar parte de sus defensores” (Buffano, 2005: 35).



indica a la Triple A como responsable de todo accionar violento y represivo contra los diferentes sectores de la izquierda (marxista y peronista). Sin embargo, considero que no sería del todo preciso afirmar que fue efectivamente esa banda la que actuó en la zona perpetrando cada uno de esos hechos que se le adjudican, sino que se trató más bien de una suerte de combinación de acciones llevadas a cabo por ese grupo paraestatal y la derecha peronista, aunque no necesariamente como resultado de una articulación deliberada. Esta hipótesis, tributaria de los análisis que para otros espacios regionales han puesto a prueba colegas como Marina Franco (2011 y 2012) y Hernán Merele (2017), se sustenta en la avanzada de violencia política que la derecha peronista protagonizó luego del asesinato de José Ignacio Rucci el 25 de septiembre de 1973, siguiendo los lineamientos del propio Perón para “depurar internamente al peronismo” de todos aquellos elementos marxistas que lo estaban “contaminando”. En efecto, si bien hasta el momento muchos de los testimonios obtenidos refieren, generalmente en términos más bien vagos y sin certezas, a la Triple A como la responsable de dichas acciones de violencia, el análisis de otras fuentes documentales permite ver que para los actores de entonces no estaba claro que fuera esa fuerza paraestatal la que protagonizara esos hechos, y sí que eran producto de las pugnas internas del peronismo.<sup>9</sup> Esto no niega en absoluto, vale reiterar, que la Triple A haya efectivamente actuado en la región, amenazando, amedrentando y cometiendo atentados. Un dato ya emblemático al respecto es el listado amenazante que el entonces responsable de la agencia neuquina del diario *Río Negro*, Carlos Galván, encontró detrás de uno de los baños de la Estación Terminal de Ómnibus luego de que una llamada anónima le dijera que fuera hasta allí a buscarla.

<sup>9</sup> Un ejemplo de ello lo aportan una serie de telegramas enviados por el Sindicato de Obreros y Empleados Municipales de la ciudad de Cipolletti al propio Perón y otros funcionarios de los Gobiernos nacional y provincial en noviembre de 1973, en el cual denunciaban que “[una] peligrosa infiltración marxista en [la] Unidad Básica Partido Justicialista de Cipolletti, Río Negro. Acción conjunta pretende copamiento [de] esta organización avasallando derechos constitucionales” (*Sur Argentino*, 08/11/73: 24). ¿Qué respuesta esperaban recibir los dirigentes sindicales por parte de Perón? ¿Qué tipo de instrucciones? ¿En qué grado, el documento reservado, habilitó ese tipo de denuncias, e incluso pudo haber legitimado la reacción violenta por parte de los integrantes del movimiento contra esas “infiltraciones”?

Un listado con los nombres de “no menos de 15 o 20 docentes de la Universidad Nacional del Comahue, a los que se les comunicaba que habían sido condenados a muerte y que iban a ser ejecutados en el corto plazo”.<sup>10</sup>

Pensar en la Triple A y su accionar en la Norpatagonia es pensar en Dionisio Remus Tetu y su rol como Rector interventor de la Universidad Nacional del Comahue. Su llegada a esta casa de estudios, a comienzos de 1975, fue parte de la “misión Ivanissevich”<sup>11</sup> y durante los 11 meses que estuvo al frente del rectorado se propuso “depurar la estructura curricular de la UNC (sic) de todo lo tendencioso, unilateral y partidista (...) así como de todo lo que pueda atentar contra la seguridad del país (...)”, para lo cual resolvía “dar por terminadas todas las llamadas experiencias o innovaciones pedagógicas y didácticas en el dictado de clases” y advertía que “toda transgresión a las presentes disposiciones que pudieran constatarse serán sancionadas de inmediato con el máximo rigor y sin contemplación alguna” (*Resolución UNC N° 0056 del 6/2/75*). Durante su intervención, Tetu expulsó a más de 130 trabajadores/as docentes y no docentes de esta universidad e incorporó un grupo de choque que protagonizaría acciones de amedrentamiento como el atentado a la agencia neuquina del diario Río Negro y a la librería “Libracos” de Neuquén (la primera mediante el tiroteo de las oficinas y la segunda a través de un artefacto explosivo), así como la persecución y hostigamiento a estudiantes y trabajadores de la universidad.<sup>12</sup>

<sup>10</sup> Entrevista con el autor. Galván también refiere a este listado (y a otros detalles sobre la cuestión) en la entrevista realizada en el programa de televisión *Cirqus* conducido por Pablo Fernández, episodio “Derechos Humanos”, transmitido en 2005 por Canal 10 (General Roca, Río Negro).

<sup>11</sup> Se llamó así a la tarea emprendida por el Ministro de Educación de la Nación desde agosto de 1974, Oscar Ivanissevich, para alinear a las universidades en la dirección política gobierno nacional que, desde fines de ese año —y especialmente luego de la muerte del viejo General pocos meses más tarde— apuntaría a combatir en todo los frentes a toda expresión de izquierda y eliminar a la “subversión”. Remus Tetu, fascista rumano ex Guardia de Hierro, fue también, durante el mismo período, interventor de la Universidad Nacional del Sur, en Bahía Blanca, en la que puso en práctica una serie de acciones represivas y persecutorias muy similares a las que impondría en Neuquén. Véase Zapata (2014), Kenis (2015) y Zambón (2008).

<sup>12</sup> Este grupo de choque estuvo conformado por nueve personas contratadas por Remus Tetu, con el argumento de la “necesidad de contar con custodia de los edificios de esta Universidad” (*Resolución “/” 0411 del 14 de abril de 1975*). Entre ellos, se destacará la figura de Raúl Guglielminetti, quien fue además Personal Civil del Ejército (PCI) y se convertía en un engranaje fundamental en el despliegue represivo desde entonces hasta los primeros años del gobierno dictatorial (Scatizza, 2017).

Es justamente a Remus Tetu a quien se le adjudica la responsabilidad del accionar de la Triple A en la región.<sup>13</sup>

Este accionar ilegal por parte de grupos de derecha y/o paraestatales se complementó con el despliegue represivo llevado a cabo por las fuerzas legales del Estado, que comenzaron a realizar una serie de detenciones “por motivos políticos” aludiendo a la ley 20.840 de “Actividades subversivas”.<sup>14</sup> Detenciones que comenzaron a fines de 1974 y se extendieron hasta realizado el golpe militar. Bajo el paraguas de esta ley, por ejemplo, se realizó un fuerte operativo policial el 20 de agosto de 1975 en el barrio Sapere, ubicado en el extremo Este de la capital neuquina, casi sobre la margen del río Neuquén, a cargo policías provinciales y federales en el que se llevaron detenidos a alrededor de una docena de militantes barriales que luchaban por la construcción de viviendas en ese lugar. Entre ellos estaban Javier Seminario y Orlando Cancio quienes, a diferencia del resto de sus compañeros/as, continuarían detenidos hasta entrada la dictadura y, finalmente, serían desaparecidos por esta. Del otro lado del río Neuquén, en la ciudad de Cipolletti, la Policía de la provincia de Río Negro realizó unos días más tarde un operativo en un refugio que el Obispado tenía en esa ciudad, apresando a catorce refugiados chilenos perseguidos por el régimen pinochetista. Como en el caso anterior, los responsables del operativo —los comisarios Guillermo Federico Hruschka y Antonio Alberto Camarelli, Segundo Jefe de la Unidad II de la Policía de Río Negro y Jefe de la Comisaría 7° de Cipolletti, respectivamente— aludieron a la ley 20.840.<sup>15</sup>

<sup>13</sup> Así lo señalan varios testimonios, entre ellos el del excomisario Antonio Casal, quien ha asegurado que en una reunión de la “comunidad informativa” (grupo conformado por representantes de todas las fuerzas armadas y de seguridad) el propio Remus Tetu dijo que se iban “a incorporar a la vida neuquina nueve hombres que pertenecían a la Triple A” (Testimonio de Antonio Casal en Tribunal Oral en los Criminal Federal, “Causa Luera”, 07/08/2012). Sin embargo, aún sigue sin poderse conocer cómo fue y de qué manera se articuló el vínculo orgánico entre la jefatura porteña a cargo de López Rega y la “pata” norpatagónica (Scatizza, 2016b: 62-67).

<sup>14</sup> Esta ley fue sancionada a fines de septiembre de 1974, e imponía penas de prisión a quienes “para lograr la finalidad de sus postulados ideológicos, intente o preconice por cualquier medio, alterar o suprimir el orden institucional y la paz social de la Nación”, y que en tal sentido “realice actos de divulgación, propaganda o difusión tendiente al adoctrinamiento [y] proselitismo”.

<sup>15</sup> Ambos comisarios continuarán en sus funciones durante la dictadura militar, y fueron finalmente procesados y condenados por delitos de lesa humanidad cometidos durante la dictadura en el Alto Valle.

### **Bajo el poder dictatorial**

Como fue planteado al comienzo de este escrito, es posible observar una serie de continuidades en materia represiva que permiten pensar al fenómeno de la violencia política estatal en un período que, por lo menos, abarca a la década que va de 1973 hasta 1983. Una temporalidad que nos permite analizar la dinámica represiva que se desplegó en todo el territorio nacional, pero, en este caso, mirando el proceso *desde* la Norpatagonia. Para ello, ha sido necesario articular un doble plano analítico a partir de la modificación de las escalas de observación: por un lado, un cambio en la escala espacial para poder estudiar a este problema histórico poniendo en tensión lo regional/local con lo nacional/metropolitano; y por otro, uno consistente en la reducción de la escala de análisis —en el sentido de la microhistoria italiana— para abordar nuestro objeto con preguntas generales y poder obtener con ello respuestas que permitan aportar nuevas significaciones a interpretaciones y/o explicaciones ya constituidas. En este sentido, y en consonancia con lo expuesto hasta aquí, veamos ahora sintéticamente cuáles fueron las características principales de la represión dictatorial en la Subzona 52, cuáles fueron sus continuidades y cuáles sus particularidades frente a los años previos, y cómo la mirada puesta en esta región nos permite observar nuevos matices en torno a las formas de la violencia política estatal que dominó a todo el territorio nacional luego del golpe de Estado.<sup>16</sup>

Como fue mencionado más arriba, en octubre de 1975 fueron sancionados los “decretos de aniquilamiento”, con los cuales las Fuerzas Armadas quedarían habilitadas *legalmente* a intervenir en materia de Seguridad Interior, con el objetivo (¿la excusa?) de “aniquilar a la subversión”. Para ello, dispondrían no solo de su inherente potencial bélico, sino de todas las fuerzas policiales y de seguridad, las cuales quedarían bajo su mando en la letra de esos mismos decretos. Si bien la actividad represiva del Ejército en la Patagonia Norte fue mucho más velada de lo que sería luego de que las Fuerzas Armadas se hicieran del control gubernamental, desde entonces y hasta el año siguiente se producirían en esta zona una serie

---

<sup>16</sup> He ahondado con mayor precisión al respecto en *Un Comahue violento* (2016).

de operativos ejecutados por el Ejército, por las policías provinciales, por la PFA o bien por el accionar conjunto de todas esas fuerzas, siempre bajo las órdenes de los oficiales militares del Comando de Brigada de Infantería de Montaña VI (ubicado en Neuquén capital), desde donde se resolvía el futuro y el destino de las personas detenidas.<sup>17</sup>

Pero algunos aspectos de esta dinámica cambiarían luego del 24 de marzo de 1976. Sobre todo, a partir del componente más temible y perverso puesto en práctica por el poder dictatorial: la desaparición deliberada y sistemática de personas. La desaparición como lógica, como principio rector, como fundamento y sustancia de la tecnología del poder instituido, que si bien existió y se puso de manifiesto durante la administración de María Estela Martínez de Perón, “pasó de ser una de las formas de la represión para convertirse en la modalidad represiva del poder, ejecutada de manera directa desde las instituciones militares” (Calveiro, 2006: 27). Y junto con la desaparición forzada de personas, el espacio físico fundamental que la permitió: “el campo de concentración-extermínio”, también denominado “centro clandestino de detención” (CCD), “centro clandestino de detención, tortura y exterminio” (CCDTyE) o, según las propias Fuerzas Armadas, “lugar de reunión de detenidos” (LRD) o “lugar de reunión de detenidos transitorios” (LRDT). En la Patagonia Norte, este espacio fue “La Escuelita”. Su edificio se encontraba en el predio del Batallón de Ingenieros 181, a unos 200 metros al sur de la Ruta 22 y a unas treinta cuadras hacia el oeste del centro neuquino. Se trató de un lugar que estaba oculto, clandestino, donde todas las personas secuestradas eran ingresadas y mantenidas todo el tiempo con los ojos vendados y luego interrogadas y torturadas sin excepción, antes de ser puestas en libertad o trasladadas a otro lugar de detención. Es hoy, sin dudas, el trágico emblema del pasado dictatorial en la región. De los 118 casos (víctimas directas) que componen la causa judicial por delitos de lesa

---

<sup>17</sup> Estas personas fueron llevadas sistemáticamente a la Unidad N° 9 del Servicio Penitenciario Federal (U9) ubicada en Neuquén capital, que pasó de ser una cárcel de varones a ser una de presas y presos políticos. Un dato que ilustra el sustancial cambio en materia represiva que significaron los decretos de aniquilamiento lo da, justamente, el número de detenidos/as que ingresaron desde ese momento a ese lugar. Entre noviembre de 1975 y marzo de 1976, y luego de más de un año sin registrarse ingresos de detenidos (el último había sido un condenado por homicidio en abril de 1974), serían ingresados/as 109 hombres y mujeres detenidos/as por motivos políticos (Libro de Ingresos y Egresos de la U9, Tribunal Oral Federal de Neuquén).

humanidad cometidos en esta zona,<sup>18</sup> pudo constatarse el traslado y la permanencia en “La Escuelita” de unas 60 personas, 20 de las cuales fueron llevadas directamente a ese lugar, mientras que el resto fueron llevadas allí desde algunos de los CDC de la zona.<sup>19</sup>

Sin embargo, no es posible comprender acabadamente el accionar represivo en la región si no se pone en un plano principal a otros espacios de reclusión clandestina que funcionaron en la Subzona 52, incluso antes de que comenzara a ser usada “La Escuelita”, desde la misma noche del golpe. Lugares que hicieron de la clandestinidad ya no una cualidad de su emplazamiento, sino la forma en que mantenían en su interior a quienes allí ingresaban detenidos/as, y que, por ello, he preferido denominar “centros de detención clandestina” (CDC). Espacios de reclusión que estaban a la vista de la comunidad e incluso continuaron con sus funciones habituales mientras que en su interior se encerraba clandestinamente a hombres y mujeres que eran ingresadas con los ojos descubiertos y a plena luz del día, para luego ser interrogadas y, en su gran mayoría, torturadas. A pesar del carácter público de estas instituciones, el ingreso de detenidos y detenidas como parte del plan represivo dictatorial no quedaba asentado en ningún registro, tampoco el de quienes solían retener durante unas pocas horas o hasta varios días o cuando finalmente se les liberaba o trasladaba a la U9 (en carácter de presos/as políticos), o bien se les llevaba a algún otro centro de detención. Entre estos últimos, los más importantes fueron la Comisaría 24° de Cipolletti, la Delegación de la Policía Federal y la Alcaldía Provincial, en Neuquén capital; la Comisaría 4° de Cutral Có (Neuquén), la Alcaldía de General Roca (Río Negro) y la Escuela de Instrucción Andina en Bariloche. Fueron fundamentales en el desarrollo represivo de la región, toda vez que articularon su funcionamiento entre sí, con la U9 (que en ocasiones también funcionó como CDC) y con “La Escuelita”; y sin los cuales no es posible

<sup>18</sup> Expte. N° 8736/2005 “Reinhold, Oscar Lorenzo y otros s/ Delitos c/ la libertad y otros”, Juzgado Federal N°2 de Neuquén. En adelante, “causa Reinhold”

<sup>19</sup> La imprecisión en la cantidad se debe a que hubo personas que actualmente se encuentran desaparecidas cuyo pasaje por ese lugar no pudo constatarse, pero sí inferirse a partir de compañeros/as que también fueron secuestrados/as en el mismo operativo y fueron llevados allí. En este sentido, es muy posible que haya habido más cantidad de personas detenidas en ese CCD, aunque no haya registro de ello.

hacer inteligible la violencia política desplegada por el Estado dictatorial. A tal punto fue su relevancia que, de la totalidad de casos que componen la causa Reinhold, más del 80 por ciento comenzó su derrotero en algún centro de detención clandestina antes de su traslado a algún otro espacio de reclusión o finalmente liberados directamente desde aquellos lugares.

Datos como estos, junto a los registrados por organismos de Derechos Humanos de la región y a las memorias sobre aquellos años siempre en construcción, dan cuenta de la relevancia que adquirió la Patagonia Norte para el plan sistemático de exterminio puesto en práctica varios meses antes del golpe de Estado y consolidado bajo la última dictadura. Tal como indica un informe realizado por el Observatorio de Derechos Humanos de la Provincia de Neuquén (2019),<sup>20</sup> hubo un total de 390 personas detenidas en la Subzona 52 entre 1974 y 1983, 54 de las cuales aún permanecen desaparecidas. Asimismo, el registro arroja 31 hombres y mujeres que tuvieron que irse de esta región en estos años y fueron desaparecidos/as en otras partes del país, y unas 25 personas que fueron directamente asesinadas por resistirse a ser detenidos, o bien fusilados en enfrentamientos fraguados luego de su detención. Si bien en las mencionadas directivas militares sancionadas luego de los decretos de aniquilamiento en 1975, así como en los diferentes documentos y normativas castrenses que le siguieron, la Norpatagonia no estaba incluida explícitamente dentro de las denominadas “zonas calientes” —donde “la subversión ha desarrollado su mayor potencial”, como en Tucumán, Córdoba, Santa Fe, Rosario, Capital Federal y La Plata (Directiva 1/75)—, es indudable que la represión sobre la oposición política se desplegó con características similares a la adquirió en el resto del país. Y en este sentido, es importante desmitificar el viejo adagio que por mucho tiempo sostuvo que “aquí no pasó nada durante la dictadura”.

Porque “sí pasó”. Y mucho.

---

<sup>20</sup> Me interesa deliberadamente sacar del anonimato a quienes —me consta— hicieron un arduo trabajo de investigación para la realización de esta publicación: Gabriela Bercovich, Juan Pedro Bisheimer, Emilio Alochis y Agustín Marré.

### **Corolario**

Aunque quizá demasiado sintético, este recorrido nos permitió caracterizar de alguna manera la forma con la que la represión, entendida en un sentido amplio como lo propone González Callejas, fue desplegada en la zona norte de la Patagonia argentina. Una represión que no comenzó el mismo día del golpe militar y que, más allá de las particularidades propias que adquirió durante los años del gobierno de facto, compartió importantes características con la implementada desde el Estado —o con su connivencia— durante los años previos, en particular desde 1973. Y es tomando esto en cuenta, al momento de su estudio y análisis, que creo posible hacer inteligible en su complejidad la puesta en práctica de la violencia política estatal que caracterizó a este período. Un espacio temporal que lejos de estar determinado por caprichosas fechas que bien pueden ser emblemáticas —como el 24 de marzo, por ejemplo—, lo está por el propio fenómeno que nos proponemos observar.

Claramente, el accionar de las Fuerzas Armadas no fue el mismo antes del golpe militar y después de este, como tampoco lo fueron la vigencia de ciertos derechos que —aunque coartados de alguna manera en términos reales— estaban amparados constitucionalmente como la libertad de expresión, sindical, de movilidad, etcétera. Y en este mismo sentido, la propia práctica implementada por el gobierno militar consistente en el secuestro y la desaparición de personas como método de eliminar a la oposición y de infundir el terror en la población fue institucionalizada y sistematizada a partir del golpe, y no antes de esa fecha. Sin embargo, ello no impide verificar la presencia, a lo largo de toda esa década, de determinados aspectos que caracterizaron una forma específica de violencia política que la atravesó y con los cuales se identifica al período dictatorial. En especial, sus fundamentos ideológicos, políticos y económicos, así como el tipo de enemigo que habría de combatirse y debía eliminarse por completo del territorio nacional.



## Referencias bibliográficas

- Águila, G. (2008). *Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976/1983. Un estudio sobre la represión y los comportamientos y actitudes sociales en dictadura*. Buenos Aires: Prometeo.
- \_\_\_\_\_ (2013). La represión en la historia reciente argentina: fases, dispositivos y dinámicas regionales. En G. Águila, y L. Alonso (Comps.), *Procesos represivos y actitudes sociales: entre la España franquista y las dictaduras del Cono Sur* (pp. 97-122). Buenos Aires: Prometeo.
- Ansaldi, W. (2006). El silencio es salud. La dictadura contra la política. En H. Quiroga y C. Tcach (Comps), *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia* (pp. 97-121). Rosario: Universidad Nacional del Litoral / HomoSapiens.
- Azconegui, M. C. (2014). Chilenos en Argentina, entre la protección del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y la política de expulsión de la dictadura militar. En S. Jensen y S. Lastra (Comps.), *Exilio, represión y militancia. Nuevas fuentes y nuevas formas de abordaje de los destierros de la Argentina de los setenta* (pp. 215-250). La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- \_\_\_\_\_ (2018). La dictadura militar argentina y los usos del programa humanitario de protección a refugiados. En S. Lastra (Comp.), *Exilios: avances de un campo de investigación. Memorias del Coloquio Internacional de Investigaciones sobre Exilios Políticos del Cono Sur 2017* (pp. 237- 250). Buenos Aires: CLACSO.
- Bufano, S. (2005). Perón y la Triple A. *Lucha Armada en la Argentina*, Año 1, N°3, Buenos Aires, 20-35.
- Calveiro, P. (2006 [1998]). *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- Echenique, J. (2005). El movimiento estudiantil universitario del Comahue (1970-1976). En O. Favaro (Coord), *Sujetos sociales y políticas: historia reciente de la Norpatagonia argentina*. Buenos Aires: La Colmena.
- Franco, M. (2011). La “depuración” interna del peronismo como parte del

proceso de construcción del terror de Estado en la Argentina de la década del 70. *A Contracorriente*, Vol. 8, N° 3, Spring 2011, 23-54.

\_\_\_\_\_ (2012). *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y “subversión”, 1973-1976*. Buenos Aires: FCE.

\_\_\_\_\_ (2016). La represión estatal en la historia argentina reciente: problemas, hipótesis y algunas respuestas tentativas. En G. Águila, S. Garaño y P. Scatizza (Coords), *Represión estatal y violencia paraestatal en la historia reciente argentina. Nuevos abordajes a 40 años del golpe de Estado*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Recuperado de

<http://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/63>

González Calleja, E. (2006). Sobre el concepto de represión. *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*. N° 6. Recuperado de <http://hispanianova.rediris.es>

González Janzen, E. (1987). *La Triple A*. Buenos Aires: Contrapunto.

Jensen, S. (2018). Exilios. Desafíos y potencialidades de la agenda del nuevo milenio. En S. Lastra (Comp.), *Exilios: avances de un campo de investigación. Memorias del Coloquio Internacional de Investigaciones sobre Exilios Políticos del Cono Sur 2017* (pp. 237-250). Buenos Aires: CLACSO.

Jensen S. y Lastra, S. (Comps.) (2014). *Exilio, represión y militancia. Nuevas fuentes y nuevas formas de abordaje de los destierros de la Argentina de los setenta* (pp. 215-250). La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

Kenis D. (3 de octubre de 2015). ¿Quién fue Remus Tetu? *Agencia Paco Urondo*.

Recuperado de <http://www.agenciapacourondo.com.ar/ddhh/quien-fue-remus-tetu>

Larraquy, M. (2007). *Lopez Rega. El peronismo y la Triple A*. Buenos Aires: Punto de Lectura.

Lastra, S. (Comp.) (2018). *Exilios: avances de un campo de investigación*.

*Memorias del Coloquio Internacional de Investigaciones sobre Exilios Políticos del Cono Sur 2017*. Buenos Aires: CLACSO.

Mántaras, M. (2005). *Genocidio en Argentina*. Buenos Aires: Edición de la autora.

Merele, H. (2017). *La depuración ideológica del peronismo en General Sarmiento, 1973-1974: Una aproximación al proceso represivo durante los años setenta constitucionales a partir del caso de Antonio Tito Deleroni*. La Plata: UNLP. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Recuperado de

<http://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/88>

Mittlebach, F. (1987). *Punto 30. Informe sobre desaparecidos*. Buenos Aires: Ediciones de La Urraca.

Novaro, M. y Palermo, V. (2006). *La dictadura militar (1976/1983). Del golpe de estado a la restauración democrática*. Buenos Aires: Paidós.

Observatorio de Derechos Humanos de la Provincia de Neuquén. (2019). Terrorismo de Estado: memorias de la Norpatagonia. Registro y trayectorias de quienes estuvieron detenidos desaparecidos durante 1974-1983. Neuquén: Ministerio de Ciudadanía. Recuperado de <https://ciudadanianqn.gov.ar/portal/img/Terrorismo%20de%20Estado%20-%20Memorias%20de%20la%20Norpatagonia.pdf>

Pontoriero, E. (2015). Estado de excepción y contrainsurgencia: el Plan CONINTES y la militarización de la seguridad interna en la Argentina (1958-1962). *Contenciosa*, primer semestre, 1-16. Recuperado de <http://www.contenciosa.org/Sitio/VerArticulo.aspx?i=40>.

\_\_\_\_\_ (2016). En torno a los orígenes del terror de Estado en la Argentina de la década de los setenta. Cuándo, cómo y por qué los militares decidieron el exterminio clandestino. *Papeles de Trabajo*, 10(17), 30-50.

Scatizza, P. (2015). Represión clandestina en la Argentina de los setentas. Algunas reflexiones sobre sus posibles puntos de partida. *A Contracorriente*, Vol. 12, N° 3, Spring 2015, 138-157. Recuperado

de <http://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/1327>

\_\_\_\_\_ (2016a). *Un Comahue violento. Dictadura, represión y juicios en la Norpatagonia argentina*. Buenos Aires: Prometeo.

\_\_\_\_\_ (2016b). Represión “antisubversiva” en la Norpatagonia. Estrategias estatales y paraestatales de persecución política en Neuquén y Río Negro (1973-1976). *Papeles de Trabajo*, N°17, Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) – UNSAM, 52-72. Recuperado de <http://www.unsam.edu.ar/revistasacademicas/index.php/papdetrab/article/view/70>

\_\_\_\_\_ (2017). Autonomía y sistematicidad del dispositivo represor. La Policía Federal en Neuquén (1975-1978). *Revista Páginas / Año 9 – N° 21* Septiembre-Diciembre 2017, 152-174. Recuperado de <http://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas>

Zambón, H. (2008). *La misión Tetu en el Comahue*. Neuquén: Educo.

Zapata, A. B. (2014). Andamios de experiencias. Conflictividad obrera, vigilancia y represión en Argentina. Bahía Blanca, 1966-1976. Tesis doctoral, Universidad Nacional de la Plata.



# Recorriendo tres décadas de la política neuquina desde 1970 hasta el cambio de siglo

Gabriel Rafart\* y Francisco Camino Vela\*\*

Este texto pretende ofrecer un contexto histórico, sin duda reducido, para que el lector pueda integrar los resultados de las investigaciones expuestas en los otros capítulos que conforman este libro.<sup>1</sup> Así ha sido concebido y es por esto que analizaremos, de manera general, el desenvolvimiento de los principales actores políticos y de los eventos de la historia neuquina ocurridos en las tres décadas que se inician en 1970 y que concluyen con el cambio de siglo. Nos centramos en tres momentos que corresponden a cada uno de los decenios. Aun con esta segmentación arbitraria hemos tratado de señalar las principales continuidades y rupturas. Las dos últimas décadas consideradas, en gran medida, ofrecen una unidad mayor sobre todo por la presencia del ciclo electoral continuo y sin interrupciones.

\* Magister en Historia. Profesor e investigador de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Comahue. Profesor en la Sede Alto Valle y Valle Medio de la Universidad Nacional de Río Negro. Investigador del Instituto Patagónico de Estudios de Humanidades y Ciencias Sociales (IPEHCS), CONICET-Universidad Nacional del Comahue.

\*\* Doctor en Historia. Profesor e investigador de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Comahue. Profesor en la Sede Alto Valle y Valle Medio de la Universidad Nacional de Río Negro. Investigador del Instituto Patagónico de Estudios de Humanidades y Ciencias Sociales (IPEHCS), CONICET-Universidad Nacional del Comahue.

<sup>1</sup> Debido a la brevedad del ensayo privilegiamos una narrativa que ofrece una lectura lineal, sin las interrupciones que muchas veces nos dan las necesarias referencias a autores especializados y perspectivas teóricas. En este sentido, los trabajos de nuestra autoría que amplían las cuestiones abordadas en este corto texto y un recorrido, no exhaustivo, por parte de los numerosos aportes de un conjunto de estudios académicos que han prestado atención al período, se encuentran citados en la bibliografía que figura al final de estas páginas.

A pesar de ello, también destacamos las líneas relacionales establecidas con el decenio precedente, centrándonos en una perspectiva propia de la historia política, aunque sin perder de vista otros enfoques, fundamentalmente de la historia social.

### **Los setenta, entre democracia y dictadura**

La clausura de la década de 1960, en el marco de un régimen de facto, coincide con el estallido de un conflicto protagonizado por miles de obreros que construyen la represa del Chocón. Conocido como el “Choconazo” fue una de las protestas sociales más importante ocurrida en la región. Las medidas de fuerza se prolongaron hasta marzo de 1970. El nombramiento del exgobernador Felipe Sapag para que se desempeñara como “comisionado federal” al frente del gobierno provincial, fue parte de un proceso negociado con el régimen militar para darle un cierre definitivo a la protesta y con ello restablecer la paz social en los obradores. El objetivo era poder culminar una de las obras más importantes destinada a producir energía, tanto para la Patagonia como para el resto del país. La represa recién sería inaugurada en el año 1973.

El gobierno militar nacional, a cargo del general Onganía, convocó como gobernador de Neuquén a quién fuera desalojado del poder cuatro años antes. En agosto de 1972 Sapag renunciaba a la gobernación de facto para volcarse a la campaña electoral, como principal candidato del Movimiento Popular Neuquino, de cara a las elecciones convocadas para marzo del año siguiente. Fue reemplazado por otra figura de su partido, Pedro Salvatori. Ninguno de estos dos nombramientos dentro del régimen militar resultó novedad, dado que gran parte de quienes estuvieron en la administración del primer gobierno del MPN mantuvieron sus posiciones durante la dictadura inaugurada en junio de 1966.

La permanencia de este funcionariado permitió sostener la orientación de las políticas de desarrollo planteada para una provincia que, de acuerdo al censo nacional del año 1970, contaba con algo más de 150.000 habitantes. Las líneas maestras promovidas desde el Consejo de Planificación para el Desarrollo Económico (COPADE) siguieron su curso con el propósito de mejorar la infraestructura, satisfacer los requerimientos

de la población y ampliar las actividades económicas en el interior provincial. La nacionalización de la Universidad Provincial que llevó a la creación de la Universidad Nacional del Comahue, en 1971 y al inicio de su primer ciclo lectivo en 1972, fue otro hito importante en el plano de la educación superior. Ese evento marcó la presencia de un nuevo actor institucional, social y político. Ciertamente, en el contexto de amplia politización con el que se cierra la década anterior, el movimiento estudiantil del nivel secundario y universitario ocupará un rol muy relevante en la cultura política regional.

La convocatoria a elecciones nacionales y provinciales para el 11 de marzo de 1973 relanzó en Neuquén la actividad partidaria. Tres temas fueron concurrentes entre los principales protagonistas del momento, la cuestión del peronismo, la autonomía partidaria y el federalismo político. Ciertamente, tanto el MPN como el Partido Justicialista, que conformó en Neuquén su versión del Frente Justicialista de Liberación Nacional (FreJuLi), se identificaban como peronistas y aceptaban el liderazgo de Juan Perón. Aún con ello, la principal diferencia se dará en torno a que los primeros ponen su acento en el federalismo y la autonomía partidaria, mientras los segundos plantean un alineamiento verticalista. La discusión sobre quiénes eran los “verdaderos peronistas” en Neuquén teñirá gran parte de la campaña electoral.

Las elecciones provinciales de 1973 se desarrollan en dos rondas. El 11 de marzo triunfa la fórmula del MPN con Felipe Sapag como candidato a gobernador frente a la del FreJuLi encabezado por Ángel Romero. Debido a que el ganador no logra superar la barrera del 50% de los sufragios se convoca a *ballotage* y, el 15 de abril, Sapag obtiene cerca del 60% de los votos, por lo que asume el ejecutivo el 25 de mayo. Se mantendrá en el poder hasta el golpe del 24 de marzo de 1976.

Los tres años de gobierno del MPN estuvieron cargados de tensiones. El temor a una intervención federal acechó a la administración de Sapag. La oposición interna vino mayormente del peronismo que contaba con la bancada legislativa por la minoría. La activa militancia juvenil y varios conflictos laborales no impidieron que el gobierno continuara con sus políticas de ampliación de obras públicas, de promoción de la educación y de avances en el campo de la salud pública.



Con el arribo del nuevo régimen militar, en 1976, se cerraba la actividad política encarcelando a dirigentes y militantes. La universidad pública, que había sido intervenida antes del 24 de marzo, vivió su momento más crítico de clausura del pensamiento y de persecución para los profesores y estudiantes. Igual que en el resto del país se intervinieron los principales gremios y se estableció un férreo control de la libertad de movimiento de las personas. Tal y como sucedió con la dictadura de 1966-1973, muchos cuadros medios y altos del MPN permanecieron en sus cargos. El general Domingo Trimarco, a cargo del gobierno de Neuquén durante la mayor parte de la dictadura, desde 1978 a 1983, fue responsable de sostener a ese funcionariado.

Los primeros años del gobierno de Trimarco continuaron con la fuerte militarización de la vida pública que había iniciado el arribo de la dictadura castrense a la provincia. En gran medida esto se vio reforzado por la escalada de una posible confrontación por el conflicto con Chile respecto de las cuestiones limítrofes, lo que llevó a un notable despliegue de unidades militares en el territorio de la provincia. En 1979, en ocasión del centenario de la campaña militar comandada por Julio Argentino Roca, la provincia recibió la visita del dictador Videla.

Asimismo, durante los años de la dictadura, Felipe Sapag, y otros dirigentes de su partido, no perdieron contacto con la militancia partidaria. Siguió conservando su legitimidad como líder popular con sus constantes visitas y reuniones en localidades del interior neuquino y en las barriadas de la capital provincial. Su presencia en asados populares y en encuentros tradicionales era jalonada con intervenciones suyas, en las que destacaba las obras realizadas durante sus gobiernos y el reforzamiento del discurso federalista.

### **Los años ochenta: un primer tiempo para la democracia neuquina**

En Neuquén, la movilización pública de actores sociales y partidarios que rechazaban tanto las políticas socioeconómicas como la arquitectura represiva comenzó antes de que el régimen militar diera señales de agotamiento. En el mes de mayo de 1981 dirigentes políticos, gremiales y

empresariales provinciales constituyeron el agrupamiento Convergencia. El documento fundacional planteó “la reivindicación de la democracia republicana, como forma de gobierno y como estilo de la vida de la comunidad”, exigiendo “la vigencia plena del derecho a la libertad de organización y de funcionamiento de las entidades gremiales”.<sup>2</sup> En octubre de ese mismo año se inauguraba la Multipartidaria que, además de incluir a peronistas, radicales, desarrollistas, intransigentes y democristianos, sumaba al MPN. La Multipartidaria neuquina amplió sus demandas respecto a su par nacional,<sup>3</sup> exigiendo el “Retorno al estado de derecho mediante la plena vigencia de la Constitución Nacional”. La cuestión de los derechos humanos ocupaba un segundo lugar en sus demandas: “Dar una respuesta, bajo el principio de la verdad, a la situación de las personas desaparecidas, como un deber ético inexcusable del Estado”. Asimismo, reclamaban la “Formulación de un plan político con elecciones inmediatas para la definitiva institucionalización del país, pues el sufragio es elemento insustituible de la democracia que sólo se perfecciona a través de su ejercicio y no requiere estados preparatorios”.<sup>4</sup>

La derrota militar en Malvinas y la previsión de elecciones generales para fines del año 1983 reactivó la vida de los partidos con actuación provincial. Los peronistas fueron pioneros en su reorganización partidaria. A los dirigentes con actuación en las décadas del sesenta y setenta se sumaron otros nuevos, procurando demostrar la vitalidad de un auténtico peronismo en la provincia. Frente a un sector ortodoxo nacía una nueva generación de peronistas que discutía los alcances de la democracia política y social, además del rol del partido y de su relación con el MPN. Su retórica apuntaba a “reconquistar lo que es nuestro: salarios dignos, libertad de expresión, derecho de asociación, gobierno popular y liberación nacional”.<sup>5</sup> En julio de 1983 se llevaban a cabo elecciones internas partidarias para la designación de candidatos. El triunfo fue para Oscar Massei, joven abogado laboralista y promotor de un proceso de cambio partidario.

<sup>2</sup> Diario *Río Negro*, 27/05/1981.

<sup>3</sup> La Multipartidaria Nacional se constituyó el 14 de julio de 1981, en la ciudad de Buenos Aires. Agrupó a dirigentes nacionales del Partido Justicialista, de la Unión Cívica Radical, del Movimiento de Integración y Desarrollo, de la Democracia Cristiana y del Partido intransigente.

<sup>4</sup> Documento Multipartidaria, octubre, 1981.

<sup>5</sup> Diario *Río Negro*, 16/10/1982.

Por el lado del radicalismo, su reorganización fue menos disputada. La campaña de afiliaciones de cara a las elecciones de 1983 le había permitido sumar una cifra menor a los afiliados del peronismo. Durante gran parte de la Dictadura la dirigencia radical neuquina careció de definiciones políticas públicas relevantes. El cambio llegó con la adhesión a Convergencia y luego a la Multipartidaria. Los referentes locales del Movimiento de Renovación y Cambio, que a nivel nacional sostenían la candidatura presidencial de Raúl Alfonsín, denunciaban abiertamente la acción represiva y apostaban a que la nueva democracia política debía ser de democracia social, y por ello “debía revertirse el retroceso operado en los últimos seis años en materia de derecho colectivo de trabajo”.<sup>6</sup> También se hacían eco de la denuncia de acuerdos entre un sector del peronismo y los militares para condicionar la transición democrática. El sector que apoyaba a Alfonsín triunfó en la interna partidaria del mes de junio 1983 con su candidato a gobernador, Armando Vidal.

El MPN arribó al ciclo electoral de 1983 con una campaña de afiliación que logró 37.000 adherentes, cifra mayor a la totalidad de afiliaciones del resto del arco partidario neuquino. A diferencia de otras fuerzas políticas, los comicios internos del partido provincial para elegir candidaturas fueron indirectos. Sin grandes definiciones programáticas resultó triunfadora la nómina que había demostrado un mayor alineamiento con la figura de Felipe Sapag. Aun así, hubo voces de disidencia en dirigentes cercanos a Elías Sapag que sostenían que el MPN seguía siendo una empresa partidaria de “transición”, que en algún momento debía dar por terminado el proceso de autonomía partidaria y regresar al ámbito del partido Justicialista. El 13 de agosto, la Convención del MPN, presidida por Pedro Salvatori, proclamó las candidaturas de Felipe Sapag y Horacio Forni.

Junto a estos tres actores principales hubo otro conjunto de entidades partidarias que presentaron sus candidatos a las elecciones fundacionales del 30 de octubre de 1983, lo que revelaba un sistema multipartidario abierto. Hubo una amplia movilización ciudadana para unos comicios en que se habilitaron 130.216 electores, el 70 % de ellos eran residentes del departa-

<sup>6</sup> *Diario Río Negro*, 23/02/1983.

mento Confluencia. Simultáneamente se desarrollaron las elecciones a presidente y a gobernador, además de intendentes de quince ciudades. También se eligieron diputados nacionales y provinciales. El 87 % de los neuquinos empadronados asistió a los comicios. El MPN triunfó con el 55% de los sufragios, ganando dos tercera parte de los escaños de la legislatura y la mayor parte de los espacios municipales.

Durante los años ochenta se fue desarrollando en la provincia un sistema político abierto y disputado, que dio lugar a grupos y líderes en competencia, tanto para el partido provincial como para otras fuerzas. Ciertamente, después de tres años de las elecciones fundacionales de 1983, el abogado Oscar Massei, hacia fines de 1986, a pesar de contar con un gran capital político, junto con una porción considerable de los cuadros de dirección del PJ provincial decidió romper de manera intempestiva con la conducción nacional hegemonizada por sectores “ortodoxos”, para luego abandonar las filas partidarias y fundar una nueva organización. Nació de esa manera el Partido Justicia Democracia y Participación (JDP). Este actor partidario, desprendido del peronismo oficial, se convirtió en el primero de otras entidades que nacieron en la medida en que varios partidos nacionales con actuación provincial fueron perdiendo potencia electoral, dejando en situación de “disponibilidad” a muchos dirigentes locales. En algunos casos solo se trató de cambios de membresías partidarias. En otros, derivó en el armado de coaliciones electorales.

A partir del año 1987, con la renovación de cargos provinciales, el MPN ponía en juego la continuidad del liderazgo partidario y gubernamental. Contaba hasta entonces a su favor el no haber perdido ninguna elección desde su llegada a la política provincial. También se sirvió de los recursos estatales para asegurar su continuidad. Previamente, el nacimiento de la agrupación Movimiento de Acción Política (MAPO), línea interna que procuraba la renovación partidaria, además de la elección directa de los principales candidatos, fue central en el proceso de renovación que transitaba el partido. Frente a este nuevo sector había una parte considerable de la dirigencia que aceptaba el método de reparto de poder vigente. Para entonces, los Sapag mayores, los hermanos Felipe y Elías, seguían siendo los principales líderes partidarios. Al producirse la modificación de la carta orgánica partidaria se habilitó la elección directa de los candidatos, con lo

que el MPN iniciaba así un ciclo largo de fuertes disputas. La primera sucedió en abril de 1987 para las nominaciones de candidatos a gobernador y vice, además de intendentes. En esos comicios compitieron Pedro Salvatori y Luis Jalil, dos ministros del gobierno de Felipe Sapag, triunfando el primero por amplio margen.

Aquellos comicios se desarrollaron unos días antes del primer levantamiento de los militares “carapintadas” en Campo de Mayo, durante la Semana Santa de 1987. En Neuquén, frente a aquellos hechos que pusieron en riesgo la continuidad democrática, los partidos políticos estrecharon filas y junto a organizaciones sociales, sindicales y de derechos humanos llamaron a la movilización popular. Durante ese año se sucedieron otros actos por la defensa de la democracia. Esta temática, junto al reclamo de esclarecimiento por las violaciones de los derechos humanos durante la Dictadura, fueron el centro de amplias movilizaciones populares. Asimismo, durante los cuatro años de Sapag en el gobierno, se habían dado otras movilizaciones por fuera de los partidos. Ciertamente, diversos colectivos de trabajadores protagonizaron conflictos de orden económico, con ocupación del espacio público, como ocurrió en abril de 1986 con los obreros de la construcción de la represa de Piedra del Águila, que realizaron una marcha hacia la ciudad de Neuquén en demanda de mejoras salariales y en las condiciones de trabajo.

El día 6 de septiembre de 1987 se desarrollaron las elecciones a gobernador. Durante los meses previos, situación que se repetirá en otras contiendas, el gobernador Felipe Sapag, junto a su candidato Salvatori, inauguraron planes habitacionales, obras en varias localidades del interior neuquino y se entregaron cientos de pensiones a ancianos y discapacitados. Entonces, la dirigencia partidaria creía que hasta el mismo Raúl Alfonsín apostaba por la continuidad del MPN en el gobierno de Neuquén. Esa era la lectura de muchos por el trato que el Presidente le brindó a Felipe Sapag, en ocasión de su visita a Chos Malal por los festejos del centenario de la ciudad. La presencia de Alfonsín el 4 de agosto de 1987 en la localidad del norte neuquino contó con la concurrencia de cientos de militantes del radicalismo y del MPN que se disputaron los espacios del acto central.

Por otra parte, los comicios se desarrollaron luego de que más de

medio millar de policías de la provincia dejaron atrás su acuartelamiento en instalaciones de la Escuela de Cadetes, poniendo fin a un prolongado conflicto de los agentes uniformados. El triunfo de la fórmula a gobernador por el MPN fue contundente obteniendo algo más del 47 % de los votos, seguido por la UCR. El PJ y su desprendimiento de la JDP (que reunió otros partidos en el Frente de la Democracia y la Participación), salieron en tercer y cuarto lugar, respectivamente.

En el año 1988, las diferencias planteadas en la interna nacional del peronismo, que enfrentó a Carlos Menem y Antonio Cafiero por la candidatura presidencial, tensionaron al PJ provincial. Entre los peronistas neuquinos las elecciones favorecieron a la candidatura del gobernador riojano. Ante esas internas partidarias, realizadas el 9 de julio, Oscar Parrilli, quien ganara la titularidad del PJ provincial propuso que su partido ocupara “el lugar en que estaba antes de la ruptura en 1986”.<sup>7</sup>

Hacia el final de década, la administración neuquina del MPN encabezada por el gobernador Salvatori, se mantuvo apegada al control partidario ejercido por el liderazgo de los Sapag. Sorteó numerosas dificultades en un contexto de creciente deterioro de la economía nacional y provincial. Para entonces, Felipe Sapag entendía que el país enfrentaba la “peor crisis económica”.<sup>8</sup> Se sucedieron conflictos salariales entre los empleados públicos provinciales, nucleados en la Asociación de Trabajadores del Estado (ATEN). También de los sindicatos ligados a las empresas estatales nacionales. El SUPE (Sindicato Unidos Petroleros del Estado) fue uno de los más activos, con medidas, en algunos casos defensivas, frente a propuestas de privatización de YPF. La CGT neuquina convocó en varias ocasiones a medidas de fuerza. Mientras tenían lugar esos conflictos, alimentados por la escalada de la inflación y el deterioro del poder de compra de los salarios, la administración provincial y la dirigencia del MPN procuraban evitar que Neuquén se sumara al listado de provincias que enfrentaban situaciones de parálisis general de sus servicios.

A pesar de todo, la actividad gubernamental procuró avanzar en proyectos ambiciosos, entre ellos el levantamiento de un polo petroquímico y

<sup>7</sup> *El Diario del Neuquén*, 28/06/1988.

<sup>8</sup> Reportaje a Felipe Sapag publicado en *El Diario del Neuquén*, 14/06/1988.

una planta de fertilizantes en las comarcas petroleras de Plaza Huincul-Cutral Có. Asimismo, el gobernador Salvatori buscó establecer acuerdos regionales con los restantes mandatarios provinciales del sur del país para la conformación del Parlamento Patagónico.

Por otra parte, en los ámbitos municipales se sucedieron diversas disputas entre la mayoría oficialista del MPN y los pequeños bloques opositores. Los primeros, impulsaron mejoras en el reparto de la coparticipación de los recursos destinados por la administración provincial. En cambio, los segundos, procuraron un mayor control sobre las decisiones de los ejecutivos comunales. A ello se sumaron numerosos conflictos con los empleados comunales por cuestiones salariales y de estabilidad en el empleo. Asimismo, en esos ámbitos, se buscó contar con Cartas Orgánicas que establecieran un ordenamiento general de la administración, abordaran temas de tributación y promovieran nuevos derechos para los vecinos. Otro tema fue un cambio en la estructura de representación. A la vanguardia de esta última discusión se encontró la comuna de la ciudad capital. Allí, se buscó convocar a una convención municipal que generara un sistema de reparto proporcional para su Concejo Deliberante, mientras que el MPN intentó sostener el esquema de mayoría y una única minoría vigentes, “concordante con el principio de gobernabilidad”.<sup>9</sup>

### **Los años noventa en Neuquén: recambio en el MPN, neoliberalismo y reformismo**

A finales de 1990 el partido gobernante en Neuquén empezó a discutir las candidaturas para el recambio provincial del año siguiente. Se pautaron elecciones internas para el 14 de abril de 1991. Se desataba una disputa que marcará la historia del partido provincial, al enfrentar a las dos figuras más importantes, Felipe y Elías Sapag, aunque no lo hicieron de manera directa. Felipe acompañó la candidatura de su hijo, Luis. Elías se inclinó a favor del exintendente de la ciudad de Neuquén, Jorge Sobisch, quien estaba acompañado por uno de los hijos del senador.

<sup>9</sup> *El Diario del Neuquén*, 10/07/1988.

Esa lucha facciosa tuvo tonos patrimonialistas. Para gran parte de la opinión pública, la nominación de Luis Sapag era la prueba contundente de continuismo y afirmación del núcleo familiar. Se planteaba que con su candidatura resumía la unidad, lealtad, tradición y experiencia. En cambio, los principales animadores de la fórmula encabezada por Sobisch retomaban las ideas renovadoras del MAPO y eran muy críticos con la administración de su propio partido, al señalar el sobredimensionamiento del Estado y prometiendo austeridad y transparencia. Una tercera lista postuló a Jorge Brillo. El 14 de abril, se presentaron a votar 37.427 afiliados, algo más del 70 % del padrón partidario, un porcentaje atípico de participación. La fórmula Sobisch-Sapag se impuso con el 48,5%. Para los ganadores, fue decisivo el comportamiento de los afiliados de la ciudad capital, interpelados por el discurso que cuestionaba el caudillismo y proponía mayor modernización e innovación en el Estado, muy a tono con el nuevo giro discursivo que estaba dando la política nacional en favor de tópicos del neoliberalismo.

En la Legislatura provincial, una parte del PJ comenzó a acompañar al oficialismo a partir de coincidencias respecto de cuestiones filosóficas y prácticas del programa neoliberal puestas en marcha a nivel nacional. De la misma manera, el nuevo gobernador neuquino entablaba una relación muy estrecha con el presidente Menem. Hasta su principal ministro, Domingo Cavallo, se metió de lleno en las disputas neuquinas y acusaba a las voces disidentes del partido provincial, que mantenían su enfrentamiento con Sobisch, de que “su modelo” de bienestar había perdido total vigencia.

A fines del año 1993, los bloques *emepenistas* y peronistas de la Legislatura provincial se pusieron a debatir el proyecto de reforma política enviado por el Poder Ejecutivo. Dicha iniciativa retomaba el espíritu reformador planteado en la campaña del MPN de 1991. Asumía la propuesta más audaz dentro de sus filas, favorable a la representación proporcional para el parlamento provincial. Cambio que, a su vez, habilitaría la alteración del criterio mayoritario presente en la distribución de cargos para los concejos deliberantes de los municipios. La iniciativa del gobierno tuvo la oposición de un sector de su partido que puso en duda la conveniencia de aplicar ese esquema de *proporcionalidad pura*, aferrados al sistema vigente de mayoría parlamentaria para el ganador de las elecciones. Finalmente, se



terminó imponiendo la propuesta del Ejecutivo por la vía de enmienda a la Constitución provincial, que aceptaba la distribución de las bancas mediante el sistema D'Hont. Por otra parte, la provincia se transformó en distrito único y se elevó el número de diputados provinciales de 25 a 35. El cambio allanó el camino a una legislatura más plural en la que las voces de los partidos pequeños tendrían cabida, y al mismo tiempo, la reforma favoreció una mayor fragmentación del sistema de partidos provincial. Asimismo, se dejó atrás el modelo no reeleccionista del titular del Ejecutivo estableciéndose una reelección inmediata. La creación de un Concejo de la Magistratura fue otra de las novedades introducidas. Los trece artículos modificados de la Constitución provincial fueron sometidos a consulta popular que se realizó en marzo de 1994. Triunfó el "Sí" con un total de 101.085 votos. El "No" sumó 62.152 sufragios. Ese proceso reformista incursionó en la arena municipal para dotar de Cartas Orgánicas a la mayor parte de las ciudades neuquinas. Con ello, nacieron compendios legislativos modernos para los gobiernos comunales que incluían los derechos de iniciativa, referéndum y revocatoria de los mandatos. También se incluyeron artículos sobre la defensa de la democracia, avances en materia del derecho de petición e información, entre otros, además de la convalidación de nuevos derechos (intereses difusos, derechos colectivos, etcétera) y se crearon figuras como la del Defensor del Pueblo.

Ese impulso reformista coincidió con la elección de convencionales constituyentes nacionales, que contaba previamente con el acuerdo entre peronistas y radicales, sellado por Menem y Alfonsín en el Pacto de Olivos. En los comicios del 10 de abril de 1994 se impuso una fuerza nueva —El Frente Grande— que llevaba como principal candidato al Obispo neuquino Jaime de Nevares. La elección ocurrió cuando la provincia y el país comenzaban a conocer detalles de la muerte del conscripto Omar Carrasco. El 6 de abril fue hallado su cuerpo asesinado, iniciándose una investigación que hundió aún más el prestigio de los militares argentinos. Cuatro meses después, la Ley Ricchieri de conscripción obligatoria, fue derogada. Junto con esa iniciativa, se redujeron las guarniciones en Neuquén, además de que muchos de sus edificios y predios en la provincia comenzaron a pasar a manos del empresariado privado. En la ciudad capital de la provincia, la venta de varios de esos predios terminó en manos de capitales extranjeros.

El último año del gobierno de Sobisch estuvo signado por la defini-

ción de candidaturas para 1995. El gobernador pretendía darle continuidad a una experiencia de ruptura al interior del MPN, queriendo plebiscitar la emergencia de un liderazgo de nuevo orden desde su reelección. Había enfrentado numerosos obstáculos de gestión, agravados por la falta de recursos durante la primera mitad de su administración. La recepción de fondos por la privatización de YPF le dio cierto alivio. Sobisch fue a las internas partidarias enfrentando a Felipe Sapag, quien iba por un cuarto gobierno. El domingo 24 de junio se llegó a la interna más disputada que tuvo la provincia hasta entonces. Sobisch fue derrotado. Votaron más de 100.000 electores. Por dos mil quinientos sufragios se impuso Felipe Sapag que comenzaría su último gobierno. Su presencia daba cuenta de que no había logrado asegurar una sucesión controlada y a su medida. A pesar de los muchos temores de fractura, el MPN mantuvo su unidad procesando la disputa por el liderazgo, sin perder las elecciones provinciales. Luego de la interna partidaria Felipe Sapag obtuvo el triunfo en las elecciones generales logrando más del 60% de los votos.

El contundente respaldo en las urnas a Sapag no fue suficiente para revertir un cuadro económico-social gravísimo para la provincia. El tiempo electoral de 1995 puso en tensión la concepción “menemista” de la política y también sus políticas sociales y económicas. El impacto del retiro del Estado Nacional en las áreas de la explotación de los recursos energéticos fue devastador para los trabajadores de esos sectores y de las comunidades residenciales donde estaban afincadas las empresas públicas. Mientras tanto, Sapag acusaba a su antecesor de haber despilfarrado los fondos públicos en gastos excesivos, sobre todo en prebendas electorales. Las denuncias sirvieron de fundamento para las medidas de ajuste que se impusieron, pasando de la promesa del bienestar en la campaña electoral a una situación de emergencia que exigía sacrificios. El gobernador dispuso la reducción del 50 % del incentivo por zona desfavorable que formaba parte del salario de más de treinta mil trabajadores del Estado provincial. La medida, impopular, motivó una ola de conflictos sindicales, equiparables a los que había enfrentado el último tramo de la administración Salvatori.

Las disposiciones adoptadas generaron una dura confrontación con los sindicatos docentes y el resto de los empleados estatales provinciales. A ello se sumó la primera pueblada de Cutral Co, en junio de 1996, que sor-

prendió al gobierno provincial. Se sabía del malestar existente aunque se desconocían sus verdaderos alcances. La decisión de dejar sin efecto el contrato firmado por Sobisch con el complejo “Cominco-Agrium”, agravó el disgusto de los residentes en las comarcas petroleras. Ese acuerdo suponía un establecimiento fabril que ocuparía a más de un millar de trabajadores. La privatización de la petrolera estatal YPF había dejado sin trabajo directo a cerca de 4.000 empleados y obreros, en su mayor parte residentes de Plaza Huincul y Cutral Co. La desocupación en esas comunidades era cercana al 30% de la población activa. En ese ambiente nacía un nuevo actor, los piqueteros, protagonistas de un tipo de acción colectiva caracterizada por su horizontalidad y espontaneidad. Los intentos de desalojar las protestas que tuvieron epicentro en el corte de la Ruta Nacional 22, con cientos de gendarmes enviados por el gobierno nacional, no dieron frutos. Según las crónicas, 20.000 personas participaron de las acciones. Un nuevo ciclo de protestas retornó en 1997, la segunda pueblada de Cutral Co, que coincidió con un prolongado conflicto protagonizado por el sindicato docente provincial. La muerte de Teresa Rodríguez por una bala policial el 12 de abril y la refriega de las fuerzas de seguridad en aquellas jornadas, debilitó aún más la credibilidad de la administración provincial y el liderazgo personal de Felipe.

Para el año 1999, mientras el MPN definía el retorno de Sobisch como candidato a la gobernación, en Neuquén nacía una nueva coalición alrededor del Frente Grande y la UCR, con la candidatura de Oscar Massei. La fecha de los comicios provinciales se estableció para el 26 de septiembre. La polarización entre el partido provincial y la Alianza fue muy marcada. Para entonces, el número de electores se acercaba a los 300.000. El padrón de votantes se había duplicado respecto del año 1983. El binomio Sobisch - Jorge Sapag se impuso con el 44.20 % de los votos. A quince mil votos de distancia quedó segunda la fórmula encabezada por Massei.

En consecuencia, la llegada del año 2000 confirmaba la continuidad del MPN con el liderazgo, ahora en manos de Jorge Sobisch. Este iniciaba un tiempo marcado por su impronta personal de hiperactivismo gubernamental y énfasis en la modernización provincial, a costa de abandonar las políticas de bienestar que habían caracterizado los primeros años ochenta. El gobernador encarnaba una administración de nuevo tipo al aunar en su

persona el rol de jefe de partido y de mandatario provincial. Lo cierto es que, durante los primeros ochenta, hubo un Partido-movimiento débil orgánicamente, con un líder carismático que ganaba elecciones y controlaba los resortes de un Estado que aún no había desarrollado todas sus capacidades. La situación dio un vuelco decisivo a partir del nuevo milenio: tanto el Estado como el Partido habían mutado y mucho de ello se debía a esa suerte de “león hambriento” encarnado en el gobernador que sería reelecto en 2003. Para entonces, y a diferencia de como los fundadores del MPN habían concebido el partido y su uso, Sobisch se encaminaba a construir un “principado de partido”, utilizándolo no como una maquinaria impersonal sino como un organismo vivo para construir su liderazgo. Así, y si bien nunca pudo competir con el liderazgo carismático de los dirigentes históricos, sí lo logró por la gestión gubernamental, personal y partidaria. Frente a ello, la oposición partidaria encabezada por el peronismo y el radicalismo no logró revertir su proceso de dispersión y dificultades para construir una alternativa competitiva. El resultado ha sido un dominio partidario continuo que se prolonga hasta la actualidad.

### Referencias bibliográficas

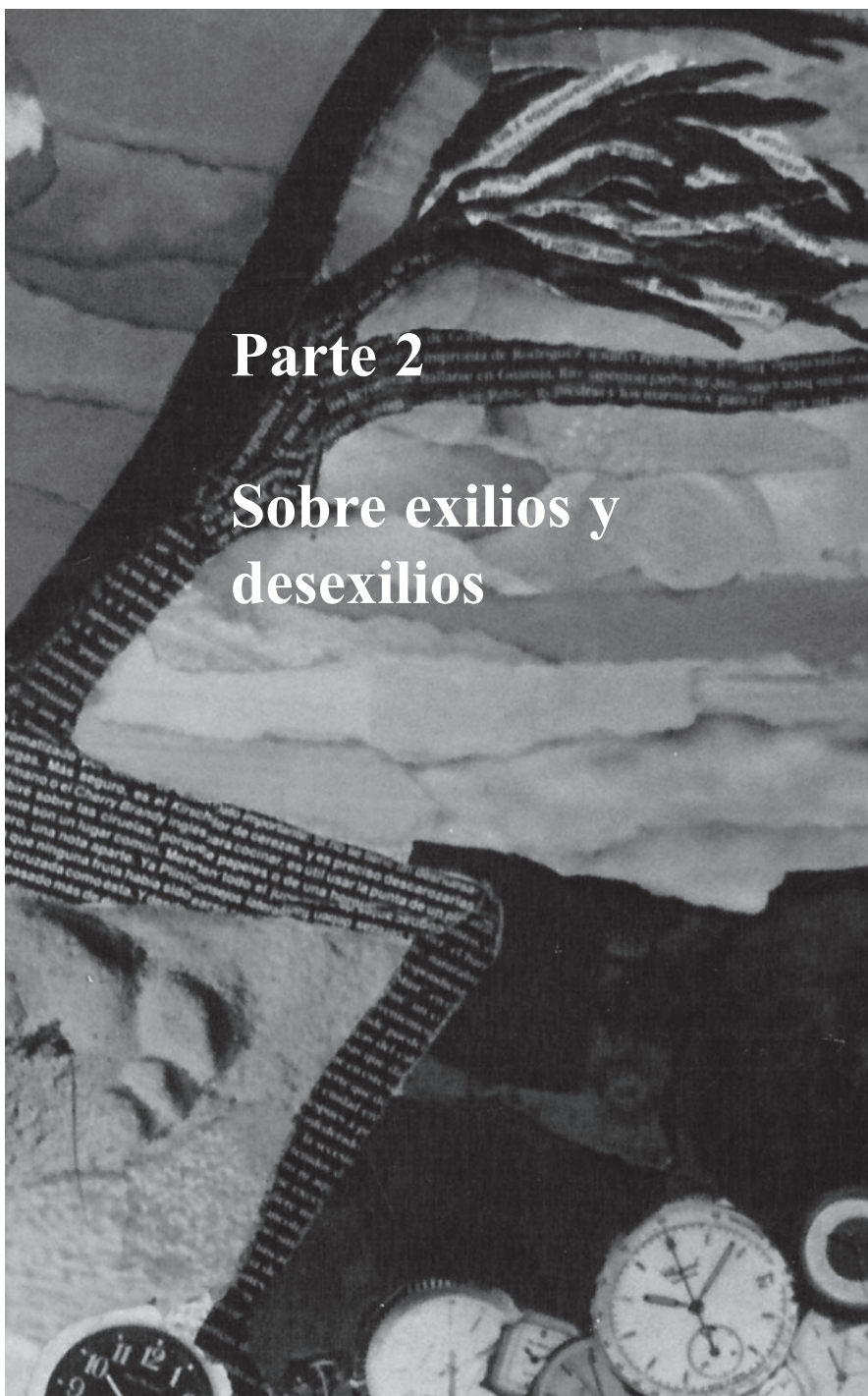
- Arias Bucciarelli, M. (2011). Los partidos políticos frente al «terrorismo de Estado» en el cono sur de América. Un estudio de caso: la campaña electoral de 1983 en Neuquén, Argentina. *Revista Estudios*, N° 25, 101-119.
- Arias Bucciarelli, M., González, A. y Scuri, C. (1998). Radicales y peronistas en la conformación del sistema político neuquino. *Revista de la Facultad*, N° 8, 153-179.
- Azconegui, M. C. (2017). Iglesia Católica, Pastoral de Migraciones y Derechos Humanos en Neuquén, 1979-1986. En F. Orietta y L. Fernando (Eds.), *Viejas tramas y nuevos sujetos. Instantáneas de la Patagonia Norte* (pp. 177-196). General Roca: Publifadecs.
- Balestra, R. y Ossona, J. L. (1983). *Los partidos provinciales*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Blanco, G., Gentile, M. B. y Quintar, J. (1998). *Neuquén. 40 años de vida institucional*. Neuquén: COPADE.

- Camino Vela, F. (Comp.) (2012). *El mundo de la política en la Patagonia norte*. Neuquén: Educo.
- Camino Vela, F. y Rafart, G. (2003). Hacia dónde va la Norpatagonia: Neuquén y Río Negro, una nueva región o una nueva provincia, proyecto de “partido” o una necesidad real. *Realidad Económica*, N°195, 55-75.
- \_\_\_\_\_ (2009). La Patagonia norte como excepción, sin alternancia y lejos del peronismo: partidos dominantes y oposiciones fragmentadas en las Provincias de Río Negro y Neuquén, 1983- 2007. *Revista Estudios*, N° 22, 61-73.
- \_\_\_\_\_ (2012). *Política y partidos en la Patagonia: 1983-2012*. General Roca: Publifadecs.
- Danza, F. (2017). Actores provinciales y federalismo. El Movimiento Popular Neuquino y el rol de sus representantes, 1983-1991. [Tesis de Maestría]. Recuperado de <http://repositorio.udesa.edu.ar/jspui/bitstream/10908/16648/1/%5bP%5d%5bW%5d%20T.M.%20His.%20Danza%2c%20Fernando.pdf>
- De Nevares, J. (1994). *La verdad nos hará libres*. Buenos Aires: Centro Nueva Tierra.
- Favaro, O. (1995). El Movimiento Popular Neuquino, 1961-1973. ¿Una experiencia neoperonista exitosa? *Estudios Sociales*, Vol. 8, 117-144.
- \_\_\_\_\_ (2016). Partidos y democracia en Argentina. El caso de un partido provincial con éxito: el Movimiento Popular Neuquino. *Revista Perspectivas de Políticas Públicas*, N°10. Recuperado de <http://revistas.unla.edu.ar/perspectivas/article/view/1015>
- \_\_\_\_\_ (2020). El sistema político neuquino. Movimiento Popular Neuquino, justicialismo y radicalismo (1958-1989). *(En)clave Comahue*, N° 26. Recuperado de <http://revela.uncoma.edu.ar/htdoc/revele/index.php/revistadelafacultad/article/view/2834>
- Favaro, O. e Iuorno, G. (1999). Las contradicciones en la política de

- Neuquén. El clivaje de 1973. *Anuario IEHS: Instituto de Estudios histórico sociales*.
- \_\_\_\_\_ (2005). *Sujetos sociales y políticas. Historia reciente de la Norpatagonia argentina*. Buenos Aires: La Colmena.
- \_\_\_\_\_ (Eds.) (2010). *El Arcón de la Historia Reciente en la Norpatagonia argentina*. Buenos Aires: Biblos.
- Favaro, O. et al. (2006). Política y protesta social en las provincias argentinas. En G. Caetano (Comp.), *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la Historia Reciente de América Latina* (pp.: 93-141). Buenos Aires: Clacso.
- Gallucci, L. (2011). Cambios y continuidades en un escenario de partido predominante. Una mirada sobre la competencia partidaria en la provincia de Neuquén. En J. M. Abal Medina (Comp.), *La política partidaria en Argentina* (pp. 185-227). Buenos Aires: Prometeo.
- García, N. B. (2006). De la naturaleza y del origen de la «neuquinidad». La institucionalización del pasado. Neuquén 1953-1976. *Historia Regional, Sección Historia*, N° 24, 11-27.
- \_\_\_\_\_ (2014). Cuando la fortaleza del consenso es interrumpida: la reconfiguración de la relación Estado, sociedad, partido. Neuquén, 1987-1991. Recuperado de <http://www.historiapolitica.com/datos/boletin/PolHis13.pdf>
- \_\_\_\_\_ (2018). Transición a la “neuquina” (1980-1983). *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Profesor Carlos Segreti”, Córdoba*, N°18, 89-115. Recuperado de <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/anuarioceh>.
- \_\_\_\_\_ (2019). Identidades políticas y disputa simbólica. Neuquén (1989-2006). En F. Camino Vela, G. Carrizo y M. A. Moroni (Coords.), *Las transiciones a la democracia en sus actores* (pp. 171-188). Rosario: Prohistoria.
- Gentile, B. (2013). *Cadáveres y votos*. Buenos Aires: Editorial Autores de Argentina.
- Giuliani, A. (2013). *Gas y Petróleo en la economía de Neuquén*. Neuquén: Educo.

- Palermo, V. (1988). *Neuquén, la creación de una sociedad*. Buenos Aires: CEAL.
- Pilatti, M. (2008). *Neuquén: Economía y Sociedad*. Neuquén: Educo.
- Quintar, J. (1998). *El Choconazo (1969-1970)*. Neuquén: Educo.
- Rafart, G. y Camino Vela, F. (2018). La política en la Patagonia desde el retorno de la democracia hasta la actualidad: 1983-2015. En C. Hammerschmidt y L. Pollastri (Eds.), *Patagonia Plural* (pp. 119-150). Postdam: Inolas publishers ltd.
- Rafart, G. (2005). Veinte años después: las elecciones del 2003 en Neuquén y Río Negro, entre partidos dominantes y políticos sin partidos. *Revista de la Facultad. Estudios Sociales*, N° 11, 143-168.
- \_\_\_\_ (2009). Las “partes” del Movimiento Popular Neuquino: un ensayo de interpretación de sus tiempos partidarios. *Revista de la Facultad*, N°15, 93-113.
- \_\_\_\_ (2016). La doble transición peronista en los ochenta: democracia y renovación de los peronismos en Neuquén. *Textos y Contextos desde el sur*, 2, N°4, 31-48. Recuperado de <http://www.revistas.unp.edu.ar/index.php/textosycontextos>
- \_\_\_\_ (2019a). Los peronismos de provincia en transición. Discutir la democracia y renovar el partido. En F. Camino Vela, G. Carrizo y M. A. Moroni (Coords.), *Las transiciones a la democracia en sus actores* (pp. 71-92). Rosario: Prohistoria.
- \_\_\_\_ (2019b). Neuquén y su transición (1980-1983). En M. A. Moroni (Comp.), *Actores políticos y reorganización partidaria en la Patagonia (1980-1983)* (pp.101-124). Santa Rosa: EdunlPam.
- \_\_\_\_ (2021). *El MPN y los otros. Política y partidos en Neuquén, 1983-2019*. General Roca: Publifadecs.





## Parte 2

# Sobre exilios y desexilios





# Identidades, exilios y desexilios: familias exiliadas en clave transgeneracional

Cristina B. García Vázquez\*

*Del exilio nadie regresa*  
Tomás E. Martínez (2009)

Hace ya varios años que Mario Benedetti nos recordaba que el olvido está lleno de memoria. La historia pareciera ser un caleidoscopio en el que una pieza puede resignificar el pasado, tras develar aquello que se ha querido ocultar. Solo el tiempo permite escudriñar los silencios contruidos. Después de largos cuarenta años, el *insilio/exilio/desexilio* de muchos argentinos se entrelaza en una trama vincular dentro de una dinámica histórica para, dicho en otros términos, desentrañar lo *no* contado a través de relatos singulares de desarraigos, no siempre superados. Es que todo necesita un tiempo y un lugar desde donde tomar distancia para verse a sí mismo en un entramado de relaciones sociales y familiares que arrojen luz a lo vivido.

Cuando iniciamos nuestra investigación lo hicimos con el objetivo de analizar las construcciones identitarias de la segunda generación de exiliados argentinos que la represión estatal de la última dictadura —y los años

\* Dra. en Antropología Social. Profesora e investigadora de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional del Comahue. Directora del proyecto de investigación "Identidades, exilios y democracia: análisis de casos de la segunda generación de exiliados argentinos de la última Dictadura militar", Facultad de Humanidades-UNCo.

previos a ella— había obligado a abandonar el país. Fue a través de una estrategia metodológica basada en reconstruir relatos personales de los adultos para, luego, acceder al de los hijos, lo que nos permitió descubrir una diversidad de experiencias en el campo exiliar, en el que se pudieron distinguir elementos comunes o similares, pero también dispares a la hora de mirar el pasado porque, claro está, no todos lo vivieron de la misma manera. Descubrir el lugar de enunciación, desde la posición y rol ejercido por cada uno a nivel generacional, supuso traspasar la trayectoria personal para comprender cada relato dentro de una urdimbre de interdependencias, contenidas en universos familiares que han sido resignificados a través de los años.

Sabemos que queda un largo camino por recorrer, que las dificultades a la hora de iluminar la memoria familiar/colectiva son muchas y complejas. Así y todo, este trabajo pretende realizar un primer acercamiento que ponga en escena un diálogo entre las generaciones y sus representaciones identitarias, atravesadas por el exilio y el *desexilio*.

### **El exilio como fenómeno social total**

Coincidimos con Silvina Jensen cuando afirma que el exilio es un “objeto poliédrico y dinámico” (2004 y 2011). Por ello, avanzar en los múltiples sentidos que encierra el término es ir más allá de una definición objetiva y profundizar en experiencias exiliares concretas. Al tratarse de un tipo de migración forzada —aun en los casos en donde se deje entrever un cierto grado de “elección” u “opción” frente al *insilio* o al no exilio— motivada por factores políticos e ideológicos, el exilio o, mejor dicho, los exilios (en plural) son parte de procesos migratorios dentro de dinámicas sociohistóricas que se viven, transitan, elaboran y reelaboran en tiempos y espacios que obligan a su resignificación. Hoy, resulta insuficiente resaltar las causas económicas y políticas para diferenciar a los migrantes económicos de los políticos; aunque se quiera hacer hincapié en que para unos es más una decisión “voluntaria” que para los otros. El “no tuve opción”, “no tenía que comer”, “no tenía trabajo”, encierra políticas de exclusión social que convierten a los Estados —en términos de la élite del poder de turno que manipula la maquinaria estatal— en responsables de diversos tipos de violencia.

En el caso que nos ocupa, a sabiendas de que las migraciones forzadas son efectos de una pluralidad de causas, se trata del exilio producto de la persecución política e ideológica, como una de las tantas formas de violencia que obligó a un sector de la población a abandonar el país en un período que va desde finales de los sesenta, y que alcanzó escalas inusitadas de una violencia brutal en los años setenta, hasta principios de los ochenta.

¿Por qué hablar de exilio y no de migración política? ¿Por qué identificarse como exiliado y no como migrante político? Ninguna de las personas entrevistadas se autodefinió como migrante político. Es que el término exilio encierra una connotación socioafectiva que dramatiza la ruptura (desgarros) de los múltiples entramados socioculturales de una experiencia de vida, con la esperanza de recuperarlos cuando las condiciones políticas así lo permitan.

De acuerdo con Dolores Juliano (2008), el proyecto de vida de las personas exiliadas está más relacionado con el país de origen que con el de refugio. Se sienten *visitantes temporales*. “Yo siempre tuve una valijita al lado de la puerta”, nos dijo Cristina, exiliada en Suecia con su familia o, en palabras de Marcelo, cuando relata cómo se sentía cuando llegó a Madrid: “(...) ‘yo estoy aquí, pero esto es una circunstancia, casi no me está pasando; me está pasando, pero esto no es mi vida’ ”. De este modo, podemos afirmar que se trata de un *estado transicional* que el retorno puede o no revertir —dependiendo de los casos— en tanto y en cuanto la disociación entre aquello que se dejó y la nueva sociedad (ajena y/o propia) se mantenga en un inquieto equilibrio (o desequilibrio) de nostalgias y angustias por lo perdido. En este sentido, como hecho migratorio, el exilio, más que individual, es un fenómeno social, colectivo, una urdimbre de vínculos y más vínculos; de relaciones sociales, relaciones de significación, en donde lo emocional juega un rol central en cada experiencia exiliar que, como tal, es única, plural y singular (García Vázquez, 2014). Visto como un *hecho social total*,<sup>1</sup> el exilio no puede ser fragmentado en partes inconexas, desde

---

<sup>1</sup> La noción de *hecho social total* fue elaborada por Marcel Mauss en su obra titulada “Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas”, publicado en *L' Année Sociologique*, tomo I, 1923-24 (Mauss, 1979). Reeditado en 1950 —año del fallecimiento de Mauss— en una compilación que reúne varios de sus estudios. Lévi-Strauss, a cargo de la Introducción, destaca el carácter tridimensional del “acto social total” al hacer coincidir las dimensiones sociológicas, históricas y fisiopsicológicas en la experiencia individual (Lévi-Strauss, 1979: 24).

una mirada egocéntrica de lo social, sino que se trata de una práctica individual y colectiva en la que se articula una diversidad de aspectos políticos, económicos, psicológicos, emocionales, culturales, corporales y generacionales, entre otros, que intervienen en la complejidad de las relaciones sociales que sustenta a cada trayectoria exiliar. Esta perspectiva analítica nos permite destacar varios aspectos del exilio:

- 1) Es *transindividual y transgeneracional*, puesto que supone experiencias singulares en una urdimbre de interacciones socioculturales, emocionales y políticas intrincadas en un proceso histórico que trasciende de generación en generación.
  
- 2) Si bien es pensado/sentido a través de las generaciones, se reconfigura en cada trayectoria individual dentro de un marco sociohistórico y a partir de experiencias singulares concretas. La variable generacional pone en juego la dimensión espaciotemporal *intra e intergeneracional* en una pluralidad de sentidos del ser/estar exiliado/a en tanto significante. Introducir el tiempo y el espacio como factores condicionantes en las representaciones exiliares de una misma generación conduce a múltiples significados sobre la propia trayectoria personal como colectiva. *Desde dónde se habla cuando se habla* de exilio no solo está asociado a una posición dentro de la estructura social y al grado de activismo político que se tuvo en el momento sociohistórico analizado —y en el presente— sino también desde una reflexividad del ex-exiliado que toma distancia para volver sobre sí mismo, en tanto constructor de su historia personal como de la memoria colectiva.

El factor etario y la distancia social y física cumple un rol central en este proceso de definición y redefinición de una generación que difícilmente pueda ser homogeneizada, aunque existan valores compartidos. Las tensiones y conflictos políticos del tiempo vivido se de-construyen y reconstruyen desde una mirada retrospectiva subjetiva, que marca diferencias y semejanzas mediante el despla-

zamiento espaciotemporal, a través del cual, pasado y presente se retroalimentan de un modo selectivo, susceptible al propio olvido (“no me acuerdo”, “se me mezcla en la memoria”), al ocultamiento intencional (“esto no sé si contártelo”, “apagá el grabador”, “esto nunca lo conté”)<sup>2</sup> y a los cambios sociales.

- 3) Del mismo modo que una generación no puede ser definida de un modo homogéneo ni en términos dicotómicos, las relaciones sociales no están exentas de un abismo generacional en el proceso de definiciones mutuas. Existe una tendencia a descontextualizar socialmente el Yo-exiliado/a, el Yo-padre/madre, el Yo-hijo/a del exilio, etc. Ser padre/ser hijo se enmarca en pautas sociales que dan forma a la institución familiar. De tal manera que, en el caso de los exiliados con hijos, el exilio irrumpe violentamente en la cotidianidad familiar, complejizada previamente por el contexto de persecución política e ideológica que obligó a muchos a salir del país y/o vivir en la clandestinidad. En términos socioantropológicos, es necesario pensar como categorías de análisis no tanto en *familias del exilio*, porque determinaría una especie de estado difícil de transformar —sin desconocer su carga emotiva— sino, más bien, en *familias exiliadas* —para indicar una condición provocada por causas específicas— con el objetivo de visualizar las relaciones conyugales y parentales construidas y reconstruidas en plena crisis política y social. Relaciones condicionadas, primero, por la presión de la persecución política e ideológica y, luego, por un espacio exiliar sociocultural y lingüísticamente diferente, en medio de un contexto sociohistórico en donde se empezaban a percibir cambios en las interacciones familiares y, por lo tanto, en las normas que rigen las

---

<sup>2</sup> Todo lo que se quiere ocultar o visibilizar en el discurso sucede de un modo consciente o inconsciente. Las razones pueden ser múltiples y trascienden la confiabilidad como sustrato de la relación entrevistado-entrevistador, sobre todo cuando se trata de experiencias biográficas en períodos de represión política que pueden poner en riesgo su propio relato y el del grupo y, por ende, los sentidos hegemónicos de la memoria colectiva.

relaciones generacionales de la conyugalidad y la parentalidad. En este sentido, la dinámica familiar no constituye un todo homogéneo frente al exilio sino, más bien, un conjunto de vínculos emocionales-existenciales que, en una intrincada trama interna, evocan una disparidad de percepciones sobre las experiencias exiliarias transitadas. Cabe, entonces, preguntarse ¿cómo afectó la persecución política y represiva al núcleo familiar? ¿Qué impacto generó el exilio en las familias exiliadas? ¿Cómo se elaboran y reelaboran los vínculos familiares cuando todo parece desmoronarse en el país de origen y en el exilio? ¿Y en el retorno?

### **Militancia, familias y exilio: identidades en tensión y transformación**

Ser mujer-hombre, madre-padre, trabajador/a, esposo/a, militante, exiliado/a, hijo/a, etc., y actuar de acuerdo con cada una de las expectativas socioculturales que definen a estas posiciones sociales, implica diversos grados de tensiones y conflictos que pueden reproducirse como mandatos sociales-familiares o generar resistencias en un contexto de profundos cambios sociopolíticos. Ampliar el periodo de análisis del exilio de argentinos, desde mediados de los sesenta hasta los años ochenta, es entender los momentos más cruentos de la represión política —y su profundización sistemática desde el golpe de Estado de 1976— como parte de un proceso que tiene su propia historicidad.<sup>3</sup> Y es, precisamente, esta última la que entra en dialéctica con las trayectorias personales al producir conflictos identitarios ante demandas sociales concretas de no fácil resolución (mujer/madre/esposa/trabajadora/militante o varón/padre/esposo/trabajador).

---

<sup>3</sup> Si nos retrotraemos más en el tiempo, habría que entender a la Argentina de finales del siglo XIX y del siglo XX no solo bajo su pretendida imagen de país de “puertas abiertas” sino, también, de persecuciones y represiones político-ideológicas y de exilios de los que fueran considerados adversarios (enemigos) políticos por gobiernos de raigambre autoritaria y conservadora. En este sentido, no podemos dejar de mencionar la violencia represiva sobre las poblaciones indígenas frente al avance implacable del Estado nación. Es claro, entonces, que la historia de los exilios va mucho más allá del período bajo estudio para adentrarse en el siglo XIX como una “práctica represiva extensiva”, como afirma Jensen (2004), a la que, no pocas veces, se recurrió a lo largo de las dos últimas centurias en nuestro país.

dor/militante). Como claramente lo manifiesta Gladis,<sup>4</sup> quien vivió el exilio en Alemania:

Yo preguntaba: ¿por qué?, ¿por qué organizarnos clandestinamente?, ¿por qué seguir?, (...) en realidad, yo estaba ahí en la duda. Porque yo quería ¡como la Susanita! [la de la historieta Mafalda], ¡tener un hogar! [se ríe]. No ser ama de casa, porque no me gustaba mucho, pero sí trabajar de maestra y tener chicos.

La época del 75 para mí era especial porque estaba enamorada, entonces quería formar un hogar, y también me empujaban a que me incorporara a una organización política clandestina, que a mí me gustaba, el PRT;<sup>5</sup> entonces tenía una contradicción muy grande ahí. En el 75 ya había mucha represión en el país, era muy difícil esa etapa y yo me tuve que ir de la universidad (...).<sup>6</sup>

Los movimientos sociales y políticos de los años sesenta generaron fuertes transformaciones sociales, políticas y culturales, sobre todo a partir de la segunda mitad de esa década y en la primera de 1970. Coincidimos en que el año 1968 constituyó un hito central para la convergencia de diversos sectores sociales en acciones de violencia colectiva frente al “cercenamiento de los derechos laborales, estudiantiles, políticos”, dando origen a una sucesión de protestas en diversas ciudades del país (Gordillo, 2019: 30).<sup>7</sup> La sociedad argentina, convulsionada por luchas sindicales e ideológico-políticas, fue dando lugar a mujeres cada vez más politizadas que no dudaban en convertirse en militantes y activistas sociales o experimentar una profunda contradicción, como lo manifiesta Gladis, con resultados dispares en la búsqueda de una transformación identitaria.

<sup>4</sup> Primera entrevista realizada por Jonas Kalmbach y Cristina García Vázquez el 10/03/19 en la ciudad de Neuquén.

<sup>5</sup> Partido Revolucionario de los Trabajadores.

<sup>6</sup> Gladis Sepúlveda estuvo detenida en la U9 de Neuquén en junio de 1976. De allí la llevaron a La Escuelita, en Bahía Blanca y, luego, a la cárcel de Villa Floresta para, finalmente, ser trasladada a Devoto. En el año 1979 le *conceden* el “derecho a la opción” y se exilia en Alemania. Retorna a Argentina en 1985. Hoy, es una de las principales referentes de la APDH en Neuquén.

<sup>7</sup> En este sentido, el *Cordobazo* generó un fuerte impacto a nivel nacional y abrió un ciclo de luchas políticas a partir de 1969, toda una serie de “azos” entre los que se destaca el llamado *Choconazo* (1969-1970) en la provincia del Neuquén.



Sabemos que no todas las organizaciones políticas asumieron como propias las reivindicaciones feministas si esto significaba poner en duda la estrategia militarista y verticalista que podía generar obstáculos a la lucha revolucionaria. Aunque excede a nuestro trabajo, no podemos dejar de mencionarlo puesto que se trata de contextualizar el exilio dentro de una urdimbre de vínculos sociales en crisis y transformación. De acuerdo con Catalina Trebisacce y Martín Mangiantini,<sup>8</sup> a excepción del PST, las organizaciones político-militares como PRT-ERP o Montoneros “caracterizaron al feminismo como una expresión de la burguesía y no como una herramienta válida para la lucha contra el capital” (2015:110-111). Una de nuestras entrevistadas sostuvo que los cuadros de conducción de Montoneros estaban principalmente ocupados por hombres y que, cuando tuvo la oportunidad de ascender a un nivel superior, su jefe inmediato le dio prioridad a un compañero varón, a pesar de tener ella una valuación más alta. Lo que me interesa destacar es que los cambios sociales y culturales en las mujeres no solo afectaron a la familia tradicional como institución, sino que, en tanto lenguaje de resistencia, generó profundas tensiones e incompatibilidades en su relación con el activismo político-militar, es decir, entre la vida personal/familiar y la praxis militante de cada agrupación. Se hacen presentes, también, en las reelaboraciones de los vínculos de las parejas que pretendían romper con los mandatos heredados de sus padres, los que en muchos casos tuvieron que reacomodarse —en mayor o menor grado— a los nuevos cambios generacionales. Partamos del siguiente relato:

(...) a los cinco meses tenía una panza ¡así! Yo no me había casado con él, vivía con él, y Rubén me dice: “Ahora que estoy trabajando en Hidronor ¿por qué no nos casamos? así tenés la obra social más asegurada”. (...) Yo, así lo pude visitar en Rawson, porque los milicos a los concubinos no los dejaban entrar. Yo después decía: “¡qué bueno que me casé!” (...), porque tenía otra amiga en Pinamar que no lo pudo visitar nunca a Miguel, porque ella era concubina. No pudo entrar nunca a la cárcel.

-¿Cuál fue la reacción de tus padres?

---

<sup>8</sup> En un breve artículo, analizan el posicionamiento del Partido Socialista de los Trabajadores (PST) en relación con los movimientos feministas, homosexuales y relaciones socioafectivas disidentes entre 1971 y 1975, brindando un panorama general de los cambios en los años sesenta y setenta.

Viví en pareja tres años. Y mi papá ahí me dijo: “Si vos te vas a vivir con Rubén sin casarte ¡olvidate que sos mi hija!” Yo me fui igual y, al mes, mi papá estaba llevándome cosas del negocio y “¡hola!”, como si nada hubiera pasado. Y mi mamá me dijo: “Mirá, hay muchas cosas tuyas que no entiendo, pero como yo sé que vos sos buena, sé que nunca vas a hacer algo que esté mal, si vos crees que eso está bien”.

Este breve testimonio nos sugiere varias reflexiones a tener en cuenta. En primer lugar, acerca de las tensiones parentales cuando los hijos cuestionan tradiciones culturales al asumir la libertad de elegir su pareja y salir de la órbita del dominio patriarcal; en segundo lugar, si bien con la afirmación “yo me fui igual” se cuestiona la autoridad paterna, por otro lado queda compensada su decisión por la validación de la madre —presencia de poderes invisibilizados o contrapoderes—; tercero, y es esto lo que queremos resaltar, lo que se pone en cuestión es la institución familiar tradicional a partir de una “ruptura generacional” que, más que cuestionar los roles de género, evidencia un *conflicto intergeneracional*<sup>9</sup> al transgredir los mandatos culturales establecidos. Y, por último, la afirmación de que los concubinos no podían entrar a ver a sus parejas en prisión permite entender cómo una práctica del ámbito privado/intimo se convierte en un asunto público y *estrictamente político*, puesto que cuestiona el marco legal y sagrado del matrimonio que legitima a la familia nuclear, considerada por el orden conservador como la base de la constitución de la sociedad y de la nación argentina. En consecuencia, se justifica un acto discriminatorio que valida las uniones matrimoniales *bendecidas* por la Iglesia (en nuestro caso, católicas, por ser mayoritarias) y legalizadas por el Estado. Si los tres “santuarios masculinos”, como afirman Georges Duby y Michelle Perrot (1991), han sido el de la religión, el militar y el político, irse a vivir en pareja sin atravesar los rituales establecidos representa una pauta contracultural

---

<sup>9</sup> Agradezco al doctor Roberto Follari esta observación que propone pensar las tensiones parentales de la época, no tanto como conflictos entre géneros sino, más bien, como una lucha intergeneracional. En los intercambios mantenidos me manifestó la enorme generosidad de México con los exiliados argentinos a partir de su propia experiencia personal. Follari se exilió en 1977 en Distrito Federal, tras una breve estancia en Brasil. En 1984 regresa a la provincia de Mendoza y se incorpora a la Universidad Nacional de Cuyo (Argentina) como docente-investigador.

al poder cívico-religioso-militar dominante de finales de los sesenta y de los setenta y, sobre todo, a partir de la dictadura militar.<sup>10</sup>

Podríamos decir que el gobierno militar se autoproclamó en el mesías —o los mesías, si tenemos presente a la cúpula mayor de las Fuerzas Armadas— que salvaguardaría desde el Estado-Padre, como afirma Jelin, a la familia y a la nación frente a la amenaza de la “subversión”, haciendo recaer directamente en los padres la responsabilidad de que sus hijos pudieran ser captados por fuerzas “subversivas”. Desde esa visión verticalista emanaba la voluntad de imponer el poder de dirigir cada espacio de la vida de los argentinos, entonces, la familia difícilmente podía escapar de la intromisión militar, en forma directa (allanamientos, secuestros masivos, etc.) o indirectamente, como, por ejemplo, a través de las publicidades televisivas: “ ‘¿Sabe Ud. dónde está su hijo ahora?’, urgiendo a los padres a que reproduzcan *ad infinitum* el trabajo de seguimiento, control e inteligencia que estaban llevando a cabo los militares” (Jelin, 2007:42-43).

Es aquí en donde se presenta una paradoja, en términos de Jelin: lo que para los militares debía ser la célula primaria de la tradición occidental y cristiana, se convirtió en la resistencia pacífica que accionó, a través de diversas organizaciones y de un modo creativo y sin tregua, como es el caso de “Madres de Plaza de Mayo” o de las “Abuelas”. Vale resaltar que, en la mayoría de los testimonios de las personas entrevistadas, el papel del padre, de la madre y el de las parejas,<sup>11</sup> fue fundamental en la búsqueda desesperada de ayuda para salvar a sus hijos y nietos de la persecución o de la prisión y, en muchos casos, para encontrarlos con vida. Podríamos distinguir

<sup>10</sup> La tapa de la revista *Para ti* de febrero de 1979 es un claro ejemplo. Bajo el titular centrado “Jorge Rafael Videla en familia”, la imagen fotográfica muestra a Videla con un niño en uno de sus brazos y en la otra mano alzando con su esposa a otro de sus hijos. No hace falta hacer un análisis de dicha tapa, es por demás elocuente el objetivo de los editores. La editorial Atlántida fue activamente partidaria de la dictadura.

<sup>11</sup> Es importante resaltar el rol de muchas mujeres en la búsqueda desesperada de sus parejas. El largo peregrinaje que atravesaron frente a la perversidad de las fuerzas armadas, las visitas permanentes a los penales una vez que los encontraban y el recorrido por embajadas, motivadas por la ilusión de encontrar asilo, merece un capítulo en nuestra historia reciente. Invasadas por el miedo, no bajaron los brazos en defensa por la vida. Vivieron situaciones desgarradoras que, en muchos casos, constituyeron una concatenación de sucesos que, sumado el exilio, deterioraron la convivencia conyugal y parental en cada uno de los espacios exiliares. Conocida es la elevada tasa de divorcios en el colectivo de exiliados.

diferentes grados de solidaridad de parientes consanguíneos y afines y de no parientes (amigos, vecinos, compañeros de trabajo o personalidades públicas) quienes actuaron en una trama social que les permitió, a muchos, salvar su vida y/o salir al exilio o favorecer el retorno. La incansable lucha del Obispo de Neuquén, Jaime de Nevares, y de Noemí Labruno, referentes clave en la defensa de los Derechos Humanos, la controversial figura de quien fuera cinco veces gobernador de Neuquén, *Don Felipe Sapag* o el caso del periodista Esteban que movilizó a varios periodistas locales para encontrarlo con vida, así como el de mucha gente más que actuó, de algún modo u otro, con prácticas concretas para salvar a un pariente o conocido —aun poniendo en riesgo su propia vida— merece que nos replanteemos ciertas categorías binarias que dificultan sacar a la luz las redes invisibles de solidaridad y resistencia, en una sociedad atravesada por el miedo y el terror. Las imágenes polarizadas de cualquier hecho histórico desvirtúan la complejidad de las relaciones sociales que pueden darse en una situación determinada. La lógica binaria impide descubrir la heterogeneidad de acciones presentes en una sociedad. Como nos dijo Gladis: “Mi familia estuvo al lado de Monseñor De Nevares, (...). Iban a reclamar al Quinto Cuerpo y los basureaban, los maltrataban, e iban a ver a Monseñor De Nevares para ver qué podían hacer y les levantaba el ánimo”. Otro ejemplo es el de Cristina,<sup>12</sup> cuando menciona el allanamiento que le hicieron a su tío: “Ellos eran [de aquellos que sostenían que] ‘no hay que meterse en política’ (...) Después de ese allanamiento, él cambió un poquito; no con nosotros, porque él y mi familia, más allá que uno pensara diferente, siempre me apoyaron”.

Esto nos obliga a descubrir un entramado de vínculos familiares, vecinos, amigos, etcétera, que reacciona de diversas y yuxtapuestas formas frente a la violencia represiva del Estado, como la protección de un familiar o la ayuda desinteresada para salvar la vida de una persona, sin dejar de reconocer que también existe la delación, la indiferencia moral, el “no te metás” y el miedo que inhibe a cualquier tipo de acción.

---

<sup>12</sup> María Cristina Vega se casa con Rubén Obeid —detenido en 1976 cerca de su casa en Barda del Medio (Río Negro) y a disposición del PEN por unos 3 años en la cárcel de Rawson—. Se exilian con su pequeña hija en Suecia en el año 1979. Cristina regresa con su hija Ivalú en 1984. Trabajó como docente de nivel primario. Hoy es una de las artistas plásticas más destacadas de Neuquén. Rubén vive en Borås (Suecia), no retornó.

### **Parentesco, amigos y exilio**

Las relaciones parentales pueden ser vistas como redes de contención, sin pretender generalizar, que se activan en momentos críticos. El parentesco, como institución, se define tanto por la consanguineidad real como por la ficticia. Hace tiempo que Eric Wolf ([1966]1999) manifestaba la importancia de las relaciones parentales y de amistad en las sociedades contemporáneas/complejas, y las transformaciones de las funciones del parentesco como resultado de las relaciones ideológicas y económico-políticas. Advierte “que esto sucede sobre todo con las funciones y no con las formas de parentesco” (1999:21). Si trasladamos este análisis a nuestro caso de estudio y tenemos en cuenta que las funciones básicas de la familia tienen que ver con satisfacer, como nos dice Wolf, las necesidades económicas, sociales, sexuales y afectivas, la salida forzada de un grupo familiar que sufre la persecución política, aún más en los casos en que alguno/s de sus miembros haya salido de la prisión por el derecho a la “opción”, genera un profundo desequilibrio en las relaciones conyugales y parentales y en la capacidad de la familia de dar respuestas a dichas necesidades. Aspectos que pueden agudizarse o readecuarse en diferentes grados, dependiendo del capital social y cultural de los propios individuos implicados y/o de las políticas de recepción del país de refugio como, así también, del estado de los vínculos internos de cada familia antes del exilio.

En todo fenómeno migratorio, las redes sociales de solidaridad de parientes, amigos y vecinos se constituyen en estructuras intermedias (Lomnitz, 2002) que favorecen la adaptación en una sociedad con patrones socioculturales diferentes a los de su origen. Claro que, los diversos tipos de reciprocidad/ayuda mutua están pautados por el trasfondo sociocultural de la población migrante. Como lo hemos manifestado en otro trabajo (García Vázquez, 2005), si tomamos como ejemplo a migrantes de origen indoamericano, la institución del compadrazgo, como parentesco ritual que complementa al consanguíneo, actúa como una estrategia adaptativa en el lugar de destino. En el caso de la Argentina y de sus principales centros urbanos, al tratarse de una población exiliada con una fuerte impronta de la matriz cultural europea con relaciones interpersonales más desacralizadas, los lazos de amistad, los sociales e ideológico-políticos, construidos previamente en el país, se reconfiguran como un “parentesco” ampliado ante la

necesidad de cubrir carencias afectivas. “Allá (Bélgica) eran todos tíos y tías”, nos dijo Telma, o Jordi al mencionar la importancia en su vida de los tíos *subrogados* entre los exiliados argentinos en Valencia. En palabras de Galia:

Si bien no había familia, en realidad no había familia de sangre, era tan familiar todo, yo no sé si tenía esa falencia de ¡no tengo mis tíos!  
(...) Mi vida no puede ser tal si no está México. (...), es como recordar el amor, la infancia, la familia. Esa sensación, que no tuve nunca más, de comunidad, de comunidad afectiva, de que tenés una manada que te protege, [eso] solo lo sentí allá, (...).

Las relaciones de amistad, de colegas y militantes, complementan o se yuxtaponen a los parentales. El *tiazgo*, si bien no posee la legitimidad normativa de la institución del compadrazgo, para los hijos cumple una función que compensa vínculos afectivos desarraigados por el exilio. En la nomenclatura parental, el tío/a es el hermano/a del padre y de la madre de un ego, de tal manera que, en nuestro caso, la amistad de los adultos se convierte en el sustrato que dota de sentidos a relaciones semejantes a las parentales. “¡A falta de familia...!” los hijos y los padres cubren, en lo posible, el “déficit emocional”<sup>13</sup> por la pérdida de vínculos afectivos del país natal.

En este sentido, el exilio redefine y reconfigura los lazos sociales mediante la creación de vínculos parentales no consanguíneos, ritualizados por la militancia partidaria. Compartir experiencias similares con otras familias exiliadas es contar con pares con quienes identificarse en la niñez y en la adolescencia: amigos que quedarán registrados en la memoria y que,

---

<sup>13</sup> Wolf (*op. cit.*: 28-31) diferencia dos tipos de amistades: 1) la expresiva o emocional y 2) la instrumental. Si, como afirma el autor, la primera queda limitada a la “relación entre un *ego* y un *alter*” o a su “círculo social”; en la segunda, “cada uno de los componentes de la misma actúa como potencial eslabón de conexión con otras personas del exterior”. Hacemos uso de esta distinción para resaltar su importancia psicológica y sociológica como “fuerzas compensatorias” en un proceso migratorio forzado, precedido por una violencia extrema, que reconstruye vínculos preexistentes y nuevos en un contexto sociocultural diferente. Tanto en un caso como en otro, estos vínculos de amistad contienen diferentes grados de afectividad, reciprocidad y confiabilidad; si bien son más fuertes en los primeros, no significa que estén ausentes en los segundos.

en muchos casos, han logrado mantenerse hasta el presente. Las amistades que se construyen en el nuevo vecindario, en la escuela del país receptor o en los centros de reunión de argentinos, favorecen la adaptación y permiten reelaborar el sentimiento de extranjería al sentirse parte de sus grupos etarios de pertenencia. El valor de la amistad en las diferentes etapas de la vida abre interrogantes sobre la percepción temporal del exilio para los niños/jóvenes porque, como nos afirmó uno de nuestros entrevistados, “uno siente que son los amigos que vas a tener toda la vida”.

Es importante recordar que dichos vínculos se enmarcan, para los adultos y en un principio, dentro de la idea *transicional* del exilio —aun en los casos en que el retorno no se concrete—. Los lazos familiares y de amistad se resignifican como estructuras paralelas en configuraciones espaciales transnacionales que, a través de cartas, grabaciones, llamadas de teléfono o viajes de los padres/hermanos/abuelos mantienen y reelaboran los afectos y el sentido de pertenencia con la Argentina. Por otro lado, los espacios exiliares constituyen centros de atracción que generan cadenas migratorias o, en nuestro caso, *exilios en cadena*, precedidos por relaciones interfamiliares e interpersonales atravesadas por experiencias traumáticas y dolorosas como la prisión, la persecución o la vida en clandestinidad. En este sentido, los entramados sociales previos a la huida pueden fortalecerse tanto con amistades afectivo-emocionales como con las instrumentales en los países de refugio. Así, los canales de comunicación que se construyen desde el exilio con el lugar de origen cumplen principalmente dos funciones: por un lado, logran mantener el contacto con la familia y amigos; por otro, brindan a los compañeros de militancia un posible resguardo fuera del país.

### **Los exilios se hablan entre sí a través de las generaciones**

¿Cómo no pensar el exilio en una trama *transgeneracional* si los propios relatos personales y familiares aparecen imbricados en una sucesión de experiencias exiliares, marcadas por hechos conflictivos como la Guerra Civil Española o el Holocausto?

La matriz cultural europea en la Argentina se incrementó sustancialmente con la migración masiva de finales del siglo XIX y principios del

XX. La tercera corriente migratoria cuantitativamente importante de europeos se produjo entre 1949-1952. A excepción de un solo caso, la ascendencia europea forma parte de la biografía familiar de cada una de las personas entrevistadas. Esto no es un dato menor, puesto que, constituye un corpus de factores étnicos, raciales y de clase que pudieron haber favorecido —u obstaculizado— en diferentes grados el proceso adaptativo y las construcciones identitarias en el espacio exiliar de destino.

A partir de la década de 1930, la política migratoria de “puertas abiertas” de finales del XIX, fue adquiriendo lineamientos restrictivos desde la Ley de Residencia (1902) y la de Defensa Social (1910). Entre los “indeseables” del momento, se encontraban quienes ponían en peligro la Argentina *blanca, europea y occidental* (chinos, japoneses, entre otros) como los que defendían ideologías —por ejemplo, el anarquismo— que cuestionaban a la oligarquía gobernante. La *peligrosidad* del extranjero se definía en términos etno-raciales y/o político-ideológicos. En esta dinámica migratoria, a finales de la década de 1930 y en la de 1940, ingresa un movimiento poblacional integrado por republicanos españoles y judíos que huían, los primeros del franquismo y, los segundos, del nazismo. Por ello, los relatos biográficos familiares nos permiten acceder de un modo indirecto, a través de sus hijos, a las experiencias de abuelos y/o padres forzados a salir de su lugar de origen. De esta manera, la segunda generación de exiliados argentinos, se convierte en una tercera o cuarta generación marcada por una sucesión de exilios políticos y económicos que, en muchos casos, no estuvieron ajenos a las consecuencias del racismo decimonónico que se institucionalizó del modo más macabro durante la primera mitad del siglo XX, como sucedió tanto en la Rusia zarista, como en la soviética y en el nazismo en Alemania. Así lo relata Diana:<sup>14</sup>

---

<sup>14</sup> Diana Kallmann se exilia en el año 1976 con sus dos hijos en México. Para ese entonces estaba casada con el músico Naldo Labrin, quien arriba unos meses antes al Distrito Federal al recibir la información de que se encontraba en una de las llamadas “listas negras”. La familia retorna a Neuquén en junio del año 1983. Permanece unos meses en Buenos Aires y se traslada a Neuquén en diciembre de 1983, cuando Labrin asume como Secretario de Cultura en el gobierno de Felipe Sapag (1983-1987).



Mi papá era judío, y de hecho sus padres murieron en un campo de concentración. Nació en 1913, se vino a la Argentina en 1938, a los 26 años. Su hermano fue capturado en un campo de concentración cuando él ya estaba en Argentina (...) Mi mamá era, también, hija de exiliados rusos-ucranianos.

Los padres de mi mamá llegaron en 1906 a Rivera, una comunidad judía que se asentó en las tierras que había comprado el Barón Hirsch en la provincia de Buenos Aires. Les asignaron un campo y vivieron ahí, una familia complicada, muy golpeada. [Eran] rusos judíos, habían sufrido también los *pogroms*, una vez le hablé a una psicóloga sobre mi abuela, y me dijo: “por lo que me estás describiendo, es una psicosis de guerra”. Mi abuela era insoportable (...). Pero digamos que sí, que toda la familia está marcada por el “hay otro lugar”, hubo un antes, en otro espacio. Y mis hijos también... Yo creo que, bueno, son circunstancias que te tocan vivir, en mi caso había sido casi una elección, en el caso de mi papá no tanto, en el caso de mis abuelos maternos tampoco, pero sí en el caso nuestro, habíamos elegido una militancia, una participación política. Pero todos sufrimos esta cosa del corazón partido, que se repite de distintas formas (...), de algún modo mi papá entendía a la colonia argentina [en México], (...) no era una persona nostálgica, como sí fuimos muchos argentinos, entre los que también me incluyo, éramos bastante tristes.<sup>15</sup>

O como nos cuenta Jorge,<sup>16</sup> en la entrevista en la que interviene, más adelante, su hijo Santiago:

-¿Dónde naciste, Jorge?

Jorge: en las islas Canarias, en el exilio de mi padre, era Republicano. Lo condenaron a muerte y le conmutaron la pena. En Canarias lo volvieron a condenar a muerte. Mi padre era médico, era un médico de pueblo. (...) Y fue médico de la República, y ascendió a Capitán, ¡Capitán médico de la

<sup>15</sup> Entrevista realizada por Joaquín Celedón y Jonas Kalmbach el 16 de septiembre de 2019 (Neuquén).

<sup>16</sup> Jorge López y su esposa Josefina Luro transitaron una sucesión de exilios externos e internos. En 1973 se establecen en Lima. Por problemas de salud de la madre de Josefina, a sabiendas del peligro que significaba regresar a Argentina, logran ingresar al país en 1976, dando inicio a una etapa de *insilio* en Neuquén para, luego, exiliarse en 1979 en Venezuela (con una breve estancia en Lima). Toda la familia regresa a Argentina en el año 1984.

República! Tantas historias me ha contado. Y mi hermano mayor, ¡la verdad no sé cómo hace! ¡se acuerda de todo!, me contaba que a nuestro padre lo salvan los soldados franquistas que él curó, porque una vez que está herido, es español, decía él. Eso lo salva. Era ateo, totalmente. Cuando estaba en Canarias lo salvan las monjas. Era el médico que atendía a los huérfanos y a los pobres.

Más adelante agrega:

Jorge: Bueno, nosotros nos asumimos exiliados hace poco. De hecho la primera actividad en la que yo participo como exiliado fue esta... la del libro.<sup>17</sup> Sí, descubrí que era hijo de exiliado y que estuve en el exilio como niño, hace no tanto.

-¿Qué querés decir con “nos asumimos exiliados hace poco tiempo”?

(...)

Jorge: Yo veo compañeros, la mayoría de los compañeros que pasaron por el exilio... ¡Yo viví en un cerro de Caracas!: música, alegría, dolores, muertos. No sé, pero yo sentía que no tenía mucho que ver con los demás, [a los] que veía mal, los veía torturados o zafando. Tengo compañeros que no se han recuperado más del exilio. A veces nos contaban las cosas. “¿Te acordás de Fulano?, ¿te acordás de Mengano?”

Santiago: Bueno, el abuelo también venía con muertos.

Jorge: ¡Muchos!

Santiago: (...) Él estaba en la primera línea, como médico. Así que también tiene muertos. No es una elección, es un poco más complicado.<sup>18</sup>

En cada uno de estos relatos, las experiencias de los padres —o abuelos— se vuelve inseparable de la propia, en un proceso de autodefinición identitaria que les permite encontrar las coincidencias, las diferencias y la comprensión mutua de lo vivido. Nos muestra de qué modo se deconstruyen y construyen trayectorias singulares a través de una cadena de exilios, enraizados en la memoria emotiva familiar. En ambos testimonios están

---

<sup>17</sup> Se refiere a la presentación del libro *Historias del exilio* de Marta Ronga y Ángela Beaufays (Comps.) en la Universidad Nacional del Comahue, el día 2 de octubre de 2018.

<sup>18</sup> Entrevista realizada el 15 de mayo 2019 por C. García Vázquez y J. Kalmbach (Neuquén).

presentes los hijos y los nietos, directa o indirectamente. La afirmación de Diana de que “toda la familia está marcada por el ‘hay otro lugar’, hubo un antes, en otro espacio, digamos,... Y mis hijos también (...) en todos los casos existe esta cosa del corazón partido”, o lo de Jorge cuando nos dice “nos asumimos exiliados hace poco tiempo” y la intervención de Santiago, posiciona a cada uno en una dinámica de autopercepción a partir de una representación de lo transitado por la generaciones anteriores.

No es raro imaginar el exilio como un “corazón partido” o mencionar a los muertos para hacer referencia a una sucesión de duelos que, en muchos casos, necesitan más de una generación para ser superados. Demasiadas pérdidas, persecuciones, torturas, silencios, hambre y culpas que subyacen en el viejo dicho “partir es morir un poco”. Recordemos que, entre sus acepciones, partir es también “partirse”, es duelo, es dolor pero también el “desafío o combate entre dos”, como lo manifiestan León y Rebeca Grinberg, tanto para los que se van como para los que se quedan: “partir duele... y ver partir a otros también duele y, a veces, mucho” (1984: 79). Un desplazamiento semántico que metafóricamente identifica *partir con morir* y *morir con partir*, entre sus múltiples sentidos. Pero, ¿cuál es el desafío de cada generación cuando se enfrenta a los miedos que se encarnan como propios y que son internalizados en cada proceso de socialización?, ¿cuál es el escenario de ese combate entre dos?

Las interdependencias mutuas expresan vinculaciones afectivas y emocionales que se profundizan en las urdimbres familiares y afectan de modos diferentes a cada subjetividad. No hay dudas de que es posible salir de ese círculo que implica un desprendimiento muy doloroso para quien lo pretenda transitar. Sin duda que no siempre se puede, no es fácil enfrentarse a tantos muertos del pasado y mitigar, de algún modo, tanto dolor porque esto conlleva la consecuencia inevitable de salir del papel de víctima, quitarse sus ropajes, liberarse de tantos mandatos familiares y sociales para reinventarse de un modo creativo en el mundo en que nos toca vivir. Quedar atrapados en muros infranqueables impide cualquier posibilidad de cambio, de transformación a nivel individual y societario. En este sentido, ¿cómo no conmocionarnos con el testimonio de Santiago cuando su meta, lejos de ser una experiencia personal, es absolutamente social y colectiva?

La inconmensurabilidad de un “Todo”, con mayúsculas, en el que es necesario comenzar a reconocernos y percibirnos:

Para salir del círculo hay que dejar de usar esa moneda (...) En lo personal, los procesos de dolor que yo aprendí a ver de mis antepasados, [de] mi abuelo a quien yo cuidé en su última etapa en Mar del Plata, que vino de la guerra, y a los procesos de mi papá que no pudo superar sanamente. ¿Por qué?, porque él tiende a ver a los muertos, y no es que busca muertos, sino que es una barrera muy grande de superar. Yo, la verdad, es que tuve que aprender a vivir viendo más allá de ellos, y tuve que *aprender a soltar los muertos que ¡ya no son míos!* Es un concepto superextraño y difícil de demostrar más que viviéndolo, buscando ayuda, buscando herramientas (...) Solamente estando en el presente, ¡sintiendo la vida!

El exilio —el propio, el de los padres y el de los hijos— es sentido/pensado a través de un relato narrativo, para definirse a sí mismo a partir de lazos familiares resignificados a través de las generaciones. Los vínculos familiares ampliados se hacen presentes a través de experiencias exiliares-*otras* que cuestionan la propia construcción identitaria. Las expresiones “estamos todos marcados” o “hay otro lugar” o “el abuelo venía también con muertos” muestra de qué modo el exilio se hunde en las profundidades de las trayectorias individuales y familiares. ¿Cuáles son esas marcas? ¿Desde qué lugar y tiempo se habla para afirmar que “hay otro lugar”? ¿Tiene ese “hubo un antes” que ver con las raíces, con todo aquello que se considera perdido, con el desarraigo? ¿Desde dónde se piensa ese otro lugar cuando el exilio forma parte del horizonte vital que se construye durante la niñez y la adolescencia? ¿Qué caminos transitar para aprender a *soltar los muertos* que ya no son nuestros?

### **Entre lo extraño y lo familiar**

Se entiende que “el lugar”, en términos socioantropológicos, hace referencia al espacio sociocultural y territorial en donde uno se reconoce en relación con otros semejantes. Las experiencias pueden ser disímiles, inclu-

so a lo largo de la propia vida de nuestros interlocutores. Para Lautaro,<sup>19</sup> que vivió en el exilio con sus padres desde los 4 hasta los 13 años en el Distrito Federal, ese otro lugar sigue siendo México. Cuando le preguntamos con qué palabras podía expresar sus sensaciones al regresar por cuestiones laborales a México en el año 2006, nos dijo:

(...) salí del aeropuerto, cuando abrí la ventana se me empezaron a abrir todas las puertas en la cabeza y me entré a acordar de todo, que yo había anulado, un mecanismo de defensa de la cabeza, no sé qué pasó, pero sí, ¡esa es la Tierra Santa! Fue una sensación de tranquilidad... Una jornada de trabajo muy fuerte, vos llegás a tu casa, te desabrochás el cinturón, te sacás la camisa y te relajás (...) *Llegué a casa, el hogar.*

Si México es percibido como el hogar, ¿cuál es, entonces, el lugar de exilio para los exiliados-hijos? El “lugar” queda semantizado, cargado de significaciones, es parte instituyente del proyecto de vida de una persona en su dinámica identitaria. El exilio fragmenta de diferentes maneras de acuerdo con el proceso adaptativo de la familia como una totalidad, pero también de cada uno de sus integrantes. Pero además relocaliza, resitúa el retorno en un espacio exiliar donde lo propio y lo ajeno, la mismidad y la otredad no siempre son lo mismo para los padres que para los hijos. Es en estos casos en los que las fronteras entre el exilio y el retorno se vuelven difusas. Como nos dijo Ivalú:<sup>20</sup>

Cuando volví a Argentina, ahí sí, extrañé un montón a Suecia, extrañé muchísimo, pero después me adapté rápido, lo que tienen los chicos, te adaptás. Después fue lindo, estaba toda la familia, fue lindo, pero el cambio fue fuerte.

Leyendo un artículo de hijos de exiliados, creo, me sentí como muy identificada. El tema de que cuando los padres volvieron, nosotros nos fuimos de allá, no que volví acá. Tenía incorporada a la familia, a mis abuelos..., *pero venir a la Argentina, no era venir Argentina, digamos, era irme de Suecia.*

---

<sup>19</sup> Entrevista realizada el 4 de diciembre de 2019 por C. García Vázquez y J. Celedón (Neuquén).

<sup>20</sup> Entrevista realizada el 11 de octubre de 2019 por C. García Vázquez (Neuquén).

Existe un patrón compartido por nuestros entrevistados/hijos en resaltar el carácter coercitivo, no solo del exilio sino también del retorno.<sup>21</sup> Sabemos que el regreso al país a partir de la reapertura democrática constituyó una nueva migración, la *contranostalgia* del exilio que Mario Benedetti (1983)<sup>22</sup> representó en el término *desexilio*, esa “curiosa nostalgia del exilio en plena patria”. ¿Pero cuál es la patria para los exiliados/hijos cuando fueron desarraigados en el doble movimiento exilio-retorno? “Yo sentí que me sacaron de un lugar y me volvieron a poner en otro”, nos dijo una de nuestras entrevistadas. Los hijos se encuentran, nuevamente, frente a una migración forzada, no eligieron ni el exilio ni el retorno y siempre queda la insatisfacción recurrente —y no pocas veces, el reproche a los padres— en preguntas como “¿¿por qué no nos quedamos?!”, “¿¿por qué volvemos?!”, que la propia inestabilidad política y económica de la Argentina contribuye a realimentar. En palabras dichas en una de nuestras entrevistas:

Yo siempre estaba tranquila mientras fueran más los años vividos en México que los años vividos en Argentina. (...) Cuando llegamos a los ocho en Argentina, ¡ahí se pudrió todo!, porque no quería que pasáramos los ocho, ¡yo quería volver a mi casa! . (...) es como que te sentís traicionado, un sentimiento rarísimo.

La infancia y la adolescencia son momentos clave en el proceso de socialización, aunque en edades más tempranas la adaptación sea más rápida; la adolescencia es más conflictiva, más aún cuando se ha atravesado en la niñez una primera experiencia exiliar y/o la experiencia compleja de la prisión de los padres y/o la vida en clandestinidad de la familia antes de salir del país.

---

<sup>21</sup> Sobre la experiencia del retorno de exiliados retornados a Argentina desde México, véase el artículo de Soledad Lastra (2013). Merecen destacarse las investigaciones de Héctor Maletta, Frida Szwarcberg y Rosalía Schneider a medidos de los 80 sobre aspectos psicosociales del retorno. Este equipo trabajó con una muestra integrada tanto con migrantes políticos como económicos/laborales que regresaron al país entre 1982-86, más algunos pocos casos que ingresaron entre 1980-81. En relación con el retorno de exiliados, véase Maletta *et al.* (1988).

<sup>22</sup> Artículo titulado “El desexilio” que publica en el diario *El País*, el 18 de abril de 1983.

Desde una perspectiva socioantropológica, en toda migración la relación entre lo extraño y lo familiar se transmuta a nivel subjetivo en antinomias equivalentes: lo familiar/lo extraño, lo conocido/lo desconocido, la seguridad/el peligro, la protección/el desamparo, etc. En el abismo generacional, las representaciones del exilio/retorno, a pesar de los discursos hegemónicos del pasado, no quedan registradas en las memorias individuales de un modo homogéneo. En los breves testimonios presentados se destacan distintas variables a tener en cuenta para destacar la heterogeneidad de las experiencias. Una de ellas es la edad, otra, las representaciones que se elaboran y reelaboran en el exilio del país de origen. En esto último, las experiencias vividas en el lugar de destino y las estrategias de los padres para “sostener” el entramado familiar de origen se vuelven decisivas en el proceso adaptativo de sus hijos. Los niños observan, escuchan, internalizan todo lo que gira a su alrededor: los juicios y los prejuicios, los amores y los odios, los miedos y las luchas, las persecuciones y las huidas, etc., en fin, son, si me permiten el término, como “esponjas” que absorben todo lo que hay en su entorno. No cabe duda de que cada uno hará, a través de los años, sus propias elaboraciones. Todos nuestros entrevistados pasaron por procesos terapéuticos —preferentemente psicoanalíticos— ya sea por propia voluntad y/o enviados por sus padres. Llamamos la atención al respecto porque en cada uno de los relatos de nuestros interlocutores hay interpretaciones previas que surgen durante el ejercicio de la memoria que, en el acto mismo de las entrevistas realizadas, vuelven a ser interpeladas. Quienes salieron del país a una temprana edad e iniciaron la escuela en los países de refugio y, años más tarde, regresaron con sus padres siendo adolescentes han atravesado un doble extrañamiento: experiencias existenciales/emocionales que suman nuevas pérdidas que pueden afectar, en diferentes grados, el sentido de pertenencia.

En esta dinámica de sucesivas migraciones y de exilios, el país de origen adopta imágenes ambivalentes y ambiguas. Cuando el lugar de destino (lo extraño) se identifica con el refugio, con el mundo que otorga seguridad ontológica, mientras que el de origen (lo familiar) con el peligro, la persecución y la tortura, la migración de retorno se transforma en un hecho

traumático con múltiples manifestaciones psicósomáticas.<sup>23</sup> Así lo describe Lautaro:<sup>24</sup>

Mi casa [en México] era muy grande y era un punto de encuentro (...). Y cuando alguien llegaba solía ir a casa (...). En el momento yo me escondía para ver lo que pasaba...Yo notaba que había algo raro, algo movilizaba a los adultos que estaban ansiosos y querían saber lo que pasaba acá (...). Y me comí muchas declaraciones de tipos que habían salido de plena tortura. Me acuerdo dos o tres que eran muy bestiales y que no me las saqué nunca más de la cabeza, y yo tenía 7 u 8 años, me sentaba en el borde de la escalera porque sabía que no me veían y escuchaba, escuchaba. Entonces, el miedo que tenía para volver era muy grande. El avión nuestro hizo escala en Perú y en Santiago de Chile, en Perú hacíamos trasbordo. A Perú llegué con un ganglio de este lado más grande que mi cabeza, entonces el médico me dio no sé qué, y ahí arranqué con un derrame nasal de Perú a Chile y el médico de Chile se dio cuenta, él fue el que dijo “este crío no quiere volver”. Entonces, recuerdo que me dijo: “volvés a Argentina que es tu casa”. Llegamos a Ezeiza, fuimos a la casa de una de las hermanas de mi mamá que me dijo: “bueno, estos son tus primos”. ¡Qué sé yo!, ni el olor, no sentía nada. Cuando regresé a México [en 2006] el olor fue fundamental, me entró a abrir puertas en la cabeza que yo había anulado... no sé qué pasó; pero sí, ¡esa es la Tierra Santa!

En palabras de una de nuestras entrevistadas:

Lo que estaba bueno cuando volvías es que la gente hablaba como vos,

<sup>23</sup> León y Rebeca Grinberg en *Psicoanálisis de la migración y del exilio* publicado en 1982, describen en detalle tres tipos de ansiedades que pueden padecer los migrantes: las persecutorias, las confusionales y las depresivas. Es importante resaltar que, si bien las presentan como ansiedades que se manifiestan en todos los procesos migratorios en diferentes grados, es claro que, en las migraciones forzadas se profundizan. Si trasladamos el análisis a la segunda generación, estos autores de un modo contundente marcan el carácter de “exiliados” de los hijos durante la infancia. En el caso de los adolescentes, se pueden vivir situaciones de mucho dolor y conflicto cuando el deseo de permanecer en el lugar de destino queda frustrado por depender de sus padres (adultos). El trabajo mencionado del matrimonio Grinberg, entre otros, es un hito dentro de los estudios migratorios (véase García Vázquez y Saal, 2019). León y Rebeca, de formación psicoanalítica, nacieron en Argentina. En 1976 se exiliaron en Madrid para, luego, instalarse en Barcelona en los años noventa hasta los últimos días de sus vidas.

<sup>24</sup> Recordemos que Lautaro regresa a Argentina con 13 años de edad.



(...). Eso estaba bueno. Volver a ver la miseria, eso era horrible, apenas llegamos cuando bajamos del aeropuerto. Volver a verlo era feo porque uno como que se olvida de eso. Sabés que está, pero se olvida ¡y volver a verlo, fue feo! Dejar de sentir la xenofobia también estaba bueno. El tema es que nos fuimos a Viedma, si nos hubiéramos ido a una ciudad más grande, hubiera sido distinto (...). Yo me sentía totalmente acorralada. Todo el mundo sabía quién eras vos.

La vida preexiliar, para una familia que tuvo que transitar la prisión de algunos de sus padres o de ambos o la vida en clandestinidad, sufre una tensión psicológica sin precedentes que afecta, en diferentes grados, a todos sus miembros. Los miedos y las culpas se expresan corporalmente, se encarnan en los cuerpos; son demasiadas cargas para una persona y para un núcleo familiar. Curiosamente, lo extraño, el nuevo país, puede distender o aliviar bajo la percepción de vivir en libertad. Subir a un avión de una aerolínea extranjera es una sensación de salvación que se acrecienta de un modo efectivo al pisar un suelo extranjero, como puede ser el aeropuerto de Barajas (Madrid): “Dije: ‘¡Nos salvamos’, respiré hondo y sentí que mi cuerpo se aflojaba”, nos manifestó José. Lo que llamamos “hogar”, “casa”, “pago”, “país natal”, todo lo que puede estar incluido en “lo familiar”, tiene esa doble cara de convertirse en un infierno del que es necesario huir en cuanto se pueda, pero el paso, ese tránsito hasta alcanzar el objetivo, es un “túnel” plagado de situaciones difíciles de describir, momento en que el tiempo pareciera detenerse dentro de un entramado de violencias de diversa índole. Cuando le preguntamos a Telma qué sentía cuando veía a un militar/policía en Argentina con sus 12/13 años:

Un pánico terrible, mucho miedo, una sensación de vértigo porque era una cuestión corporal. Y esa cosa de “no me tengo que equivocar”, que “no tengo que decir esto”. Eso lo tenía siempre... El miedo de no regresar. Por ejemplo, cuando fuimos a la [Policía] Federal, el miedo de no salir de ahí. Teníamos que tener cuidado con lo que hablábamos y, además, teníamos que tener cuidado de que no se notara el miedo. Lo más probable es que tartamudearas, ¡pero vos no tenías que tartamudear!!!

No sé si eso les pasaba a mis hermanos. Supongo que nos pasaba a los tres.

No sé cómo lo veían ellos. Yo lo viví así, ¡era un miedo que se metía en el cuerpo!!!

La sensación de vulnerabilidad, de indefensión, en fin, de desamparo, se expresa corporalmente, no hay palabras para describirlo. En todas las entrevistas, de una forma u otra, siempre los miedos estuvieron presentes en los discursos de nuestros interlocutores, al recordar tanto la vida en el país y su salida forzosa como las incertidumbres implícitas en el retorno. En el mismo acto interpretativo de la entrevista se exponen las emociones de un sujeto en particular. Aunque la manifestación del miedo sea individual, lo que interesa es la trama intersubjetiva que trasciende al sujeto y a su núcleo familiar, para descubrirlo como un fenómeno colectivo. Los miedos sociales “están ahí”, y son utilizados de diferentes maneras en cada uno de escenarios sociopolíticos. Norbert Lechner afirma que “nuestros miedos tienen historia”, frente a experiencias traumáticas vividas por las sociedades, un “tupido velo de silencio” hace desaparecer de las memorias las heridas sin cicatrizar (1998:181).

No es raro que esto ocurra cuando nuestros silencios ocultan e invisibilizan aquello que puede provocar la exclusión o estigmatización de una persona. El retorno no se desprende de los estigmas preconcebidos que provoca el exilio del país natal. Se necesita que los propios afectados elaboren estrategias identitarias que reivindiquen, desde una posición crítica, su lugar en un contexto histórico. Los otros siempre están presentes, el problema es cómo siente/piensa/crea una persona que esos otros piensan de un nosotros. Erving Goffman ([1963]1995) introduce el concepto de “enmascaramiento de la identidad” para hacer referencia a cómo los individuos, frente a determinadas situaciones, redefinen su identidad para lograr la aceptación del grupo al que aspiran pertenecer. Silenciar un pasado es una estrategia de ocultamiento ante la posible estigmatización de lo vivido y sufrido. Se necesita tiempo para superar los miedos, si es que alguna vez se logra. El retorno puede implicar un largo proceso de readaptación, en el que se hace necesario reconstruir la vida o recuperar la posición perdida mientras se redefine la identidad frente a una nueva realidad del país en la que aún perduran las “marcas” del pasado. La identidad queda escindida entre lo que se dice y lo que se calla, entre el pasado exiliar y el retorno; más aún,

cuando se pierde el anonimato al retornar a pequeñas ciudades en donde la exposición pública se hace cotidiana y el control social se percibe a partir de mensajes cargados de ironías. Sentirse observado o “acorralado” puede conducir a buscar nuevas estrategias de huida (otra forma de *escapar del* lugar de origen) como, por ejemplo, migrar a otras ciudades o pueblos para recuperar el anonimato o, incluso, pensar en un posible regreso al país del exilio. Estos procesos pueden ser largos, muy difíciles y dolorosos. Por tal razón, los miedos, los prejuicios y la presión social llevan a los padres a insistentes presiones sobre los hijos para silenciar u ocultar los motivos por los cuáles estuvieron fuera del país. Lejos de desvanecerse, los temores subsisten, y lo familiar, el lugar de origen, sigue bajo un manto de incertidumbre y riesgos, aun hasta la actualidad. El “no digas o no cuentes por qué viviste en...”. “no digas esto, no digas lo otro” o el “no sé” ante alguna pregunta o “no digas que fuiste exiliado” son mandatos que pueden reproducir muchos miedos y, en consecuencia, generar mucha culpa que afecta, de un modo u otro, a los hijos. Un día un compañero de la escuela primaria en Neuquén la invita a una de nuestras entrevistadas —en ese entonces con 11 años— a su casa. Aún mantiene en su memoria la imagen del padre preguntando:

¿Así que vos viviste fuera del país?, ¿por qué?

E.: No sé.

-¿Tu papá trabaja en alguna empresa?

E.: No sé

En palabras de Galia:

Era como que no tenías que hablar de eso, no tenías que decir que fuiste exiliado. Yo viví con mucha culpa estar viva y criada por mis padres, porque además, cuando empieza todo el tema del juicio a las Juntas y todo eso, yo llegué a escuchar: “¿y vos por qué estás vivo?” o “¿vos por qué zafaste?” (...), entonces era como “mejor de esto no hablemos”. Y creería que el lenguaje cifrado lo incorporé más en esa época que en México.

(...) el país del miedo para nosotros era Argentina (...) Yo tengo muy incorporada la cosa de la *persecuta*, y creo que se afianzó más en Argentina que

en México, porque en México no nos perseguía nadie. Acá había gente desaparecida, había familias desaparecidas, niños desaparecidos. Y tampoco te identificabas mucho, porque... de qué te vas a quejar si estas vivo y te criaron tus viejos. (...) Y había cosas que a mí me pasaban, y yo no tenía con quién compartirlas.

Cuando lo extraño deja de serlo y se transforma en familiar, es porque la condición de migrante, de exiliado logra flexibilizar los límites que separan al extranjero de los nativos y se construyen códigos comunicacionales que favorecen la adaptación, a través de espacios sociales de convivencia inclusivos en términos de igualdad, sin negar la diferencia:

(...) era el argentino en México. Era, por un lado, lindo y, por otro, no. Era lindo decir “tengo algo particular, algo distinto al resto” (...), pero después empecé a ser el hijo de uno de los músicos de *Sanampay* y ahí se me fue abriendo otra puerta, me empezaron a integrar de otra manera, ya era Lauta, no era más el argentino. Fue coincidente porque yo empecé la primaria cuando me pasaron a la privada, hice primer grado hasta séptimo con los mismos amigos. (...) Me terminé haciendo uno más del montón, con amigos con los que jugábamos al fútbol, al box, al fútbol americano, al béisbol, a las cartas... Incluso cuando me decían argentino yo no tenía la sensación de que era otro, que era agua de otro pozo... Cuando llegué acá, era el mexicano.

El espacio escolar es fundamental en el proceso de socialización. La apertura que tenga una sociedad hacia los extranjeros puede promover la tolerancia en diferentes grados: desde el diálogo que valora la diferencia en busca de la igualdad hasta la aceptación del otro, pero manteniendo las distancias sociales que, a corto o largo plazo, podrán ser superadas mediante la asimilación del extranjero a la cultura de la sociedad dominante. Las experiencias pueden ser muy dispares:

[En Suecia] yo era un inmigrante, aunque los lugares donde vivíamos eran los barrios más pobres, pero uno no lo sabía, o capaz por la forma en la que nos educaban, éramos todos iguales y ¡lo sentí así realmente! Yo nunca sentí la dis-

criminación de chica, ¡nunca lo sentí! Como que siempre sentí lo contrario, sentí mucha inclusión. Incluso en la guardería tuve una maestra que tenía dos niñas, con ellas me hice muy amiga, sobre todo con una. Esa maestra falleció, estando yo ahí, y a las chicas las crió su abuela, yo estaba mucho en la casa de ellas, tenían una granja. Muy de película: ¡los granjeros rubios! (Ivalú)

Los anhelos de pertenecer, de formar parte de la sociedad de refugio, no siempre encuentran una respuesta recíproca por parte de esta última. Los prejuicios son fenómenos cognitivos, emocionales y activo-conductuales que justifican prácticas concretas de discriminación. Las valoraciones sobre el otro, el extraño, el exiliado, el extranjero, el refugiado, etc., lo ubican dentro de una estructura de dominación, en complejas relaciones de poder: en algunos casos, por más que *haga lo que haga nunca será parte de la sociedad dominante*. La otredad incomoda de múltiples formas. El extranjero es siempre un otro, es alguien de “fuera” que está “dentro”, diferenciación que afecta tanto a la propia subjetividad como a las relaciones intersubjetivas del lugar de destino. La alteridad interpela a un sujeto que, ante un posible rechazo, buscará atenuarlo o resistirlo mediante la apropiación creativa de ciertas habilidades que parecieran ser solo patrimonio de los nativos. Es aquí, en las transgresiones de las fronteras, donde la presencia del extranjero puede incomodar, molestar y enfadar. Como lo relata una de nuestras entrevistadas:

Era un barrio muy belga (...) muy xenofóbico. Al principio iba a la escuela ahí, me trataban tan mal, no tanto con los pibes, sí con los profesores. Tenía una profesora de francés que era una ¡hija de puta! Entonces, yo percibía que la tía me tenía ¡asco!, entonces me esforzaba y aprendí rápidamente, no tanto a hablar, sino a escribir bien para que la tía esa no me cagara. Y una vez, en una instancia de evaluación, yo había aprobado y parece que la mayoría no había aprobado, y entonces ella les dijo que: ¡cómo podía ser que una extranjera tuviera mejores notas que ellos! No me extrañaba que dijera esto, ella me mostraba permanentemente su asco.

La sociedad receptora impone al exiliado una identidad que no siempre es fácil de negociar. La autodefinición surge frente a una otredad que

cuestiona; en este caso, entre realidades socioculturales contrastantes de un país que expulsó sin posibilidades de retorno y uno nuevo donde urge buscar identificaciones.

### **Entrecruzamiento de identidades**

Abordar procesos identitarios es transitar por un camino cargado de complejidades; puesto que, en palabras de Bauman (2010), constituyen un verdadero “amasijo de problemas”. En primer lugar, porque sabemos que no existe una identidad dada sino que se trata de una identificación con... Es una *ficción*, como afirma Balibar, una invención que necesita ser reinventada en cada situación y contexto histórico. Y, en segundo lugar, reflexionar sobre las identidades (en plural) de quienes vivieron y viven experiencias exiliares o migratorias es poner de relieve tanto una dimensión subjetiva (intrasubjetiva) como intersubjetiva, que obliga a reconocer la diversidad de dichas construcciones con las que debe lidiar un sujeto y su grupo de pertenencia. ¿Quién soy? ¿Quiénes somos? ¿Quiénes son ellos? ¿Quiénes nosotros? son preguntas condicionadas por el carácter situacional y contrastante de nuestras identidades. Sus respuestas dependerán del modo en que la singularidad de una trayectoria individual se articule con la historicidad del exilio —o la identidad personal con la sociocultural—. En este sentido, podríamos pensar en *desplazamientos identitarios*<sup>25</sup> *situados* para resaltar las variables espacio-temporales que sacan a la luz las múltiples identidades que se entrecruzan en un mismo individuo, siempre desde un enfoque relacional y que, en un momento y lugar determinado, una de ellas adquiere un sentido diferenciador en el encuentro con el otro.

Al preguntarle a la primera generación de exiliados si seguían sintiéndose exiliados, las respuestas fueron diversas aun entre quienes habían optado por el no retorno.<sup>26</sup> Por un lado, quienes reivindican su condición de exiliados, en el caso de los no retornados, por otro, los que afirman que

---

<sup>25</sup> Esta idea de *desplazamientos identitarios* surgió en un intercambio que tuvimos con Jonas Kalmbach al analizar la experiencia de uno de nuestros interlocutores, y se basa en la obra de Richard Sennet, titulada, *El extranjero. Dos ensayos sobre el exilio* (véase la mención de este autor en el artículo de Kalmbach en este mismo libro). La necesidad de agregar “situados” se entronca con lo que algunos autores llaman “negociación situacional de la identidad” y que he utilizado en otros trabajos.

<sup>26</sup> En el año 2015 realicé entrevistas a exiliados argentinos que viven actualmente en Madrid.

al retornar o al permanecer en el país de refugio ya no lo son. En estos dos últimos casos, la dificultad para definirse queda reducida en agregar un “*ex*” a exiliado o el cambio de condición de exiliado (político) a migrante económico-laboral para los que no retornaron. Sin embargo, en una misma experiencia pueden transitarse varias de estas condiciones: exiliado-migrante-retornado. Como el caso de Laura, quien se exilió en Madrid con su familia en el año 1977 y retorna a Neuquén en 2018. Al preguntarle en Madrid si seguía sintiéndose una exiliada, respondió:

¡Qué difícil contestarte! Yo te diría que me sigo sintiendo una argentina, ¡eso está claro! Exiliada, no. Han pasado unas cosas curiosas. Cuando se podía pedir por el exilio una indemnización, estuve una noche sin dormir escribiendo. Y me acuerdo que a la mañana siguiente dije: “No, yo no quiero esta indemnización, porque esta indemnización se apodera de mí, de mi decisión de estar aquí. Yo ahora estoy aquí, lo que he construido es mío y no soy ninguna víctima”. Esa fue la sensación, ¿no? Creo que en aquel momento me quitó mucho del exilio. Ahora bien, que yo no me sienta una exiliada no quiere decir que esté en el origen, en el fundamento y la explicación de por qué me vine aquí [Madrid]. Sí, me sigo sintiendo argentina, me siento argentina. Eso está claro. Bueno, es que me parece que no podría sentirme otra cosa distinta, ¿no?

El exilio es la razón de estar “fuera” del propio país; pero los motivos por los cuales alguien decide permanecer y no retornar pasan por una “elección” en la que se sopesan los pros y los contras del retorno. En términos generales son estas diferencias las que aducen quienes se autodefinen por un término o por el otro. La apertura de un escenario democrático, aunque cargado de mucha incertidumbre, libera de las cadenas que atan a la propia condición del exiliado (imposición de salir-imposibilidad de retornar). Dejar atrás el exilio, no victimizarse, es empoderarse de su propio destino y el de su familia, y reafirmar una identidad, en este caso, nacional que, aun habiendo sido privada de compartir su vida en el lugar de origen, se distancia de toda categoría ideológico-política, para resaltar los factores socioculturales: “Me siento argentina... no podría sentirme otra cosa distinta, ¿no?”

Pero también están quienes se redefinen como exiliados desde una praxis política que reivindica una reparación histórica por ser víctimas de la dictadura y el papel del exilio en la defensa de los derechos humanos. En este sentido, estar “fuera” o “dentro” del país a partir de la reapertura democrática no pareciera ser una condición *sine qua non* para sentirse o no un exiliado. Todas las personas entrevistadas han resaltado lo difícil que fue retornar, en algunos casos, más que el propio exilio. Aunque el tiempo todo lo puede, sentirse un extranjero en su propia tierra provoca situaciones de mucha angustia. El lugar de origen se siente como ajeno, distante y poco o nada interesado en saber sobre el que se fue y volvió. No es extraño que en estos procesos el retorno plantee un fuerte conflicto interno a nivel familiar. Mientras que para los padres era liberarse del exilio, para los hijos, era una nueva imposición: “Yo no me quería venir. Además [estaba] ese estigma [de] que si vos no te volvías eras un traidor a la Patria”, afirma una de nuestras entrevistadas, y agrega: “(...) no podías decir: ‘¡no me quiero volver porque me gusta más quedarme acá!’, y no tenía nada de malo, pero eso era vivido como una traición a la causa, ¡a esto y aquello!!! Yo la verdad ¡no me quería volver!”.

Entre todas estas identidades, hay quienes afirman ser *transterrados*<sup>27</sup> (García Vázquez, 2015). Reemplazar el término exiliarse por el de *transterrarse* es sentirse parte de una comunidad lingüística y cultural que va más allá de los límites territoriales de un Estado nación. Es posible “echar raíces en otro lugar, sin perder las propias” (García Vázquez y Saal, 2019). De esta manera, por un lado, se supera el determinismo de la identidad nacional y de la impronta territorial en su configuración y, por otro, evidencia el carácter transgeneracional y transnacional de los fenómenos migratorios que comparten una historicidad común.

Aunque en principio pudiera ser una experiencia superadora o una identidad refugio, resulta impensable reflexionar sobre los procesos identitarios de los padres e hijos —hoy adultos— si no se reconoce el exilio en cada trayectoria singular y familiar. Si consideramos que toda conciencia de identidad va unida a una conciencia de alteridad, en muchos casos, la

---

<sup>27</sup> El término fue creado por el español José Gaos, exiliado en México, como una condición que supera la idea de desterrado.



mirada sobre sí mismos parte del reconocimiento de todo lo que significó un espacio sociocultural exiliar en sus vidas como, así también, de las diferencias y similitudes que los alejan o los acercan a los padres. Las memorias familiares son portadoras de mundos diversos con múltiples sentidos que, a través del tiempo y el espacio imaginado o compartido, se intentan rescatar. En tanto proceso migratorio, la percepción del lugar de destino exiliar, no necesariamente implica que sea concebido de la misma manera por cada integrante de la familia. Es decir que, aunque se trate de un desplazamiento forzado del mundo cultural de origen a otro diferente, los sentidos de pertenencia se transforman al resignificarse tanto el espacio exiliar como el de origen. Si entendemos a la cultura desde una perspectiva socio-semiótica en la que las identidades se construyen, el cambio brusco de un lugar de residencia a otro conlleva nuevas relaciones sociales y de significación. De tal manera que, siguiendo a García Canclini, en espacios atravesados por la diversidad cultural, más que detenernos en cómo se organiza una identidad, debemos centrarnos en descubrir cómo se reelabora el sentido interculturalmente (2006: 35-36). Todos nuestros entrevistados-hijos han valorado positivamente el hecho de vivir en culturas diferentes como experiencias de aprendizaje enriquecedoras, que amplían el horizonte vital de significación del mundo propio. Esto nos obliga a redefinir el lugar de destino no tanto en su relación con el desarraigo —sin dejar de reconocer el dolor por las pérdidas— sino más bien como un espacio sociocultural y comunicacional de carácter intercultural, no solo en su relación con la sociedad de recepción sino también dentro del colectivo de exiliados diferenciados por sus identidades nacionales, pero aglutinados bajo una pretendida unicidad sociohistórica supranacional, como lo es identificarse como latinoamericano. Así, América Latina se concibe como un espacio identitario de *refugio* (Juliano, 1994 y 2008), en tanto identidad *inclusiva* que borra o vuelve “porosas” las fronteras nacionales latinoamericanas, pero *exclusiva o excluyente* frente a otras alteridades, por ejemplo, de raigambre anglosajona.

No es extraño, entonces, que la vida en otro país abra un abanico de posibilidades que resignifiquen el exilio:

Hay mucho dolor, mucha pérdida, pero también, quizá por la edad, no sé, yo agradezco haber podido estar en Bélgica; está la vida un poco en eso, por esto que tenía que dejar el miedo. La posibilidad de manejar más de un código cultural, ¡también está bueno! porque te permite relativizar todos los códigos culturales.

La idea de que vivir en otras culturas —o en medio de otras culturales, sobre todo, en ciudades cosmopolitas— “permite relativizar todos los códigos culturales”, como nos dice Telma, y cuestiona el carácter esencialista de los procesos identitarios. Pero también conduce a descubrirse como un *alter* más entre muchos otros que coexisten en una sociedad diferente a la de su origen. Se trata de desnaturalizar lo propio como algo dado por un mandato familiar/cultural y verse a sí mismo en una dinámica de interacciones socioculturales que problematizan las pertenencias en el exilio y en el posexilio. En todos los relatos de la segunda generación, las autodefiniciones identitarias se presentan como un emergente desde un contexto actual que, en clave política, resignifica lo que en el retorno o no retorno fue ocultado o invisibilizado. El término exiliado adquiere en los hijos, al menos, dos sentidos: uno, que se autocomprende como “exiliado-hijo”, condición compartida con los padres, en tanto integrantes de un grupo familiar que sufrió la persecución política, y el otro, como “hijos del exilio” o “hijos de exiliados”, para indicar experiencias existenciales de las que no siempre es posible salir. Aspecto que no es determinante porque los procesos vivenciales pueden ser dispares: “Somos hijos del exilio dentro y fuera del país”,<sup>28</sup> nos recuerda Galia y, agrega, al reflexionar sobre su propia condición: “(...) mis viejos son los exiliados políticos y yo soy hija de exiliados políticos. Hago esa diferencia porque el compromiso político era de ellos y nosotros sufrimos la consecuencia de esa militancia política”. Mientras que Natalia, afirma: “Quedarme identificada con la “hija de...” toda mi vida, como que de alguna forma me dejaba pegada en el tiempo, y de alguna forma no me dejaba ser yo misma. Yo soy hija de exiliados, entre otras cosas”.

---

<sup>28</sup> Frase del tango “Hijos del exilio” de la película “El exilio de Gardel (tangos)”, dirigida por Fernando “Pino” Solanas.

Las categorías de “exiliado-hijo” o “hijo del exilio” no son excluyentes sino que convergen al tratarse de construcciones sociopolíticas que, desde un presente situado, toman distancia para objetivar lo vivido. En términos analíticos, el uso de una o de otra se vuelve indistinta a la hora de sacar a luz el lugar que padecieron dentro de la trama represiva de violación de los derechos humanos a partir de mediados de la años setenta y principios de los ochenta. En este sentido, aunque se trate de relatos en primera persona, la politicidad de dicha reafirmación identitaria los convierte en sujetos históricos que transforman los sentidos de la memoria colectiva: palabras negadas, reprimidas y excluidas por dispositivos represivos de diversa índole, interna o externa. Relatar/compartir lo vivido es un acto de liberación cognitiva, es *soltar las memorias*, liberarlas, para sentirse parte de una totalidad que les permita entender sus historias enlazadas, con sus similitudes, diferencias o confrontaciones, en una dinámica colectiva que obliga a la reflexión y al debate histórico sobre lo dicho y lo no dicho.

Las hijas e hijos del exilio tienen esa doble cualidad de extrañeza y familiaridad que los sitúa en una posición privilegiada a la hora de objetivar el pasado. Esto nos acerca a Aruj y González cuando afirman que los hijos de exiliados constituyen una “nueva comunidad de inmigrantes”: se trata de un proceso de identificación común condicionado por la trayectoria histórica compartida (2008: 87). Si bien estos autores basan sus conclusiones en entrevistas realizadas a finales del siglo XX, recurrir al término de migrante amplía las posibilidades de comprender toda una diversidad de experiencias que no se reducen solo a los que regresaron con sus familias. Por lo tanto, indagar en las expresiones identitarias obliga a reconocer, dentro de esta categoría, no solo a quienes no retornaron con sus padres sino también a los que, nacidos o no en el lugar de destino, deciden migrar a Argentina mientras sus padres permanecen en la sociedad receptora, y viceversa. De aquí surge toda una pluralidad de narraciones que, sin lugar a dudas, complejizan las pertenencias y las representaciones del pasado familiar/colectivo compartido. Memorias que se yuxtaponen y/o mezclan en identificaciones múltiples, como resultado de construcciones dinámicas en las que la memoria familiar transgeneracional se redefine a partir del propio presente situado. Las identidades culturales pueden ser muchas y variadas aunque la sociedad dominante imponga una en su afán de homogeneizar. Quizá,

como afirma Dolores Juliano, construir identidades fluidas sea una estrategia de supervivencia para los hijos de migrantes (exiliados): son “portadores de una experiencia intercultural que les permite moverse fluidamente en el mundo de sus antepasados y en la sociedad de acogida” (2002: 488).

Expresiones como “latinoamericano con sangre alemana”, “argenmex”, “española-argentina”, “no tengo país”, “gracias a México yo existo, pero... soy de Aluminé, neuquina y argentina”, “*mi Neuquén*”, “no sé si latino europeizado o europeo latinizado”, “mis padres traían algo que no era de España”, “siempre me había sentido un poco argentina. Nunca como toda argentina o como toda española”, entre otras, son ejemplos de la complejidad y ambigüedad de las pertenencias. Esto cuestiona la existencia de identidades esenciales: hay muchas maneras de ser/estar/sentir porque dentro de cada uno cohabitan diversos universos socioculturales. No se trata de una representación idílica porque el camino de descubrir “lo propio” está plagado de tensiones y contradicciones, pero el hecho de relativizar los mandatos culturales y percibirse como diversos, genera un gran alivio, sin que esto signifique que todo encaje perfectamente como si se contara con todas las partes de un rompecabezas. De ser así, se configuraría una imagen fija y estanca de lo que creemos ser y de lo que pensamos que los otros piensan de nosotros. En palabras de Bauman, se parte de diversas piezas con las que se “intenta averiguar cómo se pueden ordenar o reordenar para conseguir algunos (¿cuántos?) dibujos satisfactorios. *Se experimenta con lo que se tiene*”. Se trata de, “como diría Claude Lévi-Strauss, *hacer bricolage*, inventando todo tipo de cosas a partir del material que se tiene a mano...” (106-107).<sup>29</sup>

Cierto es que en este proceso la sociedad de recepción como la del regreso impone una identidad al recién llegado (“En España era “el hijo de argentinos”; en Argentina, “el gallego”, por citar uno de los ejemplos), que

<sup>29</sup> Lévi-Strauss usa el término *bricolage* para hacer referencia al pensamiento mítico en su libro *El pensamiento salvaje*, publicado en 1962. Si bien aclara una primera acepción del *bricolage*; traduce otro sentido al utilizar *bricoleur* para referir a “aquel que trabaja con las manos” y “con lo que uno tenga”. De esta manera, indica que se trata de un trabajo artesanal que construye conjuntos cargados de significados con “restos de acontecimientos”, “trozos [...] de la historia de un individuo o de una sociedad” ([1962] 1997: 35-43). De tal manera que, este uso del término, le permite a Bauman construir una representación de la dinámica de los procesos identitarios.

puede llevar a sentir esa extrañeza de no ser de ningún lugar. No fue raro escuchar de nuestros entrevistados la conocida frase de Facundo Cabral “no soy de aquí, ni soy de allá”. Para algunos como una expresión de no pertenencia, de quedar partidos en dos; para otros, como una posibilidad de encontrar un lugar donde echar raíces, de poder elegir en donde vivir. Quizás el autoperibirse como *trasterrado* sea una respuesta frente a cualquier esencialismo identitario. Esto coincide con nuestra sociedad actual globalizada en la que las diversidades se reinventan. Cada una de las trayectorias de los hijos e hijas de las familias que sufrieron el exilio y el *desexilio* nos lleva a situaciones que, aún como país, nos cuesta dilucidar: la necesidad de aceptarnos como seres interculturales, producto de un entramado de vínculos transculturales que dan sentido al horizonte vital de cada existencia. Esto es, en suma, aprender a aceptar *nuestras* diferencias.

### **A modo de cierre: nacidos en el exilio**

En el año 2014 conocí a dos hijos de exiliados-no retornados.<sup>30</sup> Natalia nació en Madrid y desde el año 2009 vive en Neuquén; Jordi, nacido en Valencia, llegó en 2005. Forman parte de una generación de jóvenes que comenzaba a sufrir las consecuencias del desempleo estructural que, hoy, afecta cada vez más a la población en edad activa en España. Pero esto es una parte de la historia y sería apresurado entender su migración solo por factores objetivos, como así también la elección del lugar: ¿por qué Neuquén y no otra ciudad?

A partir de estos primeros encuentros, la categoría de *familia exiliada* —o *familia del exilio*— fue adquiriendo forma en una sucesión de entrevistas realizadas a la segunda generación, nacidos o no en el exilio. Como un primer paso, les solicité comenzar a trabajar con fotografías, sin dar ningún tipo de indicación que condicionara su selección. Tanto Natalia como Jordi llegaron a mi casa con su bagaje fotográfico, dispuestos a narrar sus historias, no desde un presente reciente, sino desde una crónica familiar

---

<sup>30</sup> Sus padres optaron por el no retorno una vez establecida la democracia en Argentina (a excepción del padre de Jordi que en 1999 retorna al Uruguay). En ambos casos, me manifestaron que sus madres estaban contemplando la posibilidad de retornar después de tantos años, motivadas por la migración de sus hijos. La madre de Natalia retorna en 2018.

extendida en la que aparecieron bisabuelos, abuelos, tíos, padres, primos, hermanas, amigos de los padres y alguna que otra foto de la infancia. Cada imagen fue descrita en detalle para resaltar vínculos afectivos importantes en su niñez y adolescencia. “Tengo una caja con muchas fotos premundo argentino”, nos dijo Jordi, para luego comenzar por su ascendencia paterna<sup>31</sup> en Uruguay: “La historia comienza con Washington Beltrán, fue el fundador del diario *El País*, fundador del Partido Blanco. Muere en 1920, en un duelo a manos del expresidente uruguayo José Batlle [y Ordóñez]”. Mientras que para Natalia las fotos son “una excusa perfecta para conectarme con la familia. La foto te retrotrae a otros tiempos, [...]. Y agrega: “[por] el hecho de haberme venido para acá, hay algo de la fantasía de que las fotos representan lo que uno vivió: como empiezas algo de cero, no quieres que se pierda nada de lo que has vivido”.

Los dos nacieron en los albores de la década de los ochenta, cuando en Argentina se vislumbraba la caída de la dictadura militar. Sus padres se fueron adaptando cada vez más a la vida en España, por lo cual, la decisión de retornar se fue alejando en el tiempo. Forman parte de la segunda generación que construyó su vinculación con Argentina, no solo a través de argentinos/exiliados con quienes interactuaban sus padres en el lugar de destino sino, también, a partir de una sucesión de viajes a los que la apertura democrática daba cabida para visitar a la familia de origen; mientras que, el barrio y la escuela, en España, ampliaban la redes de amistades en sus ciudades de nacimiento. La tierra natal abría un horizonte vital que se fue configurando, por un lado, con sentidos propios de la sociedad mayoritaria, y, por otro, por los recuerdos evocados en sus memorias familiares: relatos socioafectivos, emocionales, que tejen urdimbres identitarias interculturales que, cargadas de ambigüedades, yuxtaponen o fusionan identidades al modo de una hibridez cultural: “Mi hermana y yo éramos distintas por el hecho de ser hijas de argentinos”, “pero sí, era marcado que yo era hija de argentinos, mucho más cuando venía de Argentina”, “[con mi hermana] hemos crecido con Charly, con *Sui Generis*, con Fito, algo muy de

---

<sup>31</sup> Tanto su padre como su madre sufrieron la persecución y tortura de las dictaduras en Uruguay y Argentina. Su madre, argentina, estuvo detenida en la ESMA. Al ser liberada se exilia en España. La pareja se conoce en Madrid.

nosotros”, “tocaba en el piano a los 12, 13, años a Piazzola”. Y aunque compartan elementos comunes con los hijos que retornaron al país con sus padres, no podemos dejar de marcar que vuelve a estar presente en el colectivo de la segunda generación la imposición (retorno) frente a la “elección” de migrar. Entre que “uno hace lo que deciden los padres” a “yo pude elegir” —bajo la presión de padres que decidieron no retornar— hay una gran diferencia, como la que separa y une a la primera generación: “No lo siento como un regreso (...) puede ser un *reencuentro*, por ahí, con cuestiones más, culturales, afectivas”, “retornar me suena a volver a algo antiguo y nunca viví esto”, “tendría que pensarlo. Lo de mis padres fue un exilio; lo mío, es otra cosa. Es un exilio también, [pero] yo lo busqué. ¿Si me siento extranjera? Siempre, eso no se pierde nunca”, en palabras de Natalia. Mientras que Jordi identifica su experiencia migratoria con términos como *identidad* y *vida*: “La identidad es para mí poder contactarse con el deseo de uno, en primer lugar, y para eso uno tiene que saber quién es”. A lo que Natalia sumará:

La identidad es lo que a uno lo compone ¿no? Es lo que uno vivió, lo que heredó, lo que aprendió. Un poco la caja de herramientas para seguir sobre-llevando las situaciones, las relaciones que ha tenido. Algo de eso, pero no creo que sea algo así como cerrado.

Para ambos, la decisión de vivir en Neuquén ha sido más que acertada. Aunque las nostalgias se sientan de diversas maneras, activadas en algún viaje de visita o, de modo imaginario, al cerrar los ojos y recorrer a la distancia la ciudad natal, lo cierto es que “lo perdido” se resignifica a partir de la proyección de una vida que, en el “aquí y ahora”, está en otro lugar. Buscar sus orígenes, ante la necesidad de conocerse a sí mismos, implicaba desvelar parte del entramado familiar para, finalmente, decidir *echar raíces* en esta ciudad, terminar con las incertidumbres “porque —afirma Natalia— es horrible vivir cuestionándose si uno está bien o no en donde está”. Sin dejar de reconocer que “los primeros tiempos fueron muy difíciles, muy desgarradores, (...) nadie te quita el ardor que implica el desarraigo ¿no?, de sentirte sapo de otro pozo”. Aquellos primeros tiempos en donde “extrañaba sentirme en casa, eso de ir a la calle y escuchar gente que

habla como tú (...) Eso de tirarte en el sofá y sentirte en casa. Extrañaba caminar por la ciudad y sentirme segura, sentirte en tu lugar. Yo me siento así en Madrid”.

Para Jordi, “venir a vivir a América” le permitió fortalecer sus lazos familiares. Latinoamérica lo interpelaba de diversas maneras, hasta el punto de estar en Montevideo y afirmar: “Yo pertenezco a este lugar”. Con su padre y una hermana viviendo en Uruguay y su otra hermana en Buenos Aires, su reencuentro con amigos en Gral. Roca (Río Negro) —exiliados-retornados— y una relación amorosa, fue concatenando una sucesión de hechos para, finalmente, establecerse en Neuquén, mientras continúa su búsqueda intentando armar un rompecabezas con piezas diversas: “Montevideo tiene aires de Valencia (...) Yo a Valencia la siento como mi lugar, a Montevideo como muy propia. Me pasa con Neuquén. Son las tres ciudades que siento como propias”. Al preguntarle qué echaba de menos de aquella ciudad natal, nos dijo:

Las horchatas, los churros. Yo tuve la sensación, en 2010, de que el solo hecho de estar en Valencia me producía una sensación de bienestar interna en mayúsculas, solo el hecho de estar sentado e ir a la Plaza del Ayuntamiento, ya era para mí un punto de felicidad total. Extraño, en un punto, veinte años de mi vida. Extraño que [Valencia] es mi ciudad. Extraño a mi madre que está ahí, por supuesto. Extraño el recuerdo de ese lugar. Es decir, yo no tengo la posibilidad de transitar por el solo hecho de vivir en otro lugar. Uno congela los recuerdos de los lugares en los fue chico, de los lugares en los que aprendió a caminar, donde dio su primer beso, hacer el amor. ¡Eso!!!, recuerdos que son propios de una etapa de la vida que se produjo en ese lugar. Extraño el clima, extraño el menú, la gastronomía, el olor a sal, a brisa, el mar.

El lugar activa los recuerdos de lo vivido, aun aquellos que se quie-  
ran borrar de la memoria, como la brutalidad de la represión y el desgarró  
sufrido por el exilio. Su carga simbólica, emocional, nos interroga e inter-  
pela cada una de las trayectorias individuales. Pero sabemos que la historia  
impone el sello del cambio y lo que se dejó ya no es lo mismo porque tam-  
poco uno es el mismo. Si bien las sensaciones de extrañamientos sucesivos



pueden parecer indefinidas, cada espacio, cada lugar, provoca una ruptura en el tiempo al contener un retazo de nuestra memoria individual/familiar/colectiva: olores, sabores, colores, sonidos, silencios, etc., hacen que la proximidad y la lejanía se articulen en una dialéctica impregnada de emociones, como es la nostalgia o la *contranostalgia* de lo vivido. El espacio no es solo algo físico, sino que es una construcción social y cultural, está cargado de significaciones *desde y por* una mirada individual y colectiva. La materialidad de un lugar encarna sentidos diversos, pero también la unicidad de las pertenencias, aunque estas sean múltiples. “Estar en casa” es también identificarse con un espacio que, a la larga, termina siendo una construcción entendida como propia —“al final, es uno el que hace el entorno” o “El lugar tiene que ver con las inquietudes que yo tengo”—. En este sentido, “sentirse en casa” es literal y metafóricamente *sentirse* protegido, seguro, cobijado: no divagar sin rumbo en la intemperie, sino contenido por una *familia*, en cualquiera de sus formas, para llevar adelante un proyecto de vida. Como lo afirma Citlali:

En cada lugar que viví se construyó un vínculo con alguien, yo siempre digo esto de cómo entendemos la familia. La familia como un lugar que cuida y protege; no la consanguineidad, los lazos sanguíneos, sino las personas. Donde se cuida y se es cuidado. Hay roles diferenciados y esto que vos te sentís cuando sos niño, cuidado. (...) Yo he decidido que los lugares donde me siento bien, esas personas son mi familia...

A mí, cuando me preguntan, yo digo que soy argentina, me crié en Argentina... Y siempre digo que gracias a México yo existo, así que es bastante importante México, pero si a mí me preguntan, yo soy de Aluminé, neuquina y argentina. (...) En México, yo me siento argentina.<sup>32</sup>

No hay dudas de que las identidades culturales existen y que están en permanente interacción con cada identidad personal. Su carácter contrastivo es situado y relacional, desde el mismo momento en que logramos percibir que mi/nuestra identidad es la alteridad de otros. Y si, como afirma Balibar, contra “todos los mitos ‘holistas u ‘organicistas’”, “la identidad es

<sup>32</sup> Entrevista realizada el 20 de diciembre de 2019 por M. Schierloh, S. Bascur y C. García Vázquez (Neuquén).

*individual*”, lo cierto es que la “individualidad es más que individual, y algo diferente: es inmediatamente *trans-individual*, hecha de representaciones del “nosotros”, o de la relación entre uno mismo y lo ajeno, que se urden en vínculos sociales, en actividades, públicas y privadas” (2005:70). Para algunos, la búsqueda puede ser interminable, para otros, llega un momento en que es necesario salir de la tautología de la búsqueda para liberar las memorias y comenzar a “conciliar”: “[Mi marido] visitó a su mamá y cuando llegó me dijo ‘por fin llegué a mi Neuquén’; y yo dije: ‘si él siente eso, yo también puedo decir *es mi Neuquén*’”.

Y, otra vez, la(s) familia(s), los hijos, los vínculos, seguirán tejiendo una nueva trama de arraigos y desarraigos en un nuevo lugar; otra vez, habrá que “echar mano” a esa “caja de herramientas” en busca de identificaciones/pertenencias: una caja sin compartimentos estancos y fijos sino llena de piezas móviles, escurridizas, que permitan construir ese *bricolage* que es la identidad.

### Referencias bibliográficas

- Aruj, R. y González, E. (2008). *El retorno de los hijos del exilio. Una nueva comunidad de inmigrantes*. Buenos Aires: Prometeo.
- Balibar, E. (2005). *Violencias, identidades y civilidad*. Barcelona: Gedisa.
- Bauman, Z. (2010). *Identidad*. Buenos Aires: Losada.
- Duby, G. y Perrot, M. (Dir.). (1991). *Historia de las mujeres en Occidente*. Barcelona: Taurus.
- García Canclini, N. (2006). *Diferentes, desiguales y desconectados*. Barcelona: Gedisa.
- García Vázquez, C. (2005). *Los Migrantes. Otros entre Nosotros*. Etnografía de la población boliviana en la provincia de Mendoza. Mendoza: EDIUNC, Universidad nacional de Cuyo.
- \_\_\_\_\_. (2014). Padres exiliados, hijos migrantes. Un acercamiento al proceso identitario de la segunda generación de migrantes políticos argentinos. Ponencia presentada en el XI Congreso Argentino de Antropología Social, 23 al 26 de julio – Universidad Nacional de Rosario.

- \_\_\_\_\_ (2015). Sobre exilios y retornos, sobre padres e hijos/as. Un acercamiento al exilio de argentinos en España. En *Actas V Jornadas de Antropología Social del Centro*, Fac. de Ciencias Sociales de la UNICEN, pp. 1749-1770.
- García Vázquez, C. y Saal, A. (2019). Exilio y Psicoanálisis. En Actas de las XVII Jornadas de Interescuelas y Departamentos de Historia. Catamarca: Universidad Nacional de Catamarca - Editorial Científica Universitaria, ISBN: 978-987-661-375-0.
- Goffman, E. ([1963]1995). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gordillo, M. (2019). La excepcionalidad del Cordobazo. En M. Gordillo (Comp.), *1969. A cincuenta años: repensando el ciclo de protestas*, (pp.: 19-37). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO; Córdoba: Universidad de Nacional de Córdoba (UNC).
- Grinberg L. y Grinberg R. (1984). *Psicoanálisis de la Migración y del Exilio*. Madrid: Alianza.
- Jelin, E. (2007). Víctimas, familiares y ciudadanos/as: las luchas por la legitimidad de la palabra. *Cadernos pagu* (29), julho-dezembro, 37-60.
- Jensen, S. (2004). Suspendidos de la historia/Exiliados de la memoria. Tesis doctoral presentada en la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Barcelona. Recuperada de <https://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/4800/sj1de2.pdf?sequence=1>
- \_\_\_\_\_ (2011). Exilio e historia reciente. Avances y perspectivas de un campo en construcción. *Aletheia*, Vol. 1, N° 2. Recuperado de [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.4806/pr.4806.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4806/pr.4806.pdf)
- Juliano, D. (1984). La construcción de la diferencia: los latinoamericanos. *Papers*, N° 43, Barcelona, 23-32.
- \_\_\_\_\_ (2002). Los desafíos de la migración. Antropología, educación e interculturalidad. *Anuario de psicología*, Vol. 33, N° 4, 487-499.
- \_\_\_\_\_ (2008). La migración política de los años setenta y ochenta. Argentinos en España. En C. García Vázquez, C. (Comp.),

- Hegemonía e interculturalidad* (pp.:59-76). Buenos Aires: Prometeo.
- Lastra, M. S. (2013), ¿Volver al hogar? La experiencia del retorno de los exiliados argentinos. *Andamios. Revista de investigación social*, Vol. 10, N° 21, 321-344.
- Lechner, N. (1998). Nuestros miedos. *Perfiles latinoamericanos*, 13, 79-198.
- Lévi-Strauss, C. ([1950] 1979). Introducción a la obra de Marcel Mauss. En M. Mauss, *Sociología y Antropología* (pp.: 13-42). Madrid: Technos.
- \_\_\_\_\_. ([1962]1997). *El pensamiento salvaje*. Colombia: FCE.
- Lomnitz, L. (2002). Redes sociales y cultura política en Chile. *REDES-Revista hispana para el análisis de redes sociales*, Vol.3, #2, sept-nov.
- Maletta, H., Szwarzberg, F. y Schneider, R. (1988). Back home: Psycho-social aspects of the return of exiles to Argentina. En P. Pessar (Edit.), *When borders don't divide: Labor Migration and Refugee Movements in the Americas*, (pp. 178-207). New York, Center for Migration Studies.
- Martínez, T. E. (2009). *Purgatorio*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Mauss, M. (1979). Ensayo sobre el don. En *Sociología y Antropología* (pp.: 153-263). Madrid: Technos.
- Ronga, M. y Beaufays, A. (Comps.) (2018). *Historias del exilio*. Rosario: Último Recurso.
- Trebisacce, C. y Mangiantini, M. (2015). Feminismo, diversidad sexual y relaciones sexoafectivas disidentes. Apuestas y tensiones en el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) entre 1971 y 1975. *Revista Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, Año 4, N° 7, Septiembre de 2015, 101-120.



# La reparación y sus sentidos: el exilio como violación a los Derechos Humanos

Melina Schierloh\*

*El Estado no puede ser un concepto analizado como un organismo hostil por definición en todos los contextos y momentos de la historia. Ni tampoco puede ser pensado como una entidad única, sino que es una constelación de agencias, con suerte, racionalmente vinculadas.*

Félix Crous  
(Fiscal en Juicios de lesa humanidad, 2007)

## Reparación y políticas para exiliados<sup>1</sup>

Las narraciones de experiencias de exiliados de la última dictadura que retornaron al país han sido un insumo insoslayable para construir historia reciente. En esos relatos suelen aparecer fragmentos claros, imágenes que han permitido dimensionar el exilio, la clandestinidad, la persecución, la prisión. Otros fragmentos de esos relatos, en cambio, aparecen más bien

\*Mgter. en Políticas Públicas. Lic. en Antropología. Profesora e investigadora de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional del Comahue. Integrante del proyecto de investigación "Identidades, exilios y democracia: análisis de casos de la segunda generación de exiliados argentinos de la última Dictadura militar", Facultad de Humanidades-UNCo.

<sup>1</sup> Nota general de aclaración: por una cuestión de uso y con el único propósito de agilizar la lectura, hemos optado por utilizar el colectivo masculino haciendo expresa mención y dejando constancia de que en él incluimos al diverso conjunto de identidades de género.

como lugares no resueltos, en los que se comparten reflexiones que se van esbozando en voz alta. Sin dudas, la reparación del exilio es uno de ellos.

Este trabajo pone el foco allí, en las políticas y acciones de reparación para exiliados de la última dictadura,<sup>2</sup> y problematiza, más puntualmente en el sentido que estas políticas encarnan en la población que se pensó como beneficiaria: exiliados de primera y segunda generación.

Comprendemos las políticas públicas, desde una mirada antropológica amplia, como herramientas de intervención y acción social pero inseparables a su vez de su acción en el aspecto simbólico. Siguiendo a Cris Shore (2010) las políticas revelan sentidos, maneras de pensar sobre el mundo y actuar sobre él, de hecho, pueden ser consideradas como una categoría de un símbolo condensado. Al mismo tiempo, reflejan “gubernamentalidades” al contener en ellas modelos implícitos o explícitos de una sociedad y “visiones acerca de cómo los individuos deben relacionarse con la sociedad y los unos con los otros” (Shore, 2010:31).

Estas políticas encuentran parte de su explicación, pero no exclusivamente, en la figura del Estado. Por eso, es menester señalar qué relaciones se establecen entre políticas —en su sentido práctico y simbólico— y el Estado, más aún con uno que mostró profundas transformaciones en las últimas décadas.

Entre aquel Estado autoritario de la dictadura que buscó, a través de distintos mecanismos, expulsar y ese Estado que, en los marcos de la reinaugurada democracia, buscó reconocer y reparar (en etapas muy graduales y sin coordinación aparente), pasaron procesos histórico-políticos relevantes y, a su vez, distintos gobiernos que los gestionaron.

Para comprender este complejo periodo de tiempo, desde las acciones (u omisiones) estatales en materia política, retomamos los trabajos de Guillermo O’Donnell, autor que ha estudiado el Estado en sus transformaciones, desde un régimen autoritario a regímenes democráticos o poliárquicos. Sus trabajos han puesto énfasis en no circunscribir al Estado al aparato estatal, sino más bien en problematizarlo en tanto representa un aspecto de

---

<sup>2</sup> Estos exilios se vieron acentuados con el inicio de la dictadura, el 24 de marzo de 1976, pero ya eran una realidad tangible con la declaración del estado de sitio, el 6 de noviembre de 1974.

las relaciones sociales. Así, este deviene organizador de esas relaciones sociales a través de aparatos e instituciones (como un momento objetivado del proceso de producción y circulación de poder) pero que no deben confundirse con *todo* el Estado (O'Donnell, 2009: 18).

En este sentido, siguiendo a O'Donnell, destacamos la distinción entre *régimen* y *gobierno*. Entiende al primero como el “conjunto de patrones realmente vigentes (no necesariamente consagrados jurídica o formalmente) que establecen las modalidades de reclutamiento y acceso a los roles gubernamentales, así como a los criterios de representación”, y al segundo como el “conjunto de esos roles, desde donde se movilizan (...) los recursos controlados por el aparato estatal, incluso su supremacía coactiva” (O'Donnell, 2009:22). Acudimos a esta distinción porque permite reconocer que, si bien hay un Estado interviniendo en la expulsión y luego en la recepción y reparación, claramente hay movimientos allí que hablan de gestiones, de formas de articular el poder de acuerdo a los canales disponibles (y legítimos) y a los actores que encarnan esos roles. Que el régimen autoritario finalizara no quiere decir que finalizaran las prácticas autoritarias, de hecho, no ocurrió, sino que estas pueden reaparecer atravesadas por múltiples tensiones propias de cada momento histórico. En estos enclaves los gobiernos establecen sus agendas y prioridades en la concreción de políticas públicas.

Hemos trabajado con metodología cualitativa, en base a la selección de casos que nos permiten evidenciar la representación que estos sujetos han elaborado de las políticas de reparación diseñadas o impulsadas, aunque no siempre concretadas, desde el Estado nacional. Nuestra fuente son entrevistas abiertas realizadas a ocho exiliados-retornados de los cuales, actualmente, siete viven en la provincia de Neuquén.<sup>3</sup> A su vez, cuatro de ellos pertenecen a la primera generación de exiliados y cuatro a la segunda. Por otra parte, fue fundamental el material de archivo del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) y el aportado por los propios entrevistados.

---

<sup>3</sup> Algunos nombres a los que se hace referencia han sido cambiados con el fin de resguardar a las personas en sus relaciones cotidianas.



El rol reparador del Estado para casos de lesa humanidad ha sido intensamente trabajado en los últimos años y es retomando a alguno de aquellos trabajos y autores que seleccionamos algunas de las políticas públicas más relevantes en la reparación del exilio, entendiéndolo como una violación a los Derechos Humanos. No obstante, no dejamos de lado ciertas acciones y decisiones que no concluyeron en políticas, pero que, sin duda, dan muestra de cómo el Estado conceptualizó la problemática. Tanto las primeras como las segundas aparecen en las trayectorias de nuestros entrevistados.

A través de esas voces (de las que por mucho tiempo la historiografía prescindió), queremos conocer la mirada de los exiliados-retornados acerca de cómo percibieron e interpretaron esas políticas y el rol del Estado. Para ello, trabajamos con la hipótesis de que las políticas de Estado diseñadas e implementadas para reparar el exilio son relevantes para quienes las perciben, sólo en la medida en que vayan acompañadas de otras que apuntalen el reconocimiento y la justicia, es decir, políticas que intervengan en la construcción de un sentido social del “ser exiliado” por sobre la reparación individual.

### **¿A qué nos referimos con reparación? Debates vigentes**

Cuando hablamos de reparación a víctimas del terrorismo de Estado nos referimos a un conjunto amplio de políticas de diversa índole pero que, en su totalidad, han sido estatales. Algunas se vincularon al reconocimiento institucional-legal y otras fueron políticas de corte económico, dentro de lo que se ha denominado una reparación patrimonial o indemnización. Las primeras, sobre todo, pusieron el foco en las situaciones de cesanteo de trabajadores o en quienes hubieran sido declarados prescindibles, por lo que apuntaron a reincorporar o reconocer antecedentes y se articularon durante los primeros años del gobierno de Raúl Alfonsín. Pero las segundas son, justamente, las políticas que han traído controversia cada vez que se intentó implementarlas.

La polémica en torno de este tipo de políticas está centrada en distintos aspectos y perspectivas, de las cuales pasamos a detallar algunas que nos parecen centrales para comprender la complejidad que *el solo intento*

de implementarlas implicó en el pasado reciente y que al día de hoy aún continúa:

1- El primero de ellos conlleva la reflexión acerca de la posibilidad de que la vida y la muerte sean reparadas económicamente, lo que entraña un dilema moral y ético en nuestra sociedad, pues, al decir de Tello, “la vida, la muerte y en consecuencia los Derechos Humanos, parecen ser, por antonomasia, de las ‘cosas que no tienen precio’” (Tello, 2003: 24). Podríamos coincidir, también, con Guglielmucci en que “reparar una cosa no es lo mismo que reparar una experiencia subjetiva o una historia de vida” (Guglielmucci, 2015: 27) por lo que se da allí una disputa de sentidos hacia adentro del campo de los Derechos Humanos y de una gran parte de la sociedad civil.

Las principales preguntas que se suscitan, en este sentido, son si existe un equilibrio entre el daño y su reparación, y, en tal caso, con qué y cómo se repara un crimen de lesa humanidad.

2- Otro aspecto se vincula con comprender, más bien de forma *simbólica* y no sólo material o patrimonialmente, el intento de un Estado por reparar. Ya para los últimos años de la década de 1990 esta cuestión atravesó fuertemente al movimiento de Derechos Humanos: quienes condenaban el cobro de las indemnizaciones argumentaban que recibir ese dinero implicaba, a cambio, entregar la lucha; por el otro lado, quienes abonaban la idea de aceptarlas comprendían perfectamente que ese dinero no “reparaba” las desapariciones, pero sí era un medio para revertir situaciones profundamente injustas que se desprendían de ello (Tello, 2003: 6). Este último sentido, el de aceptar una reparación económica, llevaba a encuadrar tal decisión en el campo de lo personal. De modo que, numerosas organizaciones liberaron esa decisión al posicionamiento que hiciera cada individuo ante la problemática planteada. Los casos que analizamos no quedan exceptuados de esta lógica.

En un sentido similar, en el trabajo de Luciana Gianoglio Pantano se abordan situaciones de este tipo refiriéndose al *aspecto político* del hecho reparatorio, es decir, qué tipo de relaciones sociales tiende a establecer una política como esta. En consecuencia, de qué modo condiciona el futuro accionar del beneficiario o, en todo caso, qué espera el Estado a cambio del

beneficio. Es interesante el abordaje que Maricel López (2012) hace desde la teoría del *don*<sup>4</sup> para analizar este hecho social.

3- Un tercer aspecto radica en que los beneficiarios de estas reparaciones fueron sobrevivientes de un plan sistemático de muerte y desaparición. El simple hecho de estar vivos llevó implícita estar bajo la sospecha de una gran parte de la sociedad.

Ese recelo con que se observó a las y los exiliados señalaba, por un lado, que por el hecho de ser sobrevivientes debían dar explicaciones y, por el otro, que si se habían ido no habían pasado por “lo peor”, es decir, no habían vivido, necesariamente y en carne propia, la represión. La figura del exilio fue demonizada desde la cúpula militar antes de la caída de la dictadura, y luego, durante los primeros años de democracia se profundizó desde los discursos dominantes y no quedó exenta en la discusión (tanto socialmente como a nivel parlamentario) por las reparaciones del Estado sobre el exilio.

4- Otras disyuntivas se formulan al reflexionar sobre la universalidad de la reparación. Este punto en cuestión oscilaba entre comprenderla como un derecho de las personas, es decir extensible a todo el universo de exiliados, al que no se podía renunciar y, por otra parte, pensar la reparación en función del presente de esas personas.

Un grupo de aquellos exiliados creyó que no era prioritaria una reparación para sí mismos, algunos de ellos planteaban y sostienen al día de hoy que haberse ido al exilio fue encontrar una oportunidad: pudieron trabajar, estudiar, criar a sus hijos. Claro que muy duramente y en condiciones muy hostiles a veces, pero básicamente, *pudieron vivir*. Incluso algunos volvieron “enriquecidos”, según sus propios relatos, luego de la experiencia del exilio. Este punto de vista llevaba, inevitablemente, a observar la realidad individual de cada exiliado y ponía en cuestión si la reparación al exilio

---

<sup>4</sup> Marcel Mauss, antropólogo francés (1872-1950), interpretó a partir de la noción de “don” un esquema de ofrendas en sociedades no occidentales. Dichos dones no serían simplemente obsequios, sino que se encontrarían en un entramado más amplio que establecía el “dar, recibir, devolver”. Es decir, un juego de intercambios en el que el reconocimiento y prestigio estaban en juego; en principio estos “dones” aparentaban ser desinteresados y voluntarios. Mauss logró establecer distintos modelos de “dones” en los cuales se ponía en juego el prestigio y la moral sociales a través de las “cosas dadas”.

debía ser universal, sin importar quién fuera la persona que lo padeció ni qué impacto tuvo en ella (Gianoglio Pantano, 2012:5).

5- Señalamos una última tensión: la no contemplación en los proyectos originales del *insilio* o exilio interno. Algunos autores han analizado que, en esta relación, entre exilio e *insilio*, aparece una cuestión de clase, de tener al alcance no solo recursos económicos sino también simbólicos para irse del país, lo que no fue mayoritario. En este sentido, recuperamos lo que Eduardo Blaustein plantea en su artículo “Cobrar o no cobrar”, en la *Revista Lezama*, respecto de la situación de delegados sindicales o militantes que vivían en las provincias y que encontraron arduo el camino de obtener refugio, asilo o tan solo de salir del país. ¿No habían sido igual o más dañados quienes, aun corriendo el mismo peligro, no tuvieron la posibilidad de irse y se vieron obligados a huir de provincia en provincia?

No es objetivo de este trabajo recorrer exhaustivamente estos nodos de tensión, pero sí mostrar que algunos de ellos permiten evidenciar la complejidad que adquirió el debate de las leyes de reparación al encontrar nuevas variables. Desde este complejo entramado de aristas se comprenden las marchas y contramarchas que tuvo durante los últimos 30 años el proceso de construcción de una “ley del exilio”.

### **Reparación: una genealogía<sup>5</sup>**

Las reparaciones económicas a las víctimas del terrorismo de Estado, instrumentadas en la década de los años noventa, se enmarcan en una disposición de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) que, en 1992,<sup>6</sup> instó al Estado argentino a indemnizar a las víctimas del período dictatorial.

<sup>5</sup> Nos referimos a una *genealogía* de las políticas de reparación, en el sentido que Michel Foucault le imprime al concepto, en el que no hay un momento que retrate la *identidad original* de un hecho. Nos interesa recorrer los pliegues, las fisuras y capas que han hecho de la historicidad de estas políticas un campo inestable. Allí, a partir de los olvidos por sobre las continuidades del tiempo, buscamos leer qué ocurrió con los intentos de reparar y con los sentidos que prevalecieron en esa disputa.

<sup>6</sup> Informe anual de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos 1992-1993. Este informe surge a consecuencia de un grupo de víctimas que acude a la Comisión para denunciar la sanción de las leyes de “Obediencia Debida” y “Punto Final” y, más tardíamente, lo mismo con los indultos de los años 1989 y 1990, que violaban las garantías judiciales consagradas en la Convención Americana sobre Derechos Humanos.

En respuesta a ello, se dispuso una serie de mecanismos que se propusieron reparar a cada grupo de víctimas de los delitos de lesa humanidad:

- en 1992, se sancionó la primera ley que atendía a la situación de los ex-presos políticos (respecto de esto ya se había sentado un antecedente con el decreto del Poder Ejecutivo 70/91 para las personas que hubieren sido puestas a disposición del Poder Ejecutivo Nacional; allí también se estipulaban las remuneraciones correspondientes).
- en 1994, se sancionó la ley 24.411, que reparaba a familiares o causahabientes por el delito de desaparición forzada.
- mas tardíamente, la ley 25.914 del año 2004, otorgó indemnización para aquellos hijos e hijas que hubiesen permanecido detenidos en relación a sus padres, incluso por haber nacido en cautiverio, y/o que hubiesen sido víctimas de sustracción de identidad.

Luego vinieron leyes que modificaron la prescriptibilidad de las causas y, en consecuencia, los plazos para solicitar el derecho a reparación. Si se observan las leyes reparatorias, éstas fueron alcanzando progresivamente a los distintos delitos de lesa humanidad, aunque no al exilio. Las intenciones de elaborar una ley reparatoria de este se dieron tempranamente, pero no fue hasta 1998 que apareció el primer proyecto. Presentado por el legislador por la provincia de Salta, Marcelo López Arias, dicho proyecto<sup>7</sup> no logró fructificar como política de Estado, al no ser aprobado en la cámara de Senadores.

Es interesante marcar la historicidad de las políticas reparatorias de la última dictadura, pues si bien aquellas de tipo patrimoniales se concretaron en su mayoría durante la década de 1990, no quiere decir esto que anteriormente, en el periodo posterior al retorno de la democracia, no hubiese antecedentes. Como señalamos, durante el gobierno de Raúl Alfonsín, se impulsaron y sancionaron leyes<sup>8</sup> de este tipo que reconocieron incluso el

<sup>7</sup> El Proyecto se denominaba “Régimen de beneficio para aquellas personas argentinas, nativas o por opción y extranjeros residentes en el país, que hayan estado exiliadas por razones políticas entre el 6 de noviembre de 1974 y el 10 de diciembre de 1983”.

<sup>8</sup> Algunas fueron leyes, como la 23.117 que estableció la reincorporación de los trabajadores de empresas del Estado cesanteados por causas políticas y gremiales, o lo mismo para los bancarios a través de la Ley 23.523, o la 23.238 para docentes. Otras, fueron medidas implementadas por organismos que ya existían, como el Instituto Nacional de Servicios Sociales para Jubilados y Pensionados (INSSJP), más conocido como PAMI. Por otra parte, y también de acuerdo a los sectores, se fueron reconociendo los períodos en el exilio a los fines de obtener la jubilación. Esto se dio puntualmente durante los años 1984 y 1985 (Guembe, 2004:3).

exilio, sin embargo, la reparación económica no había aparecido en el plan de gobierno. Hubo una excepción a ello, que fue lo que se plasmó en la Ley 23.466, sancionada en 1986, que concedía una pensión a familiares de personas desaparecidas. Según lo explica María José Guembe, esta ley vino a brindar ayuda a quienes se encontraban en una precaria situación económica por la desaparición forzada del cónyuge, sobre todo en las situaciones en que había hijos (Guembe, 2004: 5). Los propios organismos de Derechos Humanos habían sido sostén de las víctimas en estos casos durante la dictadura, pero entrada la democracia la crisis económica ya hizo imposible estas ayudas. La ley determinaba una pensión<sup>9</sup> —equivalente a una jubilación mínima— y cobertura médica.

Si bien existieron estos casos, Raúl Alfonsín no abonaba la política de reparación patrimonial y, de hecho, cuestionaba la idea de reparación económica a los presos políticos, incluso cuando algunos hubieran estado más de una década en prisión sin acusación ni condena (Guembe, 2004: 29).

Aquel informe de la CIDH no sólo recomendaba “otorgar compensaciones por las violaciones a los Derechos Humanos a las víctimas”, sino también esclarecer los hechos e individualizar a sus responsables.

Aquí es donde se genera una situación llamativa, pues si bien Alfonsín se negaba a la reparación patrimonial, sí había iniciado su gobierno con fuertes declaraciones en torno al proceso de justicia necesario y había impulsado la conformación de la CONADEP<sup>10</sup> y el inicio del Juicio a las Juntas. Como contraparte, el gobierno que lo sucedió, incluyó entre sus políticas la reparación económica de las víctimas de forma eficaz, “pero

<sup>9</sup> Para el caso de los hijos se era beneficiario hasta los 21 años en el proyecto original, luego se extendió a los 25 años.

<sup>10</sup> La CONADEP se creó por decreto presidencial a cinco días de iniciado el nuevo gobierno. El informe que reúne las investigaciones de la comisión, el *Nunca Más*, fue publicado en noviembre de 1984 y se convirtió en un emblema de la memoria sobre la desaparición de personas en Argentina. Al mismo tiempo, este informe generó un discurso oficial sobre el pasado de violencia política que, al decir de Emilio Crenzel, enfrentó al discurso dictatorial que justificaba o negaba toda responsabilidad en las desapariciones al sostener el carácter sistemático de esa práctica, retratar su atrocidad y establecer la responsabilidad militar en ellas (Crenzel, 2007:50).

se conjugó con los indultos a los comandantes<sup>11</sup> y otras medidas que pretendieron fomentar el olvido y la *reconciliación*” (Guembe, 2004: 29), periodo que, además, coincidió con una definitiva paralización de la actuación de la justicia en esta materia.

Esta distinción que señala Guembe es por demás llamativa y nos permite evidenciar el clima que, de alguna manera, toma carácter paradójico o contradictorio en cuanto a conformar una visión respecto del terrorismo de Estado, sus responsables y sus *víctimas*.

Luego de este período de acciones en sentidos contradictorios, se presentó en 1998 aquel primer proyecto de ley del exilio que contemplaba la reparación económica para quienes debieron salir del país por persecución política. Este no logró la aprobación y unos años después se volvió a debatir el tema en las cámaras del Congreso sobre la base del mismo proyecto, primero en el año 2004 y luego en 2007, este último presentado por otro legislador justicialista, Hugo Perié.

En torno a estos debates se dio la participación de organizaciones de *ex-exiliados* y, si bien todos los intentos por sancionar una ley siempre quedaron en el camino, debemos señalar como bien diferenciados los contextos en que cada uno de esos intentos se llevó a cabo y las distintas representaciones o expectativas que eso pudo generar en los entrevistados.

La segunda presentación, la del año 2004, se hace en virtud de dos fallos de la Corte Suprema de Justicia<sup>12</sup> en los que se reconocía el exilio

<sup>11</sup> Aquellos indultos alcanzaron situaciones disímiles, desde la totalidad de los altos jefes militares procesados y que no habían sido beneficiados por las leyes de Punto Final y Obediencia Debida —con excepción del ex-general Guillermo Suarez Mason— hasta ciudadanos acusados de subversión que se encontraban prófugos, detenidos, excarcelados o condenados. Pero también fue incluido, en esos primeros indultos, el personal militar que intervino en los levantamientos contra el gobierno constitucional en la Semana Santa de 1987. Luego, los siguientes indultos alcanzaron a los exmiembros de la Junta Militar y también al jefe montonero, Mario Eduardo Firmenich (Mignone, s/f).

<sup>12</sup> “Bufano, Geuna y Quiroga”, fue el primer fallo, en el año 2000. El caso de Alfredo Bufano sentó un precedente importante ya que, como él lo narra, fue secuestrado y estuvo detenido sólo un día. Logró fugarse de sus captores, permaneció cinco meses en la clandestinidad y luego pudo exiliarse a México, hasta el año 1983. En este fallo el Tribunal amplió la interpretación y permitió que todos los hechos pudieran ser reconocidos, tanto la detención previa como el posterior exilio formaban parte de una misma situación de menoscabo ilegítimo al derecho a la libertad (Vocos Conesa, 2013 :1080). Situaciones similares mostraban los casos de Graciela Geuna y Rosario Quiroga. Por último, en el año 2004, se dio un segundo fallo, en el que se reconoció el refugio en México de la familia Vaca Narvaja, caso que tuvo más visibilidad, por ser la familia de Fernando Vaca Narvaja, integrante de Montoneros.

como un delito en sí mismo que el Estado debía reconocer y, en consecuencia, reparar. Decimos en *sí mismo*, pues quienes se hubiesen exiliado a través del “derecho a opción” ya habían sido incluidos como beneficiarios en la Ley 24.043, pero por su período en prisión, no por exilio. En los casos que trató la Corte y que dieron jurisprudencia se reconoció el exilio “puro”.

Esto planteó un nuevo escenario para el debate por el exilio, no solo por los antecedentes de la Corte —lo que de alguna forma llevó a que el Estado se cuestione si iba a reparar de forma universal o abría las puertas para que el inmenso número de exiliados entonces acudiera a los tribunales para lograrlo— sino también porque 2004, es el segundo año del gobierno de Néstor Kirchner que, a las claras, mostraba una nueva perspectiva sobre el período del terrorismo de Estado. El acto oficial por el 24 de marzo de 2004 —aquel donde se bajan los cuadros de los dictadores del Colegio Militar de la Nación, en El Palomar— generó un enorme impacto en términos simbólicos, pero a la vez, dio comienzo a la reapertura de causas de lesa humanidad con el acompañamiento del aparato burocrático del Estado. También se iniciaron políticas de memoria y reconocimiento que eran antiguos reclamos de los organismos de Derechos Humanos, junto con la exigencia incansable de justicia. Estos elementos dieron a esta nueva etapa características totalmente singulares y diferentes respecto de las anteriores.

### **Reconocer y reparar**

Si bien son varias las políticas que intentaron subsanar la situación de los exiliados, al preguntar sobre el concepto de “reparación” es inevitable que los entrevistados hagan una primera referencia a una ley de indemnización.

Más allá de la ley del exilio que nunca se sancionó, el pedido para la reparación podía hacerse a partir de la jurisprudencia: fue así que entre el año 2004 y 2015 se presentaron alrededor de 4.000 solicitudes<sup>13</sup> de indemnización por exilio, trámite que se hacía a través del Ministerio de Justicia

---

<sup>13</sup> Datos brindados por Rodolfo Ojea Quintana, abogado en Derechos Humanos, quien se desempeñó como asesor en las leyes reparatorias mencionadas, inclusive en el proyecto por el exilio. Fue además abogado de una de las organizaciones de exiliados, CER. Entrevista realizada el 25 de marzo de 2019.



y Derechos Humanos de la Nación. En los casos en que se aceptaba, se entendía que el exilio se asimilaba a la figura que establece la Ley 24.043 de “privación de la libertad”; en este caso *libertad ambulatoria*, por la determinación de que permanecer en el país implicaba riesgo de vida. De esas solicitudes, algunas salieron por vía administrativa y otras fueron por la vía judicial.<sup>14</sup>

La mayoría de nuestros entrevistados tramitó la solicitud y según lo narran, ninguno tenía expectativas en ello, sino que más bien “era una posibilidad” y era algo a lo que accederían “si se daba”. En los casos de los hijos, han participado, de una u otra manera, en la solicitud de sus padres o gestionaron la propia. Lo que se evidencia, en uno u otro caso, es que reconocerse exiliado no fue inmediato, fue un trabajo de acompañamiento a sus padres que desencadenó la situación de admitir la categoría para sí mismos.

Cristina salió del país en 1979 con su marido, quien por entonces cumplía condena en la cárcel de Rawson y solicitó el “derecho a opción”. La pareja se exilió en Suecia durante cinco años. A la hora de la pregunta sobre la reparación, la narración de Cristina devela el cambio. La reparación resignificó su identidad de exiliada, porque hasta ese momento ella se veía “acompañando” a su marido. A través de una conversación con una compañera, que le comenta sobre las solicitudes de indemnización, ella “se descubre” a sí misma exiliada, protagonista de una historia que no eligió.

Mi amiga me decía, “...escribí ‘tu’ historia, tenés que contar lo que te pasó a vos todos estos años” (...) Y ahí es también como que uno se desdobra, de alguna manera. En realidad, quizá porque es una papa muy caliente, para decirlo así... y que, si lo haces por otro, es como más liberador... Lo había construido como la historia de él, de Rubén.

---

<sup>14</sup> Al día de hoy, hay solicitudes en espera de resolución judicial. Por otra parte, para la vía administrativa, recientemente la Corte Suprema de Justicia declaró inconstitucional una resolución del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos que había dispuesto que los exiliados cobraran un 25% del beneficio al que acceden los presos políticos. Esta resolución, firmada por el ministro Germán Garavano en su primer año de gestión, sostenía dicha “rebaja” argumentando que consideraba que en la indemnización a los exiliados había una “violación de los principios de igualdad y razonabilidad”, a la vez que “reconocer una indemnización completa por cada día pasado en el exterior excedía la finalidad indemnizatoria” (*Tiempo Argentino*, 8/10/2019).

Tanto para esa primera generación de exiliados, como para la segunda —los hijos del exilio— tramitar la reparación del Estado, es también tramitar el pasado en términos personales. Para los hijos, este momento representa la contraposición de la historia familiar sobre el exilio con la interpretación que el Estado ha hecho de él.

Pablo nació en Argentina, en 1977, y a los pocos meses se fue al exilio con sus padres. Suiza fue el destino donde pasó sus primeros años y comenzó la escolarización. Al retornar al país, en 1985, recuerda que no sólo había cambiado de lugar sino también de lengua:

Quando llegamos a la Argentina yo hablaba francés, decía muy pocas palabras en castellano (...) Cuando llegamos, en casa la consigna fue “no se habla de nada”. “Si te preguntan, vos decís que venís de otro lado”. Igual yo tenía 8 años, no creo que captara mucho, pero por si acaso...Y “no se habla más francés”, fue la otra. Ni adentro de la casa. Tenía que aprender castellano y hablar castellano.

En los relatos aparecen también elementos que, más allá de la reparación patrimonial, funcionan como enclaves para situarse como exiliados y que aportaron al reconocimiento social. Citlali (nacida en México durante el exilio de sus padres) señala que acudió a lo dispuesto por el Ejecutivo Nacional, bajo la presidencia de Néstor Kirchner (Decreto N° 1601, del año 2004) que reconocía la nacionalidad argentina a hijas e hijos de exiliados políticos nacidos en otros países y permitía que la adoptaran en el momento en que quisieran, algo que antes la ley prohibía. Destaca que tal hecho vino a poner fin a una serie de situaciones de discriminación que vivió de chica y otras de señalamiento por ser “extranjera”.<sup>15</sup>

Al momento de entrar en contacto con algo formal o legal, ahí te saltaba que vos no eras de acá... que en otro momento capaz que no lo sentías pero ahí, el mismo Estado te devolvía “vos no sos de acá”. ¡¿Cómo?! “Yo no soy de acá, o sea, porque Usted, Estado, había decidido que yo no podía nacer

<sup>15</sup> Hoy Citlali tiene doble nacionalidad argentina-mexicana.

acá!”, digamos. No porque yo elegí. Entonces es como que a todo le di una nueva vuelta [y es] a partir de esto que la psicóloga me devuelve: “vos también fuiste exiliada, estuviste exiliada”. Ahí fue como un quiebre, un poder leer algunas situaciones de malestar que vivía.

Otro elemento reparador es señalado por una de nuestras entrevistadas, quien recuerda la complicada situación económica en el momento del retorno. Ella, hija de una pareja de militantes peronistas, debió irse al exilio con sus padres y hermanos, cuando tenía 14 años. Tiene, entre sus recuerdos pre-exiliares y posteriores, situaciones de mucha inestabilidad y la sensación de pobreza que hizo muy dura la vida por aquellos años. Hace referencia a “los departamentos que dio Sapag”,<sup>16</sup> los que significaron una ayuda para gente que llegó muy complicada. No fue el caso de su familia, pero narra cómo la casa que Sapag le dio a un exiliado, termina siendo el único lugar de alojamiento para otra exiliada que llegaba a Neuquén, sin nada. Eso y las indemnizaciones de los años 90 fueron elementos que ayudaron para que aquellas personas “salieran de estar en la lona”. Podríamos, entonces, pensar que este tipo de acciones a nivel local actuó como una reparación “de hecho” que logró resultados compensatorios.

### **La dimensión social y política del exilio**

Las reparaciones se dieron, en general, sin un debate abierto e integral sobre el pasado. Por una parte, la dirigencia política no impulsó un proceso de ese tipo. María José Gumbre encuentra que eso se debió a que dicho proceso supondría, inevitablemente, un análisis de la actuación de cada fuerza política en ese período y algo así como una “rendición de cuentas”. Por otra parte, la indemnización como política de Estado trajo profun-

---

<sup>16</sup> Se refiere a departamentos del Instituto Provincial de la Vivienda que el entonces gobernador Felipe Sapag facilitó para que accedieran exiliados que retornaban a Neuquén en los años 80. Esta iniciativa, que no fue una política formal diseñada desde los organismos del Estado —y que, por ello, es difícil conocer sus alcances— es descrita por algunos retornados como una “gauchada” o “favor” de Sapag. Un hecho más bien vinculado a la empatía que el gobernador pudiera sentir ante la situación dada la experiencia que sufriera con el asesinato de dos de sus hijos durante el período dictatorial. Este tema se presenta con diferencias entre los exiliados, no se comenta abiertamente y parece haber producido algunas tensiones en el pasado.

das polémicas hacia adentro del movimiento argentino de Derechos Humanos y de las propias organizaciones, pero no fue motor de un diálogo o debate social que alimentara una elaboración colectiva del pasado y las consecuencias del terrorismo de Estado.

Aquí, es menester recalcar que el profundo y abocado trabajo de las organizaciones en pos de la visibilización de los crímenes de lesa humanidad, la denuncia y la exigencia de justicia tuvo una constancia que no se equiparó con las manifestaciones sobre la reparación y sus posibilidades.

Entonces, no es de sorprender que el exilio —y la posibilidad de su reparación— corriera la misma suerte que las anteriores reparaciones (para presos políticos y desaparecidos). La culpa aparecía en sus protagonistas una y otra vez y, los distintos dilemas ya mencionados, dieron lugar a un terreno cada vez más controversial. Silvina Jensen (2004) se refiere a que, en términos historiográficos, “el exilio siempre fue el gran ausente”, pero eso no estuvo lejos de lo que pasó en el debate social, la opinión pública y la memoria colectiva.

Esas ausencias son fundamentales para comprender los caminos que recorrieron los exiliados al retornar y para comprender los sentidos que en ellos se activaron en relación con la reparación. Cristina explicó que no tenía totalmente resuelto el tema, pero ante la negativa de la Secretaría de DD.HH. y frente a la posibilidad de hacer juicio, manifestó:

Estuvieron los juicios que se empezaron hacer al Estado y yo nunca quise. Nunca, nunca (...) Y aparte, la verdad, sinceramente, yo con el gobierno anterior<sup>17</sup> no hubiera querido [judicializarlo], porque pensé que había tantas cosas que se estaban haciendo como para la gente más vulnerable y demás. Yo dije, ¿para qué? ¿Viste?... Sentí como que no quería.

Ana menciona algo similar, en tanto su lógica era que ese dinero no tenía que ver con ella personalmente. Ana pudo exiliarse en España, salió de Argentina en 1977 y se instaló en Madrid recién en 1978. Durante los años noventa, cuando se enteró de la intención de una ley reparatoria, se

---

<sup>17</sup> En referencia al gobierno bajo la presidencia de Cristina Fernández (2011-2015).

negó rotundamente a solicitar o a hablar, siquiera, de reparación. Pensaba que asumirse “*exiliada, los hacía a ellos dueños de mi vida*”, esa había sido su lógica por mucho tiempo. Años después, cambió, entre otras cosas, su idea sobre lo que fue el exilio y sobre el sentido de una posible indemnización. Su caso no fue aceptado entre las solicitudes, pero sabe que, en algún momento, con el cambio de gestión (se refiere al gobierno nacional que asumió en diciembre de 2019 y las sucesivas transformaciones que eso podría producir) lo volverá a intentar.

A esa reparación no la pienso ni la espero, pero creo que es de justicia, en el sentido de reparación, a mí también, como “parte de...” Pero también porque si se repara algo de eso, se reparan más cosas. Yo antes pensaba ¿por qué el pueblo tiene (que pagar la reparación)? Sí, el pueblo, el Estado en representación del pueblo tiene que hacerse cargo (...) Esto tiene sentido en las generaciones futuras. Es para mí, sí, pero es más allá de mí. Tiene que ver con todo aquello que signifique que no haya impunidad frente a determinados hechos, es una responsabilidad ética fundamental.

Por otra parte, Citlali reconoce la reparación otorgada a sus padres como justa, de hecho, su madre fue indemnizada. Pero al reflexionar sobre *su* reparación aparecen varios factores: el primero es el haberse reconocido como exiliada ya siendo grande y, desde allí, es que pudo ver que tenía fuertes consecuencias en ella; por otra parte, en los últimos años, los de la gestión bajo la presidencia de Mauricio Macri, ella supuso que si hacía la solicitud “no iba a salir, no era factible, era perder tiempo, plata. Ahora lo tendría que repensar”. Comprende y argumenta acerca de lo justo de reparar a sus padres, pero en ella, si bien puede mencionar una serie de “desventajas” que el exilio implicó en su vida, no lo puede resolver tan simplemente. Una abogada, que es con quien también ha revisado su trayectoria, la ayudó a comprender que el exilio aparece en primera persona: “sé que soy víctima del terrorismo de Estado, a través del exilio”.

Al escuchar las experiencias vemos cómo la reparación interpela de diferentes maneras, como se suscitan sentimientos y reflexiones en cada sujeto que descubre el exilio y sus efectos en su historia personal. Desde

ahí también podemos observar que esas experiencias se pueden resignificar en términos colectivos. Es una posibilidad, es un camino a recorrer desde lo subjetivo a lo colectivo que quizá solo fue posible en estos últimos años, particularmente en relación con la reparación del exilio, y no antes, cuando allá por los años 90 se hablaba de las primeras “indemnizaciones” por delitos de lesa humanidad.

Coincidimos en este punto con lo que señala Mariana Luzzi:

(...) las políticas reparatorias, desde el origen, fueron concebidas en términos individuales, sin que su creación diera lugar a discusiones o decisiones compartidas respecto de otras maneras de percibir las y de los destinos posibles para el dinero que provenía de ellas. En síntesis, tanto el Estado como los propios destinatarios limitaron la posibilidad de inscribir las políticas de reparación económica en una esfera colectiva. (Luzzi, 2014: 271)

Es atinado acá incorporar la voz de una exiliada que narra su parecer en torno al exilio y a la ley, en las vísperas de su tratamiento en el Congreso por tercera vez (*Revista Lezama*, julio de 2005). Alicia Bonet- Krueger refiere en su relato que, por aquellos años, “A nadie se le hubiera ocurrido hablar de sí mismo y sus problemas existenciales, cuando habíamos dejado atrás nuestro a los compañeros, los amigos, los familiares devorados por los monstruos de la dictadura. Nosotros estábamos vivos sin saber ni por qué, ni cómo”. El contexto quizá fue lo que llevó a que los exiliados vieran sus experiencias en el plano de los dramas personales.

Finalmente, Bonet-Krueger se pronuncia a favor de la ley porque da muestras de ser “el primer intento serio de restablecer la continuidad de la Historia Argentina al introducir en ella una generación que, por razones y con medios diferentes, salimos del país”; destaca, una y otra vez, que se trata de reconocer que falta una generación, entre muertos y “vivos ausentes” (de este modo se autodenomina como exiliada) y así se intenta darles el lugar que corresponde.

En pocas palabras, podemos decir que no es relevante en las experiencias de las y los retornados la reparación patrimonial por sí misma, que

no se trata de una pulseada personal con el Estado. De allí que sea importante rescatar el sentido de “integral” del acto reparatorio, si lo que se propone es resarcir o compensar el daño.

La reparación, como un deber de los Estados dispuesto en tratados internacionales y recogido en la jurisprudencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, establece ese valor integral como amplio, abarcativo y que no se circunscribe a la indemnización pecuniaria,<sup>18</sup> pero queremos puntualizar, en el sentido que señala Ana Guglielmucci (2015), acerca de que las consignas de verdad, memoria, justicia y reparación se presentan como conceptos ineludibles e interdependientes (Guglielmucci, 2015:40). Más aún, para el caso argentino, políticas en este sentido pueden actuar de forma complementaria y obtener resultados muy positivos, o pueden actuar de modo contradictorio si, por ejemplo, la indemnización aparece como política luego de haber quedado inhabilitada la acción de la justicia penal para juzgar a los responsables del daño (como ocurrió con las leyes de Obediencia Debida, Punto Final e indultos de fines de los años 80). Por último, agregamos que el acto reparatorio debería tender a ser colectivo, pues es la única forma en que los grupos dañados o agraviados se vean reconocidos para, desde allí, acceder al contrato de la reparación.

Si no es en este sentido, un acto reparatorio corre el peligro de volver a dañar a esos sujetos, lo que ha sido retratado en multiplicidad de trabajos sobre la temática y que han observado cómo las indemnizaciones pueden ser entendidas como un chantaje moral o político o, a veces, como una forma de redoblar la estigmatización del grupo al que se intentó reparar.

### **Los “merecimientos”**

De la invisibilización del exilio, por un lado, como de la imposibilidad de construir socialmente a este como una violación a los Derechos

---

<sup>18</sup> La noción de reparación integral busca que, en la medida lo posible, su implementación anule *todas* las consecuencias del acto ilícito y restablezca la situación que probablemente hubiera existido de no haberse cometido dicho acto, es decir, un intento por restituir el estado anterior de cosas. Ahora, y teniendo en cuenta jurisprudencia reciente de la Corte Interamericana, si atendemos a la naturaleza de lo que es afectado en la violación del derecho a la vida o a la libertad la compensación pecuniaria debe ser acompañada “de medidas positivas del Estado para conseguir que hechos lesivos como los del presente caso no se repitan” (Nash Rojas, 2009: 33).

Humanos, merecedora de reparación, por otro, se desprende el imaginario social en torno al exilio.

Es un imaginario desordenado que fue surtido de muy diversas representaciones y sentidos, principalmente desde antes del fin de la dictadura, ya que se había implantado una imagen demonizada de los exiliados ligada a la todavía existente categoría de “subversivo”. Esta imagen persistió en el retorno de la democracia a través de los discursos mediáticos hegemónicos y también de aquellos instalados por distintos partidos políticos (Lastra, 2014: 92). Sobre ese imaginario plagado de imágenes negativas se erigió la figura del exiliado ligada a la de víctima de la dictadura.

Marina Franco analiza la incorporación de los exiliados a la categoría de víctima como algo que, en principio, podría parecer contradictorio, pues esta categoría supone la pasividad, mientras que el exilio, tal como ella lo interpreta a partir de su trabajo con los exiliados en Francia, se constituye como una estrategia activa. Esta es parte de la agencia de los exiliados, “una actitud posible frente a la dictadura (...) que fue la que permitió que algunos exiliados se transformaran en actores políticos importantes en su lucha contra la dictadura desde el exterior” (Franco, 2010: 13). Para la autora, reconocer la capacidad de acción de los exiliados no les quita su condición de víctimas del terrorismo de Estado, ni tampoco pone en cuestión el reclamo por resarcimiento económico que ellos puedan encarnar (Franco, 2010: 14).

Cristina, puede ubicar claramente ese primer período, a su retorno, en el que predominó el silencio. Relata que, al reencontrarse con otra exiliada en la ciudad de Neuquén, muchos años después de retornar, coincidieron en esa sensación de haber estado calladas durante años: “Ella me dice: ‘¿viste que ahora nosotras hablamos? ¿No te parece?’ Y yo ahí tomé conciencia. ¿Vos sabés que sí? que yo estoy largándome, no a hablar todo... pero, más o menos, como que yo antes era muda, prácticamente”. Cristina no sólo había guardado silencio sobre los años en Suecia, sino que esa, también, había pasado a ser la consigna para su hija que, por entonces, empezaba la escuela primaria: “Le había dicho: ‘de Suecia, no hablamos. Acá no se tienen que enterar’. Yo no lo tenía así, mi hija me lo recordó hace poco.”

Pero también puede ubicar en qué momento algo de eso empezó a



cambiar; de una primera etapa plagada de temores y desconfianzas mutuas fue pasando a otra de autoidentificarse como exiliada:

Como que uno tenía mucho [de] esas cosas [se refiere a miedos] Ahora no, porque yo creo que todo se llegó a destapar tanto, ¿no? que me parece que los juicios ayudaron, también. Como que después... incluso, llegó un momento —yo creo que, con el gobierno anterior, cuando empezaron los juicios y todo eso— que hasta decías con orgullo: yo estuve en Suecia, estuve exiliada. Pero antes... ¿viste? Era, temor, [era] cuidarse... Sí, yo creo que fue con el gobierno anterior.

Nélida,<sup>19</sup> que pasó su exilio primero en Suecia y luego en México, hace una mención similar: “Yo nunca hablé así tanto de mí, de mi experiencia (...) En conversaciones con mi familia, de manera informal, yo no podía hablar de todo esto. Yo hablaba en todo caso de anécdotas o cosas así, pero nada más”.

De esas largas etapas de silencio y ocultamiento del periodo exiliar, se pasó, en algunos casos a la visibilización de la propia experiencia. Decimos visibilización porque para 1998, con el primer intento de debate de ley del exilio, hubo organizaciones en Argentina y en el exterior<sup>20</sup> que tomaron la palabra. Estos colectivos reclamaban para sí reconocimiento y reparación, de hecho, fueron quienes movilizaron fuertemente el tema para que llegara a instancias parlamentarias, aunque no representaran a la totalidad o a una mayoría, pues de hecho, había exiliados que no estaban de acuerdo con el proyecto.

<sup>19</sup> Nélida se tuvo que ir del país en 1978. En aquel momento vivía en Mendoza donde trabajaba como maestra y militaba en el sindicato docente. A través de redes de la organización en la que se desempeñaba pudo salir a Santiago de Chile y realizar los trámites en la oficina de ACNUR para obtener el estatus de refugiada. Desde allí se fue a Suecia —el único país que para ese año aceptaba refugiados— donde vivió tres años y, luego, se estableció en México hasta 1989. En ese mismo año retornó a la Argentina, más precisamente a Neuquén.

<sup>20</sup> Maricel López (2012) menciona en su trabajo a la CER (Comisión de Ex Exiliados Argentinos), la COE-PRA (Comisión de Ex Exiliados Políticos de la República Argentina) y la CEA-M (Comisión de Exiliados Argentinos en Madrid).

Quienes planteaban que el exilio no era igual a otras figuras reparables, lo hacían muchas veces desde una perspectiva individual. Violeta,<sup>21</sup> quien lo hizo en Costa Rica, lo expresa sin dudas:

Yo, personalmente, nunca estuve de acuerdo [en] que hubiera que hacer esa solicitud, yo en lo personal. Pero cada uno sabía lo que quería hacer. No estuve de acuerdo porque dije “nosotros nos salvamos, vivimos para contarla, pudimos volver, reintegrarte al trabajo, recuperar otras cosas” y en la gran mayoría de los casos no estuvimos muertos de hambre afuera. Todo lo contrario, seguimos creciendo, nos aportó un montón de cosas.

Lo de Violeta es por demás llamativo, esa era su posición personal, pero desde su trabajo en CAREF,<sup>22</sup> no solo había trabajado inmensamente por las repatriaciones, sino que incluso, en los años noventa, había ideado un proyecto para uno de los primeros espacios de la memoria de los refugiados de la dictadura, algo que reconociera a ese inmenso universo del exilio.

Aquí es donde aparece la tensión de quién cobra o no la reparación y si esta puede ser una política “a demanda”. En este debate, Telma muestra sus convicciones, pero también sus dudas. Ella colaboró en el pedido de reparación de sus padres, pero nunca tramitó la propia:

Yo pienso que está bien, o sea, no... Obviamente que nadie... que nunca alcanza nada, [para resarcir el daño sufrido] pero me parece que está bien. Como que no tengo una posición... no lo he reflexionado demasiado. Pero no me parece que esté mal, tampoco me parece que sí o sí tenga que estar... Sí creo que tiene que estar la posibilidad y que la persona que considere que le cabe [acceda].

Si bien estos pareceres son diversos y, en su momento, confrontaron en sus perspectivas, muchas veces estas controversias se dieron en ámbitos

---

<sup>21</sup> Violeta, a su retorno al país en 1983, se vincula activamente en la concreción de políticas de repatriación para los exiliados que comenzaban a retornar.

<sup>22</sup> Comisión Argentina para Refugiados y Migrantes.

privados, lo que no le quitaba dureza a la confrontación. Graciela, recuerda, que supo que habían “salido” las reparaciones para presas políticas por boca de un referente local de los organismos de Derechos Humanos: “Queda en tu consciencia lo que hagas”, le dijo aquel referente en ese momento. La decisión era privada, pero activaba resortes en distintas esferas de la sociedad.

Otras manifestaciones en relación al *merecimiento* de la reparación pasaron por los medios, sin lograr masividad, pero sí exponiendo líneas editoriales que marcaban posición sobre lo conveniente de una ley reparatoria del exilio o, al menos, empujando al debate colectivo sobre el pasado reciente. En este sentido, destacamos sólo dos casos que ilustran algunas posiciones: la primera fue un artículo de Martín Caparrós, titulado “El duro caviar del exilio”,<sup>23</sup> en el que el escritor —quien pasó su exilio en Francia— caracterizó como una vergüenza que el Estado invirtiera esa plata en reparar a quienes se fueron, y más vergonzoso aún, a quienes la cobraran.

Por otra parte, destacamos un *dossier* de la revista *Lezama*,<sup>24</sup> una publicación de periodismo político, que buscaba, a partir de esa entrega, surtir de variables el debate por la ley. De allí que convocó a exiliados para explicitar su opinión. Entre ellos, Eduardo Blaustein planteó, en su artículo titulado “Cobrar o no cobrar”, una perspectiva incómoda: “Hay una marca de clase entre las víctimas de la represión /exilio que suele desatenderse. Muchos de los que no tenían un peso partido por la mitad en el exilio siguen sin tenerlo, quince, veinte años después. La siguen pasando mal”. Blaustein se posiciona por la reparación, no determina si en términos universales o de forma individual, pero traza una línea, de forma pública y explícita, entre aquellos que tuvieron los recursos y quiénes no. Para el autor, es materia de políticas de Estado resarcir eso o profundizar las desigualdades.

Cabe aclarar que los medios que impulsaban estas discusiones se encontraban concentrados en la Capital Federal y la provincia de Buenos

---

<sup>23</sup> Revista *Veintitrés*, abril de 2005.

<sup>24</sup> *Lezama* fue una revista mensual que salió regularmente entre 2004 y 2005, dirigida por Luis Bruschtein y en la que Eduardo Blaustein fue su secretario de redacción. En su segundo año produjo este *dossier* donde se abordaba la cuestión del exilio y su reparación que se tituló “Exilios: el alma en orsa!”.

Aires, en donde se daba una mayor llegada y circulación que en otras provincias, como la región en la que trabajamos. Pero sí en el imaginario había una tendencia general que proponía algo así como establecer una escala de los sufrimientos en la que, al parecer, habría merecedores de reparación y otros que no, o no tanto. En este ordenamiento del dolor, el exilio quedaba muy atrás respecto de los otros delitos de lesa humanidad que ya habían tenido mayor visibilización y sobre los que se había avanzado en judicializarlos como parte del plan sistemático. Tres elementos condicionaban esta “escala”: el peso de la imagen de los exiliados como aquellos que “habían pasado unas vacaciones doradas en el exterior” que seguía presente, la ausencia de las voces de los exiliados y, como consecuencia de ésta, el desconocimiento de que el exilio fue, en una gran mayoría de los casos, el corolario de otras situaciones gravísimas.

Por último, las voces de los exiliados que fueron emergiendo, no lo hacían desde un consenso generalizado, por lo que esa diversidad de perspectivas pudo haber jugado a favor del no reconocimiento institucional del exilio.

### **La inscripción del exilio en la memoria colectiva. A modo de reflexiones finales**

¿Cómo comprender una política reparatoria para las y los exiliados si estos no han sido visibilizados como sujetos-víctima? ¿Por qué considerar justa esa reparación si el exilio no fue configurado desde una perspectiva de violación a los Derechos Humanos, al menos en el inmediato retorno de la democracia? ¿Es posible que el exilio, en tanto significativo, se construya muchos años después del hecho en sí mismo? ¿Tiene sentido reparar casi cuatro décadas después? Y en tal caso, ¿qué sentidos asume para sus protagonistas?

A estas preguntas no se responde poniéndose simplemente de un lado de la línea; la complejidad que estas asumen implica el proceso de inscripción del exilio en la memoria colectiva. Retomamos a Silvina Jensen que ayuda a comprender esa ausencia, revertida sólo en los últimos años, cuando resalta el vacío historiográfico y el desinterés social sobre la problemática (Jensen, 2004: 23).

Como decíamos, hay elementos que permiten afirmar que hoy, esa débil inscripción del exilio en la memoria colectiva se transforma. Primero, las voces de los exiliados, nos referimos a que ya no se trata de algunas voces ejemplares, sino de que cada vez más exiliados pueden dar cuenta de la diversidad de las experiencias, pero siempre volviendo sobre el exilio como fenómeno social y de esa profunda e irreversible herida que dejó en la sociedad.

Estas voces aparecen en los relatos, cada vez más numerosos, sobre experiencias en países de acogida o del extrañamiento al retorno; algunos de ellos son escritos colectivos que recuperan trayectorias o simplemente testimonios incorporados en estudios de las Ciencias Sociales. Ha habido, inclusive, en los últimos años publicaciones impulsadas y llevadas a cabo enteramente por exiliados.

Por otra parte, la aparición de sus voces en los estrados fue fundamental para los juicios de lesa humanidad relanzados desde el año 2006. Han sido y son piezas clave para la concreción de condenas y para la formulación de las historias que aún no conocemos sobre el Terrorismo de Estado. Es de destacar que el juicio que investiga los delitos de lesa humanidad en la llamada “subzona 52” tuvo en su sexta fase a exiliados entre sus testigos en la denominada causa “La Escuelita”, y cuya séptima etapa finalizó en diciembre de 2021. A diferencia de otras causas, fue expresa voluntad de los fiscales citar a exiliados para que narren qué fue el exilio, dando así una justa dimensión a las rupturas que genera en la vida de las personas y de las sociedades, además de establecer cómo el exilio se conecta, sistemáticamente, con otros delitos de lesa humanidad.

Esto habla de una visibilización del exilio ante la Justicia que, si bien no puede ser juzgado penalmente hoy, evidencia que hay nuevas figuras que aparecen para cambiar nuestra percepción de los tormentos ocurridos hace 40 años.<sup>25</sup> Concretamente, los procesos de justicia no están cerrados

---

<sup>25</sup> Esto se vuelve aún más evidente luego de nuevos juicios que introdujeron los delitos sexuales como delitos autónomos de la tortura y practicados de forma sistemática y planificada. Causas en Mar del Plata, Rosario y ahora Neuquén logran mostrar nuevas aristas de las violencias perpetradas en el marco del Terrorismo de Estado.

y, del mismo modo la historia y la memoria social que se construyen en torno a ella.

Una última voz fue fundamental para revisar y reactualizar el exilio: la de las *Hijas e hijos del exilio*, su organización como colectivo, su identificación con la experiencia exiliar que les tocó vivir, pero de la cual no reniegan, sino que la narran y la esgrimen claramente, como afirmación y como interpelación “El exilio fue violación a los Derechos Humanos”. Esta segunda generación del exilio se ubica como actor político en forma colectiva desde el año 2007, como “emprendedores de memoria” (Jelin, 2002) y también hay numerosos casos de hijos que han publicado sus experiencias desde este lugar.

Sin dudas, la reparación económica, como una definición política del Estado, no guarda relación con lo que intenta reparar, es decir, siempre la reparación debería entenderse como una aproximación posible que puede encarnar mayor sentido en tanto se acompaña de otras políticas que reconocen a las víctimas, juzgan a los responsables y se comprometen a su no reiteración.

En ninguno de los entrevistados aparece la idea de que se los estaba “comprando”, que con esto se pagaba o legitimaba el no reclamo de justicia ante el mismo Estado que los había expulsado del país, pero del mismo modo, tampoco la reparación patrimonial deviene un elemento relevante en sus vidas. Se prioriza en ellos el sentido colectivo, social y político del exilio antes que la experiencia individual que los atravesó, aun cuando quienes narren el exilio sean hijos e hijas que toman distancia de las prácticas y las ideas de sus padres.

Como la importancia de la reparación así planteada trasciende a los individuos que la perciben, entendemos que hay determinados aspectos a observar para transformar el sentido social de los exiliados, el de los exiliados-retornados en particular y el del exilio como problemática social, histórica y política.

Es central aquí señalar cómo y en qué momento aparecen entonces las voces de los exiliados, ya sea como testimonios o como irrupción en el relato histórico. En este trabajo señalamos tres etapas del período democrático para observar esto: la del gobierno de Raúl Alfonsín, la que incluye los

dos gobiernos de Carlos Menem y la última, que comprende la gestión de Néstor Kirchner. Como ya mencionamos, los énfasis en cada uno fueron bien diferentes, de acuerdo a sus políticas para juzgar y/o reparar. Memoria, Verdad y Justicia se superan como consigna cuando devienen en políticas que se encarnan de modo interdependiente y es, quizás, el último de los períodos señalados el que evidencia mayor coherencia en ese sentido. Un Estado que articuló mecanismos burocrático-legales pero también ideológicos que aportaron a sostener una trama en la que la presencia de los exiliados pudiera insertarse.

Por último, la distancia temporal que hoy nos separa del exilio de la última dictadura, del retorno de este y de las reparaciones a sus protagonistas, nos permite quizás enriquecer de sentidos la experiencia y despegarla de los atravesamientos de actores y culpas en que quedó atrapada anteriormente.

Si se quiere, es un desafío para la sociedad toda. Para nosotros, quizás este es el momento del exilio. La memoria, dice Jensen, supone entenderla como narrativa sobre lo ocurrido y como práctica de atribución de sentido; también como procesos puestos en marcha por actores sociales con el fin de trazar puentes con el pasado a la luz de las exigencias del presente (Jensen, 2004: 21). Acceder a esa invitación puede ser escuchar las voces de los exiliados para poner esa experiencia dolorosa en algún lugar de la memoria colectiva.

### **Referencias bibliográficas**

- Blaustein, E. (2005). Cobrar o no cobrar. *Lezama*, Año 2, N°15, Julio, 45-46.
- Bonet-Krueger, A. (2005). Los vivos ausentes. *Lezama*, Año 2, N°15, Julio, 36-39.
- CIDH. (1993). “Informe anual de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos 1992-1993” (Informe N° 28/92) Recuperado de <http://www.cidh.oas.org/annualrep/92span/Argentina10.147.htm>. Acceso el 3 de agosto de 2020.
- Crenzel, E. (2007). Dos prólogos para un mismo informe. *El Nunca Más y*

- la memoria de las desapariciones. *Prohistoria*, Año XI, N° 11, Rosario, Argentina, 49-60.
- Foucault, M. (1979). *Microfísica del poder*. España: Ediciones de la Piqueta.
- Franco, M. (2010). Algunas reflexiones en torno al acto de exilio en el pasado reciente argentino. En E. Bohoslavsky, M. Franco, M. Iglesias y D. Lvovich (Dirs.), *Problemas de historia reciente del Cono Sur* (pp.: 303-322). Buenos Aires: UNGS-Prometeo.
- Gianoglio Pantano, L. (2012). Los exiliados en La Justicia Transicional argentina. Una aproximación a perspectivas y debates respecto al exilio. En *Actas de I Jornadas de trabajo Exilio Político del Cono Sur en el siglo XX*. Universidad Nacional de La Plata.
- Guembe, M. J. (2004). La experiencia argentina de reparación económica de graves violaciones a los derechos humanos. Recuperado de <http://www.cels.org.ar/documentos/>
- Guglielmucci, A. (2013). *La consagración de la memoria. Una etnografía acerca de la institucionalización del recuerdo sobre los crímenes del terrorismo de Estado en la Argentina*. Bs. As.: Antropofagia.
- \_\_\_\_\_ (2015). Transición política y reparación a las víctimas del terrorismo de estado en la Argentina: algunos debates pendientes. *Revista de Sociedad, Cultura y Política en América Latina*, Vol. 4, N° 5, 24-42.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. España: Siglo XXI.
- Jensen, S. (2004). Suspendidos de la historia/Exiliados de la memoria. Tesis doctoral presentada en la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Barcelona. Recuperada de <https://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/4800/sj1de2.pdf?sequence=1>
- Lastra, S. (2014). Los retornos del exilio en Argentina y Uruguay: una historia comparada de las políticas y tensiones en la recepción y asistencia en las posdictaduras (1983-1989). Tesis doctoral presentada en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata. Recuperada de



<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=tesis&d=Jte1002>

- López, M. (2012). Exiliados políticos y la constitución como víctimas frente al Estado: implicaciones para la acción política y el proceso de reparación en Argentina. En *Actas de I Jornadas de trabajo Exilio Político del Cono Sur en el siglo XX*. Universidad Nacional de La Plata.
- Luzzi, M. (2015). Pagar para reparar. Debates públicos y dilemas privados ante las políticas de reparación económica a las víctimas del terrorismo de Estado en Argentina. En S. Gayol y G. Kessler (Eds.), *Muerte, política y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Edhasa.
- Mignone, E. (s/f) Los decretos de indulto en la República Argentina. Recuperado de <http://www.derechos.org/nizkor/arg/doc/indultos.html>.
- Nash Rojas, C. (2009). *Las reparaciones ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos (1988-2007)*. Facultad de Derecho, Centro de DDHH, Universidad de Chile.
- O'Donnell, G. (2009). *El Estado burocrático autoritario*. Buenos Aires: Prometeo.
- Shore, C. (2010). La Antropología y el estudio de la política pública: reflexiones sobre la “formulación” de las políticas. *Revista Antípoda*, N° 10, Universidad de Los Andes, Bogotá, 21-49.
- Tello, M. (2003). La fuerza de la cosa dada: derechos humanos, política y moral en las “indemnizaciones” a las víctimas de terrorismo de Estado en Argentina. *Antropología e direitos humanos II*. Río de Janeiro: Ed. De la Universidad Federal Fluminense. Recuperado de [http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/antropo\\_tello.pdf](http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/antropo_tello.pdf)
- Vocos Conesa, J. M. (2013). Las leyes reparatorias de violaciones a los Derechos Humanos, a la luz de la jurisprudencia de la Corte Suprema. *Estudios de Derecho Público*, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 1073-1091. Recuperado de <http://www.derecho.uba.ar/docentes/pdf/estudios-de-derecho/0010-edp-4-vocos-conesa.pdf>

# **Estrategias del periodismo durante el Estado represor y las experiencias de exiliados-retornados en la Norpatagonia**

Joaquín Celedón Miglioranza\*

“Nombrar lo innombrable”.<sup>1</sup> Realizar tantas torsiones del lenguaje como sea posible para decir algo en un páramo de gritos ahogados. El desafío de informar sabiendo que hay consecuencias: exilio, amenazas, detenciones, torturas, desapariciones, cambios de trabajo, enunciados que permitían sobrevivir al miedo, al espanto. Vivir, aunque nuestro hogar esté en otro suelo.

Este trabajo pretende abordar la experiencia exiliar, tanto en su versión externa como interna (*insilio*), de aquellos periodistas que sufrieron la persecución política durante el terrorismo de Estado en Argentina, en los años setenta hasta principios de la década de 1980 así como las estrategias periodísticas que desplegaron para informar quienes permanecieron en el país durante dicho período. Nuestro enfoque está puesto en el Alto Valle de Río Negro y Neuquén.

En el caso de los periodistas exiliados-retornados indagaremos sobre su desarrollo periodístico, previo a la última dictadura militar y luego durante su exilio, y la incidencia de la familia y los hijos al momento de

\* Lic. en Comunicación Social (FADECS-UNCo). Integrante del proyecto de investigación “Identities, exilios y democracia: análisis de casos de la segunda generación de exiliados argentinos de la última .

<sup>1</sup> “Nombrar lo innombrable” es el título de un ensayo de Fernando Reatti, en el que analiza la producción novelística argentina ligada a la violencia política de 1975 a 1985 (Blaustein & Zubieta, 1998:19).

enfrentar el exilio. Intentaremos profundizar sobre el/los significado/s que le dan a esa etapa y sobre su inserción en la región al retornar al país. En este caso, los testimonios que abordamos se obtuvieron mediante entrevistas semiestructuradas y se trabajaron con la técnica del relato de vida con el fin de identificar momentos de ruptura en la experiencia exiliar.

En cuanto a los periodistas que se quedaron en el país, trabajaremos en torno de las estrategias que implementaron para informar y cubrir aquellos hechos que querían ser ocultados por el gobierno de facto, como las detenciones, las desapariciones forzadas y la lucha de los organismos de derechos humanos y, a su vez, la metodología que adoptaron para reclamar por el bienestar de los colegas que recibían amenazas y/o que fueron detenidos-desaparecidos. Para trabajar con este grupo recurrimos a la realización de la técnica de la entrevista focal, en la que los participantes intercambiaron opiniones y compartieron experiencias propias sobre los diversos temas de interés de la investigación.

### **Antecedentes de la investigación**

A nivel regional podemos mencionar la tesis de grado de Pablo Scatizza, *Violencia política y conflictos sociales. Representaciones del diario Río Negro durante el Onganiato (1966-1970)* en la que se pone en evidencia la relevancia del *Río Negro*, en tanto actor político que intentaba influir en el Alto Valle de Río Negro y Neuquén, y las estrategias asumidas por ese medio para sortear la censura y la presión gubernamental sobre la prensa. Parte de la fórmula consistía en no personalizar en Onganía las críticas hacia el gobierno, y en la inclusión de información oficial que contrastaba con las notas de opinión del medio.

Sin embargo, existen trabajos que tienen cierta relación con nuestra temática como el *paper* de Silvina Jensen (2015), “El imaginario del exilio en la prensa española de la transición democrática”. Dicho artículo aborda las representaciones que los principales diarios realizaron del retorno de exiliados españoles a partir de la muerte de Francisco Franco (1975) y durante la denominada “Transición Española” que coincidió con la llegada al país europeo de argentinos que escapaban de la dictadura militar.

A través de “Testimoniar e informar: exiliados argentinos en París (1976-1983)”, Marina Franco (2004) da cuenta de publicaciones en las cuales los exiliados argentinos en Francia intentaban dar a conocer las implicancias de la dictadura en Argentina y la violación de los derechos humanos.

Un trabajo reciente de Micaela Iturralde (2019) aborda la cobertura de *Clarín* respecto de la representación de los detenidos-desaparecidos. También indaga sobre los casos de periodistas, en particular en el de Enrique Esteban, corresponsal de dicho diario en Neuquén, quien en 1978 estuvo detenido-desaparecido por casi tres meses. Sobre este punto analiza cómo incidió la desaparición forzada de un trabajador del diario en la cobertura que el medio realizaba sobre esta temática.

Si bien estos estudios incluyen, de algún modo, la esfera de la comunicación como herramienta de denuncia y visibilización, no abordan directamente la experiencia de los periodistas exiliados. En relación con nuestra categoría de análisis, merece destacarse el capítulo “Prensa y Exilio” en el libro *Ráfagas de un exilio: argentinos en México, 1974-1983*, de Pablo Yankelevich (2010), en el que realiza un exhaustivo análisis de los medios de prensa que focalizaron su atención en Argentina y que abrieron sus puertas a periodistas argentinos en México. Esto fue creando un colectivo de periodistas que reflexionaron sobre la realidad argentina y actuaron de forma activa en denunciar el accionar represivo de la dictadura. La llegada a México, en 1974, de Rodolfo Puiggrós y su ingreso al diario *El Día*, fue abriendo el camino a los trabajadores argentinos de prensa en el exilio (Yankelevich, 2010:189). Así México se convirtió en una tribuna de debates por la que desfilaron voces como las de Gregorio Selser, Antonio Marimón, José R. Eliashev, María Seoane, Miguel Bonasso, Nicolás Casullo, Carlos Ulanovsky, Héctor Mauriño, entre muchos más. Yankelevich hace un relato pormenorizado de los distintos medios de prensa y los diversos abordajes sobre hechos clave en Argentina como el Mundial del 78 o la Guerra de Malvinas. En esta línea, incluimos también los trabajos de Gago (2012) y Zarowsky (2015) que analizan publicaciones de exiliados argentinos como la conocida revista *Controversia, para el examen de la realidad argentina*, en la que se destacaron intelectuales como José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Oscar del Barco, Nicolás Casullo, y,

entre ellos, figuras clave como el recordado Héctor Schmucler —con un rol protagónico en el campo de la comunicación— o el mencionado Carlos Ulanovsky.

Por último, queremos mencionar el documental *Recortes de Prensa*,<sup>2</sup> que brinda un aporte importante a tener en cuenta sobre las experiencias de los periodistas que se exiliaron, en este caso particular en México y Estados Unidos, y las de quienes se quedaron e intentaron continuar su labor periodística en convivencia con un estado de vigilancia constante y de censura. Este audiovisual indaga sobre quienes llevaron adelante la edición de la revista *Sin Censura* en la cual se reflejaban aquellos hechos o información que algunas personas filtraban a los exiliados. La iniciativa contó con importantes colaboraciones por parte de Julio Cortázar y de Osvaldo Soriano.

### **La práctica periodística durante la dictadura**

En la década de 1970, en Argentina, la escalada de violencia no mantuvo ajenos a los periodistas. Ante este panorama de persecución hacia el gremio periodístico, un grupo de exiliados en México, en su mayoría peronistas, conformó en 1976 la Unión de Periodistas Argentinos para la Liberación (UPAL). A partir del asesinato de Rodolfo Walsh en 1977 se acrecentó la campaña de denuncia. En una conferencia de prensa sobre el caso Walsh, la UPAL denunció “el asesinato de 60 periodistas desde la instauración de la dictadura” (Yankelevich, 2010:203).

El informe *Nunca más* de la CONADEP brinda cifras similares: “[...] En el curso del año 1976 fueron privados irregularmente de su libertad, situación que se mantiene al presente sin reaparición de sus cuerpos, 45 profesionales de prensa. En los ocho meses siguientes, desaparecieron 30 más, estimándose que el guarismo total de ‘desaparecidos’ de este gremio asciende a un centenar”.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> Recuperado de <https://vimeo.com/96837261>

<sup>3</sup> El listado de periodistas desaparecidos del *Nunca Más* se encuentra disponible en <http://www.desaparecidos.org/arg/conadep/nuncamas/372.html>. En *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso* se brinda un listado de 90 periodistas detenidos-desaparecidos (Blaustein & Zubieta, 1998: 566).

Esto da un contexto cierto sobre el clima de terror que vivía el país y que había convertido al periodismo en un trabajo de riesgo. De esta manera, algunos periodistas salvaron su vida en el exilio, quienes se quedaron debieron resistir y, en algunos casos, elaboraron estrategias para informar de alguna forma a la sociedad sobre la represión que ejercía la dictadura militar.

Ahora bien: ¿Cómo desarrollaron la práctica periodística aquellos que se quedaron? ¿Cómo se construyeron ciertas redes para sortear el control del régimen dictatorial? ¿Existía alguna hendidura por la cual se podía criticar o denunciar al sistema? ¿Cómo se convivía con el miedo?

Para acceder a estos temas conformamos un grupo focal<sup>4</sup> con cuatro periodistas que ejercieron el oficio durante la última dictadura militar en Neuquén capital y en la vecina ciudad rionegrina de Cipolletti. El encuentro se planteó como una entrevista grupal abierta, con algunas preguntas guía, pero rápidamente los participantes adoptaron una actitud activa y la dinámica del grupo fue fluida. Participó Ricardo Villar, Osvaldo Ortiz, Walter Pérez y Bernardo Guerra.

Durante la dictadura Villar alternó su trabajo entre LU19 de Cipolletti y el diario *Río Negro*, tanto en la agencia de Neuquén como en la redacción central, ubicada en General Roca. Previo al golpe trabajó para *La Nueva Provincia* en Neuquén capital, Bahía Blanca y Viedma, y en 1984 ingresó a la radio LU5 de Neuquén capital. En el *Río Negro* también coincidiría con Osvaldo Ortiz, quien inició su carrera en el diario *Mendoza*, y luego sería corresponsal de *Clarín* en Neuquén. Walter Pérez también integró la redacción del *Río Negro* junto a Villar y Ortiz, previo paso por LU19. Luego de su salida del diario trabajó en la radio universitaria de Neuquén capital y en la actualidad es corresponsal de la agencia de noticias *Télam*. Por su parte, Bernardo Guerra desarrolló el oficio en *Sur Argentino*<sup>5</sup> y en la *Revista Calf*, perteneciente a la cooperativa de luz de Neuquén y, al igual que Pérez, desarrolló su labor en la radio universitaria local.

---

<sup>4</sup> El encuentro se realizó el 19 de diciembre de 2019, en Neuquén capital, y fue coordinado por Cristina García Vázquez y Joaquín Celedón Miglioranza.

<sup>5</sup> Este diario perteneció a los hermanos Elías y Felipe Sapag, líderes del Movimiento Popular Neuquino. La publicación perduró entre 1970 y 1978.

Nuestros entrevistados, sin quererlo, también evidencian la confluencia de personas con diferentes orígenes de procedencia que fueron integrándose a la sociedad neuquina. Bernardo proviene de Chile, Osvaldo de Mendoza, Walter de la provincia de Buenos Aires y Ricardo es nacido y criado en la capital neuquina. Neuquén tuvo diferentes oleadas migratorias y una de las más grandes coincidió con la construcción de la represa del Chocón entre las décadas de 1960 y 1970. Durante el Proceso Militar hubo personas que encontraron refugio en esta provincia por ser una zona en la que, si bien hubo represión, el accionar era “menor”<sup>6</sup> en comparación con otras zonas del país, desde la perspectiva de quienes elegían este destino. Tal es el caso de Osvaldo Ortiz, quien se vio forzado a realizar un exilio interno, desde Mendoza a Neuquén.

(...) Y ésta, pese a ser una provincia que tenía una brigada, regimiento y gendarmería, era tranquila comparada con Buenos Aires. Si vos le sumabas tranquilidad con la posibilidad de trabajo... En aquella época, por ejemplo, no había [el] problema de la vivienda como hay hoy (...) Entonces, se daban las condiciones para que esa corrida de gente que venía de Córdoba, de Mendoza, venía de La Plata mucha gente, no sufriera tanto. Se adaptaban y, además, era una ciudad vivible, con una sociedad receptiva.<sup>7</sup>

Neuquén se convierte en territorio provincial en 1955. Las obras hidroeléctricas atrajeron a nueva población a fines de los sesenta, pero sin dudas, la extracción de petróleo y gas representa el principal atractivo por el que a lo largo de los años, miles de personas deciden radicarse en la provincia en la búsqueda de nuevas oportunidades. Los periodistas recordaron de la siguiente manera a la ciudad de Neuquén de la década de 1970:

Ricardo: Era una ciudad que tenía entre 60 y 70 mil habitantes. Habíamos tenido la primera oleada de crecimiento con El Chocón, pero ya se había

<sup>6</sup> Desde la visión de quienes provenían de otros puntos del país, la Patagonia, parecía un territorio que escapaba a todo. Sin embargo, los trabajos de Scatizza (2016) dan cuenta del plan sistemático de represión que se implementó en la denominada “Subzona 52” que determinaron los militares, y que incluía a Neuquén y la región del Comahue.

<sup>7</sup> Comentario de Ricardo Villar en el grupo focal realizado el 19 de diciembre de 2019.

estabilizado, como dicen los técnicos “amesetado”. Pero era un lindo pueblo...Era muy seguro, podías andar por cualquier lado.

Osvaldo: Las villas de emergencia eran en aquel momento... alguien me dijo que eran como unas “pistas de aterrizaje” y tenía razón, porque la gente entraba y salía... Es decir, el tipo venía, conseguía laburo y no tenía dónde vivir, y se metía a la villa, pero al tiempo salía. No eran villas como las que yo conocía en Mendoza, porque eran villas “pesadas”... Estas villas eran de paso.<sup>8</sup>

Neuquén atravesó la dictadura con una sociedad que se estaba moldeando en base a dos liderazgos políticos fuertes, con las figuras de Jaime De Navares y de Felipe Sapag.<sup>9</sup> La clase trabajadora ya había dado una muestra de carácter con la huelga de los trabajadores de la represa de El Chocón, conocida como el “Choconazo”.

### **Estrategias de cobertura periodística**

Osvaldo Ortiz y Ricardo Villar venían con trayectoria en el oficio periodístico al momento en que la dictadura militar tomó el poder institucional en el país. Si bien en Neuquén hubo hechos de violencia y atentados,<sup>10</sup> previos al golpe militar instaurado en marzo de 1976, en Mendoza fue más evidente la represión. Ortiz trabajó como periodista en la provincia cuyana y contaba con un mayor conocimiento respecto de los métodos represivos y ciertas estrategias para dar a conocer información “sensible”, lo que tenía un impacto cierto al momento de salvar la vida de

<sup>8</sup> En adelante, los comentarios y diálogos corresponden en su mayoría al grupo focal realizado con periodistas el 19 de diciembre de 2019.

<sup>9</sup> Felipe Sapag es uno de los fundadores del Movimiento Popular Neuquino, partido político que surge luego de la proscripción del peronismo. Fue gobernador de Neuquén en cinco oportunidades, una de ellas en calidad de interventor durante el gobierno de Onganía, entre 1970 a 1972.

<sup>10</sup> Remus Tetu se hizo cargo de la intervención de la Universidad Nacional del Comahue, en 1975 (Zambón, 2008:125). Hasta el momento no se logró determinar si Tetu tuvo vínculo alguno con la Triple A, pero sí se estableció un grupo paramilitar integrado por Raúl Guglielminetti, otro personaje siniestro de la represión en Neuquén. Scatizza (2016: 62-63) señala que “hay al menos tres atentados emblemáticos (para la memoria colectiva en Neuquén) adjudicados a esta fuerza: la bomba colocada en el Juzgado Federal de Neuquén y la librería *Libracos*, así como el tiroteo contra la agencia neuquina del diario *Río Negro*, todos en 1975”.



personas, ya sea de militantes, delegados sindicales o de quienes figuraban en la agenda de un detenido:

El asunto era que los datos salieran. Yo creo que hay cosas que si las leyera hoy me darían vergüenza. Pero antes de venir acá, en Mendoza, me pasaba mucho, me llamaban por teléfono (...):

- “¿Ortiz?”

- “Sí”.

- “Allá debajo del teléfono público tenés un mensaje”.

Bueno, hacíamos todo un operativo. Salíamos del diario y llegábamos y sacábamos el mensaje que estaba pegado debajo del teléfono y ahí nos decían:

- “Nos detuvieron cinco personas de tal y tal lado”.

Entonces salíamos hacia ese lugar a hablar con los vecinos.

- “Sí, acá se llevaron a tal, vivían cinco pibes”.

Vos, por esa nota y para que al otro día saliera, eras capaz de cualquier cosa, entonces dependía del secretario de redacción que tenías. Yo, ahí en el diario [en el] que trabajaba, que era *Mendoza* tenía a un [editor] y yo a ese le tenía que escribir que fueron detenidos cinco guerrilleros... Ahora me da vergüenza, pero ¿sabes qué? si no salía mañana que habían sido detenidos, eran boleta.

En Neuquén hay registrada una situación similar que vivió Carlos Galván, quien fuera jefe de la agencia neuquina del *Río Negro*. A fines de 1974 recibe una nota, que atribuye a la Triple A, para que fuera a buscar un comunicado a la Terminal de Ómnibus de Neuquén. Luego de revisar el lugar que le fue indicado encontró un listado con los nombres de unos 15 o 20 docentes de la Universidad Nacional del Comahue que iban a ser “ejecutados” en el corto plazo (Scatizza, 2016:59).<sup>11</sup>

Para la cobertura periodística se tomaban algunos recaudos al momento de cubrir conferencias de prensa y marchas de los organismos de

---

<sup>11</sup> El periodista Carlos Alberto Galván, su esposa María Cristina De Cano y sus tres hijos se exiliaron del país el 7 de diciembre de 1976. Esta decisión de la familia ocurre luego de recibir amenazas telefónicas. Para más información sobre este hecho ingresar en <http://spnqn.com.ar/juicio/2012/06/el-periodismo-en-la-mira/>.

derechos humanos. En esos acontecimientos confluían periodistas y los Servicios de Inteligencia. En la agencia Neuquén del diario *Río Negro*, los periodistas del mismo medio tomaron la decisión de cubrir entre varios para que no se personalice sobre algún colega la publicación de estas actividades. El miedo a la represión siempre estaba presente. Pero ese sentimiento generaba el desarrollo de nuevas estrategias.

Ricardo: Nosotros íbamos a cubrir, no sé, las marchas por los Derechos Humanos. En las primeras iban 14, 15 manifestantes entre “Madres” y APDH e iban 30 alrededor que eran todos de los servicios. Iban y los conocíamos a todos.

- “¿Qué hacen acá ustedes?”

Cuestión que le deschavamos la patente a un auto de los Servicios y se pusieron relocos, nos dijeron:

- “Tenemos que sacar de circulación el auto”.

No se daban cuenta que cambiabas la chapa patente y podías circular... pero estaban relocos porque les habíamos blanqueado un auto que usaban ellos y además adentro del auto había colegas nuestros...

Osvaldo: Nosotros hacíamos la cobertura, hay una foto... porque tampoco lo queríamos mandar al “Cachorro” [en referencia a Walter Pérez] porque no queríamos que el “Cachorro” se metiera en quilombo e íbamos los tres a cubrir la marcha, como para decir: “es el diario” [*Río Negro*], no es el “Negro” [por él mismo], no es el “Pelado” [por Ricardo Villar].

Ricardo: No, pero además hacíamos posta con los rollos fotográficos... Había experiencia de que el fotógrafo sacaba, sacaba y venían los servicios y se lo llevaban. Entonces nos llevábamos colitas del rollo, sacaban tres o cuatro fotos, sacaban, se la daban a uno y rajaba. Así que siempre teníamos apoyo.

Durante el proceso militar, los periodistas también se apropiaron de una forma de escribir con la que los hechos o la información que se brindaba debía ser plasmada con rodeos y dentro de ciertos límites para evitar la reacción o censura de las autoridades. Comenta Ricardo:

Nosotros convivíamos con el temor. Miedo y temor forman parte del ser humano, no nos paralizábamos. Nos jugábamos todo lo que podíamos.

Avanzamos mucho, sobre todo porque se fue estructurando una forma de escribir, no era directa la cosa, sino que había que hacer algunos rodeos, muchas metáforas, elipsis, todas esas cosas... Pero conocíamos los límites, entonces podíamos llegar hasta un lugar, podíamos pasarnos un poquito, pero no demasiado.

A nivel editorial, se ha definido a este tipo de formas de actuar como “estrategias de resistencia” (Barrera y Ruiz, 2000). Según los autores, el factor humano es una de las dimensiones ineludibles para analizar el accionar de los medios. La cobertura de los hechos “sensibles” para un gobierno autoritario, debían ser abordados con “termómetro en mano”: había que saber reconocer no solo hasta dónde informar, digamos autocensurarse, sino también intercalar los “frentes de ataque” para amortiguar la presión de las autoridades.

Ahora bien ¿cómo es que las fuerzas militares hacían notar su presencia? No era extraño que se hicieran algunas llamadas a las redacciones:

Militar: ¿No le parece que está pasando la línea?

Ricardo: Teniente coronel, no, mire... una barbaridad hacer el mundial, estamos quebrados, tenemos problemas de todo tipo vamos a hacer un mundial ¡Una fiesta en medio de este país!

Militar: No, no, pero usted mire que el gobierno nacional cree que es muy importante para la imagen del país.

Entonces las explicaciones eran permanentes, y si no, cuando no surtía efecto el teléfono, se aparecía de visita. Capaz que no te hacía ninguna crítica, pero él estaba, hablaba, tomaba mate.

Walter: A propósito de eso, como eran tan rudimentarios los mecanismos de espionaje, por un lado, estaba la presencia efectiva de los servicios y después estaban las clavijas que era cuando nos “pinchaban” los teléfonos. O sea, ninguno de nosotros tenía teléfonos, los únicos teléfonos que teníamos eran los de la oficina en los medios (...) Todos los medios en los que estuvimos nosotros en esa época estaban “pinchados” y nosotros sabíamos que estaban “pinchados”.

Cuando percibían que la llamada había sido intervenida se interrump-

pía la conversación, o cambiaban de tema, o bien, hablaban “en clave”. Era una especie de juego entre quienes espían y eran espíados. Todos sabían que existían las escuchas, pero no quedaba en evidencia. Sin embargo, el método intimidatorio más potente fue el secuestro y la desaparición de personas,<sup>12</sup> prácticas de las que el colectivo periodístico no estuvo exento.

### **El caso del “Gordo” Esteban**

En 1978, Enrique Esteban<sup>13</sup> era corresponsal de *Clarín* y fue secuestrado junto a su esposa Teresa María Oliva, también periodista, por las fuerzas militares. A partir de ese momento, un grupo de periodistas se organizó con el objetivo de desarrollar estrategias para denunciar la situación, sin acusar de forma directa a las autoridades, pero con la intención de mantener en la agenda informativa de los medios la desaparición de Esteban. Es un caso que nos permite ver la otra cara del miedo, como claramente lo manifestó Ricardo Villar:

Convivíamos con el miedo, pero a la vez no nos paralizábamos, al contrario, llego el momento [en] que jugábamos con los poderosos porque sabíamos las debilidades. Por ejemplo, no les gustaba la crítica ni que vos le hablaras de frente y les dijeras algo ¡Se ponían relocos! Y nosotros jugábamos con eso.

Con respecto a Esteban, el miedo activó estrategias para reclamar por su vida. Para que el caso no pasara desapercibido, este círculo de periodistas y otros colegas comenzaron a reunirse en la agencia de Neuquén capital del *Río Negro*. Para las distintas comisiones definieron integrar a colegas que formaran parte de los servicios de inteligencia. Ortiz explica:

<sup>12</sup> Uno de los casos a nivel regional es el de Jorge Alberto Asenjo, corresponsal de *El Mundo* en Cinco Saltos, quien fue detenido-desaparecido el 12 de junio de 1976 (Blaustein & Zubieta, 1998:566). El hijo del periodista declaró en uno de los tramos de los juicios que investigan la represión durante la última dictadura en la región <https://www.rionegro.com.ar/hijo-de-desaparecidos-interpelo-a-los-represores-donde-esta-mi-papa-1731840/>.

<sup>13</sup> Previo a la corresponsalía en *Clarín*, trabajó en el diario *Sur Argentino* y en la radio *LUS*.

Nos llega la noticia de que “El Gordo” desaparece y nos juntamos en el *Río Negro* con Omar Marticorena, que está acá en la universidad, que hacía teatro... Omar era terrible, no transaba con nada y yo quería que formáramos un grupo para pedir por “El Gordo” porque [dije]: ¡yo ésta no me la banco! Yo voy a hablar con los muchachos para ver si formamos un grupo.

Entonces le digo:

“Vamos a formar un grupo, pero vamos a meter a los botones”.

“¡No! —me dice Marticorena— A los botones hijos de puta, no”.

“No, los botones sí, porque primero no vamos a hacer un grupo armado para ir a liberarlo, vamos a ir romper las bolas nada más. Hay que nombrar a un botón cada vez que hagamos una comisión, y vamos a ir a hablar un día con cada uno”.

Lo llamamos a Ricardo [Villar] y vino con “El Morsa” Carnevale y formamos un grupo grande entre los que estaban los botones.

La inclusión de “los botones”, integrantes de los Servicios de Inteligencia que oficiaban en el periodismo local, era una estrategia pergeñada para cubrirse de algún modo ante las fuerzas represivas, de transparentar las acciones para reclamar por la situación de Esteban y, como mencionábamos anteriormente, de hacer, a pesar del miedo que convivía en todos ellos. Así lo cuenta Osvaldo Ortiz:

El asunto del miedo lo teníamos, pero lo dominábamos ¿Cómo sacamos el miedo de armar una comisión? Porque armamos una comisión con botones también y cada vez había que nombrar a un botón... Un día íbamos a ver a la policía, otro a la gendarmería, porque sabíamos que iba para larga la cosa... Para tener todos los días uno para publicar. Y tuvimos la suerte de que *Río Negro* y *Clarín* nos apoyaban. Los de *Clarín*, yo hablaba todos los días (...) a tal punto que yo le dije al de Archivo:

“Necesito [consultarte] porque quería hacer una nota [sobre el caso Esteban]. Entre esta y esta época debe haber salido todos los días”.<sup>14</sup>

Me dice:

“Negro, no conozco una sola noticia que haya salido todos los días”.

---

<sup>14</sup> La seguidilla de notas en *Clarín* sobre el caso Esteban se encuentran detalladas en el trabajo de Iturralde (2019:12 y 13).

Estos encuentros y consultas con las distintas autoridades sirvieron como notas diarias que eran publicadas en *Río Negro* y *Clarín*, en las que se daba cuenta de los días que llevaba desaparecido Esteban. La solidaridad con el caso del periodista también se extendía al obispado de Neuquén, a cargo de Jaime De Nevares.

Oswaldo: El día que no podíamos ver a nadie lo íbamos a ver al “Monse” [por De Nevares] y le hacíamos varias misas (...) Y el domingo, él hablaba por *LU5* en la misa de la mañana... Salía a las 8 la misa, entonces (...) [yo] decía: “tiene que decir algo [sobre Enrique Esteban]”.

Prendía la radio desde la cama hasta que decía algo del “Gordo” (...) y después seguía durmiendo.

Ricardo: Eso es porque De Nevares bajaba línea todos los domingos, bajaba una línea y era noticia para nosotros.

En uno de los encuentros con las autoridades militares, el grupo de periodistas convoca al Mayor Guñazú, quienes ellos referencian como el encargado de relaciones públicas del comando militar de la región. Durante la reunión, el militar niega rotundamente que tuvieran algo que ver con la desaparición de Esteban:

Oswaldo: Pero mire, ustedes hacen inteligencia y si nos vigilaban a nosotros que somos periodistas, tiene que haber una carpeta del “Gordo” ¿Hay algo en la carpeta del “Gordo”?

Guñazú: No, no, pero mire... ¿cómo va a decir eso?

Luego de estar detenido-desaparecido durante más de dos meses, Esteban es liberado. En palabras de Ortiz:

Esto de “El Gordo” Esteban termina bien. Ustedes saben que al “Gordo” Esteban lo terminan liberando. En primera instancia termina bien, y termina mal. Después de un tiempo [en] que el “Gordo” está con nosotros, nos costó bastante sacarlo a trabajar al “Gordo” ¿Te acordás? Un día lo sacamos a hacer una nota al Chañar y llegamos hasta el Dique Ballester, y los vio a los milicos... ¡se nos tiró a la banquina! Y le dijimos:

- “Tranquilo, vamos a abrir el capó como si estuviéramos revisando algo”. Cuando se le pasó, seguimos... El “Gordo” se recuperó. En enero y febrero lo llaman por teléfono y se recontra cagó porque el tipo que le habló le dio detalles de cuando lo torturaban (...) Ahí [Esteban] arranca para España.

Otros periodistas recibieron amenazas. Algunos recurrieron al exilio y otros, como Ricardo Villar decidieron de todos modos permanecer en el país:

Enrique Esteban tenía el antecedente del secuestro (...) Así que ya había antecedentes para irse (...) Rajneri nos llamó y dijo:

- “Bueno, yo tengo familiares y contactos en España, váyanse allá, el diario los banca”.

Cuando vos hablabas del miedo... Cuando a Enrique Esteban... Ahí me asusto, porque mis compañeros se escapan, se van, y yo dudaba... Y también por el temor que yo veía en ellos, en todos mis compañeros, no sé cuántos días de un temor extremo. Porque un milico me dijo:

- “¿Sabe lo que tiene que hacer? No duerma todos los días en el mismo lugar, no camine por la misma vereda”.

Pero [con] mis compañeros [había mucha] solidaridad, [que] no sé cómo explicarla hoy. Era una solidaridad que se sentía, pero que no alcanzaba para cubrir... Estaba eso de que averiguaban dónde yo andaba.

Ricardo recibe una amenaza telefónica en 1979 y comienza a experimentar un profundo miedo.

Un mes, ahí tuve miedo ¡Pero miedo ¿eh?! En aquellos años había pocos autos acá y yo caminaba y pasaba un auto despacio cerca mío y no me tiraba al suelo, pero me volvía. Fue la etapa que tuve miedo paralizante, de tratar de no hacer nada (...) <sup>15</sup>

<sup>15</sup> Entrevista individual a Ricardo Villar, realizada el 12 de marzo de 2020.

Esta situación ocurre luego del secuestro de Enrique Esteban. En la entrevista individual que realizamos, Ricardo comenta que decidió no recurrir al exilio: “Yo ya me había ido del país y no me iba a ir otra vez, ya había experimentado lo que es vivir lejos”. Vivió en Venezuela unos meses por una oportunidad laboral, entre 1975 y 1976. Allí trabajó de forma *freelance*, ya que los periodistas venezolanos estaban colegiados para disminuir la competencia de los exiliados que arribaban al país. Si bien estaba al tanto de la situación en Argentina, la nostalgia pudo más:

(...) Y volví a Viedma porque yo tenía mis cosas en Viedma, tenía una habitación, un departamentito alquilado, volví ahí y pude trabajar enseguida. Y me acuerdo de que el 24 de marzo a las siete de la mañana me golpearon la puerta. El día anterior habíamos estado comiendo asado con los amigos y analizando que se venía, y se venía... y se vino. Yo era secretario general del sindicato, ahí en Viedma, así que estaba medio complicado. El interventor había convocado a las 8 de la mañana a todos los periodistas. Así que fuimos ahí a verlo. ¡Horrible! Todo horrible...

### **Los “botones” y los servicios de inteligencia**

En las distintas etapas de los juicios que se realizaron para juzgar a los responsables de la represión durante la última dictadura, en el Alto Valle de Río Negro y Neuquén, quedó en evidencia la importancia que tuvo la Inteligencia de las distintas fuerzas armadas. También estaban los “botones”, aquellos civiles que trabajaban para los servicios y que se infiltraron en distintos espacios para recopilar información.

Walter: En todos los juicios se investigó la Inteligencia. El sistema represivo funcionó porque el primer eslabón de la cadena es la Inteligencia (...) En Neuquén es un tema interesante para ahondar, [porque] sigue funcionando ese destacamento, y la SIDE, que ahora es la AFI (...). Gendarmería Nacional tiene la sede de Inteligencia de toda la región... O sea, a eso hay que agregarle Inteligencia de la Policía Federal, de la Prefectura, todos los organismos de seguridad tienen Inteligencia, lo que pasa es que, lógicamente, inteligencia tiene que tener confidencialidad... Pero ningún gobierno democrático pudo resolverlo (...) Es un tema pendiente de la democracia



porque los servicios nunca respondieron a la democracia, los servicios respondieron a las “operetas” judiciales, políticas.

Oswaldo Ortiz es oriundo de Mendoza, pero aprovechando su luna de miel, decidió instalarse con su esposa en Neuquén. Esto se debió a la persecución que en la provincia cuyana estaba sufriendo. Él mismo relató: “yo no sé si iba en cana o era boleta, pero estaba marcado. Varias veces me di cuenta de que iba a buscar a mi novia, que es mi mujer, y tenía un Falcon detrás”.<sup>16</sup> Luego de llegar a Neuquén pudo constatar, a través de un amigo, que los servicios de inteligencia del ejército de Mendoza tenían una carpeta con información de él:

[A mi amigo le dijeron]: “Su amigo de toda la vida está en Neuquén, vuelve al periodismo, le aviso”.

¡Sabía el hijo de puta que yo iba a volver al periodismo! Porque cuando llegué acá le pedí laburo al *Río Negro* y me dijeron que esperara a Rajneri que estaba en Europa, [les dije] que lo que me ofreció la *Mañana del Sur*<sup>17</sup> no me interesó y bueno me quedé esperando eso. Pero no podía esperar mucho así que agarré un trabajo en Arroyito, que era arreglar el fondo de desempleo de los trabajadores de la construcción. Mientras esperaba eso, llegó Rajneri, me llamaron... Y lo sabían allá [en Mendoza], me tenían marcado.

Anteriormente, mencionábamos las estrategias que elaboró el grupo de periodistas que reclamaba por Esteban, conformando comisiones con los mismos “botones” que, así como formaban parte de los medios de comunicación, también estaban presentes en sindicatos y en los grupos relacionados a los derechos humanos.

Walter: Nosotros conocíamos perfectamente a aquellos periodistas que, si bien no eran de la estructura de los servicios, sí compartían la ideología y eran colaboradores de la dictadura (...) Y después estaban los otros que se

---

<sup>16</sup> Entrevista individual a Oswaldo Ortiz, luego del grupo focal realizado el 19 de diciembre de 2019.

<sup>17</sup> En esos años, existía *Sur Argentino*, diario de los hermanos Felipe, Elías, Amado y José Sapag. El mismo funcionó desde 1970 a 1978. En 1992, la imprenta y las instalaciones fueron adquiridas por el empresario Julio Ramos, dueño también de *Ámbito Financiero*, para la creación de la *Mañana del Sur*.

hacían los giles... Digamos [que practicaban] el silencio, la omisión...

Osvaldo: Que tampoco lo castigo porque si tenés miedo ¡Tenés miedo! El miedo no es una cosa que se pueda manejar.

Al finalizar la última dictadura, sin embargo, los servicios de inteligencia continuaron funcionando. A continuación, Walter Pérez lee parte de la denuncia policial que radica su padre, luego de haber recibido amenazas:

Recibe una llamada telefónica, estaba descansando porque era la 1:30 de la madrugada. Y cuando atiende la llamada, una persona que no se identifica le dice que se cuide porque tanto a él como a su hijo Walter (...) los van a reventar (...) Que su hijo se desempeña como secretario de prensa de la provincia y se domicilia en calle Santa Fe e Independencia, en la ciudad de Neuquén. Que no posee teléfono, y que radica esto a los efectos de...

- ¡Y esto es servicio! Esto es en el '88, que me hizo acordar esto a estas llamadas que recibíamos en aquel entonces... nos tenían perfectamente identificados a cada uno.

En plena democracia, se ventilaron algunos casos de personas que formaron parte de los Servicios de Inteligencia, incluso más allá del período de la dictadura. Nuestros entrevistados mencionaron el caso de Ricardo Grissoto, licenciado en Servicio Social formado en la UNCo, quien integró parte de distintos espacios políticos y sociales y que desarrolló su trabajo profesional en el principal hospital de Neuquén, el Castro Rendón. Su nombre apareció en la revista *Veintitrés*, en 2010, en una lista de colaboradores del Ejército.<sup>18</sup>

### **El exilio para salvar la vida**

Tal como venimos relatando, el gremio periodístico sufrió de primera mano la persecución y la represión, lo cual empujó al exilio a un número

---

<sup>18</sup> Uno de nuestros entrevistados comentó que "Grisotto fue militante, durante la dictadura habló (...) Fue uno de los principales impulsores de la JUP (...) Cuando surge ATEN, un grupo de estudiantes de aquella época es convocado por De Nevares y este 'pescado', joven estudiante, participaba de todas las reuniones y trabajó mucho con la Pastoral de Migraciones".

incalculable de periodistas. Por otro lado, para algunos exiliados, la clausura forzada de la vida en Argentina y la necesidad de “buscarse la vida” en otro país, los acercó al periodismo. Para abordar este fenómeno concretamos entrevistas individuales a las que accedieron Jorge “Tuti” Gadano y Diana Kallmann. Ambos debieron exiliarse a partir de la última dictadura militar en Argentina y tuvieron como destino común el Distrito Federal de México. Al retornar al país continuaron teniendo contacto, ya que se instalaron en Neuquén capital y compartieron por cuatro años la redacción de la agencia que posee el diario *Río Negro* en la capital neuquina.

Gadano se exilió luego de que uno de los grupos de tarea de la ESMA lo fuera a buscar a una de las sedes que poseía la agencia de noticias *Inter Press Service* en Buenos Aires.

Yo seguí haciendo periodismo en *Inter Press*, después del golpe seguí, y ya con el golpe instalado, a Juan Gelman, que también era montonero, lo mandaron a Roma y era como un jefe de redacción. Y lo que yo hacía era... manejarme con *La Prensa* y con el *Buenos Aires Herald*, que publicaban alguna información, no toda, sobre los secuestros porque las familias de los secuestrados iban a *La Prensa* o iban al *Herald* y esas cosas las mandaba a Roma como noticias, citando las fuentes y así anduve hasta julio o agosto del 76. En ese momento, ya estaba en otro lugar que habían comprado para inaugurar la agencia de Argentina, y la de San Martín 320 quedaba para toda América Latina, entonces la agencia argentina era media secreta. Y ahí me fue a buscar un grupo de tareas. [Francisco Lucio Rioja, teniente de navío] apareció un día, yo estaba trabajando en la agencia de noticias, en Diagonal Norte y Cerrito, y entra un tipo y pregunta por el doctor Gadano, entonces yo me doy vuelta y le digo:

- “Soy yo”.

Me dice:

- “Yo lo buscaba al señor Botana”.

- “El señor Botana está en tal lugar”.

Y cuando el tipo ya se iba le pregunto:

- “¿Cómo me encontró? ¿Cómo supo mi dirección?”

Y entonces el tipo me dice:

- “Porque mi señora se encontró en una peluquería con tu mujer y, entonces, ¿Vio cómo es que las mujeres se cuentan todo? Su mujer le dijo a mi mujer

dónde trabajaba usted”.

Que yo trabajaba ahí no se sabía, era algo secreto, clandestino. Entonces me empecé a preocupar, llamé a la agencia de San Martín 320 y pregunté por “Poroto”. Lo llamé para decirle:

- “Acá estuvo un tipo, por tal cosa, te estaba buscando a vos”.

Y me dice:

- “ ‘Perro’, él estuvo hace una hora por acá preguntando por vos”.

(...) Yo me fui y a los 20 minutos cayó la patota de “Capuchita” a la agencia. Yo tenía una cita con los compañeros y les dije lo que había pasado. Me encontré con mi mujer (...) y después, en síntesis, nos *clandestinizamos*. Esto fue en julio o agosto del 76 y ahí empezamos a ver cómo podíamos irnos.<sup>19</sup>

Luego de hacer escala durante un año en Brasil, Gadano se instaló con su familia en México, atraído en principio por una oferta laboral en la sede de *Inter Press Service* en el país azteca.

Por su parte, así describe Kallmann el momento en que vieron la posibilidad de exiliarse:

Nunca es lo mismo que vos decidas emigrar, que es duro también, que esto de la pulsión de tener que irte (...) Mi exmarido viajó antes (...) Pensábamos que como él había tenido una actividad muy expuesta... Él había hecho el disco de los Montoneros, que había sido declarado apología del delito. Pensamos, la prioridad era él.

A pocos meses de que su marido está en México, ella viaja junto a sus hijos. En este caso, adopta el oficio de periodista a partir de algunas oportunidades laborales que surgen a través de la comunidad de exiliados argentinos, entre los que se encontraban algunos periodistas como Mempo Giardinelli, Jorge Bernetti, Rubén Caletti y Carlos Ulanovsky.

En el caso de Jorge y Diana, los hijos y la familia en sí, fueron determinantes al momento de decidir exiliarse del país. La llegada a un nuevo

---

<sup>19</sup> Entrevista realizada a Jorge Gadano el 23 de mayo de 2019.

país, al momento de llegar a México, y el regreso a una Argentina reconfigurada en el aspecto social, cultural y económico, fueron cimbronazos a los que debieron adaptarse, no sin consecuencias.

### **La vida en el exilio**

El exilio de profesionales, académicos y periodistas comenzó en distintas oleadas que se desarrollaron a partir del golpe de Estado liderado por Juan Carlos Onganía (1966) y luego con el accionar de la Triple A. Desde 1974 algunos periodistas argentinos ya se encontraban en México, como Jorge Bernetti e Ignacio González Janzen, al igual que otros intelectuales como Rodolfo Puiggrós y Noé Jitrik, y políticos como Ricardo Obregón Cano, quien fuera gobernador de la Provincia de Córdoba por el peronismo. La persecución y amenazas también alcanzaron a un sector de la Unión Cívica Radical, que no comulgaba con la postura conciliadora de Ricardo Balbín. En enero de 1976 debe exiliarse el periodista Miguel Ángel Piccato,<sup>20</sup> que luego de su paso por España recaló de forma definitiva en México; mientras que el senador nacional por el radicalismo, Hipólito Solari Yrigoyen, luego de varios destinos, se instaló en Francia hasta su regreso al país.

Es decir que, previo al golpe militar, en México ya se había consolidado y organizado una comunidad de exiliados argentinos. Una de las columnas vertebrales de la contención de la vida en el país azteca fueron las asociaciones de exiliados argentinos como la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS) y el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA). En sus inicios, el COSPA tuvo una gran popularidad debido a su vinculación con “Montoneros”, cuestión que comenzó a decaer a medida que se acentuaba el declive de dicha organización, a causa de los debates

---

<sup>20</sup> Fue director de *La Voz del Interior* y se exilió luego de recibir amenazas de la Triple A en 1976. “Primero probó suerte en España y finalmente optó por México, gracias al apoyo de una red de amistades cordobesas que ya residían en este país y que, con independencia de sus adscripciones políticas, reconocían la honestidad, el compromiso y la calidad humana y profesional de este periodista” (Yankelevich, 2010:172). En el país azteca, Piccato participó en publicaciones como *El Día* y la revista *Razones*, pero su compromiso político y periodístico estuvo plasmado en la revista *La República*, en la que contó con el apoyo de Hipólito Solari Yrigoyen. Véase también Lastra (2017).

en torno de la “contraofensiva”. Noé Jitrik, uno de los impulsores de la CAS,regonaba un exilio “más sano”. Según Gadano:

Cuando llegamos me metí en COSPA, un comité de solidaridad y ahí estaba el tipo más importante que era Rodolfo Puiggrós, que fue rector de la UBA. En el COSPA estábamos los Montoneros, todavía [yo] era montonero; pero no tenía un vínculo orgánico, simpatizaba y tenía muchos amigos. Y después estaba el CAS, que fue el que prevaleció, el COSPA cayó con Montoneros.

Por su parte, Kallmann señaló:

Había organizaciones del exilio que exclusivamente se ocupaban de la denuncia y solidaridad, donde yo más me sentía enganchada. Originalmente estuvo el COSPA que fue fundado vinculado a los montoneros, que ahí llegamos; ahí empezaron todas las críticas a eso [al vínculo con Montoneros] y ahí nos fuimos a otra que habían fundado los socialistas que se llamaba CAS, [en la] que estaba Noé Jitrik.

La comunidad de exiliados, por momentos, le ganó a esa sensación de ser extranjero. Yankelevich (2010) señala una doble peculiaridad respecto de México como destino privilegiado del exilio argentino, y a su vez, de la relación particular entre argentinos y mexicanos. Algunos de los puntos que destaca es que los argentinos recurren al exilio como perseguidos políticos, con la idea siempre de retornar al país; hubo una alta inserción laboral de los profesionales argentinos en México; obtuvieron contención a través de diversas expresiones culturales que facilitaron los vínculos entre extranjeros y locales; y el descubrimiento de una extranjería particular a partir de los usos y costumbres del país azteca, que combinó la solidaridad hacia quienes eran perseguidos y cierto temor a los extranjeros.

Durante el exilio, la supervivencia y la búsqueda de soluciones a las cuestiones básicas de la vida fue lo principal, más allá de la participación en agrupaciones de exiliados y de denunciar el sistema dictatorial argentino, al menos en los casos que hemos relevado.

El periodismo argentino en el exilio estuvo constituido por dos círculos concéntricos, el primero, formado por un pequeño núcleo de profesionales con una trayectoria reconocida, mientras que el segundo se conformó por gente más joven, con menos antecedentes o en ciertos casos sin experiencia profesional. (Yankelevich, 2010:198)

Jorge y Diana son representantes de estos dos grupos, en el sentido de que llegan con una trayectoria, en el caso de Jorge, y Diana sin experiencia alguna. Sin embargo, ambos logran adaptarse al nuevo ecosistema laboral, en el que los contactos de otros argentinos fueron vitales. Ninguno de los dos, sin embargo, participó en publicaciones de los exiliados en México. Diferente es el caso de Héctor “El Vasco” Mauriño,<sup>21</sup> quien formó parte de la redacción de *Unomásuno* en México (Yankelevich, 2010:201) y luego se asentó en Neuquén en su regreso al país.

Gadano, abogado de formación, hizo su primera incursión en el ámbito periodístico en 1970 en el diario *Río Negro*, como jefe de redacción de la agencia de Neuquén capital.

La efervescencia política de los 70, impulsó a él y a su entonces esposa Cecilia Guillone a mudarse a Buenos Aires en 1973. Allí continuó su militancia política en “Montoneros” y en el periodismo, con una experiencia breve en el diario *La Opinión*, para luego ingresar en *Noticias*. Sobre esta última publicación, según Gadano:

El director era Miguel Bonasso, pero como había contradicciones internas, los que dirigían el diario eran Bonasso pero había otros tres que eran [Horacio] Verbitsky en política, Juan Gelman como jefe de redacción; un tercero que hacía internacionales y después estaba el jefe por la división montonera, el comisario político, que también formaba parte del grupo y que tampoco le daba bola a Bonasso, que era Paco Urondo.

---

<sup>21</sup> Mauriño nace en la provincia de Buenos Aires y en 1977 se exilia “en España, y luego en Francia y México. (...). Desde 1985 se instaló en Neuquén, donde se desempeñó como director periodístico de ‘El diario de Neuquén’ y de ‘El Regional Económico’. Durante casi 20 años, fue secretario de redacción y analista político de la agencia Neuquén del diario ‘Río Negro’” (Mauriño, 2015).

*Noticias* se publicó hasta el fallecimiento de Juan Domingo Perón. Gadano se encargaba de noticias generales, pero hacía foco en denuncias y hechos que involucraban a José López Rega, ministro de Bienestar Social durante el gobierno de Isabel Perón y líder de la agrupación paramilitar “Triple A”. Con el cierre de *Noticias*, pasó a la agencia de noticias *Inter Press Service*, allí se encargaba de informar de la represión del golpe militar hacia el exterior, citando principalmente fuentes periodísticas del diario *Buenos Aires Herald*<sup>22</sup> y también denuncias que algunos familiares de detenidos-desaparecidos realizaban. Debido al intento de secuestro por parte de un grupo de tareas, decide exiliarse con su familia en Brasil, en primera instancia, para luego establecerse en México. En ese momento interrumpe su dedicación al periodismo, aunque su trabajo estuvo relacionado en gran medida al área de prensa en distintas dependencias del gobierno mexicano.

En cambio, el inicio en el periodismo para Kallmann fue consecuencia del devenir de oportunidades laborales que surgieron durante su exilio en México. Como había cursado la carrera de Letras, se dedicó a ser correctora, un trabajo en el que se buscaba a las mujeres, a quienes también les era favorable la labor debido a que les permitía trabajar desde sus casas, en paralelo con el cuidado de los hijos. Luego pudo conseguir trabajo en una revista económica en la que ofició de secretaria. “Yo comento que estaba buscando laburo y Mempo [Giardinelli] dice: ‘En la revista [en la] que yo trabajo están buscando una secretaria, ¿por qué no te venís?’ Y me tomaron. Mi trabajo era corregir las editoriales del editor”. Luego surgió un concurso para formar parte de la redacción a partir del cual Diana Kallmann se hizo cargo de escribir notas sobre economía internacional.

Como la editorial en la que trabajaba estaba asociada a un banco, la convocaron para realizar una revista focalizada en el personal y en los clientes que contaban con tarjetas de crédito:

---

<sup>22</sup> El cierre de este diario ocurrió en 2017, luego de 140 años de vida. “Cierra el *Buenos Aires Herald*, el único diario que denunció los desaparecidos en plena dictadura argentina”, recuperado de [https://elpais.com/internacional/2017/08/01/argentina/1501603072\\_902505.html](https://elpais.com/internacional/2017/08/01/argentina/1501603072_902505.html).



Hacían revistas para el personal, pero focalizadas en regiones, entonces vos hacías equipo con un fotógrafo y te mandaban a una región, de manera tal que me conocí todo el país. Hasta que vino el '83, la crisis de la deuda en México ¡Bueno, casi en toda América Latina! Entonces el presidente nacionaliza la banca y cierran todas estas cosas y quedamos sin trabajo.

### **El regreso tan esperado**

La guerra de Malvinas fue la señal más potente para todos los exiliados de la decadencia del gobierno militar argentino. En este momento se producen también algunos quiebres entre padres e hijos dentro de las familias. Algunos decidieron volver junto a sus padres y otros no regresaron a Argentina con su familia. La realidad nacional era totalmente distinta al momento de la partida y la sociedad no recibió de la mejor manera a quienes abandonaron el país.

Gadano fue el primer integrante de su familia en regresar a Argentina, en particular a Neuquén, con el objetivo de conseguir una casa donde asentarse, reservar un colegio para los chicos y conseguir un trabajo. Esto último no fue un impedimento, ya que Julio Rajneri le ofreció nuevamente la responsabilidad de ser el jefe de la agencia del diario *Río Negro* en la capital neuquina.

En el caso de Diana, la posibilidad de encontrar un trabajo relacionado al periodismo no fue una tarea sencilla. “Ni siquiera yo me reconocía como periodista” confesó, haciendo referencia a su flaco currículum en comparación con otros exiliados y a la feroz competencia que existía en Buenos Aires, aunque luego recaló definitivamente en Neuquén.

A través de algunos contactos, Diana comenzó a trabajar en Neuquén en el área de prensa del Consejo Provincial de Educación, en 1984. En una de sus visitas a la redacción que Gadano dirigía, éste le ofrece ir a trabajar al *Río Negro*. Sin embargo, su relación con el diario comenzó a desgastarse luego de adherir a una huelga. “[En ese momento] ‘El Vasco’ se había ido a *El Diario de Neuquén*, y me preguntó si quería irme... y me fui”. Luego se dedicaría a realizar prensa institucional en distintos organismos y dependencias públicas.

## **El diario *Río Negro* y la figura de Julio Rajneri**

Fundado en 1912 en la ciudad de General Roca, el diario *Río Negro* comenzó a dar cuenta del quehacer cotidiano de la provincia que lo cobijó y de su vecina Neuquén. Este medio de renombre, dentro y fuera de su área de influencia, está marcado por ciertas dicotomías, como su postura favorable ante el golpe de Estado de 1976 en paralelo con el apoyo a los movimientos de Derechos Humanos y la contención que Julio Rajneri brindó tanto a los periodistas que se exiliaron como a aquellos que sufrieron la persecución de la dictadura. Sobre ese período, Rajneri reflexionó:

Para el periodismo fueron sin duda, fuente de una motivación excepcional, porque se pusieron en juego valores básicos de la vida humana y de la sociedad, pero también al mismo tiempo se corrieron riesgos de una magnitud que nunca pudieron imaginarse. Relatar, entonces, la verdad e interpretarla se convirtió así en una aventura peligrosa, una constante tensión entre la necesidad de luchar por sus convicciones y la de preservar la propia seguridad. El periodismo debió llamarse a silencio, correr el albur de lo imprevisible a la descubierta o adoptar formas crípticas para poder describir lo que estaba ocurriendo.<sup>23</sup>

*Río Negro* fue fundado en 1912 por Fernando Rajneri. Su hijo Julio fue director del diario en dos períodos: entre 1967 y 1987 y desde 1992 a 2015.<sup>24</sup> Desde junio de 1986 a septiembre de 1987 se desempeñó como ministro de Educación y Justicia en el gobierno de Raúl Alfonsín. James Neilson<sup>25</sup> lo reemplazó y fue el único director que no perteneció a la fami-

<sup>23</sup> La frase aparece en su libro *Los años ciegos*, en el que Rajneri recopila una serie de notas y editoriales que repasan diversos temas. En lo que respecta a los '70 y la represión, aborda la guerrilla, el Premio Nobel de la Paz a Adolfo Pérez Esquivel y el caso Timerman, entre otros.

<sup>24</sup> En 2015 Rajneri renunció a la dirección del diario (véase "Julio Rajneri deja la dirección del diario *Río Negro*", recuperado de [https://www.rionegro.com.ar/julio-rajneri-deja-la-direccion-del-diario-r-xcrn\\_7921175/](https://www.rionegro.com.ar/julio-rajneri-deja-la-direccion-del-diario-r-xcrn_7921175/)). El alejamiento de Rajneri significó también el fin de la labor de Jorge Gadano en el diario.

<sup>25</sup> "Para sobrevivir en la jungla es necesario camuflarse un poco, y para criticar a los militares en 1979 fue necesario asumir la postura de alguien que simpatizaba con el 'proceso' (...) Otra opción, claro está, hubiera sido el silencio o la dedicación a temas no políticos como el turismo, pero preferí pagar un cierto precio y seguir protestando contra los abusos a los derechos humanos" (Blaustein y Zubietta, 1998:48). Este es un fragmento de una carta de Neilson, en la que describe cómo debió sobrevivir a la dictadura militar.

lia Rajneri (Bergero, 2011). Cabe señalar que Neilson formó parte del *Buenos Aires Herald*, un diario que se hizo eco de las denuncias de los familiares de detenidos-desaparecidos durante la dictadura. Esto es un detalle no menor, y más si tenemos en cuenta que Julio Rajneri formó parte de la Comisión de Derechos Humanos de la provincia de Río Negro, creada en 1984.

En cuanto al golpe de Estado de 1976, *Río Negro* mostró abiertamente su apoyo en un principio. Bergero (2011) da cuenta de la postura del diario:

El diario *Río Negro* no estuvo en contra del golpe militar de 1976 desde el principio. Es más: legitimó el asalto alimentando un escenario caótico previo a la irrupción militar; defendió con convicción el golpe de Estado, al que recibió como “el fin de una pesadilla” y lo defendió como un hecho “inevitable” ante una etapa de “populismo” antidemocrático ejercida por el gobierno peronista; eludió en todo momento llamarlo “golpe de Estado”; y —ciertamente— se hizo carne de las políticas liberales del ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz, aunque con críticas a su implementación.

El mismo autor señala que durante el transcurrir de la dictadura, *Río Negro* cambió su postura ante los derechos humanos y cuestionó la metodología aplicada en el marco “de la lucha antisubversiva” (Bergero, 2011). La agenda histórica del diario siempre abogó por las libertades individuales.

Sobre el concepto de agenda histórica, retomamos las definiciones de Barrera y Ruiz (2000), que la describen como el conjunto de ideas y valores con los que, el diario en este caso, construye su identidad. Sin embargo, los valores y la identidad de un medio pueden verse modificados y/o limitados ante un contexto de gobiernos autoritarios y ante las “dimensiones básicas de acción”: la política, la empresarial y la periodística, a lo que Barrera y Ruiz agregan la dimensión humana, como señalamos anteriormente.

Es en esta red de intereses, ya sean los propios del diario como los

intereses externos al medio, desde donde tenemos que intentar comprender al *Río Negro* porque, por un lado, la postura editorial estuvo de acuerdo en un principio con el golpe y apoyaba la política económica de la dictadura. Sin embargo, en lo que podríamos denominar la dimensión humana, el diario brindó acompañamiento a los periodistas, tanto a quienes se exiliaron como a quienes estuvieron comprometidos con los derechos humanos durante el Proceso. Y estamos hablando de una empresa periodística que no militó por ninguno de los proyectos políticos del momento. No era la voz cantante de los militares y tampoco pertenecía a los medios alternativos o que apoyaban a la guerrilla. Tal vez el tópico que más relevancia cobró fue el de los derechos humanos, a medida que transcurría la dictadura y que disminuía el nivel de represión. El *Río Negro* mixturó la denuncia y la cobertura periodística de la represión con la difusión de la palabra oficial.

Por alguna casualidad (o no), el *Río Negro* fue el medio en el que confluyeron las trayectorias periodísticas de quienes brindaron su testimonio para este trabajo. Rajneri designa a Gadano para hacerse cargo de la agencia de Neuquén capital, en 1970. Pero en 1973 decide instalarse en Buenos Aires con su familia, para continuar su “vida militante”.<sup>26</sup>

Por su parte, Ortiz ingresa al *Río Negro* en 1976 y hasta 1983, para luego hacerse cargo de la corresponsalía de *Clarín* en Neuquén, en reemplazo de Enrique Esteban, que se había exiliado. Villar se suma a la redacción en 1979 hasta 1984, pero sus tareas se reparten entre Neuquén capital y General Roca, hecho que va desgastando la relación con el diario. Walter Pérez también formó parte de la redacción del *Río Negro* durante este período.

Con el restablecimiento de la democracia en 1983 retornan a la región Gadano, quien vuelve a hacerse cargo de la agencia Neuquén durante 15 años, y Kallmann se suma a la misma redacción de 1984 a 1987.

De esta manera podríamos señalar que no hubo reparos, por parte de Rajneri, para brindar apoyo o la posibilidad de exiliarse a los periodistas que se vieron amenazados durante la dictadura, como también dar posibilidad de trabajo a quienes retornaron del exilio.

---

<sup>26</sup> Dato expresado por Gadano en la segunda entrevista realizada por el autor, el 12 de junio de 2019.

## Encuentro y desencuentro

Como señalamos anteriormente, con la apertura democrática en Argentina, los exiliados comenzaron una etapa de retorno al país. Y en ese regreso, que incluyó a periodistas, se produjo el encuentro con quienes ejercieron el periodismo durante la dictadura. Ambas experiencias, atravesadas por la dictadura, no lograron entenderse del todo.

Quienes regresaron se encontraron con un país sumamente modificado y que, según algunos testimonios, no los recibió con los brazos abiertos. Más allá de estar al tanto, a través de los medios, de lo que pasaba en Argentina, debieron descifrar a la nueva sociedad que se había conformado luego de ocho años de dictadura. Regresaron con el miedo a cuestras, que estaba latente, y debieron cargar con las cicatrices familiares que dejó el exilio. Los periodistas que no decidieron o no tuvieron la posibilidad de exiliarse convivieron con el miedo, con la persecución y con las amenazas, para lo cual desplegaron estrategias para informar a la población, para expresar su posición y para denunciar, hasta ciertos límites. Lo que tienen en común ambas experiencias es que reclamaron, cada uno desde su lugar, por el restablecimiento del sistema democrático en Argentina.

En el periodismo, como en todo campo, existen leyes de funcionamiento invariables en torno a ciertas “propiedades específicas” (Bourdieu 2008:112). Además de las funciones propias de la redacción de un medio, que establece jerarquías de unos sobre otros, existe una competencia que está relacionada con el reconocimiento y el renombre de cada periodista. Ricardo Villar deja una pequeña pista al respecto: “Y yo nunca quería ser el mejor, pero sí quería que el grupo donde yo estuviera tuviera prestigio y lo fui logrando por suerte, sí”.<sup>27</sup> El valor o reconocimiento no solo se determina en cuanto a las capacidades para presentar los temas noticiosos, sino también en lo que respecta al acceso a fuentes y a información, recursos valiosos que pertenecen muchas veces al periodista.

<sup>27</sup> Entrevista a Ricardo Villar realizada el 12 de marzo de 2020. El comentario surge cuando Ricardo hace un balance de su trayectoria como periodista: “Pero mi vida estuvo ahí casi hasta los 50 años. Yo tengo un cariño, un agradecimiento porque no era lo que yo quería hacer de mi vida pero por algo ocurren las cosas, por algo yo aprendí a leer de chiquito, por algo redactaba bien de chiquito, por algo encontré ese aviso en el diario que me permitió ingresar (en la *Nueva Provincia*).”

Sin embargo, hay algunos medios que “abren muchas puertas” en el acceso a fuentes e información, porque gozan de credibilidad y tienen un gran alcance entre los lectores. Para Villar “el paso por el *Río Negro* fue muy interesante desde todo punto de vista porque, además de trabajar como yo quería, lo que vos publicabas en el diario tenía efecto. Es decir, hasta te sentías un poco poderoso”.

Cuando se produce el retorno de los periodistas exiliados a la región, algunos de ellos comienzan a ocupar puestos jerárquicos dentro de las redacciones. Gadano retoma el puesto de jefe de redacción de la agencia Neuquén capital de *Río Negro*. Como mencionamos anteriormente, Carlos Galván fue el jefe de redacción de dicha agencia hasta fines de septiembre de 1976, cuando partió al exilio luego de recibir amenazas telefónicas.

Desde ese momento, y por un par de años, la redacción quedó “descabezada” y no fue nombrado un nuevo jefe. A partir de ciertos acuerdos, Osvaldo Ortiz coordinaba la redacción, pero no estaba nombrado formalmente como jefe. En 1979, Ricardo Villar se incorpora al *Río Negro* luego de acordar su desvinculación con LU19:

No, no había jefe, estaba descabezada la agencia. No sé por qué razón. Y yo le dije [a Rajneri]:

- Mire, yo conozco a alguna gente que está trabajando con ustedes y no me gustaría llegar arriba así.

(...) Ahí, en el medio, ya hice relaciones con “el Negro”, con Omar Marticorena, con Beatriz Sciutto, con otra gente. El día que vine a trabajar ya era un compañero.

A los tres meses de estar en la redacción de Neuquén, debe ir a cubrir un puesto en la redacción central, en General Roca. A partir de ese momento, designan a Osvaldo Ortiz como jefe de la redacción de Neuquén capital hasta que, a mediados de 1982 se va a trabajar como corresponsal de *Clarín*. Al poco tiempo, Villar emigra a *LU5*.

Pierre Bourdieu advierte que “la estructura del campo es un estado de relación de fuerzas entre los agentes” (2008:113). Pero en este caso, el malestar que se genera entre quienes retornaron y los periodistas que se

quedaron en el país, está atravesado por el actuar de cada grupo durante la dictadura:

Ricardo: (...) Todo lo que contamos, los miedos, la audacia, no hubo valentía, uno lo hacía... Pero cuando viene la democracia y comienza el retorno de los exiliados, a mí, lo que me pegó muy fuerte fueron los comentarios de muchos de esos exiliados, de nuestro gremio, que sospecharon de nosotros, no solamente lo pensaron, sino que lo dijeron.

Bernardo: ¿Sospecharon de qué?

Ricardo: De que nosotros por algo nos habíamos quedado, que por algo no habíamos desaparecido, o [no] haber ido en cana... Y a mí la verdad que eso me dolió mucho, porque lo comentaban abiertamente y con el círculo de sus relaciones, “viejas” relaciones que habían compartido con nosotros algunas cosas, así que... fue doloroso.

Osvaldo: Sí, sucedió eso... (...) Yo digo que nosotros tuvimos una suerte, ya no lo tenemos de testigo a monseñor De Nevares, pero tenemos a Noemí [Labrune], que sabe lo que hicimos cuando lo teníamos que hacer (...)

Walter: Porque esto que dice Ricardo (...) a mí me lo hicieron sentir (...) pero después pasa el tiempo y las cosas se acomodan, pero hay momentos en que vos, realmente, sentís la incomodidad de la situación (...)

Sobre este hecho puntual, Ricardo amplió su mirada:

[A] los que se fueron yo los respeto, algunos casos fueron muy jodidos. Se tuvieron que ir porque iban en cana. Porque ir en cana era el paso anterior a la muerte o a la tortura, yo fui solidario con los que se fueron, con los que se fueron y cuando volvieron. Yo hablé mucho, porque la experiencia del exilio es muy dura pero muy interesante también, es decir, poner distancia de tu país, recoger cosas que pasan en otro pueblo es muy interesante. Ahora cuando todo eso se carga de resentimiento o de celos estúpidos, ahí es un sentimiento negativo, destructor, que eso, yo, no se lo acepto. Yo he sido muy solidario con los que volvieron, y he trabajado con varios y bien. Pero hay excepciones..., [colegas] que se portaron mal. Y la experiencia nuestra, de habernos quedado, también fue enriquecedora, porque no es lo mismo que te cuenten cómo se vive en un país en dictadura, que te la cuen-

ten [a vos] que estás afuera, que estar acá adentro y vivirla ¡Y vivirla como la vivimos nosotros!<sup>28</sup>

Por su parte, para quienes retornaron a Neuquén, era difícil comprender las valoraciones que hacían algunos periodistas respecto de algunos funcionarios locales durante la dictadura. Interpretaban, por ejemplo, que “les gustaba más Trimarco que Felipe, en el sentido que te atendía mejor (...).

La cuestión de la dictadura y el exilio no era un tema que se abordara en las redacciones, las heridas aún estaban frescas. Si bien la desconfianza y la falta de reconocimiento entre ambos grupos nunca se abordaron de forma directa, sí hubo un distanciamiento concreto al principio, cuestión que puede haber cambiado en algunas relaciones puntuales.

### **Publicaciones alternativas y del exilio**

Los casos de periodistas exiliados a quienes entrevistamos no participaron, durante su exilio, en publicaciones en las que se denunciara el aparato represivo de la dictadura, como *Unomásuno*. Sin embargo, no podemos obviar, dentro de nuestro análisis y como parte del aporte de los argentinos en el extranjero, a la revista *Controversia para el examen de la realidad argentina*, que no solo planteó serios intercambios intelectuales en torno de la derrota sufrida a manos de la dictadura, del socialismo y la democracia, sino que también cultivó un corpus de temas y conceptos que formaron parte del debate social de la Argentina con la vuelta del sistema democrático al país.

A nivel local, y durante la dictadura, más precisamente en 1981 nace *La Trastienda*, un periódico en el que un grupo de periodistas volcaba cierta información que no podían publicar en los medios en los cuales trabajaban. En este proyecto participaron Ricardo Villar y colaboró Osvaldo Ortiz. La idea original fue de Betina y Hugo Rodríguez. Para Villar fue la semilla de *(8300)*, un medio alternativo que nació en 2001 en Neuquén capital.

<sup>28</sup> Entrevista a Ricardo Villar realizada por el autor el 12 de marzo de 2020.



Yo empecé en enero [en el diario *Río Negro*] y en marzo inauguré las columnas de los domingos que hoy siguen (...) Me acuerdo que se llamaban “Política neuquina, observando la semana”, así se llamaba y ahí metíamos cositas, y ahí colaboró mucho el “Negrito” Ortiz. Pero había muchas cosas que el *Río Negro* no aceptaba, entonces lo tirábamos en *La Trastienda*. Después, en *La Trastienda* poníamos también opiniones, publicábamos los que estábamos adentro. No ganábamos plata, pero disfrutamos lo que hacíamos.<sup>29</sup>

*La Trastienda* estaba destinada a aquellas personas que tenían una inclinación por la militancia y dio espacio al nuevo sindicato docente de Neuquén que estaba en conformación, ATEN, entre otros sindicatos. “Todo lo que los medios no publicaban nosotros, de algún modo, le dábamos una vuelta y lo publicábamos. Sirvió”, reflexionó Villar.

En la publicación también recurrieron al recurso del humor para deslizar críticas al gobierno militar de ese entonces. En nuestro país existieron publicaciones de gran prestigio como *Satiricón*, surgida en 1972, y luego *Hum*® que hizo su aparición en 1978. Ambas apuntaban en gran medida al humor político y social. Juan Sasturain señala que cuando *Hum*® hizo su aparición “no había nada de comunicación masiva que no fuera obsecuencia, complicidad y miedo en los kioscos”. En definitiva, la revista tenía “la pretensión y la necesidad de decir”.<sup>30</sup>

Nosotros no hacíamos humor, lo hacía una persona que lo sabía hacer. Mucha caricatura, todavía anda dando vueltas “el Negro” Roberto Cáceres. Y hacíamos caricaturas de figuras del gobierno, del gobierno militar. El humor es un canal de expresión terrible si lo manejas bien, pero el humor en serio (...) *La Trastienda* era un pasquincito, pero serio.<sup>31</sup>

<sup>29</sup> Testimonio de Ricardo Villar registrado el 12 de marzo de 2020.

<sup>30</sup> En el artículo “Humor era no tener que pedir perdón”, Sasturain apunta que, luego del gobierno de Isabel Perón y de la última dictadura, las publicaciones editoriales y los diarios fueron “Tierra arrasada. Nada de nada” (Sasturain, 1998:366).

<sup>31</sup> Testimonio de Ricardo Villar realizado el 12 de marzo de 2020.

Esta publicación, en sus inicios, tenía una tirada de 1500 a 1800 ejemplares cada 30 días y luego se transformó en un semanario. Cuenta de ello la da el séptimo número de *La Trastienda*:

En marzo comenzamos un proyecto editorial con una proyección definida. Tratar de ocupar un lugar en el espacio de la opinión pública y, paulatinamente, ir reduciendo los plazos de nuestra entrega. Tarea difícil por múltiples razones; por una crisis económica que no respeta niveles de la sociedad; por la autocensura enseñoreada en el campo de las ideas por motivos hartamente conocidos; por la falta de costumbre de nuestra gente de recibir una publicación cada treinta días. Pero nos avala una línea periodística y ahí estuvo la fuente que nutrió nuestro espíritu y avanzó en la consideración de quienes nos apoyaron con la lectura de nuestros artículos (...)

La autocensura, mencionada en esta editorial, es una estela que envuelve todos los ámbitos. El terror caló hondo en la práctica periodística, pero como señalaron los periodistas consultados, existía una postura firme de informar y de servir a la sociedad a pesar del contexto.

Según Ricardo Villar, en *La Trastienda* volcaban “todo lo que se podía meter en favor de recuperar la democracia. Con mucha sutileza todo. Pero estaba enfocado ahí”.

### **A modo de cierre**

Revisar y explorar los testimonios de quienes vieron atravesada su vida por la dictadura militar de 1976 presenta la dificultad, entre otras cosas, de desentrañar cada hecho de una memoria personal que, como es de esperar, no puede librarse de los avatares del tiempo transcurrido. La experiencia de colegas que ejercieron el periodismo se convirtió, para muchos, en una tarea que obligó a implementar estrategias en la búsqueda de palabras para esquivar de algún modo la censura establecida. El colectivo de periodistas fue uno de los más golpeados por la violencia de los setenta. Desaparecidos, torturados, vigilados, exiliados, todos —o casi todos— intentaron hacer llevadera su vida y ejercer su profesión, haciendo rodeos con las palabras o denunciando desde el exterior ante la impotencia de la

realidad que devastaba al país. Contar con el privilegio de los relatos en primera persona ha sido fundamental para esta investigación y nos abre un sinfín de interrogantes para seguir explorando el papel de la prensa y de aquellos periodistas que se comprometieron —y aún lo siguen haciendo— de un modo crítico con nuestra conflictiva realidad local y nacional.

### Referencias bibliográficas

- Barrera, C. y Ruiz, F. J. (2000). Estrategias periodísticas de apertura y resistencia en un espacio público autoritario: los casos de Madrid (España) y La Opinión (Argentina). *Comunicación y Sociedad*, 53-86.
- Bergero, F. (2011). El diario *Río Negro* y el golpe de Estado de 1976: El sinuoso derrotero del diario más influyente de la Patagonia Norte. Recuperado de [https://www.academia.edu/32040595/El\\_diario\\_R%C3%ADo\\_Negro\\_y\\_el\\_golpe\\_de\\_Estado\\_de\\_1976\\_El\\_sinuoso\\_derrotero\\_del\\_diario\\_mas\\_influyente\\_de\\_la\\_Patagonia\\_Norte](https://www.academia.edu/32040595/El_diario_R%C3%ADo_Negro_y_el_golpe_de_Estado_de_1976_El_sinuoso_derrotero_del_diario_mas_influyente_de_la_Patagonia_Norte)
- Blaustein, E. y Zubieta, M. (1998). *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*. Buenos Aires: Ediciones Colihue.
- Bourdieu, P. (2008). *Cuestiones de sociología*. Madrid: Ediciones Istmo.
- Franco, M. (2004). Testimoniar e informar: exiliados argentinos en París (1976-1983). *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM* [En línea], 8. Recuperado de <http://journals.openedition.org/alhim/414>
- Gadano, N. (2019). *La caja Topper*. Buenos Aires: Seix Barrial.
- Gago, V. (2012). *Controversia: una lengua del exilio*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Iturralde, M. (2019). Genealogías mediáticas de la desaparición: el diario *Clarín* y el caso Enrique Esteban (1975-1978). *Quinto Sol*, Vol. 23, N° 3, 1-19.
- Jensen, S. (2012). *Los exiliados. La lucha por los derechos humanos durante la dictadura*. Versión Kindle: Sudamericana.

- \_\_\_\_\_ (2015). El imaginario del exilio en la prensa española de la transición democrática. *Épocas*, N° 11, 105-138.
- Lastra, M. S. (2017). El exilio radical y la última dictadura militar en Argentina. *Traversos*, N° 9, abril, 139-165.
- Mauriño, H. (2015). *Papeles de domingo. Veinte años de política y sociedad neuquina*. Neuquén: EDUCO.
- Mochkofsky, G. (2004). *Timerman. El periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Rajneri, J. (1986). *Los años ciegos*. General Roca: Editorial Río Negro S.A.
- Sasturain, J. (1998). Humor era no tener que pedir perdón. En E. Blaustein y M. Zubieta, *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso* (pp.366-368). Buenos Aires: Ediciones Colihue.
- Scatizza, P. (2005). Violencia política y conflictos sociales. Representaciones del diario Río Negro durante el Onganiato (1966-1970). Tesis de Licenciatura. Neuquén: Universidad Nacional del Comahue.
- \_\_\_\_\_ (2016). *Un Comahue violento. Dictadura, represión y juicios en la Norpatagonia argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- Sindicato de Prensa de Neuquén. (2015). *Crímenes de la dictadura en Neuquén y Río Negro*. Buenos Aires: DP Argentina.
- Yankelevich, P. (2010). *Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Zambón, H. (2008). *La misión Tetu en el Comahue*. Neuquén: EDUCO - UNCo.
- Zarowsky, M. (2015). Del exilio a los nuevos paradigmas: los intelectuales argentinos de la comunicación en México (de Controversia a Comunicación y Cultura). *Comunicación y Sociedad*, N°24, 127-160.



# **La trama del exilio argentino en Alemania Federal: entre las redes internacionales y las prácticas situadas de solidaridad**

Jonas Kalmbach\*

A diferencia de la condena que suscitó el golpe militar en Chile o la solidaridad con la Revolución Nicaragüense, la noticia del golpe militar en la Argentina fue recibida con una mezcla de alivio y adhesión entre las elites políticas y económicas en la República Federal de Alemania, y de confusión y vigilancia crítica en la opinión pública de aquel país. Incluso las fuerzas políticas de la Alemania socialista observaban a la Junta militar como una “dictadura no tan sangrienta”: mal menor que contenía un potencial avance fascista representado por los grupos paramilitares, en un país de poca importancia ideológica para la esfera de influencia soviética (Krüger, 2007).<sup>1</sup>

Se tuvo que esperar un acontecimiento tan mediático como la Copa Mundial de Fútbol de 1978, para que los sectores más movilizadas dieran

\* Lic. en Sociología. Becario de iniciación en investigación de la Universidad Nacional del Comahue. Integrante del proyecto de investigación “Identidades, exilios y democracia: análisis de casos de la segunda generación de exiliados argentinos de la última Dictadura militar”, Facultad de Humanidades-UNCo.

<sup>1</sup> En esta investigación hemos privilegiado el análisis del exilio argentino en Alemania Federal, dado que constituyó el destino privilegiado para los migrantes políticos —a diferencia del exilio chileno que se distribuyó a ambos lados del muro y tuvo una gran acogida entre las masas populares de ambos países—. A lo largo del capítulo utilizaremos la denominación Alemania Federal, Alemania Occidental o Alemania del Oeste de manera indistinta.

a conocer el carácter sistemático de la represión clandestina y que las memorias antifascistas europeas fueran activadas para correr el foco de la agenda pública hacia la responsabilidad de la cancillería alemana en sostener al régimen militar y alcanzar, como saldo de este conflicto público, que Alemania Federal negociara una “cuota” de 500 presos políticos que podrían ingresar en calidad de asilados. Sin embargo, lejos de la apertura de un nuevo destino para el exilio argentino, esta internacionalización de la condena hacia la dictadura y la consiguiente llegada de los presos y presas con “opción de salida”, más bien generó un clivaje en la modalidad exilar: desde el inicio de la violencia política y de las leyes de estado de sitio decretadas el 6 de noviembre de 1974 fueron arribando decenas de perseguidos políticos de la Argentina —incluyendo chilenos, paraguayos, uruguayos y brasileños— que circularon por las redes transnacionales trazadas al ritmo de la emergencia política y humanitaria, tras un exilio en serie a través del Cono Sur militarizado. Mucho antes de las movilizaciones masivas de solidaridad internacional, diversos activistas humanitarios —entre ellos agentes religiosos interconectados con el movimiento ecuménico latinoamericano— abrieron las primeras rutas de escape para perseguidos políticos argentinos.

En este capítulo proponemos reconstruir las modalidades bajo las cuales se desarrolló el exilio argentino hacia Alemania Occidental entre 1974 y 1983, describiendo el pasaje desde las primeras redes de exiliados articuladas de manera *ad hoc* y aprovechando los recursos del movimiento ecuménico internacional, hasta la formación de un amplio movimiento de solidaridad en el país germano. Este movimiento generó las condiciones para el asilo de los llamados “opcionados”: presos políticos a los que el Estado militar concedió el “derecho de salida” hacia la segunda mitad del ciclo dictatorial. A continuación, buscaremos profundizar en un análisis etnográfico de la experiencia subjetiva e intersubjetiva hecha por este segundo contingente de exiliados-asilados, dentro de un entramado afectivo y socio-histórico del que participaron activistas alemanes/as que hicieron posible esta vía de supervivencia. Para esto entenderemos al exilio como una experiencia de desplazamiento a través de sistemas de relaciones

que afirman y modifican la propia identidad personal y social de sus actores.<sup>2</sup>

La primera etapa del exilio incluyó a familias de origen alemán o judío-alemán, muchas de ellas forzadas a partir por la persecución del nacional-socialismo, que habían recuperado su nacionalidad expropiada durante el nazismo. Para las personas que lograron huir a través de las redes humanitarias, el país de exilio estuvo mediado de manera directa por estas redes. La segunda ola está integrada por personas que habían pasado por los distintos niveles del aparato represivo y exterminador y que, tras varios años de cárcel, recibieron la noticia sobre la apertura de nuevos destinos para solicitar asilo político, con escaso margen para elegir el país de llegada. Entre los nuevos destinos para los refugiados políticos de la Argentina podemos mencionar a países como Bélgica y Alemania Federal.

Desde el inicio, estas corrientes exilares solo fueron posibles gracias al nivel de movilización y el tipo de subjetividad política que se desarrolló entre los años sesenta y ochenta en una parte de la sociedad civil europea, que a la vez se remonta al humanismo de la segunda posguerra. Estos movimientos de protesta forman parte de un heterogéneo arco de movilizaciones que tuvo expresiones en todo Occidente (Wallerstein, 2007; Alonso, 2014) y que, desde la óptica de la acción social, adquirieron un importante nivel de interdependencia e internacionalismo. En este sentido, la trayectoria exilar nos abre la puerta al análisis comparativo de las sensibilidades y acciones colectivas desarrolladas, a nivel local, en distintas latitudes y al encuentro entre tradiciones de militancia interdependientes, afines en sus cosmovisiones, pero diferentes en sus repertorios de lucha, objetivos y condiciones sociopolíticas.

La experiencia en Alemania Federal invita a profundizar dimensiones transversales de las migraciones políticas como el activismo religioso, el transnacionalismo y la fecundidad política y jurídica de las memorias antiautoritarias. Sin embargo, en esta ocasión, pondremos el acento en la expresión local y situada de estas dimensiones, que consideramos insoslayables para entender el carácter singular del exilio en Alemania Federal —

<sup>2</sup> Este recorte sobre la población de “exiliados opcionados” responde a la accesibilidad de las fuentes, y al mismo tiempo encuadra una experiencia exilar singular.



como los clivajes geopolíticos entre ambas Alemanias, el *ethos* militante conformado en torno a las movilizaciones de 1968 y su posterior deriva tercermundista, así como la omnisciencia intelectual del pasado nacional-socialista—.

### **Algunas coordenadas para modelizar el exilio argentino**

El exilio es una estrategia por la cual los sectores dominantes empujan por medios coercitivos a una cierta categoría de personas fuera de la esfera política local, con el fin de expulsar y “extranjerizar” cualquier oposición ideológica. Busca desplazar, desarraigar, incomunicar cualquier base para el ejercicio de una ciudadanía activa. Como una forma de violencia social, la trama represiva que incluye al exilio implica un desmembramiento de los mundos de vida cotidianos de las personas en los cuales se sustentan sus identidades y conduce a una pérdida de la seguridad ontológica: la confianza en la propia posibilidad de ser (Giddens, 1997). En términos de Hannah Arendt, los exiliados se acercan a otras figuras como los apátridas y refugiados, privados de la comunidad dentro de la cual el orden político moderno garantiza la protección del individuo y le confiere el “derecho a tener derechos” ([1951] 2020).

Según Richard Sennet ([1994] 2011), la experiencia de extranjería que implica el exilio, con su connotación nostálgica y de pérdida, es un fenómeno que no podemos separar de la concepción moderna de nación que se afianza en el siglo XIX: un sentido que surge a despecho del universalismo político de la Revolución Francesa, estableciendo una fuerte identidad entre nacionalismo, territorio y cultura. En esta concepción, la nación es sinónimo de pueblo, es una “manera de ser”, un sentimiento tanto más auténtico cuanto menos autoconsciencia tiene de sí. Y es, justamente por esto, que la extranjerización implica una ruptura de ese espontaneísmo o sentido común popular —para traducirlo en términos *gramscianos*—. Al mismo tiempo, el exilio puede trocar en una *experiencia del desplazamiento* respecto de la propia identidad nacional y cultural, e incluso respecto de otras identidades: la conciencia sobre el carácter necesario, pero relativo, de todo rol social. Esta experiencia del desplazamiento puede conectar al exiliado con otras de extrañamiento, propias de la modernidad, y lo libera

de un entendimiento demasiado rígido de la identidad. Entre ambas tendencias —una concepción esencialista de la propia cultura y una concepción relativista— se abre una paleta de experiencias que no son ajenas a un siglo de aceleradas transformaciones sociales.

Siguiendo a Luis Roniger (2014), hacia mediados del siglo XX, el exilio latinoamericano fue adquiriendo una nueva dinámica, convirtiéndose en un fenómeno masivo y socialmente transversal que, además, involucró a diversas instituciones transnacionales como un nuevo actor. Éstas se convirtieron en antagonistas de los regímenes autoritarios en el plano internacional y actuaron como medios de irradiación de una nueva cultura política pacifista basada en la categoría de los derechos humanos, en un contexto caracterizado por las luchas por la liberación nacional, la descolonización y los derechos de las minorías.

En esta ocasión analizaremos al exilio como un *desplazamiento* que compromete a la propia identidad personal y política a reubicarse activamente dentro de sistemas de relaciones entre géneros, grupos étnicos, grupos ideológicos y clases sociales, de manera tal que las propias maneras de pensar, sentir y actuar pueden ser puestas en cuestión. En muchos casos, son trayectorias que ya conocen la experiencia del extrañamiento en un contexto en el que los patrones tradicionales eran cuestionados, al mismo tiempo que surgían nuevas plausibilidades y objetivaciones políticas que movilizaban las lealtades y energías vitales en medio de una lucha cada vez más radicalizada por un proyecto de nación.

Existen varios conceptos teóricos que permiten objetivar el exilio como una experiencia de desplazamientos, desanclajes y reelaboraciones. María Gabriela Aimaretti concibe al exilio como una forma de viaje que puede ser narrado de distintas maneras (a través del arte o la entrevista) y que siempre implica una *reinención* del pasado. Según Aimaretti:

[...] en la noción de *viaje* se articulan cuatro ideas clave: *desplazamiento*, *interacción*, *perspectiva crítica* y *narración*. Allí, el espacio y el tiempo interactúan mediante la comparación —diferencia y semejanza—, territorializando la memoria y desplegando recuerdos y olvidos en el espacio. (2014: 64)

La idea de viaje remite al desplazamiento físico a través del espacio y al desplazamiento narrativo en el tiempo. Este aspecto resulta importante para analizar la rememoración y la conciencia del cambio social tanto en los emigrados como en los activistas de derechos humanos. La autonarrativa inmanente a la propia identidad del Yo corre *vis a vis*, o bien a destiempo, de los sucesos que van modificando la propia trayectoria biográfica (Giddens, 1997). Es lo que permite una recomposición simbólica cuando la biografía se ve atravesada por la violencia social o por la coerción de los entramados históricos. Es una ficción necesaria, una memoria individual activa que puede ir cambiando con los contextos de significación en que se encuentra el individuo.

Otro estímulo analítico proviene de teorías sociológicas que transparentan las experiencias de exilio, exclusión y violencia política que sufrieron sus creadores durante la primera mitad del siglo XX, y que motivaron reflexiones más generales sobre el fenómeno del extrañamiento propio de las sociedades modernas (Ramos, 2012). En este sentido, Georg Simmel nos permite pensar al exiliado bajo la figura relacional del “extranjero” o “extraño” (Simmel [1908] 2012), lo cual equivale a significar que una persona no es extranjera en sí misma y para siempre sino por las relaciones en las que está inmersa, como el contrapunto extraño dentro de los círculos sociales a los que está buscando pertenecer. El extranjero es aquel que se encuentra próximo en términos de interacción, pero distante en todo lo que define a dicho círculo.

Siguiendo los estudios migratorios de Cristina García Vázquez (2005 y 2015), ganamos en fuerza heurística al pensar al exilio como un “hecho social total”. Este concepto, desarrollado por Marcel Mauss, remite a fenómenos puntuales que condensan un entrecruzamiento de las relaciones sociales fundamentales de un determinado contexto social. Así, el exilio sudamericano no se reduce a un fenómeno político, sino que incluye dimensiones económicas, culturales y religiosas. Además, constituye el punto de cruce histórico y generacional entre los movimientos migratorios antecedentes y la traza de las sendas de las migraciones subsiguientes. Al mismo tiempo que un proceso colectivo compartido por conocidos y desconocidos, es un acontecimiento que mina los pilares de la seguridad exis-

tencial y conduce a una emergencia emocional, psicológica y somática difícil de procesar en la extensión de una sola generación.

Por último, entendemos que toda forma de violencia social es sufrida y procesada de una manera singular. Una parte de esta singularidad viene dada por las posiciones que ocupa cada persona dentro de un campo de posibilidades materiales y simbólicas, objetivas y subjetivas delimitadas por relaciones de género, de etnia y de clase.

### **Las etapas del exilio argentino hacia Alemania Federal**

Los primeros antecedentes de la emigración política hacia Alemania Federal se encuentran en la salida de científicos, intelectuales y artistas a partir de los años cuarenta, dentro de un movimiento más amplio de emigración en el que resulta difícil separar las motivaciones políticas de las económicas pero que, hacia 1970, fue adquiriendo cada vez más la forma de una migración forzada, caracterizada por la amenaza de la violencia y la inmediatez de la salida. Si bien existieron formas de confinamiento de la actividad intelectual durante los gobiernos democráticos, en los años de mayor autoritarismo hubo una represión abierta que tuvo su punto culminante en las intervenciones universitarias y los despidos en masa de docentes durante la Revolución Argentina y durante el gobierno de Isabel Perón (Valdez y Verz, 2002). El pasaje del “destierro” al exilio se expresa de manera paradigmática en la trayectoria del historiador de las causas anarquistas, Osvaldo Bayer, quien viajó hacia Alemania en los años cincuenta en busca de un clima universitario más liberal y, entre 1975 y 1983, experimentó dos exilios en serie junto a su familia.<sup>3</sup>

Tras las leyes de estado de sitio decretadas por el gobierno de Isabel Perón la emigración adquirió la forma de un exilio masivo, urgente y arriesgado. Quienes contaban con los capitales sociales y culturales —como el derecho de ciudadanía— la posibilidad de exiliarse en una de las dos Repúblicas alemanas resultaba imaginable y el destino, una elección. De

---

<sup>3</sup> Algunos de los científicos argentinos ya habían emigrado mucho antes del golpe y padecieron una especie de exilio póstumo como sucedió con el sociólogo Leopoldo Mármora a quien le fue prohibido el reingreso a la Argentina mientras duró la dictadura. Para más información sobre el tema, véase Valdez y Verz (2002).

hecho, para muchas familias que habían llegado a la Argentina por la persecución étnica y política del nazismo, el compromiso militante de sus hijos e hijas y la emergencia de un nuevo clima de violencia los forzaron a “retornar”, dando inicio a un exilio en serie de carácter transgeneracional.<sup>4</sup>

Para otro conjunto, el exilio resultó un proceso mucho más errático que dependía del capital social disponible y del activismo de intermediarios muchas veces desconocidos. Estos recorrían las redes transnacionales de solidaridad trazadas entre organismos de derechos humanos en distintos países latinoamericanos y europeos, que surgieron después del golpe militar en Chile, y que actuaron como el principal canal de ingreso de los perseguidos argentinos hacia Alemania Federal, junto con refugiados chilenos, paraguayos, uruguayos y brasileños que se encontraban varados y percibían como, día a día, iba empeorando su existencia material, emocional y física.

El despliegue de estas redes sería incomprensible sin considerar el papel de las organizaciones cristianas nacionales e internacionales, en Europa y América, integradas a un amplio movimiento ecuménico que participó de la efervescencia ideológica y política de los años sesenta. Hacia la década de 1970 estas redes religiosas permitieron reactualizar las prácticas asistenciales del cristianismo, al ser reconvertidas *en redes ecuménicas de derechos humanos* (Catoggio, 2014). Desde la perspectiva de la acción, la coordinación de los organismos ubicados en los países del Cono Sur bajo dictaduras con agrupaciones civiles bajo regímenes democráticos dependió, en gran parte, de figuras del universo religioso. En el caso alemán muchas de estas figuras eran cuadros de la Iglesia Evangélica Alemana de la posguerra, familiarizados personalmente con la realidad latinoamericana.

El activismo del pastor luterano Heinz Dressel como una figura de enlace intercontinental y regional nos permite ilustrar esta forma de solidaridad. Dressel nació en Alemania en 1929 donde desarrolló su formación

---

<sup>4</sup> Tras la caída del nazismo, toda persona despojada de su ciudadanía por razones políticas, raciales o religiosas entre 1933 y 1945 tenía el derecho de recuperar la ciudadanía alemana, solo que ahora los emigrados —al menos quienes recibieron las noticias de este derecho e hicieron uso del mismo— enfrentaron la decisión de elegir entre la pertenencia a la República Federal de Alemania o a la República Democrática de Alemania. Actualmente este derecho está codificado en el Artículo 116, párrafo 2 del *Grundgesetz der Bundesrepublik Deutschland*, en [https://www.gesetze-im-internet.de/gg/art\\_116.html](https://www.gesetze-im-internet.de/gg/art_116.html)

teológica, aunque gran parte de su primera praxis pastoral la llevaría a cabo en Río Grande Do Sul (Brasil). En 1972 asumió la dirección de la *Obra Ecuménica de Estudios* (OEE) con sede en la ciudad universitaria de Bochum. El propósito original de esta obra era otorgar becas de posgrado a estudiantes de países del Tercer Mundo, pero bajo la dirección de Dressel se convirtió cada vez más en un medio para justificar la salida de los refugiados a través de estipendios universitarios.<sup>5</sup> La estrategia de ayuda encubierta movilizaba los fondos destinados oficialmente a programas de desarrollo o movilidad académica para la reubicación de los perseguidos. Por este motivo, las agencias y organismos de la sociedad civil debían ser cautas en hacer públicas sus acciones de solidaridad, siendo que su presencia en los países del Cono Sur estaba sujeta a otras condiciones.

Hacia principios de los años setenta las condiciones políticas en Alemania eran adversas al ingreso de asilados latinoamericanos, en parte por la emergencia de agrupaciones armadas de izquierda que surgieron luego de la disolución del movimiento estudiantil de 1968. En este contexto, los activistas apelaron a una noción despolitizada de “víctima latinoamericana”, exacerbando la inocencia y vulnerabilidad de los perseguidos por las dictaduras. En una carta de un activista de Sao Paulo, datada en noviembre de 1977, y citada por Dressel, se lee lo siguiente: “Esas personas necesitan paz, tratamiento psiquiátrico, atención médica y algún lugar donde poder vivir sin miedo. No son refugiados políticos, si bajo ello se entiende personas con una fijación política, sino simples víctimas”. Como “víctimas”, la situación de los refugiados era identificada con la de los judíos frente a la persecución del nazismo y ofrecía una oportunidad de redención histórica.

Ahora bien, a diferencia de la condena que generaban las imágenes del golpe chileno, la posición de las elites de Alemania Federal con respecto a los golpistas argentinos tres años más tarde fue mucho más cautelosa, y en el caso de la República Democrática de Alemania —bajo la esfera de

<sup>5</sup> La experiencia de Dressel con los perseguidos políticos quedó narrada en una memoria personal elaborada con la correspondencia de las personas y familias que serían salvadas a través de los estipendios. Estas memorias también constituyen el capítulo de una obra autobiográfica publicada por Lucía Inés Tomé Huerta, hija menor de los “estudiantes refugiados” Luis Tomé y Moni Huerta. El libro se titula: *Recordando mi Olvido*, editorial De los Cuatro Vientos (2011).

influencia soviética— incluso paradójica: en Argentina, como otros países con los que existía un bajo interés político, las relaciones comerciales fueron el criterio de mayor peso para decidir las relaciones bilaterales (Krüger, 2007). El gobierno de la Alemania socialista se limitó a prestar asilo únicamente a los máximos dirigentes del Partido Comunista Argentino. También el gobierno de Alemania Federal recibió la noticia del golpe con alivio: los militares vendrían a poner orden en la caótica política interna del país; además, el golpe frenó el peligro de estatizaciones de empresas alemanas al mismo tiempo que abría nuevas oportunidades de negocio con el complejo militar-industrial, lo que intensificó las relaciones comerciales entre ambos países. En general, ambos gobiernos decidieron reproducir el discurso oficial de la Junta, que se presentaba como un muro de contención al fascismo y al comunismo.

En este sentido, el campo de mayor polémica y crítica por parte de activistas y juristas aún corresponde a la estrategia de “diplomacia silenciosa” que adoptó la embajada de Alemania Federal con el objetivo de entablar negociaciones extraoficiales sobre el paradero de ciudadanos alemanes presos o desaparecidos, sin poner en riesgo las relaciones bilaterales.<sup>6</sup> Más allá de la expectativa generada por un golpe llevado a cabo sin la violencia pública del caso chileno y que, además, contaba con el respaldo de la Iglesia Católica Argentina, medios críticos como la revista *Der Spiegel* reportaban sobre la “limpieza ideológica” y la impunidad con que seguían asesinando los grupos paramilitares bajo el nuevo régimen.

Años antes, la llegada de exiliados brasileños, paraguayos, uruguayos y chilenos a las “dos Alemanias” había generado un movimiento de solidaridad que cristalizó en cientos de Comités Chilenos, así como en la creación de la revista *Die Chile Nachrichten* (“Las noticias de Chile”), que pronto pasaría a llamarse *Die Lateinamerika Nachrichten* (“Las noticias de Latinoamérica”), a medida que la expansión del autoritarismo obligaba a ampliar la cobertura regional. En Alemania Federal, un movimiento similar recién surgiría durante la campaña de boicot y/o denuncia en vísperas del

---

<sup>6</sup> La controversia jurídica y moral sobre esta estrategia gira en torno a su funcionalidad: si ésta sirvió para encubrir la complacencia del Estado alemán, al anteponer los intereses económicos a los compromisos humanitarios del Estado (incluso con sus propios ciudadanos) o si fue una estrategia que —en el mejor de los casos— tuvo una eficacia dudosa.

Mundial de Fútbol de 1978. Es probable que una de las razones para entender esta demora se encuentre en las representaciones que los alemanes tenían de la cultura política argentina y, en particular, del movimiento peronista. Según, Nikolaus Wertz, “en relación a este punto jugó un rol el peronismo: de izquierda a derecha cubre un espectro demasiado amplio como para que fuera fácil solidarizarse con él” (2010: 126). Es posible que las claves interpretativas que circulaban entre la intelectualidad alemana en relación al peronismo fueran deudoras de las lecturas políticas que hicieron los exiliados alemanes y judío-alemanes que arribaron al país en los años treinta y cuarenta, huyendo de la persecución política y étnica de los fascismos europeos.<sup>7</sup>

Sin embargo, a medida que se acercaba la fecha del próximo Mundial de Fútbol, el discurso antifascista actuó como una estructura de disponibilidad simbólica, de cara a un público más amplio, para otorgarle contundencia a las denuncias por violaciones a los derechos humanos en la Argentina. Era necesario vincular las noticias de asesinatos, centros de tortura y la desaparición forzada de personas con los símbolos de la experiencia del holocausto, frente a la que se exigía un compromiso ético innegociable con el cual se podrían solidarizar todos los pueblos europeos, desplazando los clivajes políticos de la Guerra Fría sistematizados por la *Doctrina de la Seguridad Nacional*. La categoría de los derechos universales permitía comparar las prácticas represivas del Estado terrorista con las que había ejercido el nazismo, en virtud de la deshumanización a la que eran sometidas las víctimas.<sup>8</sup> Como señala Silvina Jensen (2019a), el uso que exiliados

<sup>7</sup> Según German Friedmann (2010), los exiliados alemanes —entre ellos intelectuales, periodistas, ex funcionarios— importaron las categorías políticas de un contexto de fuerte radicalización política, y las volcaron directamente a la lectura de los acontecimientos locales. Esto condujo a interpretar la emergencia del peronismo en la clave dramática de la lucha entre “fascismo y antifascismo”, “el mal y el bien”. De hecho, el liberalismo de muchos emigrados alemanes implicó una distancia de las pasiones políticas de sus hijos involucrados en las organizaciones peronistas de izquierda. Es posible que las representaciones de los intelectuales antifascistas forjadas en estas décadas, resultaran plausibles para la opinión pública en Europa, habilitando una lectura del golpe militar como contención de un avance fascista representado por el peronismo.

<sup>8</sup> No podemos ignorar el lugar del holocausto en el pensamiento político de posguerra y especialmente de los intelectuales exiliados —Hanna Arendt, Norbert Elías, la “Escuela de Frankfurt”— y cómo los usos del fascismo no pueden ser separados de las generaciones que invocaban su memoria y contribuyeron así a darle distintos sentidos. Esto también es válido para el exilio argentino: como señala Hugo Vezzetti (2019), intelectuales como Héctor Schmucler establecen un interjuego entre el holocausto y la desaparición de personas, más no como base de comparaciones historiográficas, sino como fundamento para una ética humanista.



y organizaciones de perfil humanitario hicieron de los sentidos del Holocausto tuvo como objetivo cambiar la imagen pública de la dictadura en el exterior. En este sentido, si el primer uso tuvo fines pedagógicos y de internacionalización de la denuncia para lograr el aislamiento del régimen, hacia la segunda mitad del ciclo dictatorial surgió como una respuesta jurídico-penal al intento de los militares de clausurar la “cuestión de los desaparecidos”.<sup>9</sup> La campaña de denuncia durante el Mundial de 1978 y la visita a la Argentina de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en 1979, marcan el punto culminante en la estrategia de visualización pública.

Hasta entonces, y durante esta primera etapa (1974-1977), el exilio argentino hacia Alemania Federal no alcanzó una trascendencia pública, ya que fue gestionado de manera singular por cada familia utilizando sus recursos legales y sociales o su acceso a las redes humanitarias desde diversos países del Cono Sur. Si observamos las estadísticas migratorias, esta primera oleada no pareció tener un impacto significativo en el número absoluto de emigrados hacia Alemania Federal, cuya tendencia hacia la baja siguió siendo la misma que en los años anteriores (véase el cuadro al final del artículo). Cabe señalar que estos datos aún son insuficientes para cuantificar la primera etapa del exilio.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> En futuras indagaciones proponemos ahondar en los procesos judiciales iniciados hacia fines de 1990 por Cortes alemanas, en los que fue aplicado el derecho penal internacional y que, hacia 2003, derivaron en pedidos de extradición de los Jefes de la Junta Militar y otros represores de menor rango, procesos que fueron iniciados en relación con alguna de las 95 personas alemanas o descendientes de alemanes asesinadas o desaparecidas. Además, a raíz de una investigación realizada por Gaby Weber sobre la complicidad entre empresarios alemanes y el gobierno militar, se han iniciado causas por el despedido, la tortura y desaparición de sindicalistas de las comisiones internas de Mercedes Benz. Tras un largo período de estancamiento y bloqueo por las “Leyes de Amnistía”, estas causas recibieron un impulso por parte de la *Coalición contra la Impunidad*, una red de defensa de los derechos humanos integrada por diversas asociaciones humanitarias, religiosas y de abogados, ubicada en la ciudad de Nuremberg.

<sup>10</sup> Fuente: Migraciones entre la República Federal de Alemania y el extranjero según país de origen y destino (desde 1962 hasta 2019), Ministerio Federal de Estadísticas de Alemania. La dificultad para establecer conclusiones radica en que las estadísticas señaladas no permiten identificar a ciudadanos argentinos que arribaron a Alemania Federal a través de Brasil y otros países, ni registran los flujos migratorios entre Argentina y Alemania del este. Al mismo tiempo, aún debemos analizar si la tendencia estable de emigrados alemanes se debió a razones políticas, político-económicas, o a un mayor intercambio de personal diplomático, militar y empresarial entre ambos países a partir de 1974.

A partir de 1977 las estadísticas señalan un punto de inflexión, con un aumento acelerado de ciudadanos no alemanes saliendo del país con destino a Alemania Federal. Esta tendencia coincide con un cambio en las condiciones políticas que habilitaron la llegada de una segunda ola de exiliados.

### **La segunda ola del exilio y la “Nueva Izquierda” alemana**

En el relato de los exiliados que llegaron a Alemania a partir de 1979, la Copa Mundial de Fútbol marca el inicio de una nueva etapa en la cadena represiva. Para la juventud alemana solidarizada con el “Tercer Mundo”, este evento señala el pico de una nueva ola de movilización —que escalaría hasta la victoria de la Revolución Nicaragüense—, otorgándole un status público al problema de la relación de los actores políticos y económicos alemanes con la dictadura.

De hecho, Alemania Federal fue uno de los países donde la campaña de denuncia tuvo una gran trascendencia pública en la agenda de los principales medios de comunicación, obligando a los actores parlamentarios asumir una posición al respecto (Franco, 2019). Comités de solidaridad en todo el país se unieron bajo el lema “Fútbol y Tortura”, tanto para protestar contra el desarrollo del evento deportivo, como para llamar la atención sobre las y los ciudadanos alemanes desaparecidos (Piper, 2001).<sup>11</sup> En vísperas del Campeonato del Mundo, *Amnistía Internacional* envió un escrito personal a cada uno de los jugadores alemanes informando sobre las violaciones a los derechos humanos en el país anfitrión, acompañado por una petición que estaban invitados a firmar (Weitbrecht, 2016). Siguiendo el testimonio de los exiliados y activistas entrevistados, la campaña proponía reorientar los cupos de asilo que el gobierno germano había dispuesto para la recepción de los refugiados chilenos y que aún continuaban disponibles. Esta apelación a las fuerzas parlamentarias y autoridades futbolísticas fue

---

<sup>11</sup> Una primera polémica surgió a raíz del partido amistoso que jugaron los equipos de Alemania Federal y Argentina, en el estadio de Boca Juniors, el 5 de junio de 1977. Para agosto de 1977 la embajada de Bonn en Argentina ya informaba sobre el encarcelamiento o la desaparición de 48 alemanes y descendientes de alemanes (Weitbrecht, 2016).

uno de los rasgos distintivos de la campaña alemana. En palabras de Marina Franco (2019: 23):

La convocatoria coordinó un pedido de firmas unificado de un gran número de asociaciones que fue dirigido al canciller Helmut Schmidt. Allí, se exigía la recepción de al menos 500 prisioneros políticos argentinos en Alemania Federal, la autorización de salida de los argentinos asilados en las embajadas en Buenos Aires, la publicación de una lista completa de todos los prisioneros políticos y la creación de una comisión de examen internacional e independiente sobre la situación en todas las cárceles y campos de concentración argentinos.

La situación humanitaria en Argentina se había instalado como tema incluso en la agenda deportiva. Ahora bien, siguiendo a Franco, los países donde la campaña adquirió mayor intensidad son aquellos donde la presencia de exiliados argentinos tuvo menos masividad. De hecho: “los impulsores iniciales no fueron ni los argentinos exiliados ni los partidos políticos de masas europeos (...), sino más bien pequeños grupos de izquierda y extrema izquierda vinculados a iniciativas para América Latina y organizaciones humanitarias y/o religiosas” (2007: 19). También en Alemania, quienes impulsaron la campaña y le dieron un carácter masivo y público fue un heterogéneo conglomerado de actores extraparlamentarios provenientes del universo cristiano, la socialdemocracia, el anarquismo, el movimiento Verde y otras agrupaciones independientes de la “Nueva Izquierda”. Ahora bien, ¿cómo surgieron estos grupos y qué bagaje de ideas portaban sus activistas?

Para Alemania Federal, la segunda mitad del siglo XX son años acunados por un creciente compromiso de la sociedad civil y el desarrollo de una colorida cultura de protesta (Lepp, 2010), que se inscribe en una tendencia contestataria global y cuyo hito central fueron los acontecimientos de 1968: lo que Wallerstein definió como una revolución espontánea contra las “viejas izquierdas”, relevadas por una nueva generación. Paradójicamente, esta contestación produjo nuevas radicalizaciones en los movimientos de liberación nacionales en África, Asia y América Latina, pero en Europa más bien allanó el camino a una cultura política humanista que, progresi-

vamente, se impondría a otras formas de acción colectiva (Alonso, 2014). En Alemania, este proceso fue propulsado en gran parte por las juventudes cristianas, lo que se expresó en una “moralización de la política” aparejada con una creciente “politización de las iglesias” (ibid., 2010).

En la “Nueva Izquierda”, en Alemania, se desarrolló un fuerte movimiento estudiantil y también las *Comunidades Estudiantiles Evangélicas* comenzaron a buscar el diálogo entre socialismo y cristianismo. En este contexto, el concepto de praxis es el más adecuado para describir el deseo de articular el conocimiento, la moral y la acción transformadora que acompañó la politización experimentada en todo Occidente.<sup>12</sup>

Cuando después de 1968 las expresiones públicas del movimiento estudiantil perdieron visibilidad, el movimiento tercermundista permitió recomponer las energías de protesta, bajo formas de acción colectivas que presentarían de manera más clara los rasgos del nuevo paradigma humanitario. Un aporte muy importante en esta orientación al “Tercer Mundo” provino del universo religioso; según Lepp, “los límites más fluidos entre las Iglesias y los movimientos sociales se encuentran en el campo de la solidaridad con el ‘prójimo lejano’” (2010: 375). Dentro de este movimiento debemos situar el anclaje latinoamericano de las organizaciones eclesíásticas de Ayuda para el Desarrollo que luego fueron reconvertidas en redes de solidaridad con los refugiados, como sucedió con la *Obra Ecuménica de Estudios*. Sin embargo, el movimiento partía de una crítica al sistema estatal de “Ayuda al Desarrollo” (*Entwicklungshilfe*).<sup>13</sup> Según Lepp, la relación con el Tercer Mundo fue un dinamizador de la protesta estudiantil radical.

<sup>12</sup> A diferencia de lo que ocurrió en Argentina con la radicalización del movimiento estudiantil, en Alemania Federal gran parte de sus integrantes optaron por el llamado “camino a través de las instituciones”, luego del atentado al sociólogo Rudy Dutschke —dirigente emblemático del movimiento— y la radicalización de otra parte del mismo (Lepp, 2010).

<sup>13</sup> El paradigma clásico de la Ayuda al Desarrollo proponía la transferencia de recursos humanos y capitales para nivelar a los países —en Argentina esta idea tuvo su correlato en la *Escuela Desarrollista*—. La crítica a este tipo de ayuda financiera se apoyaba en la *Teoría de la Dependencia* y en la *Teología de la Liberación* como nuevos paradigmas que partían de una perspectiva relacional del desarrollo en base al eje de asimetrías entre norte y sur.

En palabras de activistas entrevistados:

La época estaba muy marcada por el '68 y todos teníamos la sensación de poder transformar el mundo. ¡Y la Teología de la Liberación, y más tarde Nicaragua! ¡Eran grandes temas! Chile, Pinochet. Estaba la gran esperanza de que contribuir en la liberación de América Latina también daría impulsos para Europa. Encontrar otros caminos. Había una búsqueda global de transformación del mundo (entrevista con Werner y Ushi).<sup>14</sup>

Cabe señalar que los movimientos sociales en Argentina habían estado organizados bajo estructuras partidarias, consignas y objetivos políticos que seguían el modelo de organización guevarista-leninista. Por el contrario, la protesta en Alemania Federal se caracterizó por un “perfil ideológico difuso, una composición heterogénea y estructuras lábiles”, como afirma Lepp (2010:379) y agrega:

(...) a diferencia de otros movimientos sociales, los actores no estaban afectados de manera inmediata por sus acciones. Desarrollaron un sentido ciudadano con sensibilidad global, la conciencia de una responsabilidad y solidaridad individual e internacional. Los grupos autogestionados y sus redes conformaban la base social para poner en práctica esa solidaridad transfronteriza.

Esta forma de militancia abogaba por una estrategia pacifista de lucha social, junto a la preocupación por un estilo de vida alternativo, combinando el internacionalismo con los desafíos locales que planteaba el escenario de la Guerra Fría. El grupo de activistas movilizado por el asilo a presos políticos argentinos forjó su subjetividad política en este contexto histórico.<sup>15</sup> Con la llegada de los asilados, muchos experimentaron una nueva dimensión del activismo caracterizado por el cuidado emocional y material

---

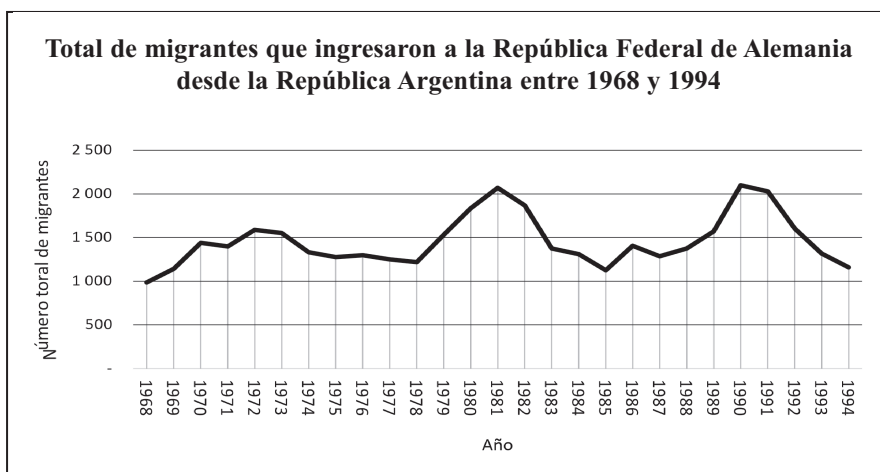
<sup>14</sup> Entrevista realizada el 7 de marzo de 2020 por Jonas Kalmbach y Grecia Roldan en la ciudad de Ulm (sur de Alemania). La traducción al castellano es nuestra.

<sup>15</sup> El compromiso contestatario tenía tanto un objetivo geopolítico como una exigencia micropolítica. Cuando la dimensión pública se fue enfriando también esta micropolítica fue sucumbiendo a un proceso de individualización y despolitización de la vida privada.

concreto; así como el encuentro político con personas cuya subjetividad estaba fuertemente marcada por una praxis radical pero, sobre todo, por sufrir las violaciones masivas de sus derechos elementales.

### El asilo de los presos políticos con opción de salida

Una de las conquistas inmediatas de la movilización en un contexto internacional desfavorable a la dictadura, fue la negociación bilateral de una cuota de asilo de 500 presos políticos argentinos, que pudieran solicitar la “opción de salida” ante la embajada de Alemania Federal.<sup>16</sup> Probablemente esta cuota nunca fue alcanzada. Según Silvina Jensen, entre el total de argentinos exiliados, solo 879 salieron por solicitudes de opción efectivamente concedidas (Jensen, 2019b). Por otra parte, las estadísticas de los flujos migratorios entre Argentina y Alemania Federal, reflejan cómo a partir de 1979 hubo un incremento significativo de migrantes argentinos

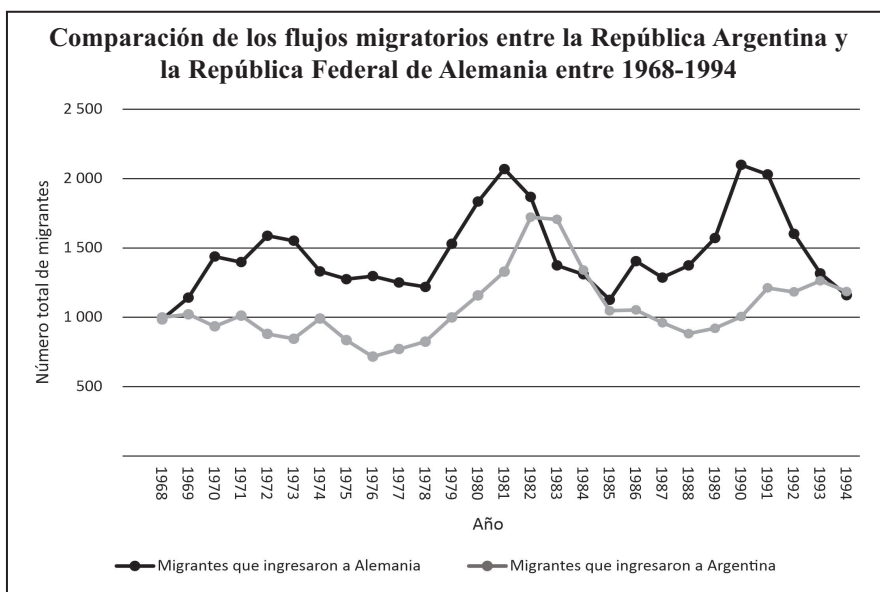


Fuente: Ministerio Nacional de Estadísticas de Alemania (elaboración propia — ver cuadro anexo).

<sup>16</sup> El “derecho de opción” para salir del país está contemplado en el artículo 23 de la Constitución Nacional Argentina. Como señala Jensen (2019), desde la declaración del estado de sitio el 6 de noviembre de 1974 este derecho constitucional fue sometido a múltiples restricciones. Durante el Proceso militar fue suspendido en 1976 hasta septiembre de 1977, aun así, quedó bajo el arbitrio de la Junta Militar el poder de autorizar a un detenido la salida del país. En el acuerdo bilateral para establecer cupos de asilo entre la República Federal de Alemania y la dictadura, la Junta militar buscaba relanzar la imagen de un país transformado y el gobierno alemán calmar las críticas sobre el fracaso de su diplomacia en la defensa de sus ciudadanos.

que cruzaron la frontera hacia el país germano: si en 1978 el número apenas llegaba a 1.219, cuatro años después y hacia el final de la dictadura, la cifra se duplicó a 2.069 personas procedentes de Argentina.

Hasta 1982 el número de migrantes desde Argentina hacia Alemania Federal excedía el número de quienes ingresaban a la Argentina desde Alemania Federal. Así, en 1981 la proporción era de 2.069 a 1.329, respectivamente. Sin embargo, a partir de 1983 esta tendencia se fue invirtiendo: aquel año 1.374 personas migraron hacia Alemania Federal, frente a 1.706 personas que ingresaron a la Argentina desde el país germano —aumentando además la proporción de ciudadanos no alemanes: 1.260 del total—. Estas cifras podrían expresar el movimiento de retorno de exiliados. Solo un análisis pormenorizado puede indicar en qué medida estas tendencias corresponden a la segunda ola de exiliados-asilados que hemos identificado —en un contexto de apertura de un nuevo destino para el refugio político y económico—, y en qué medida los procesos de emigración también responden a la crisis económica que se fue agudizando a principios de 1980 —una tendencia que se percibe de manera contundente en 1990.



Fuente: Ministerio Nacional de Estadísticas de Alemania (elaboración propia — ver cuadro anexo).

En función de testimonios recolectados, podemos afirmar que entre 1978 y 1981 un número importante entre los emigrados argentinos fueron ex presos y presas que recibieron asilo político en Alemania Federal, junto a sus familias. En este caso, el exilio fue la última etapa dentro del circuito represivo que había implicado la detención ilegal o el secuestro clandestino, la desaparición en centros de tortura y exterminio, el “blanqueo” como presos a disposición de uno de los poderes del Estado —generalmente el Poder Ejecutivo Nacional (PEN)— y la estancia por tiempo indeterminado en distintas cárceles provinciales.

La opción de salida del país era una de las tres posibilidades que tenían las y los presos políticos para salir de la cárcel, junto a la libertad condicionada y la deportación. Sin embargo, según los análisis hechos por Virginia M. Pisarello (2014) en la cárcel de Coronda (Santa Fe), mientras los que regresaban a sus pagos solían pertenecer a los sectores populares rurales, y la deportación solía afectar a los extranjeros latinoamericanos, la posibilidad de solicitar el derecho de opción expresó una “estrategia de clase” por parte de personas jóvenes de clase media urbana.

Esta generalización es válida para el exilio alemán a condición de señalar la heterogeneidad de condiciones socioculturales del contingente de asilados. Este incluía desde jóvenes de sectores populares trabajadores y primera generación de estudiantes universitarios, hasta profesionales liberales integrados a las élites provinciales; sin embargo, todos militaban en centros de estudiantes, partidos de izquierda, asociaciones de abogados y sindicatos con un alto nivel de formación intelectual, integrados a los entramados militantes urbanos de cada región (Formosa, Catamarca, Santiago del Estero, Santa Fe, Neuquén y Río Negro). La articulación de los entramados represivos obligó a presos y presas a pasar desde los centros clandestinos y cárceles de cada zona militar hacia los grandes centros de detención política del Litoral (Coronda, Devoto, La Plata).

Junto a las condicionantes internacionales, la salida jamás hubiera sido posible sin la agencia de las madres, esposas, familiares de las y los detenidos, al movilizar los recursos económicos, políticos y emocionales de las redes humanitarias y de familiares que, hacia 1979, habían logrado una fuerte articulación internacional. Estas redes, a su vez, fueron claves para



garantizar las visitas a las cárceles y embajadas centralizadas en Buenos Aires.

### **Militancias localizadas: de la Norpatagonia a Ulm**

Los primeros asilados por “derecho de opción”, llegaron a distintas regiones de Alemania Federal en virtud de una política migratoria tendiente a distribuir a los refugiados entre las comunidades municipales (*Gemeinden*), y, especialmente, en aquellas donde se concentraban los grupos de solidaridad más activos. Uno de estos núcleos fue la ciudad de Ulm, en la que, en 1978, nació un grupo de auto-convocados en torno al “Almacén del Tercer Mundo”,<sup>17</sup> que participó con mucha resonancia en la campaña de denuncia coordinada por *Amnistía Internacional*. Estaba integrado por estudiantes universitarios, maestras, docentes, abogados, pastores, sindicalistas y periodistas, provenientes del anarquismo, la socialdemocracia, el movimiento pacifista y ambientalista de “Los Verdes”, la izquierda cristiana y Amnistía Internacional.

Entre estos activistas se encontraban Werner y Ushi —estudiantes de Medicina y Enfermería— que, hacia fines de 1978, recibieron a las primeras exiliadas argentinas en Ulm.<sup>18</sup> Ambos habían sido partícipes de las luchas estudiantiles en la región e integraban el Servicio de Desarrollo Alemán:

<sup>17</sup> Este sistema de almacenes expresaban el cambio de concepción sobre cómo practicar la solidaridad, por cuanto ofrecían una salida de mercado a precios justos de productos artesanales elaborados en el Tercer Mundo. Se constituyeron en espacios de militantes de distinta extracción política y profesional en torno a causas específicas como la solidaridad con Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay o Nicaragua; y/o en la ayuda a emprendimientos en países de Asia y África para abolir las asimetrías norte-sur.

<sup>18</sup> La posibilidad de entrevistar a Ushi y a Werner fue facilitada gracias a Gladis Sepúlveda, una de las primeras asiladas argentinas hospedadas por esta pareja, que retornó a la Norpatagonia en 1985 y actualmente vive en la ciudad de Neuquén. Siguiendo una técnica de muestreo conocida como “bola de nieve”, el testimonio de Gladis nos ha permitido reactualizar una red de contactos internacionales entre exiliados retornados en distintas provincias, exiliados no retornados, y entre éstos y activistas humanitarios que viven en distintas ciudades de Alemania. A medida que hemos ampliado el rango geográfico de la investigación, pudimos sumar otras redes y organizaciones integradas por los actores del exilio en Alemania. Esta forma de muestreo no probabilístico ha facilitado la investigación empírica de una población de difícil acceso por su diseminación geográfica y la “privatización” de las historias exiliares.

¡Tienes que imaginártelo! Éramos muy jóvenes y nos mudamos a nuestro primer departamento. Entonces, la historia con Argentina llegó a un punto donde se estableció el acuerdo y surgió la pregunta: ¿a dónde con ellos? Y como en Ulm estábamos muy comprometidos, debíamos ser los primeros en recibirlos. ¡De repente era una situación totalmente distinta! Una cosa es ser políticamente activo y otra tener que recibir a alguien en tu casa. Fue todo muy rápido y de pronto ya estaban delante de nuestra puerta.

Para estos jóvenes, la solidaridad humanitaria no descansaba en un compromiso partidario o la identificación con la misma ideología, sino en una forma de acción colectiva contra las violaciones a los derechos humanos en varias partes del mundo, movilizada por un imperativo de interculturalidad y cuyo punto de referencia simbólico era la persona concreta: “...fue más bien el contacto humano, el destino de cada persona, el encuentro. No sólo teorizar sino modificar las cosas a través del encuentro, en un marco pequeño pero con la esperanza de que eso tenga grandes efectos”, en palabras de Ushi y Werner. ¿Pero quiénes eran estas personas a punto de llegar a un país desconocido? Los activistas solo tenían referencias muy generales: personas que habían sido encarceladas por profesar ideas contrarias al régimen militar, estudiantes con un pensamiento crítico como ellos, seguramente traumatizadas por la tortura.

A la región de Ulm arribaron exiliados, en su mayoría acompañados de sus familias bajo el derecho de reunificación, en caso de asilo. Una de las primeras exiliadas de la zona fue Gladis Sepúlveda. A continuación describiremos su trayectoria haciendo énfasis en el proceso de rememoración, cuyos sentidos no pueden dejar de ser referidos a un factor de género, etno-racial y de clase.<sup>19</sup>

Gladis nació en la ciudad de Cipolletti (Río Negro). Su familia provenía del interior de Neuquén y migró hacia el Alto Valle de Río Negro en la década de 1960, en el marco de una acelerada urbanización y expansión de la agroindustria. Fue una época en la que la llegada de migrantes del

---

<sup>19</sup> Nos detendremos en el caso de Gladis Sepúlveda con el objetivo de abordar el exilio desde una perspectiva descentralizada, con énfasis en las experiencias represivas en la Norpatagonia. Este análisis es producto de una serie de tres entrevistas realizadas por Cristina García Vázquez y Jonas Kalmbach en Neuquén capital, entre marzo y septiembre de 2019.

interior rural, y luego la llegada de trabajadores calificados expulsados del área metropolitana y refugiados que huían del régimen pinochetista, complejizó la estructura social e influyó en la formación de una cultura política caracterizada por la interrelación de gremios estatales, centros de estudiantes, el movimiento obrero y sectores del clero católico (Areta, 2002). También Gladis participó de este clima de politización de la vida social en la región.

Su abuelo nació en España y llegó al país huyendo del mandato de ser cura, mientras su abuela oriunda de la zona cordillerana era de origen mapuche —un aspecto de la historia familiar que Gladis recuperará a partir del exilio—. Padre y madre eran obreros de la fruta y fueron participantes activos en las luchas sindicales por mejorar las condiciones laborales en los galpones de empaque. Si bien su padre era de tradición peronista y anticlerical, Gladis comenzó a militar en la *Acción Católica* y —como muchos otros jóvenes— siguió el mandato de “ir hacia el pueblo”, fórmula que condujo a la juventud argentina a realizar trabajo social entre los sectores populares hacia fines de 1960: “‘había sentido cantar el gallo’ como dicen y decían en mi época que había que ‘proletarizarse’. Y entonces quería ir a vivir al barrio...”. Sin embargo, otros discursos y experiencias afines ganaban en plausibilidad.

Hacia 1970, tras finalizar la secundaria y trabajar como maestra en los barrios populares de la zona, Gladis ingresó a la carrera de Servicio Social de la UNCo, como estudiante y trabajadora no docente. Allí atravesó un proceso de redefinición ideológica: la carrera se abrió a las corrientes teóricas latinoamericanas —con énfasis en el trabajo social como una *praxis*—. Gladis leía a Paulo Freire e inició su militancia en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), de orientación trotskista y cuyo brazo armado fue el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). La universidad, la docencia y los barrios periféricos fueron los espacios desde los cuales le dio sentido a su militancia dentro del “campo popular”. De manera similar al movimiento estudiantil en Europa, para la subjetividad política de los jóvenes, el trabajo o la universidad no solo formaban parte de una carrera profesional sino de un compromiso de transformación radical del orden social. Pero al mismo tiempo, este imperativo de cambio debía

expresarse en una transformación de la propia subjetividad, de los deseos, expectativas, prácticas y relaciones.

Gladis no se detiene demasiado en relatar la experiencia de adhesión a la lucha armada, sino como una actividad más, consecuencia lógica y práctica en la lucha por cambiar la realidad. A diferencia de otros compañeros que participaron de las acciones armadas en Tucumán —aclara— ella prefería la lucha partidaria a la que efectivamente se limitó el accionar de estas organizaciones en la Norpatagonia. No obstante, la participación de una cultura política orientada hacia la praxis dentro del campo popular implicó una tensión con las expectativas de género dominantes —internalizadas como deseos de formar un “hogar” —que debieron ser negociadas con su pareja y familia ajenos a sus compromisos políticos, pero también con ella misma.

Gladis provenía de una familia tradicional, con padres que transmitían una vocación de lucha política y, al mismo tiempo, encarnaban los roles de género patriarcales. La universidad, la militancia, el contacto con mujeres intelectuales le permitieron ingresar a una fase de postergación y negociación de prioridades, justificadas por un momento de la historia que se percibía como decisivo, y en organizaciones en las que el campo cultural de posibilidades asociado a la mujer se veía ampliado considerablemente. De hecho, para la Gladis de los años setenta el casamiento era considerado una “institución burguesa”. A lo largo de su relato, la contradicción entre las expectativas de una vida privada regida bajo los cánones tradicionales como “madre-esposa” y el hecho de estar comprometida políticamente es una clave de lectura permanente.

Hacia 1975, también la Norpatagonia comenzó a sufrir la creciente injerencia militar. Comenzaba a planificarse una forma de represión que adoptaría las mismas características que en las grandes zonas urbanas del país. El objetivo último de la represión era, precisamente, dismantelar los entramados que habían favorecido a los movimientos contestatarios (Scatizza, 2015). Inicialmente zona de *insilio* para perseguidos de las grandes ciudades y de recepción de refugiados, pronto también se convirtió en una zona de expulsión para decenas de personas que —nacidas o no en la región— tuvieron que exiliarse en países latinoamericanos o europeos.

Durante el segundo gran operativo militar llevado a cabo en junio de 1976 con el objetivo de dismantelar células del PRT/ERP, Gladis —que entonces tenía 24 años— fue citada y luego detenida ilegalmente por la policía, secuestrada junto a otras 31 personas —muchas de las cuales fueron asesinadas o aún continúan desaparecidas— y llevada a un campo de torturas en Bahía Blanca. Durante ese período estuvo a merced de la maquinaria aniquiladora confeccionada por los militares, hasta que, junto a otras detenidas, quedó a Disposición del PEN y pasó la mayor parte de los próximos tres años como presa política en la cárcel de Villa Devoto.

La cárcel es un tópico de mucha densidad sentimental en su narrativa, en cuanto espacio *habitado* por las presas que gestaron un agenciamiento colectivo, más allá de las restricciones castrenses impuestas. Para el momento de las entrevistas, las experiencias de solidaridad, cuidados y micro-resistencias, así como el proceso de rememoración y construcción de identidad impulsada por el colectivo de presas políticas de Villa Devoto, configuran la principal referencia política de Gladis, mucho más que su condición de exiliada o militante revolucionaria. Al describir cómo se sentía partiendo hacia el exilio afirma: “Es como si me arrancaran el corazón, porque se quedaban mi familia y las compañeras. Y yo creo que más sentía a las compañeras, uno establece unos vínculos tan fuertes que son como mis hermanas”.

Gracias a las gestiones de su madre ante la embajada de Alemania Federal, Gladis recibió asilo político en aquel país. En agosto de 1979 fue la partida desde un ambiente hostil pero compartido con otras presas políticas, hacia un destino extraño y una situación incierta:

Yo cuando llegué no sabía qué gente me esperaba, porque podían ser de los servicios [secretos]. Y entonces no quería abrir la boca. Yo no me animaba a hablar y entonces ellos querían saber si yo pertenecía a alguna organización terrorista. Porque ellos tenían las Brigadas Rojas que para ellos eran... no sé, nunca les pregunté, pero no eran muy bien miradas.<sup>20</sup> ¡Y yo las admiro! Pero bueno.

<sup>20</sup> Aquí se confunde las Brigadas Rojas, que actuaron en Italia, con los grupos de la izquierda armada en Alemania Federal, como la Facción del Ejército Rojo (*Rote Armee Fraktion*). Ambas organizaciones actuaron en el campo de la política armada entre los años setenta y ochenta.

Gladis fue recibida en el hogar de Ushi y Werner, rodeada con folletos de boicot al Mundial de 1978 —con la clásica iconografía representando un mapa de la Argentina envuelta en alambre de púas—, así como discos de música popular latinoamericana:

Yo fui a su casa y dijeron: “ésta es tu casa”. Ese cambio fue muy fuerte porque la casa de mis padres era una casa humilde hecha de ladrillo, pero por las manos de mi padre. Y allá tenía el lavarropas, ¡era una casa de la burguesía para mí! Era una casa normal, a la que todo el mundo tiene derecho. Pero acá nos estaba vedado. Y entonces que nos dijeran “ésta es tu casa”, era mucho. ¡Y ni les cuento cuando vi que tenían toda la colección de Inti Illimani, de Quilapayún, Víctor Jara y música clásica! Con lo que les costó a mis padres tener la heladera que era lo más moderno (risas).

En general, los exiliados en Alemania tuvieron que confrontar una realidad cultural e idiomática absolutamente nueva. Pero además, el exilio implicó conocer una cultura en la que la industria del consumo de masas se encontraba en auge, bajo un Estado de bienestar con un sólido aparato burocrático, en un círculo de referencia integrado, en gran medida, por personas con una trayectoria estable de clase media profesional.

El extrañamiento y la distancia social, el desarraigo emocional, político y profesional que implicaron años de cárcel y exilio fueron amortiguados por el grupo de recepción que le brindó una base socio-afectiva de integración y la acompañó en diversas gestiones ante el Estado —por ejemplo, para acceder a cursos de idioma y al *Arbeitslosengeld* (fondo contra el desempleo)—. En estas gestiones fue fundamental el asesoramiento de los activistas de *Amnistía* a fin de garantizar el cumplimiento efectivo de los derechos de asilo ante el Estado.

Los alemanes implicados en la recepción estaban familiarizados con la cultura de protesta latinoamericana y este factor constituyó un medio de entendimiento y reconocimiento mutuo. Integrados al entramado social preexistente de los activistas, éste ofreció el principal núcleo de las nuevas relaciones de interdependencia en el contexto extranjero. Nuevos vínculos y experiencias que, en gran medida, quedaron supeditados bajo la lógica de

la espera y la transitoriedad, especialmente para quienes ya tenían parejas y sentían que “habían dejado atrás” una serie de proyectos pendientes. Pronto el número de personas exiliadas y sus familias fue creciendo. También Gladis pudo recibir a su novio Antonio, del que había estado separada desde el secuestro y con el que contrajo matrimonio en Alemania.

Para los activistas, el contacto con los primeros exiliados más bien fue una aventura, lejos del intercambio político que se pudiera esperar: “En aquel momento nos gobernaba la cotidianidad. Teníamos que ver que tomen su colectivo para llegar a su curso de idiomas, que entiendan cómo hacer las compras. Realmente eran cosas de todos los días”, tal como surge de la entrevista con Ushi y Werner. Fueron principalmente tareas de cuidado y acercamiento emocional, pero también existía un componente de exotismo, de encuentro con el Otro cultural que servía de espejo:

Las llevamos a todos lados, ¡sin perdón! (risas). Claro que estábamos orgullosos, ¡nos fascinaba todo eso! Entendíamos muy poco de todo lo que habían pasado realmente, por qué habían ido a la cárcel y en parte fueron torturadas, y cuál fue realmente el trasfondo es algo que recién mucho más adelante llegamos a conocer, simplemente porque idiomáticamente era muy difícil. Y porque claramente sentimos que estaban traumatizadas, que era difícil tocar los temas. Supongo que en eso se intercambiaron mucho entre ellas.

Inicialmente la comunicación política se desarrolló presuponiendo afinidades político-ideológicas, sobre bases sentimentales y en la referencia compartida de la cultura popular y de protesta latinoamericana que convocaba especialmente a los jóvenes. Existían eventos culturales a los que eran invitadas agrupaciones de folklore con el propósito de sensibilizar a la población local sobre la violencia política ejercida contra “los pueblos latinoamericanos”. Si a falta de una comunicación verbal fluida, las afinidades se expresaban en una cultura y en una base sentimental compartida, entendiéndose que los sentimientos ya son interpretaciones y juicios del mundo, entre los exiliados predominaba una lectura dicotómica y un rechazo no solo placativo sino también visceral a los actores planetarios que percibían como antagonistas. Muchos exiliados eran portadores de categorías de per-

cepción, visión y división dicotómicas, esta vez importadas de una Argentina políticamente radicalizada (tal como había sucedido con el exilio alemán y judío-alemán de 1930). Mientras el exilio argentino estableció lazos de solidaridad “natural” con los emigrados de Chile o Nicaragua, e incluso lazos de afinidad individuales con otras minorías étnicas, hubo tensiones con refugiados del bloque oriental.

Ahora bien, muchos exiliados experimentaron un desajuste entre sus expectativas de militancia política y los espacios que efectivamente tenían disponibles. El “barrio” como territorio de militancia social no existía:

Yo recuerdo que quería irme, pero Antonio no quiso. Yo quería ir a algún país cercano, acá... de Latinoamérica, para insertarme otra vez y ser útil en algo. Porque allá no me sentía, no entendía como era la sociedad allá.

Mientras Gladis permaneció en Alemania, ya con un compromiso familiar, otros exiliados canalizaron sus necesidades políticas a través de una militancia internacional o continuando el exilio en otros países latinoamericanos como la Nicaragua sandinista, seguida activamente por la “Nueva izquierda” alemana. En el caso de Gladis, el compromiso inmediato se volcó a las acciones coordinadas por el exilio argentino en Alemania —como las visitas de las Madres de Plaza de Mayo organizadas por Osvaldo Bayer, una de las figuras públicas del exilio—. Al mismo tiempo, los exiliados aprovechaban la plataforma que ofrecía el “Almacén”, en la que se discutían iniciativas de solidaridad tercermundista, así como acciones de protesta del movimiento pacifista que se conformó en la década de 1980: “Me sentía en la ‘jabonería de Vieytes’, bajaban la persianas del negocio y empezaban a tratar estos temas, (...) entonces ahí concertaban todas las acciones subversivas (risas)”. Que Gladis considere a Ulm como su segunda “patria chica” expresa con una nota de cariño su adopción por ese hogar político transitorio.

Los exiliados eran conscientes de su recepción privilegiada: “nosotros estamos en una isla, no estamos conviviendo con el común de la gente. La verdad [es que] nos ha rodeado un montón de gente que eran profesionales. Era gente progresista, realmente”. Sin embargo, así como para los



activistas alemanes la polarización y radicalización ideológica resultó y resulta enajenante, los exiliados debían lidiar con lo que percibían como prejuicios etnocéntricos que reafirmaban la extranjería: “Ellos podían opinar de nuestro país pero nosotros no (...), como que nosotros éramos inferiores por ser un país del Tercer Mundo. Los alemanes creen en el fondo que son superiores, ¡y se lo creen de verdad!” (entrevista con Gladis).

En esta dinámica relacional y representacional, el exilio de los argentinos fue importante para la construcción de identidades políticas entre todos los involucrados. Gladis siempre se presentaba como oriunda de la Patagonia, pero recién en ese territorio radicalmente “otro” tomó conciencia de sus raíces mapuches y se familiarizó con la historia de colonización y exterminio de los pueblos indígenas en su región natal:

G: Mi papá tenía una ascendencia mapuche muy fuerte. mapuche. Yo fui consciente de eso cuando, estando en Alemania, fuimos al “Día de las Iglesias”<sup>21</sup> que festejan allá, y entonces nos dijeron que podíamos ir y llevar un stand para difundir la situación política del país respecto de los derechos humanos. Y había una delegación chilena, y un señor al que lo seguí porque era mi papá... ¡era idéntico! Me quedé helada... y lo seguí.

J: ¿La gente se acercaba a escuchar?

G: Sí, y los jóvenes en especial. Y lo que nos contaban era: ‘ustedes cuentan y dicen la verdad, y es muy parecido a lo que nosotros podemos saber por los libros acá, [en referencia al nazismo] pero si les preguntamos a nuestros abuelos no quieren hablar’.

Casi como una epifanía, a partir de entonces, Gladis comienza a recuperar esta parte ignorada de la propia historia familiar.<sup>22</sup> Al revés, en virtud de un desplazamiento generacional, la presencia de los perseguidos

<sup>21</sup> El “Kirchentag” es un encuentro anual de iglesias protestantes donde son expuestos y abiertos a debate los problemas de la agenda política internacional y local que interpelan a la Iglesia Evangélica Alemana, así como sus iglesias hermanas en otros continentes.

<sup>22</sup> Que actualmente este dato reaparezca en la memoria de Gladis tiene sus condiciones de posibilidad en la interseccionalidad de la militancia neuquina —donde la identidad del pueblo mapuche es reivindicada por la izquierda local— y en el protagonismo político que adquirieron los movimientos indígenas originarios.

políticos de las dictaduras latinoamericanas denunciando públicamente el terrorismo de Estado interpeló a la juventud alemana de los años setenta interesados en reconstruir la historia reciente de su país en y a través de la historia silenciada de la propia familia (la pregunta acuciante por el papel de padres y abuelos durante el nazismo). Esta dinámica de interacción se convirtió en un momento de auto-reconocimiento de los exiliados y sus receptores: así como la dictadura era leída en clave fascista, para muchos jóvenes alemanes las palabras de los exiliados —como víctimas de un sistema autoritario contemporáneo— traían al presente la experiencia del nazismo que sus abuelos se negaban en verbalizar y recordar. Por esta invitación a verbalizar la violencia política sufrida y contar con interlocutores interesados, el regreso hacia una sociedad silenciada y que desplazaba el terror padecido fue especialmente duro.

Ahora bien, entre los exiliados, el contacto diario con la población local fue cultivado principalmente por las parejas de las presas y presos políticos. En las entrevistas, los familiares aparecen acompañando *en* el exilio y desde una posición despolitizada. Fueron quienes apostaron a la cohesión familiar desde el momento de la desaparición y el encarcelamiento de sus parejas y que siguieron garantizando los pequeños rituales de la vida doméstica, tan fundamentales para estabilizar la propia identidad y capacidad de agencia. En el caso de Gladis, el exilio reforzó la relación con su pareja Antonio, quien rápidamente fue contratado como obrero y estableció vínculos con la comunidad local. Esta adaptación habilitó a Gladis a dar los primeros pasos como “madre-esposa” (razón misma por la que decidió permanecer en Alemania y no migrar hacia la Nicaragua Sandinista, como hicieron otros exiliados).

### **Retornar, recuperar y postergar**

Fuertemente contenidos por el grupo receptor, en la comunidad de Ulm se desarrollaron historias de vida singulares que dependieron de cómo fue resuelto el desequilibrio entre las expectativas de retornar y las gratificaciones materiales y emocionales que ofrecía la adaptación a los entramados locales. ¿Cuánto de la propia identidad personal, social y política pudo recrearse a través de los vínculos en el país receptor?

Si bien el retorno era anhelado por muchos exiliados como el momento que pondría fin a una larga espera en el país de destino para retomar la vida dejada atrás, varias autoras señalan la importancia de analizarlo en términos de un nuevo proceso migratorio de regreso a una realidad transformada. En este sentido, siguiendo el análisis de Margarita Del Olmo Pintado (1999) sobre la comunidad de exiliados argentinos en España, tanto la decisión de *regresar* como la decisión de *permanecer* en el país de destino implicó dar el paso —consciente o inconsciente— desde la situación de exilio a la situación de migración; entendiendo por migración la necesidad de concebir un nuevo proyecto de vida y, para ello, adaptarse a las instituciones extranjeras, o bien a las instituciones transformadas en el país de origen.

Pocas veces el desafío de retornar era asumido subjetivamente como una nueva situación de migración. Para el caso de la comunidad exiliar de México, Soledad Lastra analiza la ruptura en los “marcos interpretativos” del exilio y del retorno, que produjo el regreso a la Argentina. Si inicialmente el retorno era interpretado como el final de una larga *espera*, la hostilidad, incompreensión o simplemente las transformaciones vivenciadas en el plano familiar, político o espacial al momento de regresar, implicaron una recodificación de la experiencia. Si bien surgieron diversos sentidos a través de los cuales cada persona podía significar estos cambios imprevistos, predominó la clave del *desencanto* como encuadre colectivo del retorno (Lastra, 2013). En este punto nos preguntamos si los marcos interpretativos de las personas exiliadas en Ulm siguieron los mismos derroteros. ¿Qué expectativas, qué condicionantes materiales y qué reflexiones configuraron su experiencia de retorno? A grandes rasgos, pudimos distinguir tres experiencias de retorno, que se diferencian tanto por las condiciones materiales de cada caso, como por los sentidos subjetivos con que fue esperada y vivenciada esta etapa. Como veremos a continuación, estos factores configuraron de manera desigual el campo de posibilidades para cada persona.

### *Retornar*

Para una parte del exilio argentino el llamado a elecciones implicó la

planificación del retorno que, generalmente, se concretó pocos años después —hacia mediados de 1980—. Entre ellos se encontraban Gladis y su esposo. Para Gladis, pese al nivel extraordinario de contención que fue fundamental para garantizar su supervivencia personal, Alemania nunca se convirtió en un destino permanente ni dejó de asociarse a las percepciones de una migración forzada:

Cuando llegué acá quedé embarazada. Intentamos allá de todas las formas. Fui a muchos médicos y un homeópata me preguntó cómo me sentía yo en ese país. Y yo le dije que bien, pero que extrañaba porque no era mí país. Y dice: “disculpe la comparación, pero los elefantes en cautiverio... no tienen hijos”.

Esta analogía entre migración forzada y cautiverio pudo haber sido una experiencia común, en países de recepción a los que puede calificarse de “extraños” desde el punto de vista cultural y lingüístico. El idioma podía resultar una barrera infranqueable, especialmente para quienes no tenían expectativas de permanecer en el país o no disponían del capital cultural que facilitara ese aprendizaje. En el caso de Gladis el matrimonio, la barrera idiomática, el compromiso con las otras presas reactualizaron permanentemente los vínculos afectivos con la Argentina. Para ella, el exilio constituye un *hueco* en la experiencia de vida: “hay un hueco, hay una parte de la historia que no viviste en tu país. Yo perdí la parte de la escuela, yo era maestra de grado, y a mí me gustaba ese trabajo...”. Los años de exilio son una prolongación del alejamiento biográfico que inicia como un corte brutal en la tortura. Al mismo tiempo que el exilio es salvación, también cementa la pérdida, lo irrecuperable (las amigas desaparecidas, la profesión, las experiencias). Sin embargo, la conciencia de esa pérdida y la significación *biográfica* del exilio como un “hueco” recién se pudo formular de manera cabal una vez consumada la experiencia del retorno con su juego de desajustes y reajustes de expectativas.

Al regresar Gladis y Antonio buscaron establecerse en Santiago del Estero —en el norte de Argentina— junto a otra familia del exilio y a través de un proyecto social financiado por el *Servicio de Desarrollo Alemán*. Esta

decisión expresa un deseo de cercanía con las personas con las que se habían compartido ideales y experiencias políticas y la dificultad de retornar hacia una espacialidad marcada por la ausencia de las compañeras. Sin embargo, las condiciones económicas en el país obligaron a retornar hacia la Patagonia: un “mundo de la vida” que había sido derruido y en el que fue necesario reinventarse plano por plano. Sobre todo en los primeros años, el centro de gravedad de este proceso fue el universo familiar y laboral (“formar una familia”); luego, la reincorporación de Gladis al plantel universitario facilitó la configuración de una nueva experiencia política que ya había comenzado en Alemania y continuaría con la participación en el movimiento regional por los Derechos Humanos.

El exilio como un “hueco” ya no solo señala una *espera* como clave de la experiencia exilar (Lastra, 2013), sino también la imposibilidad de *retomar* el pasado tal cual se había dejado atrás y la necesidad de reinterpretar la propia posición en el nuevo contexto y en diversos planos —el familiar, el laboral, el socioeconómico y político—. Las posibilidades limitadas en el contexto de exilio y la pérdida de la territorialidad militante universitaria antes de la represión, habilitaron un cambio de equilibrio en la tensión de expectativas abiertas por la militancia juvenil —entre la transformación de la subjetividad y la reproducción de lo tradicional— que facilitó la adaptación a la sociedad de retorno, más como madre-esposa-trabajadora que como exiliada. Implicó, incluso, una cierta resignación de la utopía, es decir, a que la historia como devenir de la Humanidad —el presente y el futuro— se tornen intelectualmente transparentes para la actividad política: “Ahora no tengo la receta. Yo creo que falta mucho para un cambio... *me siento un poco desubicada en la historia*, pero creo que hay que apoyar a todas las ideas progresistas” (el subrayado es nuestro). Esto no significó resignar el activismo político sino plegarlo sobre la violencia colectiva experimentada. Hoy, Gladis es una de las principales referentes de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos de Neuquén, y participa de diversos espacios de militancia que convocan a víctimas de la dictadura de todo el país (como el grupo de “ex presas de Villa Devoto”).

*Recuperar*

También para la familia Martínez, proveniente de Catamarca, el retorno era una decisión ya tomada.<sup>23</sup> La migración forzada de esta familia nos permite analizar cómo el exilio fue experimentado de maneras muy diversas por padres e hijos, pero también de manera singular dentro de cada generación, según factores de género y de clase.

La familia Martínez pertenece a la clase media-alta profesional, con renombre en la capital provincial, San Fernando del Valle de Catamarca, e históricamente cercana a las élites políticas de la provincia. Para esta familia, el golpe militar tuvo repercusiones trágicas en varias generaciones. Abogado, peronista y militante en el Frente de Izquierda Popular, Roberto Díaz Martínez había integrado un grupo de abogados de distinta pertenencia política —entre ellos Luis Duhalde y Silvio Frondizi— que se había solidarizado con los presos políticos durante una fallida operación armada del ERP —la llamada “masacre de Capilla Rosario” — en agosto de 1974. Cuando fueron decretadas las leyes de sitio, este grupo fue disuelto: muchos abogados fueron secuestrados y asesinados. Roberto, su esposa e hijos debieron ocultarse en varias provincias: en este período nació el segundo hijo, Guillermo Martínez, al tiempo que fallecía el padre de Roberto a causa de la tortura a la que fue sometido —mientras buscaba ubicar el paradero de su hermano desaparecido en La Plata—. En 1978, Roberto fue detenido ilegalmente y estuvo preso a disposición del PEN durante casi dos años, hasta que su esposa logró solicitar el asilo político ante la embajada de Alemania y, en 1980, la familia fue integrada al grupo de exiliados en Ulm.

Más allá de la indeterminación temporal, también en este caso el exilio fue experimentado con la esperanza del retorno inminente. Para sus padres, la estadía en Alemania tenía un sentido pasajero y, aun así, ambos lo asumieron de manera diferencial. Como señala Guillermo:

No eran los más jóvenes. Era una cuestión medio atípica, porque ellos se

<sup>23</sup> Recuperamos este caso a través del testimonio de Guillermo, hijo menor de la familia Martínez que compartió el exilio en Ulm junto a Gladis y otros exiliados. Los vínculos que surgieron en esta comunidad continúan existiendo más allá de la dispersión geográfica que produjo el retorno o la consolidación migratoria de algunas familias, las trayectorias singulares y la barrera idiomática.

fueron a los 38 años y la gente que iba al exilio era de 25 años, más o menos. Con dos chicos chicos. Y el exilio, a mi padre, lo afectó muchísimo en su ánimo. Estuvo mucho tiempo en depresión allá... La verdad es que la cultura, la comida... fue todo muy de golpe. Él tenía la vida resuelta acá. Tenía un estudio jurídico que era su profesión y siempre en la actividad privada; ganaba muy bien económicamente. Trabajaba muchísimo, y encima vinculado con la política. ¡De golpe verse así! Mi mamá, aparte de abogada, se había recibido en la Alianza Francesa como profesora. Entonces, enseñaba francés y castellano en un instituto al que nos acercaron. Bueno, mi mamá, al contrario de mi padre, era el sostén, era la alegría, había que empujar y seguir para delante.<sup>24</sup>

Para su padre, la libertad significó una cotidianidad extranjera, tanto en términos culturales como por la imposibilidad de actualizar la propia identidad profesional y política en Ulm. Mientras que la madre de Guillermo continuó siendo el sostén económico, emocional y social en el nuevo contexto por el que estaban obligados a transitar, Roberto Martínez volcó sus energías políticas a las redes del sindicalismo peronista en el exilio, como espacio en el cual reactualizar el status perdido:

Como mi padre tenía mucho contacto con sindicalistas exiliados, en cada reunión de Solidaridad Internacional, en Francia, mi papá era invitado... hubo reuniones donde se juntaban a comer empanadas con Cacho Malcari, en París. La gente del peronismo que viajaba se reunía con mi padre: Vicente Santo, estaba Raimundo Ongaro, Richondo del Cari, Vicente Saadi. Mi padre tenía más vínculos en [otros países de] Europa, que dentro de Alemania, porque en Alemania era como que se dividían.

Por lo señalado podemos pensar que los clivajes entre los mismos exiliados, basados en lugares ideológicos divergentes —peronistas, comunistas, anarquistas, etcétera— implicaron que los alineamientos políticos se trazaron a lo ancho y largo del mapa del exilio europeo, alcanzando una dimensión transnacional y configurando una experiencia singular del exi-

---

<sup>24</sup> Entrevista realizada el 3 de octubre de 2019 por J. Kalmbach, C. García Vázquez y A. Saal, en San Fernando del Valle de Catamarca.

lio. Esta experiencia fue habilitada por una pertenencia política, socio-cultural y de género que no podemos soslayar al comparar trayectorias. En cierto sentido, para el padre de Guillermo, el exilio era Ulm: “comenzar de cero”, el anonimato, los pequeños actos de adaptación a la vida cotidiana de una cultura extranjera. La localización laboral y política en un contexto ajeno implicaba —como primer dato de la percepción— un desarraigo del propio “nombre”, del capital simbólico disponible. De allí, la afirmación tan corriente según la cual el exilio fue peor que el flagelo carcelario: en alguna medida, la cárcel era una extensión de la territorialidad política, en la que existía un componente comunitario y un reconocimiento de status. Las redes del sindicalismo eran una línea de fuga, más o menos privilegiada. Los nombres reconocidos de la esfera política argentina aluden a un capital simbólico y social que restituyó el status social del padre de Guillermo en el exilio. Traídos al relato —como parte de una autonarrativa biográfica— estos nombres instituyen un capital simbólico heredado de padre a hijo, en el marco de la misma profesión y del mismo linaje político.

En este punto debemos agregar un factor intergeneracional a la trama del exilio. Para Guillermo, la estadía en Alemania fue el entorno de su socialización primaria, su primer “mundo social”: los primeros amigos, la experiencia escolar, la primera lengua. En cambio para su hermano —siete años mayor— la clandestinidad, el viaje a Alemania así como el retorno a la Argentina fueron un período de continuos cortes culturales, idiomáticos y afectivos, con una mayor percepción del sufrimiento familiar: “yo me pude vincular con los alemanes como un alemán más. Después, mi hermano logra eso también. Cuando logra eso tenemos que volver”.

La familia decidió regresar en 1984, apenas asumido Alfonsín. En cierto sentido, a diferencia de la experiencia hecha por Gladis y Antonio — que en los primeros años de retorno tuvieron que capear un contexto de recesión económica— y otras exiliadas y exiliados que decidieron permanecer en Alemania por razones laborales, este regreso estaba acompañado por la garantía o promesa de una reinserción rápida en las condiciones profesionales y políticas que fueron truncadas en 1974:

Los dos eran abogados, tenían vínculos con el peronismo, el peronismo



estaba gobernando en Santa Fe, en Catamarca. Tenían familiares en Catamarca que les habían dicho: “les conseguimos para que ustedes puedan trabajar”. Nosotros llegamos a Santa Fe, mi papá comenzó a trabajar como abogado y a mi mamá la nombraron Juez de Paz.

Para los padres el regreso implicó recuperar una posición, e incluso es posible pensar la pronta reintegración a los entramados socio-políticos de la provincia —y del país— como una forma de reparación simbólica y material. Desde entonces, la posición recuperada y las trayectorias en cada generación no dejaron de estar atravesadas por las tragedias concatenadas que causó el terrorismo de Estado. Para Guillermo, adquiere también un significado ambiguo, inconcluso, una posibilidad truncada, un origen al que sólo podrá retornar con nostalgia. De hecho, continúa visitando a los argentinos que permanecieron en Ulm y a los amigos de la infancia. Sin embargo, su trayectoria profesional, política y familiar continuó los derroteros del linaje familiar. Luego de estudiar Abogacía y ejercer en la misma oficina familiar de la capital norteña, Guillermo fundó la Comisión de Derechos Humanos del Colegio de Abogados de Catamarca y, a principios del nuevo siglo, comenzó a ejercer como abogado en los Juicios de Lesa Humanidad de Catamarca y La Rioja. En cierto sentido, la tragedia y el nombre familiar pudieron ser reciclados como un capital político en el nuevo contexto de significación abierto luego de la crisis institucional de 2001.

### *Postergar*

Un grupo de mujeres exiliadas permanecieron en el sur de Alemania. Entre ellas, María Elena, que había integrado el movimiento estudiantil de Rosario y que, a diferencia de los demás presos y presas, mantuvo correspondencia desde la cárcel con los activistas de *Amnistía*, arribando a Ulm a los 34 años.<sup>25</sup> Como señalan Ushi y Werner —que continúan teniendo un fuerte vínculo con María Elena— para ella, el retorno siempre fue una decisión abierta y el exilio una experiencia inconclusa:

---

<sup>25</sup> Recuperamos el caso de María Elena a través de la entrevista con Ushi y Werner, quienes la recibieron junto a Gladis entre las primeras exiliadas.

María estuvo obligada a comenzar de cero una vida totalmente nueva y, para el momento en que se cerró el capítulo de la Junta, ella había comenzado a sentar pie acá [en Ulm]. Siempre estuvo totalmente desgarrada: ¿debe abandonar lo logrado y volver a comenzar en Argentina? Tampoco es que acá estuviera del lado de los ganadores. O sea, sus relaciones eran difíciles y [en] lo profesional... estudió Física y eso acá no estaba reconocido.

El caso de María Elena refleja cómo la decisión de regresar planteaba una contradicción entre las expectativas de retorno —de reconocimiento de la violencia sufrida, de participación política, la posibilidad de reparar los proyectos personales truncados— y la búsqueda de un nuevo proyecto de vida en el extranjero.

Esta tensión, a la hora de decidir, abarcó todos los planos y está profundamente relacionada con una sociedad que —tanto en el plano privado como en el plano público— invisibilizó a los exiliados. En este contexto, el retorno no permitía ningún tipo de reparación, comenzando por los espacios de pertenencia elementales: María Elena no disponía de vínculos familiares capaces de acogerla en sus necesidades de comunicación de la experiencia vivida. Como señalan Ushi y Werner: “Su hermana y el marido vinieron a visitarla una vez. Nosotros esperábamos que quisieran conocernos. Éramos como sus padres alemanes. ¡Nos decía mamá y papá! (risas). Pero no querían tener nada que ver con ese pasado”. El desinterés de la familia en su experiencia exiliar contrasta con la red social formada en Alemania entre los círculos progresistas; no obstante, continuó siendo una “extranjera política” y viviendo en condiciones materiales precarias. En este caso, recuperando la distinción establecida por Olmo Pintado (1999), la decisión de permanecer en Alemania Federal situó a María Elena a medio camino entre una “experiencia exiliar” y una “experiencia migratoria”, igualmente inconclusas. Por un lado, el temor al desarraigo familiar y a los riesgos materiales del retorno y, por el otro, una difícil apuesta por la felicidad en el extranjero. Por las contradicciones abiertas, este caso señala el carácter no siempre coherente y lineal de las biografías, siendo tanto una necesidad como una imposibilidad, ambos aspectos exacerbados por la migración forzada.

Luego de jubilarse, en el año 2013, María Elena decidió regresar a Rosario.

No debemos olvidar que las personas exiliadas —en cuanto militantes exiliados— constituían un *cuerpo* en el que el pasado y el presente, la trayectoria personal y la historia reciente del país formaban una unidad inescindible para la propia consciencia y para la “mirada” de los otros. Cuerpos “extranjeros”, cuerpos “fantasmas”: subjetividades que regresaban a una cotidianidad ya volcada a los cálculos inflacionarios. En cierto sentido, el contexto social y político imponía una escisión de la propia subjetividad de quienes retornaban: volcarse a la necesidad de reconstruir un proyecto de vida personal y, al mismo tiempo, resignar la esfera pública en cuanto víctima de la dictadura.

### **Regresar como extranjero**

Ha sido un lugar común para las personas que continuaron sus proyectos de vida en Alemania, el seguir fuertemente implicados en la política argentina mediante una reinserción en organismos partidarios y en el Movimiento de Derechos Humanos, en particular a través de sus extensiones en Alemania y los países del exilio.<sup>26</sup> Sin embargo, esta inversión emocional adquiere un significado muy distinto si expresa un deseo de retorno insatisfecho o si ocurre sobre la base de la elección de permanecer en el país receptor y convertirlo en país de adopción.

Doristeo James forma parte de aquellos exiliados que sopesaron cuidadosamente la posibilidad de retornar a la Argentina luego de la dictadura, pero finalmente decidieron seguir apostando a los vínculos afectivos formados en el país receptor, así como a las oportunidades existentes en un contexto de movilización política y crecimiento económico. En el centro de esta otra autonarrativa se encuentra la disposición a la adaptación cultural

---

<sup>26</sup> En las últimas décadas han surgido una serie de organizaciones partidarias y de derechos humanos en diversas regiones de Alemania (como H.I.J.O.S Alemania), influenciadas por los acontecimientos políticos y económicos en la Argentina. Una primera aproximación refleja cómo estas agrupaciones se han convertido en espacios para la recreación de una identidad nacional dentro de la comunidad argentina de inmigrantes.

y un entendimiento de sí mismo como un militante permanente, dúctil y con un compromiso translocal y universalista.

Doristeo proviene de Santiago del Estero. Para cuando se inició el estado de sitio se encontraba en la capital provincial trabajando como obrero, como integrante de la rama peronista de izquierda dentro del Sindicato del Mosaico: “Era un sindicato pequeño pero al mismo tiempo con gente políticamente bien preparada, como el sindicato de Prensa, más que el de la Construcción que es más masivo”.<sup>27</sup> En el contexto de las purgas internas, fue denunciado como subversivo, detenido ilegalmente y, luego de unas semanas, oficializado como preso a disposición del PEN. La llegada del golpe militar y la suspensión definitiva de los derechos políticos significaron cinco años más de cárcel. La posibilidad del asilo político fue azarosa y dependió de las gestiones realizadas por la madre de un compañero de cárcel; de hecho, luego de la entrevista con un enviado de la embajada alemana aún pasarían dos años hasta la salida efectiva, en junio de 1980:

A mí me daba lo mismo en verdad, es una cosa especial en mi caso y no a todos les pasó lo mismo. Yo siempre fui militante político y estar en la cárcel era parte de la militancia, no era castigo para mí. Entonces, hoy estoy aquí, de otra manera pero estoy militando. Y sí, bueno, con suerte de vivir.

La expresión: “a mí me daba lo mismo” marca un acento en la propia identidad política e implica interpretar el encierro como una consecuencia de ese compromiso. Relegar a un segundo plano la posibilidad de salida o la elección del país de acogida, refuerza el carácter involuntario e incierto de esta salida. Estos sentidos van componiendo una interpretación de la migración política como un “exilio”, en cuanto es un significante que acentúa el sufrimiento y la violencia asociados al destierro.

A diferencia de los primeros exiliados que llegaron a Ulm y fueron recibidos por un núcleo de alemanes auto-convocados y predispuestos a recibir en sus propias casas a los primeros asilados, Doristeo arriba al Berlín de los años ochenta donde ya existía una comunidad de inmigrantes

<sup>27</sup> Entrevista realizada el 13 de enero de 2020, por Jonas Kalmbach y Grecia Roldan, en Berlín.

argentinos, muchos de los cuales habían encontrado refugio durante los primeros años de la dictadura. Así, Doristeo fue recibido por una familia de argentinos de origen judío-alemán y, a través de ella, ingresó rápidamente a las redes de la militancia local. De hecho, en los primeros dos años de exilio —caracterizados por la expectativa del retorno—, Doristeo participó de varios espacios proto-partidarios y, en varias ocasiones, integró las “brigadas internacionales” que viajaban a la Nicaragua Sandinista como una forma de Ayuda para el Desarrollo:

Muchos alemanes fueron a trabajar, a hacer actividades *ad honorem*, a las cuales yo me sumé. Es como una ola, un movimiento político al cual vos te incorporás, te sumás o no. Eso depende de cada uno. Y como ya dije anteriormente: yo soy político prácticamente desde que nací. Antes de que naciera también, porque mi madre me llevaba a los mítines políticos cuando estaba embarazada. O sea que ya fui activista político antes de nacer... Entonces siempre estás mirando, buscando qué puedes hacer.

Estos viajes, lejos de ser un retorno nostálgico a la realidad social y política latinoamericana, familiarizaron a Doristeo con el internacionalismo característico del universo de militancia alemán de posguerra y le permitió reactualizar su identidad. Aún en la ciudad de Berlín, caldeada por la Guerra Fría, el clima de liberalismo en que se ejercía la crítica y el debate constituía una experiencia novedosa por contraste con las violentas internas sindicales, la represión del Estado y la autocensura que había experimentado durante su militancia sindical:

Un poco caótico, de poco compromiso, entonces ese ambiente me gustó... Abierto, puedes decir lo que piensas, nadie te va a censurar. Aquí la única censura era que no abras la boca. O sea, si abres la boca: ¡“ah, qué bien”! no tenías que ocultar nada. Y también el movimiento autónomo, o sea, como dice la palabra: tú eres, no es el partido, no es la organización, sino tú. Esto quiere decir que políticamente eres libre. Y, cuando hay alguna actividad política, o una demostración o un movimiento social se hace todo por asamblea.

Como vemos, Doristeo adoptó como una valoración positiva algunas de las características del *ethos* militante hegemónico de los 70 y 80, expresado en lo que las Ciencias Sociales definirán como los Nuevos Movimientos Sociales caracterizados por el carácter auto-convocado, la democracia de base, el eclecticismo. En este sentido, los exiliados también son exiliados de una era política, de una manera de acción —de miedos, riesgos, apuestas, convicciones, legitimidades— que estaban llegando a su fin en el llamado Tercer Mundo y que no solo fueron reprimidas sino que también perdían plausibilidad colectiva. Doristeo fue internalizando positivamente esta otra cultura política, lo que le permitió adaptarse a las acciones de militancia que le era posible desarrollar en este otro contexto: una nueva izquierda que se iba vaciando de contenido clasista, ganando en perspectiva global, impulsos democráticos y micropolíticos.

Ahora bien, narrativamente, la decisión de permanecer o retornar aparece primero bajo consideraciones de peso político. Al retornar en los primeros meses de la democracia, el espacio de militancia le resultó extraño y ajeno. Desde su óptica, el foco del compromiso se había vuelto localista a despecho de una perspectiva de análisis más global:

Cuando yo llegué aquí no era nada nuevo pensar en estas dimensiones. Pero cuando volví a la Argentina vi que los compañeros, esos que estaban conmigo en la cárcel o que conocí de antes, de golpe solo pensaban en la política barrial. O sea, cómo hacer una canaleta, cómo poner un... no sé.

Tras cinco años de cárcel y varios de destierro, Doristeo se había adaptado a una nueva cultura política, lo que reforzó la experiencia del “desencanto” provocado por el encuentro de un panorama político transformado. De pronto, retornó en un contexto en el que la militancia se inscribía en un proceso de reterritorialización y recomposición de los conflictos sociales al ritmo de las transformaciones estructurales de la economía y bajo un nuevo régimen político. Sin embargo, este “desencantamiento” del retorno también abarcó al plano familiar: Doristeo resultó ser un extraño en su tierra natal. Como exiliado formaba parte de aquellos hechos, personas,

ideas y crímenes del pasado inmediato con el que nadie buscaba confrontarse y que se buscó conjurar con cuentos y fábulas:

En Argentina, la primera vez que fui era como un manto de silencio. Nadie hablaba del tema. Cualquiera hablaba del tiempo, de que el trabajo está un poco duro. Pero en todo caso yo era para ellos... un *fantasma*. *Alguien que viene de la nada y aparece de golpe*: “Yo pensé que estaba desaparecido éste”. No me vieron [durante] cinco... o siete años. Se imaginaron que... entonces, en el barrio nadie hablaba porque hablar de mí era hablar de un tipo peligroso que se comía a los niños vivos. Y de golpe te ven llegar: “¡Llegó el fantasma, llegó aquí!” Entonces todo el mundo se hace a un lado. Pero eso pasó en Alemania también. Me contaron que cuando terminó la guerra, mucha gente que pensaban que estaba muerta y de golpe apareció, con un brazo menos... (el subrayado es nuestro)

El desplazamiento de la narrativa popular sobre los acontecimientos del pasado que involucraron a los propios, es quizás una forma particular de memoria —entendida como una construcción siempre ficcional—. El fantasma es un ser que, en su carácter extraño, irrumpe en la realidad del presente. Reminiscencia de otra dimensión temporal, un más allá de noticias, experiencias, miedos que se ha enterrado, mitificado y desplazado con fábulas.

Bajo estas condiciones, promediando los 30 años de edad, la posibilidad real de recrear una vida material, emocional y política en Berlín, luego de regresar como un extraño a una tierra extraña, adquirió un peso decisivo. En ese mismo período, Doristeo también había conocido a su actual esposa, proveniente de una familia de Prusia oriental que estuvo involucrada activamente con el nacional-socialismo. En este punto, es importante notar cómo, más que el exiliado, en Doristeo habla el extranjero que se adapta a la nueva cultura, las normas, costumbres y maneras de pensar y actuar y aprovecha los beneficios que el sistema económico y público alemán le otorga a quienes están dispuestos a esta adaptación: “Si tú estás viviendo en un país —estas son discusiones que tuvimos en mi vivienda comunitaria—, si yo vengo a estudiar aquí tengo que acomodarme a esta situación. No puedo ser siempre un cuerpo extraño, o sea vas a tener pro-

blemas”. Doristeo lee y comunica su reinserción en Alemania como un desafío de adaptación al que se enfrentó con la misma ductilidad con que lo hizo durante los años de cárcel, en medio de la dictadura. De hecho, en Alemania pudo reinventarse profesionalmente en varias ocasiones.

Doristeo se presenta como una persona cuya necesidad de reflexión y creación política se adapta a las circunstancias, pero que lejos de una experiencia compartimentada, se ve tensada por el hilo de continuidad que representa la identidad política familiar. El peronismo como *identidad política transgeneracional* es la ideología polimorfa, adjetiva, heterogénea por excelencia que le permite adaptarse a la nueva cultura política, conectar con el tercermundismo dominante, sin resignar su involucramiento en las problemáticas y banderas del nacionalismo de izquierda argentino.

Sin embargo, Doristeo ha seguido otro camino. Doristeo experimentó el pasaje del exiliado al migrante extranjero, al adaptarse a un nuevo sistema cultural dentro del cual decidió recrear su identidad militante. Más que una identidad partidaria, ésta se define por la disposición característica del vínculo “extranjero” hacia los marginados, la del peronista con la categoría general de “los de abajo”. En una ciudad sin “villas miserias”, pero con altos niveles de personas sin techo provenientes de Europa del este y otros países, su interés social y político se ha volcado a esta población marginal que vive bajo los puentes de Berlín. Ya jubilado, se ha dedicado a entrevistar y filmar a personas que viven en la calle. Como señala Simmel, existe una complicidad tácita entre los extranjeros, los locos y los pobres, aquellos que dentro de un mismo círculo social comparten la condición objetiva de ser extraños. Sin acento que lo delate, Doristeo pudo permanecer suficiente tiempo en su país adoptivo para decodificar los usos, costumbres y los pequeños detalles que pasarían desapercibidos a locales y recién llegados.

### **Conclusiones**

Si la migración por razones políticas hacia Alemania Federal tiene sus antecedentes en la salida de científicos e intelectuales durante la segunda mitad del siglo pasado, hacia 1974 fue adquiriendo cada vez más los rasgos de una migración forzada.



Las dos etapas del exilio que hemos identificado coinciden a *grosso modo* con el crecimiento de la violencia represiva en Argentina. La primera, de 1974 a 1977, parte de la declaración del estado de sitio durante el gobierno democrático para luego continuar durante los años más duros de represión militar a partir del golpe de 1976. Pocos exiliados arribaron por cuenta propia, en función de una cercanía cultural y haciendo uso de la ciudadanía alemana. Entre quienes siguieron esta estrategia, resalta el caso de familias de origen judío-alemán que habían arribado a la Argentina en la primera mitad del siglo pasado.

Distinta fue la experiencia de los refugiados que accedieron a las redes transnacionales articuladas de manera *ad hoc* por agentes religiosos capaces de movilizarse entre fronteras. En este punto nos debemos una historia de las minorías religiosas disidentes en el Cono Sur, los entramados humanitarios que integraron en sus relaciones con el campo político, cultural y religioso de otras regiones. Si en los primeros años el contexto político argentino era una incógnita laberíntica para los activistas europeos, los actores religiosos abrieron un canal de reubicación de los perseguidos y una de las primeras (re)presentaciones de la “víctima latinoamericana”.

El carácter subrepticio de las estrategias que configuraron esta primera etapa han dificultado su demarcación estadística, y nos animan a indagar en qué medida supusieron una experiencia singular del exilio en comparación con la segunda etapa, mucho más estructurada por mediaciones estatales y locales, y antecedida por un largo período carcelario.

Desde un principio, el asilo argentino tuvo como condición de posibilidad una acción colectiva previa de la sociedad civil, que adquirió su mayor visibilidad con la campaña de boicot o denuncia del Mundial de Fútbol de 1978.

La segunda etapa (1978-1983) puede ser encuadrada en un proceso de incremento acelerado de la emigración hacia Alemania Federal, una vez que este país concedió plazas de asilo para presos políticos de la dictadura. Aún es una tarea pendiente identificar cuántos de los migrantes políticos recibieron asilo, y en qué medida esta apertura habilitó otras estrategias de migración causadas por la crisis económica al final de la dictadura.

En cualquier caso, esta segunda ola siguió los trazos de los acuerdos

diplomáticos. Para convertirse en un reclamo efectivo, el asilo debió ser conquistado por aquellos sectores de la sociedad civil europea movilizados por un *ethos* internacionalista y humanista, en un contexto geopolítico desfavorable al régimen militar: el deterioro de sus relaciones diplomáticas con el gobierno de Alemania Federal facilitó el acuerdo entre el movimiento de protesta y la esfera parlamentaria.

Los asilados encontraron grupos que facilitaron la recepción de las familias. Pertenecientes en su mayoría a la clase media profesional, estas personas movilizaron su capital social para ampliar el campo de oportunidades de los exiliados en el contexto local. Desarrollaron estrategias de acercamiento socio-afectivo que resultaron fundamentales para evitar el aislamiento social. En esta etapa del “conocerse” primaba una afinidad política general, construida sobre la base de símbolos compartidos que provenían del universo político latinoamericano y circulaban a través del folclore y la música de protesta popular. No había una confrontación detallada con las ideologías y la historia argentina, sino más bien un reduccionismo generalizador (“oprimidos/opresores”; “Primer Mundo/Tercer Mundo”) e interacciones cotidianas del grupo de recepción, en las que lo político y lo socio-afectivo resultaban difícil de separar y se daban por sentados “sentimientos” compartidos sobre el “mundo”, amén de las limitaciones idiomáticas.

Estos espacios no carecían de cierta ambigüedad: en ellos podía ser recreada una identidad latinoamericanista desde la cual los exiliados experimentaron una valoración positiva; la contraparte de esta idealización utópica de lo indoamericano fueron los prejuicios eurocéntricos y el exotismo que algunos exiliados percibían entre los activistas tercermundistas. En este punto nos preguntamos si el exilio en Europa, con los interlocutores mencionados, habilitó una construcción de la identidad distinta a la de exiliados en países latinoamericanos.

Sin dudas, el componente central de la experiencia en Alemania fue la posibilidad de pertenecer a un entramado político que moduló todas las estrategias de supervivencia afectiva, material y política en una sociedad altamente estructurada por las mediaciones de la racionalidad moderna. En un segundo giro analítico debiéramos considerar el exilio como variable

independiente: describiendo sus articulaciones políticas a nivel local, nacional y transnacional.

Hemos analizado distintas experiencias del exilio interpretadas bajo el prisma de los factores de clase, género y etnia. Si bien la mayoría de las personas exiliadas provenían del universo de la militancia urbana, el factor sociocultural condicionó sus interrelaciones así como las formas que adoptaría el retorno. El exilio tendió a desdibujar la propia identidad, frente a lo cual fueron ensayadas distintas respuestas. Para quienes sufrieron de manera directa la violencia represiva y se definían desde una identidad militante, la adaptación a la vida cotidiana, en la zona de exilio, resultó particularmente difícil. Aquí hubo una búsqueda de espacios donde darle continuidad a la propia identidad política. En el caso de la familia Martínez, las redes internacionales del exilio le ofrecieron posibilidades para sostener la identidad del abogado militante y el prestigio dejado atrás (entre estos exiliados y visitantes, Martínez tenía un “nombre”). La contraparte de esta búsqueda, implicó una división de las tareas tal que la “esfera de reproducción” fue delegada en las parejas. En el caso de Gladis, carente de las conexiones internacionales señaladas y mucho más dependiente del contexto local, esta división fortaleció los vínculos con su pareja y su deseo de ser madre-esposa.

Finalmente analizamos diversos caminos que se transitaron entre el retorno y la elección de Alemania Federal como país de residencia. Si el caso de Gladis representa un retorno largamente anhelado que debió atravesar una serie de reajustes, el caso de Doristeo representa a quienes desplegaron sus proyectos de vida adaptados a las reglas de una nueva sociedad e integraron esta decisión en un relato coherente de sí mismos. Ambos casos reflejan cómo, en relación a la propia identidad, el retorno conlleva los mismos desafíos de todo proceso migratorio: de allí el peso que tuvo la presión económica, la posibilidad de aferrarse a un proyecto de vida privado en momentos en los que las sociedades occidentales se dirigían masivamente hacia la desmovilización, y luego de observar entre los pares europeos que un compromiso político era compatible con un estilo de vida de clase media.

Para la familia Martínez, el retorno permitió recuperar la posición arrebatada y alcanzar cierta reparación en la forma de reconocimiento

social a la militancia por los derechos humanos —aunque esto no debe opacar el carácter de tragedia familiar que tuvo el exilio para cada integrante de la familia, difícil de objetivar, verbalizar y reparar—. En el caso de María Elena, el retorno negaba cualquier horizonte de reparación. La esperanza de una nueva vida en Alemania constituía una apuesta más segura, en un contexto familiar y político hostil a los padecimientos y las elaboraciones ideológicas de las personas exiliadas.

Por último, si comparamos el caso de quienes inicialmente permanecieron en Alemania, podemos reconocer claramente las dos posiciones existenciales que —según Sennet— es posible asumir ante el desarraigo del exilio. Dos posiciones moduladas por la identidad política peronista a la que muchos (ex)exiliados adscriben o con la que dialogan. Por un lado, el peronismo puede ser analizado como la ideología por excelencia para un imaginario culturalista de la nación, lo que lo convierte en un refugio identitario. Identidad que solo en el territorio nacional se puede desplegar con naturalidad, conllevando una fuerte cuota de nostalgia en el contexto extranjero. Sin embargo, la experiencia de Doristeo también nos revela que la propia identidad política pudo ser resignificada en contacto con otra matriz política y nutrirse de elementos más universalistas. Esta hibridación, por otro lado, es el correlato ideológico de otro fenómeno intrínsecamente moderno: la experiencia del desplazamiento entre distintas dimensiones / esferas, la espacial, la social y la existencial. Este sentimiento permanente de “ser extranjero” en cada uno de los roles sociales asumidos, está relacionado con los años de militancia, de encarcelamiento, exilio y migración, así como sus luchas de adaptación a estas coordenadas, sin que lleguen a cristalizar en identidades rígidas.

Esta dicotomía nos permite continuar indagando cómo el desarraigo que causa el exilio conlleva un interjuego permanente entre el sentimiento de nostalgia y el de desplazamiento, entre el arraigo a identidades territoriales y una conciencia sobre la fragilidad de los anclajes identitarios. La posibilidad de desplazarse entre “lugares” del presente y del pasado, convierte a los exiliados en viajeros permanentes y es, tal vez, una inevitable manera de sobrevivir.

## Referencias bibliográficas

- Aimaretti, M. G. (2014). Cuarentena, exilio y regreso: viaje, memoria y transición democrática en el cine documental argentino. *Revista Grafía*, N° 11 (1), 61-82.
- Alonso, L. (2014). El estudio de las luchas pro derechos humanos en Argentina: problemas de enfoque en torno a la categoría de movimiento social. En P. Flier (Comp.), *Dilemas, apuestas y reflexiones teórico-metodológicas para los abordajes en la Historia Reciente* (pp. 56-83). Argentina: UNLP.
- Arendt, H. ([1951] 2020). *Elemente und Ursprünge totaler Herrschaft*. [Los orígenes del totalitarismo]. Munich: Piper.
- Areta, M. G. (2002). Movimiento de derechos humanos en Neuquén. Tesis de Licenciatura en Sociología. Universidad Nacional de La Plata. Recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.499/te.499.pdf>
- Catoggio, S. (2014). La trama religiosa de las redes humanitarias y del activismo transnacional en las dictaduras del Cono Sur de América Latina. En S. Jensen y S. Lastra (Edits.) *Exilios: militancia y represión. Nuevas fuentes y nuevos abordajes de los destierros de la Argentina de los años setenta* (pp. 187-214). La Plata: Edulp.
- Del Olmo Pintado, M. (1999). El exilio de la utopía: la transformación del exilio argentino en el contexto de la inmigración en España. *Revista de Indias*, N° 59 (216), 509-520.
- Franco, M. (2007). Solidaridad Internacional, exilio y dictadura en torno al Mundial de 1978. En P. Yankelevich y S. Jensen (Comps.), *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar* (pp. 147-186). Buenos Aires: Ediciones del Zorzal.
- Friedmann, G. C. (2010). La política argentina en alemán. Germanoparlantes antinazis y peronismo. UNSAM. Recuperado de [http://www.unsam.edu.ar/escuelas/politica/centro\\_historia\\_politica/material/Texto%20Friedmann.pdf](http://www.unsam.edu.ar/escuelas/politica/centro_historia_politica/material/Texto%20Friedmann.pdf)
- García Vázquez, C. (2005). *Los migrantes. Otros entre nosotros*. Mendoza:

- EDIUNC, Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo.
- \_\_\_\_\_ (2015). Sobre exilios y retornos, sobre padres e hijos/as. Un acercamiento al exilio de argentinos en España. En *Actas V Jornadas de Antropología Social del Centro*, Fac. de Ciencias Sociales de la UNICEN, 1749-1770.
- Jensen, S. (2019a). Los exiliados argentinos y los sentidos del Núremberg: de recurso pedagógico a estrategia de persecución penal de los crímenes de la última dictadura militar (1976-1983). *Folia Histórica del Nordeste*, N° 34, 129-147.
- \_\_\_\_\_ (2019b). Las otras cartas de los exiliados argentinos. Las peticiones de reingreso de los “opcionados” a la burocracia del Estado terrorista. *Avances del Cesor V*, N° 21 (16), 63-82.
- Krüger, A. (2007). *Die argentinische Diktatur im Spiegel der ost- und westdeutschen Presse, dargestellt an der Berichterstattung über die Fußballweltmeisterschaft 1978*. [La dictadura argentina en el espejo de la prensa de Alemania del Este y Alemania del Oeste, a partir de la cobertura del Mundial de Fútbol de 1978] Cáp. 1 y 2. Recuperado de <https://www.grin.com/document/17171>
- Lastra, M. S. (2013). ¿Volver al Hogar? La experiencia del retorno de los exiliados argentinos. *Andamios*, N° 10 (21), 321-344.
- Lepp, C. (2010). Zwischen Konfrontation und Kooperation: Kirchen und Soziale Bewegungen in der Bundesrepublik (1950-1983) [Entre confrontación y cooperación: Iglesia y Movimientos Sociales en la República Federal (1950-1983)]. *Zeithistorische Forschungen /Studies in Contemporary History*, N° 7, 364-385.
- Pisarello, M. V. (2014). Los presos políticos de la última dictadura y la opción del exilio. El caso de la cárcel de Coronda. En S. Jensen y S. Lastra (Edits.), *Exilios: Militancia y represión. Nuevas fuentes y nuevos abordajes de los destierros de la Argentina de los años setenta* (283-307). La Plata: Edulp.
- Roniger, L. (2014). *Destierro y exilio en América Latina, Nuevos estudios y avances teóricos*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Sabido Ramos, O. (2012). Tres miradas sociológicas ante el extrañamiento

- del mundo. En G. Simmel, A. Schütz, N. Elías, M. Cacciari, *El extranjero, sociología del extraño* (pp. 9-19) Madrid: Sequitur.
- Sennet, R. ([1994] 2011). *El extranjero. Dos ensayos sobre el exilio*. Barcelona: Anagrama.
- Simmel, G. ([1908]: 2012). El extranjero. En G. Simmel, A. Schütz, N. Elías, M. Cacciari, *El extranjero, sociología del extraño* (pp. 9-19) Madrid: Sequitur.
- Valdés, G. E. y Werz, N. (2002). Argentinische Wissenschaftler im Ausland [Científicos argentinos en el extranjero]. En K. Bodemer, A. Pagni, y P. Waldmann (Comp.), *Argentinien heute: Politik, Wirtschaft, Kultur* (pp.641-660). Frankfurt: Vervuert.
- Vezzetti, H. (2019). Héctor Schmucler: un pensamiento sobre la memoria y el mal. En V. Papalini (Edit.), *La Memoria, entre la política y la ética. Textos reunidos de Héctor Schmucler (1975-2015)* (pp. 15-48). Buenos Aires: CLACSO.
- Wallerstein, I. (2007). *Geopolítica y Geocultura. Ensayos sobre el moderno sistema mundo*. Barcelona: Kairós.
- Weitbrecht, D. (2016). Die Fussball Weltmeisterschaft 1978 in Argentinien: ein Sündenfall [El Mundial de Fútbol de 1978 en Argentina: un caso pecaminoso]. *Zeitschrift für Menschenrechte, Menschenrechte und Sport*. Núm. 2, 110-128.

### **Documentales, notas periodísticas y páginas web de consulta**

- Argentinien: Leichen im Wasser. Der unkontrollierte Terror rechter Extremisten stört die Wirtschaftspläne der Militärregierung. [Argentina: cadáveres en el agua. El terror descontrolado de los extremistas de derecha afecta los planes económicos de la dictadura]. (12/12/1976). *Der Spiegel*. 1976, Núm. 51.
- Echeverría C. y Bayer, O. (Productores) (1984). *Cuarentena, exilio y retorno* [documental] Coproducción Alemania del Oeste (RFA)-Argentina; Hochschule für Fernsehen und Film München, Hochschule für Fernsehen und Film München
- Friedrich Dressel, H. (2012-2020). La guerra sucia en Argentina. Notas históricas y personales, América Española. Impulso Pedagógico entre

- Reforma y Revolución. Recuperado de [http://www.heinz-dressel.de/downloads/Der\\_Schmutzige\\_K\\_web.pdf](http://www.heinz-dressel.de/downloads/Der_Schmutzige_K_web.pdf)
- Fundación Alexander von Humboldt. Berlín. Los años de plomo. Recuperado de [http://www.cluberlin.com.ar/libro150a/libro\\_3.pdf](http://www.cluberlin.com.ar/libro150a/libro_3.pdf)
- Gzain, G. (director) (2014). *Osvaldo Bayer: La libertad*. INCAA.
- Weber, G. (2001). *Die Verschwundenen von Mercedes Benz* [Los desaparecidos de Mercedes Benz]. Informationsstelle Lateinamerika, Republikanischer Anwältinnen- und Anwälteverein, Labournet Germany (Edits.). Hamburgo: Asociación de editoriales A. Recuperado de [https://www.gabyweber.com/dwnld/ebooks/mba\\_verschundene\\_ebook.pdf](https://www.gabyweber.com/dwnld/ebooks/mba_verschundene_ebook.pdf)



### Cuadro sobre los movimientos migratorios entre Alemania Federal y Argentina entre 1968 y 1994

<b>Migraciones entre Alemania y Argentina entre 1968 y 1994, según año y nacionalidad</b>						
Año	Migrantes desde Argentina hacia Alemania			Migrantes desde Alemania hacia Argentina		
	Total	Ciudadanos alemanes	Ciudadanos no alemanes	Total	Ciudadanos alemanes	Ciudadanos no alemanes
1968	985	540	445	999	566	433
1969	1 142	532	610	1 022	629	393
1970	1 438	658	780	934	550	384
1971	1 398	650	748	1 012	466	546
1972	1 588	698	890	880	391	489
1973	1 552	724	828	845	353	492
1974	1 331	622	709	991	353	638
1975	1 275	601	674	835	324	511
1976	1 297	619	678	716	279	437
1977	1 250	477	773	771	358	413
1978	1 219	466	753	824	336	488
1979	1 530	569	961	999	430	569
1980	1 834	502	1 332	1 158	421	737
1981	2 069	572	1 497	1 329	437	892
1982	1 868	568	1 300	1 722	438	1 284
1983	1 374	445	929	1 706	446	1 260
1984	1 310	438	872	1 340	383	957
1985	1 126	463	663	1 047	369	678
1986	1 405	545	860	1 053	373	680
1987	1 286	441	845	961	369	592
1988	1 374	520	854	882	294	588
1989	1 571	630	941	921	362	559
1990	2 099	712	1 387	1 005	381	624
1991	2 030	650	1 380	1 212	406	806
1992	1 602	455	1 147	1 183	356	827
1993	1 317	391	926	1 263	370	893
1994	1 159	437	722	1 185	436	749

\* Hasta el año 1990G (inclusive) las cifras corresponden a la ex Alemania del Este, y luego de 1990 a la Alemania reunificada.

\*\* Cuadro elaborado en base a estadísticas del Ministerio Nacional de Estadísticas de la República Federal de Alemania. Fecha de consulta: 11.11.2020.



### Parte 3

## Liberando memorias: relatos de los hijos e hijas del exilio



## Es difícil juzgar un tiempo histórico desde otro

Telma Osorio Villa\*

*De alguna manera, y también es coherente con el lavado de cerebro que nos hicieron, que en ese punto ¡lo voy a reivindicar!!!, para mí era incoherente la transformación del mundo ¡y votar!, ¡era incoherente! (...) No me quiero alienar, yo esta cuestión de creer que las cosas van a cambiar porque está tal o cual [gobernante]..., más allá de que la gente pueda estar un poco mejor, no me quita que las inequidades estructurales van a seguir estando igual, Monsanto va a seguir estando igual, Vaca Muerta va a seguir estando igual ¡o peor! Esas cuestiones no van a modificarse, entonces, no quiero seguir sintiéndome cómplice, esa es mi lógica. Lo que puede ser hasta inmaduro, ya no me duele sentirme inmadura, ¡ya no me duele! No quiero sentir que pertenezco a la masa de gente que cree en Papá Noel, que por el sistema electoral vos vas a llegar a algo, y tampoco quiero sentirme cómplice de nada, de nada malo.<sup>1</sup>*

\* Hija de Hernán "Tato" Osorio y Marta Villa. La familia se exilia en Bélgica en 1979, tras una breve estancia en Brasil a finales de 1978. Telma retorna a Argentina en 1983 con su madre, su hermano Augusto y su hijo Bruno. Su padre y su hermana Juliana regresan al país dos años después. Lo que aquí presentamos corresponde al recorrido de la familia Osorio Villa desde la salida de la ciudad de Viedma, la persecución política y los avatares sufridos durante la clandestinidad, hasta la decisión de abandonar el país en el año 1978.

Este relato fue elaborado a partir de la primera entrevista realizada el 10 de agosto de 2019, por C. García Vázquez y M. Schierloh (Neuquén). Toda la información fue revisada por Telma.

<sup>1</sup> Fragmento de la segunda entrevista, 17 de agosto de 2019.

Yo nací en Viedma y mis viejos estaban recién estrenando su casa nueva, esa que mi mamá<sup>2</sup> había anhelado tanto y había diseñado con Juan Pablo Jaroslavsky. Una casa bonita, no es nada del otro mundo, pero es por lo que mi mamá peleó toda la vida. No sé bien cómo habrá sido la llegada a la militancia de mi mamá. Mi vieja era muy fuerte en sus posturas, muy combativa, pero siempre estaba en segundo plano. Salvo cuando se enloquecía y hacía primeros planos, digamos. De hecho, cuando estuvo en cana, no le tocaron un pelo. En cambio a Irene, que era la persona que nos cuidaba, sí, la cagaron a palos, pero no largó un solo nombre. Y ella podría haber largado un montón de nombres porque conocía a toda la gente que nos visitaba. La casa estaba llena de gente, y nosotros acostumbrados a tener muchos “tíos”. Sí, mucha gente en casa, compañeros de militancia de la juventud peronista.

Tengo como *flashes* de esa época, sé que la casa era nuevita y nos fuimos a casa de una tía a Buenos Aires. Tampoco nos daban explicaciones, nunca más volvimos a la casa, una casa que había sido ¡tan anhelada! Tenía 6, 7 años. Esto de la casa de mi mamá fue en el 73-74, fue antes de que muriera Perón, cuando tirotearon la casa. Eso me acuerdo porque cuando murió Perón me parece que yo estaba, no sé si estaba en Entre Ríos, porque íbamos y veníamos para todos lados. Fue un período así, en el que íbamos de la casa de una tía a la casa de otra, a la casa de un amigo y vivíamos ahí. Yo creo que las explicaciones eran que los íbamos a visitar, no recuerdo haber sentido miedo ni desconcierto.

Tengo el tiempo mezclado. Fuimos a Buenos Aires, no fuimos todos los hermanos, fuimos mi hermana [Juliana] y yo, no fueron mi hermano

<sup>2</sup> Su madre, Marta, nace en Entre Ríos. Antes de abandonar Viedma, trabajaba como tesorera en el Instituto de la Vivienda —lugar de trabajo que recupera cuando regresa a la Argentina—. Su padre, “Tato”, fue uno de los militantes clave en el armado de la Juventud Peronista en la región. En 1973 asume la conducción de la Regional VII-Patagónica Norte de la JP, la denominada “Tendencia Revolucionaria” o “La Tendencia”. El periodista Carlos Espinosa, en una entrevista que le realizara en 2011, lo recuerda como “hombre de verbo conciso y taxativo, (...) de ojos achinados y brazos abiertos; ilustra con anécdotas desopilantes, acompaña narraciones con la representación actoral y se divierte cuando —con cierta disimulada premeditación— pierde el hilo del relato en los meandros de su memoria, como si no quisiera recordar datos y fechas precisas, como una forma de resistencia y defensa” (véase Espinosa, C., Tato Osorio, aproximación a las memorias de un militante de tiempo completo. Recuperado de: <http://appnoticias.com.ar/app/tato-osorio-aproximacion-a-las-memorias-de-un-militante-de-tiempo-completopor-carlos-espinosa/>).

más chico y mi hermano adoptivo, Ernesto. Éramos cuatro. A Ernesto lo mataron cuando nosotros estábamos en el exilio en una situación que nunca se logró saber qué había pasado, tenía cuatro años más que yo. Augusto, mi hermano más chico, en esa época no era Augusto, era Vladimir. Cuando estuvimos viviendo en Avellaneda, en una situación de clandestinidad, nos querían cambiar el nombre a todos: yo me negué; mi hermana, se negó, a Augusto le dejaron su segundo nombre. ¡Los delirios de los viejos! Pero hubo muchos chicos que se bancaron el cambio de nombre.

Después vinimos acá [Neuquén]. Papá trabajaba en la Universidad, en Extensión. Yo tengo la idea de que pasó mucho tiempo, pero eran meses en realidad. Vivíamos en la casa de Susana Vega;<sup>3</sup> luego en Cinco Saltos en la casa de Juan Jacinto Burgos,<sup>4</sup> tengo muy fragmentado, pero todo eso fue entre el 73 y el 75. De ahí vamos a una escuela rural, la N°50, en donde estaba Luis Genga.<sup>5</sup> Y también estuvimos en otra escuela, creo que la N° 88, de Cipolletti, donde estaba Nano [Balbo].<sup>6</sup> ¡Los tuve a Genga y al Nano!, a los dos juntos. Me acuerdo que me llevaba mi tía, Clara Villa, también viví en casa de ella, pero estábamos desparramados.

<sup>3</sup> Susana Vega fue amiga y compañera de "Tato". Nacida en Zapala, se vinculó con el Peronismo de Base y, luego, con las FAR. Detenida el 6 de enero de 1976 con 22 años de edad, estuvo presa en la Cárcel de Devoto hasta el 14 de julio de 1977. Obtiene el "permiso" para abandonar el país y se exilia en Madrid. Regresa a Neuquén en 1984. Merece destacarse el reconocimiento que Telma hace, no solo hacia Susana, sino también hacia sus padres por la protección brindada a sus hermanos, Augusto y Ernesto, en la ciudad de Zapala.

<sup>4</sup> Juan Jacinto Burgos fue militante de la JP-Montoneros y delegado de la Regional VII-Patagónica. Se recibió de abogado y en 1966 se fue como guardabosque a Bariloche para, luego, ingresar a LV8 y ejercer el periodismo. Desaparece el 29 de julio de 1976 en una emboscada en la ciudad de Mar del Plata. Su esposa y sus dos hijos se exiliaron en Italia y actualmente viven en México (Alegría, S., 24 de marzo de 2021, Testimonio del hijo de un periodista perseguido por la dictadura. *El Cordillerano*).

<sup>5</sup> Luis Genga es un histórico dirigente de UNTER, siendo su primer secretario general en el año 1974. Fue secuestrado junto con Silvia Bottinelli, Cristina Bottinelli y José Américo Villafañe en septiembre de 1976 (véase el relato completo de Luis Genga y su esposa Silvia Bottinelli en Bercovich, G. et al. (2019). *Terrorismo de Estado: memorias de la Norpatagonia. Registro y trayectorias de quienes estuvieron detenidos desaparecidos durante 1974- 1983*. Neuquén: Ministerio de Ciudadanía, pp. 228-255). La pareja se exilió en Madrid en 1977 y retorna en 1992 con sus tres hijas, nacidas en España. Fue director/docente en la escuela N°50, declarada "sitio de la memoria" en un emotivo acto celebrado el 11 de septiembre de 2021, organizado por exalumnos y docentes que homenajearon a Luis Genga.

<sup>6</sup> Orlando "Nano" Balbo fue secuestrado el 24 de marzo de 1976. Estuvo preso durante unos meses en la U9 (Neuquén) y, luego, en la cárcel de Rawson. En 1977 le autorizan a salir y a principios de 1978 se exilia en Roma (Chávez, V., 14 de agosto de 2011, Orlando "Nano" Balbo: un maestro comprometido con la militancia. *LM Neuquén*).

Nunca pregunté demasiado. No sé, teníamos una negación con preguntar algunas cosas. Ahora me doy cuenta que hay muchas cosas que no pregunté, ahora que mi viejo no está y mi mamá no se acuerda de nada.

Siempre me dan estas sensaciones: ¡¡qué descabellados!!... ¡¡qué delirantes que eran!!, ¿viste?, ¡no podías salir con todos los pibes! Y yo, por un lado, pienso: todas estas cosas las hacían para cuidarnos, esto de ir de un lado para el otro. Pero, por el otro lado, eran unas cosas tan delirantes. Me acuerdo de haber estado con los chicos de “Rudy” Miele,<sup>7</sup> en una camioneta, saliendo de la casa, por la Av. Argentina, yendo en la parte de atrás de la camioneta ¡¡gritando consignas montoneras con los pibes!!!, porque nos enseñaban eso ¿viste? Y era cuando había muerto Perón, eso me acuerdo. Después se bajaron de la camioneta, y nos cagaron a pedos. Pero igual teníamos esto, que nos enseñaban las consignas y después nos cagaban a pedos si las cantábamos [se ríe]. También es difícil juzgar un tiempo histórico desde otro, porque hay cosas que a mí me espantan. La maternidad y la paternidad se vivían de otra manera.

Cuando vivíamos en lo de Susana, tuve hepatitis, un montón de días en cama. Tengo ese recuerdo así de haberme sentido muy sola. No me podía levantar y me pasaba varias horas sin que hubiera nadie en la casa. Me acuerdo cosas de niños, aprovechar para comer cosas que no podía, me bajaba toda la manteca de la heladera. Mi papá me había regalado para que leyera *Juan Salvador Gaviota*, ¡yo era rechiquita! ¡pero lo leí! porque papá lo decía. Después, vivimos en Roca, ahora me acordé, que ahí fue cuando allanaron la casa y mi mamá estuvo presa, pero vivimos poco tiempo en Roca, no me acuerdo si fue en el 74 o en el 75. No sé bien en qué parte porque teníamos que ir “cerrados”. Ya era parte de la terminología: “cerrate”, decían, y vos sabías que no tenías que mirar. Obviamente, yo siempre miraba, ¡bah!, miraba, apenas espiaba.

Volví a ver a mi mamá cuando salió de estar presa, en Bahía Blanca. Porque también vivimos en Bahía Blanca, en una villa, que no sé dónde

---

<sup>7</sup> José Rodolfo Mieli, fue uno de los principales referentes de la JP de Trelew. Participó de la conformación de la JP Regional VII. Trabajó en la Secretaría de Extensión de la Universidad Nacional del Comahue en Neuquén. En 1978 fue jefe de prensa de Montoneros. Fallece en Dinamarca en el año 2003.



queda. Supongo que debe ser cerca de [Ingeniero] White porque mi papá trabajaba en el puerto, pero yo volví de grande a White y no reconocí nada. El lugar donde yo vivía era una villa, lo que sería hoy una toma. Y me acuerdo que ahí estábamos con mi hermana y mi papá y vivían también en esa casa otras personas, que iban rotando, compañeros de mi viejo.

En el año 75 tiene que haber sido, estábamos las dos solas, nos cocinábamos. Me acuerdo que una vez que era Reyes, nos levantamos con mi hermana y había un montón de regalos arriba de la mesa y nosotras decíamos “para nosotras no deben ser. Esto debe ser de Mariano” (que era uno de los compañeros). No abrimos los paquetes en todo el día hasta que no llegó mi viejo para preguntarle de ¿quiénes eran?! Claro, porque nosotras suponíamos que si papá no tenía un mango, no podían ser para nosotras.

Papá se iba a la mañana y volvía a la noche, estaba trabajando en el puerto. Y también tenía actividades de militancia, porque en Bahía íbamos también a todos lados “cerrados”. Yo todavía miro hoy las veredas de la plaza de Bahía y siguen las mismas baldosas. ¡Me aprendí las baldosas!! Íbamos a un lugar que era cerca de la plaza, pero no podíamos mirar, no podíamos ver el camino.

Ahí, en la casa de la villa, teníamos el baño afuera. ¡Eso sí!, eso sí fue muy feo porque, digamos, pasamos de un día para el otro a vivir con una sensación de miseria que nunca habíamos vivido. Después apareció mi mamá en Bahía y nos fuimos a Avellaneda, y ahí nos quedamos 3 años, en Sarandí-Villa Domínico. Fue acá cuando nos quisieron cambiar el nombre. Augusto le quedó para siempre, porque es su segundo nombre, en realidad. Mi papá sí tenía otro documento, y era un lío, porque nosotros le teníamos que cambiar el nombre a él cada vez que estábamos delante de la gente. Igual, nosotros le decíamos siempre papá, no era tan complicado. Pero sí era complicado en las escuelas, y medio como que pesaba sobre mi responsabilidad, era mi responsabilidad que nadie dijera nada que no convenía en la escuela. Y eso, también era una cosa de locos. Porque, obviamente, había veces que metíamos la pata a cada rato. Entonces había que estar inventando unas historias [para justificarlo]. Yo no sé si las maestras eran muy pio-las o si realmente yo lograba convencerlas de lo que les decía. Tenía 8 o 9 años, iría a 5° grado, tendría a lo sumo diez años.



Pero esa época, la vivimos como una situación de bastante miseria, digamos, comparado con cómo vivíamos en Viedma. Mi viejo hacía changas, pintura. Después se armó un taller, y empezó a trabajar con una mujer que exportaba cosas de cuero a Estados Unidos, que tenía su taller y su casa en la Recoleta, me parece en la Av. del Libertador. Era un departamento en *suite*, era una cosa así... yo nunca había entrado a un lugar ¡con tanta guita!! Y esta mujer, que se llamaba Mercedes<sup>8</sup> —no sé si era el nombre de guerra o si era el nombre de verdad, creo que era un nombre de verdad—, desapareció después. Y él traía y llevaba cueros cortados. Entonces, en casa, estábamos todos cortando triangulitos de cuero para que llevara. Ella tenía dos hijas que eran, más o menos, de la edad nuestra. Y cuando íbamos ahí, nosotros sentíamos que íbamos a otro mundo. Que íbamos a un mundo donde tampoco podíamos hablar mucho lo que vivíamos nosotros porque nos daba vergüenza. Porque las nenas, de hecho, siempre habían tenido una vida distinta a la nuestra, era evidente. No sé, una mujer de mucha guita, eran así, de familias patricias. Y ella estaba separada en ese momento. Era un departamento en el que el ascensor iba por adentro y tenía, no sé, tenía un empleado para cada cosa, ¡mucha guita! Para nosotros, para mí, era tortuoso ir ahí porque era ver la diferencia de clase.

- Dijiste que en Avellaneda comenzaron a vivir en la clandestinidad, pero es como si hubieran atravesado una sucesión de situaciones en clandestinidad, ¿no?

Porque ahí nosotros tuvimos que empezar a mentir, supongo que debe haber sido por eso que yo lo significo a partir de ahí. En Avellaneda, ahí estábamos todos juntos, esa era la parte buena, y también que hacíamos más vida de familia. Me acuerdo que jugábamos todas las noches. Mi viejo tenía una serie de rituales, todas las noches leíamos una leyenda griega y la

<sup>8</sup> Se trata de Julieta Mercedes De Oliveira César, desaparecida desde la madrugada del 22 de agosto de 1976. Fue secuestrada por personal del Ejército Argentino que ingresó a su domicilio en la Av. Libertador. La denuncia por privación ilegítima de la libertad la realizó su padre ante la CONADEP. Véase Poder Judicial de la Nación – CELS.

Recuperado de [https://www.cels.org.ar/common/documentos/procesamiento\\_2.pdf](https://www.cels.org.ar/common/documentos/procesamiento_2.pdf)

analizábamos después de comer. ¡Estaba buenísimo!, hacer cosas todos juntos. Jugábamos mucho al Go, al ajedrez no fui buena, pero en el Go, sí. Es un juego de estrategia chino, [del] que mi papá decía que era mejor que el ajedrez porque todas las piezas valían lo mismo [risas]. Un día se apareció, porque él siempre iba a los remates del Banco Ciudad, con el Go y aprendimos todos a jugar, no solamente nosotros, sino que les enseñamos a todas nuestras amiguitas, compañeras de la escuela que todavía hoy se acuerdan que jugábamos al Go. Eso tengo, tengo ese recuerdo. Mamá sí estaba deprimida, ¡mamá nunca se bancó la miseria! Todas esas situaciones en las que estábamos en un contexto de miseria, ella estaba deprimida. Se notaba que estaba mal, pasaba muchas horas en la cama y no se la veía sonreír muy seguido. Eso cambió cuando se mudó a Bélgica. Pero después murió Ernesto... Además, mi vieja siempre había estado laburando, y en Avellaneda se dedicaba a ser madre, nada más. Trabajaba adentro de la casa, pero casi no salía. Y era también todo un tema de miedo, vivir con miedo, todo el tiempo con miedo. Porque en la zona hacían fusilamientos a cada rato, estaban los paredones de la fábrica y los escuchábamos. Eso era feo. Nosotros vivíamos justo en la vereda de enfrente de la villa y un día hicieron una *razzia* ¡hasta en la casa de al lado!!! Entonces, irnos, también fue un alivio en ese sentido. Quizá por eso no lo tengo así como algo doloroso.

Una vez, Augusto llegó gritando de la calle: “¡mataron!, ¡mataron!, ¡mataron!” y mi vieja: “¿¿qué pasó?!” Augusto le dice: “El perrito, lo chocó un auto”. Ese día, no me olvido la sensación de angustia, ¡de terror!, porque todos pensamos que le habían hecho algo a mi papá.

¿Sabés? Los pibes jugaban al allanamiento, a mí me parecía terrible que jugaran a eso. Todos los pibes jugaban a eso: “¡Contra la pared!”

Nosotros teníamos una conciencia de lo que sucedía que no tenía el resto de los niños de esa época, pero cuando nos fuimos mis viejos se dieron cuenta de lo que pasaba. Se enteraron cuando estaban afuera ¡de la magnitud! [que la represión tenía]

Nos fuimos del país en el 79, fines del 78, principios del 79, a Brasil, estuvimos cinco meses en Río, en las afueras de Río, en un pueblito de pescadores.

Cuando fueron a Avellaneda, me parece que mi viejo cortó vínculo con todo. Aunque no sé, porque esta mujer, para la que se cortaba el cuero, cuando la secuestran, mi viejo justo iba a entregar los cueros y se encuentra con un operativo lleno de milicos. Habló con el marido de la mujer. Y el marido le dijo “No sé quién sos, pero andate”. Se la había llevado el Ejército. Y mi papá cuenta que se tomó unos cinco colectivos para desorientar. Bueno, a partir de ahí, no había más entrada de dinero, así que él lo que empezó a hacer es lo mismo que hacía esta mujer, pero en vez de venderlo a Estados Unidos lo vendía a un negocio de Avellaneda. Entonces hizo toda una especie de taller de mantas artesanales o cuasi artesanales, hacía almohadones y cubrecamas.

-¿Cómo fue la “salida” del país?

Por el taller, él tenía que contratar gente que cortara el cuero, bueno, más o menos le iba bien. Con uno de los que salía a vender se fueron conociendo y se dieron cuenta de que los dos habían militado. Este compañero, al que le decían Chiquito —era gigante— y su compañera, Juanita (que ahora vive en París, los dos viven en París, pero ya no están más juntos), también estaban pensando en irse. El papá de Juanita era paraguayo, conocía todas las movidas para cruzar clandestinamente. Entonces, bueno, así fue que mi papá cruzó primero, no me acuerdo en qué parte de la frontera cruzaron de manera clandestina, la cruzaron en lancha, en un bote, no sé. Y salieron por Paraguay. El que tenía más problemas, el que tenía pedido de captura era él, mi mamá ya no tenía, o sea, ella una vez que salió, no tenía situación de ilegalidad. (...) Ellos salen, con Juanita y Chiquito por Paraguay, después llegan a Brasil, hasta que en Brasil buscan al ACNUR y una vez que él ya había alquilado una casa, le avisa a mi mamá para que vaya. Nosotros salimos legalmente, o sea, nos fuimos en colectivo.

Me preguntás cómo era Telma en esa época, te diría que la misma [se ríe], pero menos contaminada. Familiarmente tenía un lugar muy privilegiado porque era la nieta mayor. No sé, supongo que con todas las incomodidades que tiene un púber: rollo con mi cuerpo porque era un poco gordita, me gustaba escribir, me gustaba jugar al Go. Cuando nos fuimos, en

Avellaneda habíamos construido una red de vínculos. Sufrí la falta de vínculos, vivía para la escuela. ¡Mi mundo era la escuela! Mi hermana tenía más actividad social. Yo leía mucho, en casa habían quedado los libros de la librería. Después, estaba muy pendiente del estado de ánimo de mi mamá. Sentí que tenía que cuidarla, pero al mismo tiempo peleaba mucho con mamá. A los 8 años me dieron el libro *Juan Salvador Gaviota*; a los 10 años, estaba leyendo a Marx. ¡Lo tenía que leer!, ¡porque lo tenía que leer!, porque si ellos me decían que leer eso me iba a hacer mejor persona, ¿entendés?, y así. Por un lado, nos hacían cantar todos los cantitos y, después, nos hacían callar la boca. No sé, cuando hablo así es: “acá está hablando una nena”. Me cuesta pensar algunas cosas. No sé si hay algo que se supere en la vida, no dejo de ser niña en relación con mis viejos en muchas cuestiones. Recuerdo una vez, en Avellaneda, que le pregunté a papá: “¿Para qué carajo era la vida si todo era tan feo?” A la noche, recuerdo que papá estaba sentado al lado de mi cama y, entonces, él me decía que “antes de nacer no estábamos con vida; y que después de morir, tampoco; entonces, que la vida era la excepción y que eso estaba bueno”.



# La decisión

Santiago López Luro\*

*En el momento en el que yo me permito dejar de ser víctima, le doy una señal a esa persona, de que ya no puede ser mi victimario. Tiene dos opciones en ese momento: dejar de ser victimario, porque se dio cuenta de lo que está haciendo, porque ya no funciona conmigo. O buscar otra relación para poder seguir viviendo esa experiencia, hasta que la resuelva. Pero la oportunidad se la doy, sanando mi parte. No puedo sanar la del otro. No puedo ir y decirle: me estas pegando, estas humillándome, te voy a pegar para que entiendas, te voy a castigar, porque me estaría transformando en un victimario más. Yo creo que las relaciones las sanamos de a uno, de lo que uno creó. Y el fractal es muy importante, porque me*

\*Nace durante la primera etapa exiliar de su familia, en una cadena de retornos y exilios entre Lima, Caracas y la Norpatagonia. Es el primer hijo de Jorge López y Josefina Luro, quienes en la década de 1970 militaban en la Juventud Católica Universitaria de Bahía Blanca. Debido al recrudecimiento de la violencia contra la juventud universitaria, en 1973 deciden salir del país aceptando un cargo en el Movimiento Internacional de Estudiantes Católicos (MIEC) en Lima, Perú. Por razones familiares, en 1976 regresan a Bahía Blanca. Sin embargo, perseguidos por las fuerzas interventoras de la universidad, la familia pasa a la clandestinidad, viviendo en distintas ciudades de la provincia de Neuquén — como Plaza Huincul y Centenario—. Durante estos años en Argentina, nace el segundo hijo, Francisco. Conscientes del riesgo de ser descubiertos, en 1979 deciden regresar a Perú, con el objetivo de continuar hasta Venezuela siguiendo los trazos de las redes transnacionales del catolicismo latinoamericano. En Venezuela, la familia desarrolla actividades misioneras en un barrio periférico de Caracas, llamado “Las Brisas del Paraíso”. Para Santiago los primeros recuerdos de su infancia corresponden a este período en Venezuela, en donde también nace su hermano menor, Juan. La familia retorna a la capital de Neuquén en 1984.

El texto que aquí presentamos fue elaborado a partir de dos entrevistas realizadas el 5 de septiembre y el 11 de noviembre de 2019, por C. García Vázquez y J. Kalmbach (Neuquén). Toda la información fue revisada por Santiago.

*quita la responsabilidad de salvar al mundo.<sup>1</sup> Yo creía que podía salvar el mundo, todos lo creemos. Lo único que puedo salvar son mis relaciones. ¡Es muchísimo! Porque en realidad en este mundo todos estamos a la misma altura. (...) De qué sirve tener un hermoso discurso y cambiar a dos millones de personas, si sigo siendo la misma mierda con mi familia.<sup>2</sup>*

Si trazara una línea de tiempo, tendríamos que hablar primero de mis recuerdos en Venezuela, que creo que son los primeros que tengo, los tenía muy fuertes y los perdí. Tengo muchos recuerdos entre los 5 y los 10 años. Yo soy peruano, dos meses tengo de peruano nada más. Tengo muchos recuerdos del niño que fui y de la vida que llevé. Era muy sencilla. Esa época era muy viva, de hecho, vivir en Latinoamérica fuera de países más fríos como puede ser la zona donde estamos ahora, las personas son mucho más cariñosas y se siente mucho más el corazón. No hay tanta mente, y menos en un niño. Recuerdo a un niño muy feliz.

Después sí, [a los] 10 años, cuando fue la partida de Venezuela, que sí la tengo [como recuerdo] pero han sido como un tapón esos 10 años, que fue cuando nos volvimos a Argentina. ¿Por qué? Porque recuerdo muy bien la cantidad de burlas y chistes por tener un acento diferente. Entonces, el retorno a Argentina fue un momento oscuro para mí.

Lo que pasaba a mis padres yo lo dejo en un segundo plano porque ya sabemos que fue muy intenso para ellos. Es cierto que yo también estaba recibiendo un poco de las cosas que ellos estaban pasando. Tené en cuenta que yo soy algo así como tercera generación de exiliados.<sup>3</sup> Y a partir de ese momento, vamos a decir que mi niñez fue bastante mal, hasta la adolescen-

<sup>1</sup> La narrativa de Santiago expresa no solo un lenguaje terapéutico-espiritual, sino también político. Esta reflexividad utiliza simbolismos propios de una “cosmología en construcción” de carácter holístico que trasciende y reinterpreta principios del cristianismo tradicional. Dentro de este pensamiento, el “fractal” es una figura geométrica que permite imaginar la continuidad entre el “adentro” y el “afuera”, la persona y el mundo, las historias de vida y los traumas sociales; pliegues y despliegues de la misma complejidad. Expresa además el carácter relacional de este pensamiento, según el cual la transformación personal produce nuevas dinámicas de cambio.

<sup>2</sup> Fragmento de la segunda entrevista, 11 de noviembre de 2019.

<sup>3</sup> El abuelo paterno fue médico militar en el bando republicano durante la Guerra Civil Española. Sentenciado a muerte varias veces, su pena fue conmutada a cambio del destierro en las Islas Canarias, luego de lo cual decidió establecerse en Argentina. Allí contrajo matrimonio con una mujer de cuna católico-romana.

cia. Ahí como que mi enojo salió afuera y estuve muy perdido y enojado. Pero siempre me pasó que tenía otro mundo en mi mente, muy difícil de conectar con el que había en las personas de acá, y fue durísimo eso para mí. Desde los 15 hasta los 21 años, fue el desconcierto. Me cambié de escuela secundaria tres veces, terminé en el nocturno.

A los 21 años decidí irme. Estaba estudiando chino mandarín, llegué a practicar *Tai chi*, acá, en Neuquén. Y empecé a ver que necesitaba más información, así que decidí irme a China. Me tocó [la crisis de] 2001. Por el corralito perdí mis ahorros. Con un poquito de ayuda me terminé mudando a España. Me instalé en Barcelona. Creo que fue la etapa en la que más quise olvidarme de quién era, desde Barcelona hasta... yo diría hasta Londres. Pasé por varias ciudades en la cordillera, o sea, en el Pirineo. Del lado de Gerona, después viví en Alicante un tiempo y terminé en Londres, [en] eso habrán pasado como 10 años más o menos. Entre Alicante y Londres aprendí a trabajar en la construcción.

En el 2009, estábamos en Londres, yo ya estaba viviendo allá desde hacía 3 años. Decido que era suficiente. Yo creo que ahí encontré el punto más bajo de mi existencia, de evitar saber quién era, de negarme. El cuerpo mismo me dijo “basta”. El mundo de la construcción es el mundo más bajo de Londres, son como clases... y [siguen siendo] los piratas de antes.

Yo soy un estudiante de un libro que no es religioso, que habla más bien de espiritualidad: *El curso de milagros*, así que estuve en un congreso allá. Y creo que ese fue el límite. Ahí decidí volver. Volvimos a Neuquén. Mi compañera estaba embarazada, preparándonos para que venga nuestra hija. Después de eso comencé a conectar un poquito más con la vida y con las cosas que a mí me hacían bien. ¡Y ahí recordé! Conecté con muchas cosas que yo hacía y que aprendí a hacer, que tenía que ver, un poco, con el servicio, porque yo en la etapa de Venezuela crecí con dos misioneros, y vivíamos en los barrios y trabajábamos en el servicio.<sup>4</sup> Entonces yo apren-

---

4 La subjetividad espiritual de Santiago se nutre de diversas técnicas y cosmologías. Esta reflexividad condujo a una resemantización de las categorías cristianas del “servicio” y de la “misión”, dando continuidad a un cierto sentido político inherente a las mismas. Esto nos permite observar un proceso de continuidad —más que una reproducción— en la identidad colectiva de la familia y la ubicuidad que en ella ha tenido el compromiso social, la inseparabilidad entre la idea y la práctica.



dí, recordé porqué estaba acá. Conecté con un grupo que hace construcción natural, así que nos metimos en algunas villas. Después de eso, la verdad es que mi vida no fue buena. Vamos a anotarlo: 2012, más o menos.

[Mi compañera] se vuelve con mi hija de dos años y medio a Mar del Plata. Nos separamos, compré un terreno en Sierra de los Padres, en Mar del Plata. Hice terapia, me había preparado bastante para comprender qué es lo que estaba pasándome. Y consideré que iba a buscar una forma de estar más cerca de mi hija y crear mi verdad. Así que ahí me puse a trabajar en un proyecto que se llama Miraflores. Y eso tiene 5 años ya. Vamos a poner, en 2014.

Trabajé mucho, terminé construyendo un proyecto de diseño en permacultura. Es cultura permanente, ¿sí?, pensamos en siete generaciones. Tratamos de dejar el suelo mejor de lo que lo encontramos. Una forma mucho más honrada de estar acá, y dejando de creer que solamente el Estado nos puede proveer de todo. Nos estamos comiendo el planeta. Lo estamos devorando y no tenemos ninguna intención de saber por qué, ni saber cuál es nuestro enojo, pero no terminamos de aceptar que hay compromisos en grupo, y de que parte de lo que nos duele, nos duele a todos.

En 2015 conocí a mi compañera y hace tres años nació nuestro hijo. En este proceso, el de los últimos tres años, ha sido la etapa más intensa. Ahí conecté, como por casualidad, con esta medicina, la del sapo de Sonora, *Bufo alvarius*. Y la verdad que podía trabajar un poquito mejor todo este proceso de locura que estaba viviendo. Hace un año y medio, conocí una persona especializada en pos-medicina. En julio [de 2019] fui a México porque me invitaron como disertador en lo que yo llamé “La decisión”. Y *la decisión* tiene que ver con el principio. Si vos no tenés accidentes, no tenés necesidad de cambios, y ese es el tema, para mí central, en este juego. Es como la montaña rusa, como el latido del corazón. Para mí, las dificultades que tuve, tienen que ver con las necesidades de cambio. Y algo [de lo] que me acordé antes de venir: yo no puedo conectar con las marchas, las marchas del 24, no conecto. ¿Y saben por qué? Porque es la misma cara del dolor. Estamos usando la misma moneda dada vuelta. Es la misma moneda. Usando los mismos códigos, hablando del sufrimiento, unos lo pagan, otros lo manifiestan. Entonces para salir del círculo hay que dejar de

usar la moneda, dejar de creer que es la única realidad. En lo personal, los procesos de dolor que yo aprendí a ver de mis antepasados, es decir, mi abuelo que vino de la guerra y los procesos de mi papá, que no pudo superar sanamente; ¿por qué?, porque él tiende a ver a los muertos. Y no es que busca muertos, sino que es una barrera muy grande de superar. Yo, la verdad, que tuve que aprender a vivir viendo más allá de ellos. Y tuve que aprender a soltar los muertos, que ya no son míos. Es un concepto súper extraño, y difícil de demostrar más que viviéndolo. Buscando ayuda, buscando herramientas de todo tipo y viviendo la vida.

¿Hay una necesidad de respetar el dolor de nuestros padres? ¡Sí! ¿hay una fidelidad por la cual yo nací y fui creciendo con ese dolor? ¡Sí! Ahora, por amor a su dolor, ¿tengo que sostenerlo yo? ¡No! Porque no hay ninguna responsabilidad que siga, es un acto que ya sucedió y solamente tenemos que soltarlo... pero soy más que eso, además de ser amor de mis padres. Si yo no me pongo las pilas, mis hijos van a cargar con ese proceso. Yo no me considero víctima, aunque aprendí que era víctima. No soy víctima y esa es una decisión... porque la víctima justifica todo lo que le pasa y le da poder a los demás. Sobre todo, le damos poder para que tengan esa necesidad de cambiarnos. Entonces a partir de dejarle de darles poder, comencé a recobrar mis percepciones acerca de quién soy yo.

Y en lo personal creo que necesitábamos elegir ser víctimas por alguna razón, no importa cuál, pero a ese papel que nos tocó no tenemos que ser fieles permanentemente. Ni tenemos que odiar a nadie por ello. Y así como yo creo eso, me permito creer que los victimarios también tienen la oportunidad de cambiar y de dejar de serlo. Por lo menos no van a contar con mi acusación, para que ellos se permitan cambiar y permitan ver si quieren cambiar de alguna manera. La decisión de cambiar es una de las cosas más difíciles que existe.

—Da la sensación de que esta reafirmación de víctima está vinculada a la necesidad de buscar una reparación.

Sí, pero también tenemos la necesidad de acusar al otro de victimario. Y está el enojo. Yo he navegado bastante en ese proceso del inconscien-

te, en el cual solemos mentir[nos] en la intención de por qué estamos viviendo tal o cual creencia. Y tenemos una negación importante que esconde un odio, y a esto se lo toma como algo personal. Tomártelo de manera personal implica que creas que realmente alguien te atacó. Y esa creencia quita la visión de poder perdonar realmente a alguien, vamos a decir, por lo que se equivocó. Yo me equivoqué en algo, y necesito que me perdonen. ¿Y con qué capacidad, qué tan creído puedo estar de que mi error es perdonable y el de los demás no? Entonces, la reparación es real y estamos ante una necesidad, pero: ¿voy a perder mi vida pidiendo sangre del otro? Con las marchas yo lo sentía así. Estaba trabajando mi odio. Y sentía que no hacía falta ya, ir a odiar al otro para decirte que es verdad que lo hizo. ¡Si él ya sabe que lo hizo! Ahora, ¿yo estoy construyendo el mundo que quiero ver? Me cuesta creer que estoy construyendo eso trabajando con mi odio.

[Si fuera así], no puedo creer en la vida. Y no digo que sea cierto, o que tenga la verdad. Solamente dije y creo que quiero decir: me merezco la vida y no solamente el odio. Y permitirles a mis hijos que no necesitan cumplir esos mandatos de víctima-victimario, en este caso concreto. Y ese es mi único regalo a ellos. Es haber podido aceptar mi dolor, que es mío, porque es de mis padres, es de mis abuelos, es de mi clan, es de mis ancestros. Entonces ya es mío, ¿por qué?, porque lo acepté. Ahora, ¿tengo que ser fiel a ese dolor? Esa es una buena pregunta. ¿Cuál es mi responsabilidad? ¿Sostener la antorcha hasta que el último se muera?

Este mundo que conocemos, este mundo occidental, no tiene sentido. Y no digo que el oriental sí. Digo que éste no tiene sentido. El mundo occidental, tal como lo conocemos es despiadado, necesita consumirse, necesita tener razón sobre otro. [Ese mundo] no es mío. Es mi responsabilidad ser yo, de ser uno mismo. Cuando me hice vegetariano, tenía 19 años, el macho argentino se sintió atacado. El proceso de cambiar es un proceso interno, no externo, pero yo necesité vivencias para poder creer que podía cambiar.

Es claro que mi vida sin Venezuela no tendría sentido, estaría hablando de otra vida. El haber sido el primer niño, el primero recibe muchos más “no” que los demás, cuidando a tus hermanos, yo los cuidaba mucho. Eran tres niños separados por dos años, ¡tres varones! A mí me tocó ser el her-

mano mayor, observar toda esa vivencia y por otro lado observar a mis padres en su trabajo. Me acuerdo de una pregunta que le hice a mi papá, yo tendría 7, 8 años, estaba en la calle y me molestaba el humo del petróleo y le digo: “Papá, ¿cuándo se va a terminar el petróleo?” —era mi única necesidad, que se termine—. “Cuando seas viejo”, me dijo.

Y la verdad es que no tengo país y no tengo cultura que me represente. Por un tiempo consideré que tomaba mate como un uruguayo. Mi papá quiso que me haga argentino porque consideraba que tenía ciertos dones para ser maestro rural. Mi mamá me hizo la nacionalidad española a los 15 años, pero a la peruana [no pude] renunciar. Y ni siquiera es algo técnico, solo por los papeles, ¡no!, ni siquiera soy peruano tampoco, no soy venezolano. ¿Qué sos? ¿Qué soy? Si llevo más tiempo viviendo en España que en Perú. Yo nací en Perú, después volvimos a Argentina y, luego, hasta los 10 años viví en Venezuela. Desde los 10 hasta los 20 viví en Neuquén. Desde los 21 hasta los 30 y monedas viví en Europa. Desde los 32 hasta ahora estuve viviendo en Argentina. Casi 10 años. 10 años, 10 años y 10 años. ¿Qué soy? Entonces dejé de creer en eso. Porque no es el lugar que necesito, porque lo he destruido. Lo he destruido, y no tengo remordimiento, porque es lo que pasó. Es un hecho real, tangible. Lo he destruido.

La raíz no pertenece a un lugar. Es una creencia de la mente de que es un lugar, una bandera, un estilo de vida, una comida. Porque al final cuando uno se aleja más y más y más, hay alguien que te está dando cobijo. Y que se puede llamar madre, porque te prestó su vida, su energía, y que se llama Madre Tierra. ¿Por qué? Yo no estoy usando mi propio cuerpo, estoy usando su agua, sus minerales, sus bacterias, para que yo tenga su experiencia. Entonces al final... esa es la raíz, pero hay lugares para cada uno que son mejores que otros para encontrar esa raíz. No para todos va a ser lo mismo. Y yo tenía que volver adonde empecé.

Para mí, mi vida no tiene sentido si no hay servicio, en mi vida, en esta vida... vuelvo al mismo lugar: “la decisión”. La decisión se forma con un cúmulo de experiencias. ¿Qué necesidad tengo de reparar si no tengo nada que reparar? ¿Cómo puedo vivir esta vida y querer cambiar este mundo si solo recibí rosas? Entonces, yo creo que la decisión de estar vivo es una decisión. Si yo me estoy permitiendo cambiar creo que todos pueden

cambiar. Si no me respeto a mí mismo, y no me quiero cambiar a mí mismo, ¿a quién quiero cambiar? Yo creo que el servicio es parte de mi necesidad para ver un mundo más justo en mí, independientemente de que el mundo se caiga en pedazos. Podríamos estar viviendo todos en un mundo más sano. Porque si yo me doy permiso para cambiar, le doy la señal a muchos de que pueden cambiar.

En lo personal, veo la política del lado de la sociología. Nos representan los que queremos que nos representen. Si hay un tipo llamado [tal], es porque en algún lugar de nuestra sociedad creemos en ese tipo de personajes y en ese tipo de políticas. Yo no lo veo como “el responsable” o “la política responsable” sino como “la sociedad responsable”. Y eso, [funciona] paralelamente con mis creencias de que no puedo pedirle a alguien que me represente. Y no porque no se pueda, no. A ver, mi abuelo es anarquista —es, porque no terminó, todavía lo recuerdo, así que no está muerto, desde mi lugar— pero de algún punto de vista ¡eso es anarquía!, [es] lo que pienso. Y no es que no creo en nada ni creo en el desorden. Porque la anarquía que creemos acá no es la anarquía de esta tierra, es la anarquía de creer que somos el cambio. Y no ir a votar y confiar en ese cambio. El perfil del político en la Argentina es el perfil de una persona con sed de poder, en general no son sinceros, no son personas de corazón abierto. Eso no significa que tenga que exigirles que hagan un cambio. Pero creer en ellos antes que en mí, es una locura. Pasamos al mismo proceso, la antipolítica —o política— sería la forma de la misma moneda. Y dejar de creer en ellos o, por lo menos desde mi granito de arena, dejar de darles mi poder, es lo que me permite que yo también pueda crear mi realidad y no depender de ellos. Para mí los que nos gobiernan son los que nos merecemos, y esa es la parte dolorosa.

Hay un mundo propio, y lo único que puedo hacer es sanar el mío. Y con sanar mi mundo, trabajo mis relaciones, porque no es solamente mi parte, sino todas las relaciones con las que yo conecto con otros mundos. En la espiritualidad, como yo la vengo trabajando, se dice que no hay mejor medicina que otro ser humano.

[Cuando veo a un militar], veo un niño dolido, que no pudo superar sus temores. Son personas, personas normales, que tienen sentimientos. Yo

siempre desconfío de un militar, no me genera confianza. Entonces trato de conectar con su persona, no con su cargo. Desde donde yo lo veo, ellos están adoctrinados, ellos no eligieron eso, y ellos temen a su propia autoridad. Pero yo creo que esas personas pueden cambiar. Ni el militar, ni ninguna [otra] persona, nació con el instinto de matar. Pero eso que ellos hacen es consecuencia de nuestra sociedad. Desde mi punto de vista, para que alguien haga algo hacen falta mínimo cien personas que lo piensen. Para que alguien haga un cambio, o haga una acción, hace falta que muchos lo sintamos. Hay alguien que mata a alguien —vamos a decirlo así— pero a esa persona no le nace por sí sola, es porque hay un montón de pensamientos que le dicen, que hay un dolor en ese lugar, y él lo expresa. Es mi punto de vista, ¡no quiere decir que es correcto! Entonces, yo creo que incluso los militares nos representan, así como los políticos nos representan. Representan formas que pensamos.

Para mí el origen del problema es que nadie sabe que es libre. Al no ser libre tenés que pertenecer a una banda, a un equipo. Y ahí viene la parte más importante, que es empoderar a cada uno con la creencia de que puede cambiar su vida, de que eso no tiene control, no tiene necesidad de pertenencia política ni tiene necesidad de pertenecer a un bando ni nada. Tiene [solo la] necesidad de que sea libre.



# Pippi Långstrump

Ivalú Obeid\*

*Había un personaje de Suecia que se llamaba Pippi Långstrump, Pippi Mediaslargas. Fue de los años 60, creo, fue muy conocido. Hasta el día de hoy creería que la toman en cuenta por el tema del feminismo. Era una nena, ¡un personaje divino! ¡Todavía tengo unas cartas que guardé de esa época! Era una nena que vivía sola, ¡era muy fuerte! ¡muy autosuficiente! Ella tenía amiguitos, un caballo y un mono. Todas las nenas querían ser como Pippi Långstrump. Te peinabas con las trencitas porque querías ser como ella. Fue un personaje emblemático de esa época en Suecia, ¡y a mí me gustaba muchísimo!!!*

*Trajimos pocas cosas. Yo tenía un mono grandote, y ese lo traje en el avión. Venía con ese mono gigante cuando llegué acá a Neuquén. Me fueron a buscar mis tías y un primo. Yo llegaba con eso, tenía unos suecos rojos, ¡rojos con lunares blancos! Llegué con el mono y hablando medio extraño. Mi primo, siempre me decía: “eras como rara” (risas).*

\* Nace en Neuquén. Es hija de Rubén Obeid y María Cristina Vega. En 1979, Suecia les otorgó el derecho de asilo. La familia es recibida en el Campamento de refugiados de Moheda; lugar en donde Ivalú cumplirá sus 3 años de edad. Regresa al país con su madre en 1984. Su padre no retornó. Entrevisté a Ivalú el 11 de octubre de 2019. Me esperaba en su departamento. Estuvimos más de una hora y media charlando. Según ella, habló más que de costumbre. Me dijo que prefería escribir. A los pocos días, el miércoles 16 de octubre, me envió un email con el relato que transcribimos a continuación. Se mantiene el estilo literario de carta dirigida a mi persona (C. García Vázquez). El epígrafe es parte textual de la entrevista realizada.



Hola Cristina,

¿Cómo estás? Me quedé pensando en la pregunta que me hiciste, sobre qué era el exilio para mí. Y sigo sin tener una respuesta certera, más allá de la definición del diccionario o las escritas por otras personas.

Mi sentir no es traumático, quizá porque al ser chica viví las cosas de otra manera, diferente a los adultos. Y si pienso en otras historias de argentinos de esos años, las que tuvieron otros desenlaces, el que hayamos podido exiliarnos, significó que mis padres hayan sobrevivido y es algo que agradezco a la vida, más allá de todo lo que pudieron o pudimos haber atravesado.

Considerando que era muy chica cuando nos fuimos, no recuerdo el comienzo de esa partida. Y si bien los primeros recuerdos de Suecia son escasos, y algunos, poco felices, pasadas esas primeras instancias tengo un muy lindo recuerdo de la vida allá.

Vivir en Suecia fue una experiencia enriquecedora y que me marcó absolutamente para ser quien soy. Creo que lo mejor de haber vivido en dos países siendo niña es haber podido disfrutar y absorber las dos culturas, sin los prejuicios ni condicionantes de la mirada adulta. Es cierto que eran otros años, otro mundo, no globalizado, sin Internet. Suecia, en ese entonces, era un país con políticas migratorias y sociales muy valorables. En esos años aprendí a compartir la aceptación de lo diferente o, mejor dicho, naturalizar las diferencias al tener vínculos con personas de muchas nacionalidades.

Por otro lado, venir a Argentina fue conocer a mi familia. Me alegra haber podido disfrutar de mis abuelos, tías y primos. Las mesas grandes de Navidad y fin de año. Los asados, reuniones y cumpleaños. Sentir que había mucha gente que yo no conocía y que ellos me querían.

Pero también fue dejar todo lo otro que conocía, que era mi vida hasta entonces, y con la que estaba a gusto. Fue no ver más a mi papá por mucho tiempo. Si bien mis padres se habían separado al tiempo de llegar a Suecia y yo vivía con mi mamá, siempre seguimos teniendo contacto con él. El venir a la Argentina fue tener un papá “por cartas” (agradezco a mi

mamá, que siempre me ayudó a mantener el vínculo con él). Cuando lo volví a ver, habían pasado varios años y yo ya era adolescente.

Venir para acá fue compartir menos con mi mamá porque ella trabajaba mucho, empecé a tener noción del dinero y que a veces no alcanzaba (igualmente mis abuelos y otros familiares siempre estuvieron allí para ayudarnos). Acá volví a hacerme de vecinos, de amigos en la escuela. También considero que fue una linda infancia. Y en cuanto a la adolescencia, también la pasé bien (desde mi mirada de hoy quizá me parezca no muy interesante, pero en esos años nos divertíamos mucho, tuve un lindo grupo de amistades, a muchas las conservo hasta el día de hoy)

Igualmente, en ocasiones he sentido que no encajaba (eso de no pertenecer, de sentirme sapo de otro pozo). Sentía diferencias muy notorias con la vida en los dos países y muchas veces me costó asimilarlas. Con el paso del tiempo me fui amoldando y acostumbrando. Y como soy bastante introvertida, no era algo que se notara.

En general, no suelo hablar del exilio, quizá si sale el tema cuento que viví en otro país de chica, pero sin mucho detalle. Tampoco es que lo oculto. Pero no lo exteriorizo demasiado (con algunas personas que noto más empatía o cierta afinidad ideológica me resulta más fácil).

Con mis amigos más cercanos, sí lo hemos hablado. Algunas veces seriamente, pero muchas otras ya incorporado a nuestra cotidianeidad. Por ejemplo, me ha pasado en reuniones, que recuerden algún programa popular de televisión, algún personaje o algún hecho de Argentina de aquellos años en que éramos chicos (y yo no vivía acá) y, al comentar que no lo conocí, a modo de broma decirme que no tuve infancia. Y también muchas veces me han cargado y hecho chistes por haber vivido en “el primer mundo”. Igualmente, yo tengo un humor bastante ácido, así que también me presto a esas bromas y les sigo el juego. Creo que el humor, si no ofende o hiere es bienvenido.

Un detalle del que me di cuenta: varias de mis claves personales están relacionadas directamente con Suecia y a esos años.

Escribo algunos recuerdos puntuales de Suecia:

- Disfrutaba mucho los días en la guardería. Me gustaba jugar en los

juegos que había en el patio. Recuerdo lo comfortable que eran los baños, la cocinita, los utensilios, todos adecuados al tamaño de los niños.

- Los maestros incentivaban mucho el contacto con la naturaleza. Borås (el primer lugar en donde viví) es una ciudad con muchos bosques y lagos. Recuerdo salidas al bosque a pasear, a juntar hongos. Me gustaba ir sobre todo los días de lluvia con la ropita de lluvia y las botas de goma (supongo que esto era en otoño, porque no lo recuerdo con nieve)

- Durante el invierno iba a la guardería en trineo. Mi mamá me llevaba tirando de la sogá.

- Algo que me gustó mucho haber vivido son las navidades en invierno, con nieve.

- En Suecia se celebra la fiesta de Santa Lucía (es unos días antes de Navidad). Este festejo lo hacían en la guardería. Las nenas, en general, se vestían con una túnica blanca y con una corona de velitas, y los nenes de *Tomte* (que eran una especie de duendes ayudantes de Papá Noel) Todos vestidos de rojo y con gorrito rojo. Consistía en una procesión en la que iban cantando la canción típica de Santa Lucía. En la tradición popular (aunque creo que varía un poco de lugar en lugar), es una sola Santa Lucía y las demás son damas de honor. Yo un año fui Santa Lucía, pero otro año quise ser *Tomte* (me resultaba más divertido).

En estas fechas previas a Navidad también recuerdo que preparábamos galletitas de jengibre. Hacíamos la masa y la cortábamos con formas de siluetas de personas y motivos navideños. Estas celebraciones eran típicas de ese mes, muy esperadas por los niños.

- Otro festejo típico que recuerdo de Suecia es la celebración del *Midsommar*. Se celebra en verano (en el solsticio de verano). Es una festividad popular al aire libre, allí se canta y baila alrededor de una especie de cruz de madera de la que cuelgan anillos de flores. Muchos asisten vestidos con trajes típicos y las mujeres se ponían coronas de flores en la cabeza.

- Algo que hoy recuerdo como llamativo era que los chicos solo comíamos golosinas los fines de semana. En la guardería nos enseñaban el cuidado de los dientes y de la salud, entonces, la idea era guardar las golosinas que tuviéramos hasta el fin de semana. No sé si todos lo cumplirían,

pero en general yo siempre fui obediente, así que yo lo hacía.

- En una ocasión, jugando y corriendo me caí y me pegué con el borde de la cama en el pómulo. Esto derivó en que se me formó un moretón alrededor del ojo. Era muy notorio. Me acuerdo que algunas personas adultas en la calle me paraban y preguntaban qué me había pasado (todos muy pendientes de que no fuera maltrato infantil).

- En Suecia aprendí a jugar al ajedrez. Con mi papá íbamos a la biblioteca y allí me enseñó a jugarlo. También con él aprendí a patinar sobre hielo. Era un deporte (o juego) bastante típico. Había playones o pistas de hielo al aire libre donde la gente podía ir a patinar. Esta actividad se hacía con casco. Yo tenía uno amarillo y azul, que me encantaba porque tenía los colores de Boca Juniors, equipo del que eran hinchas mi abuelo, mi tía y un primo. Y por ende yo también. Esos colores eran también los de la bandera sueca. Eso fue algo que sentí, en ese entonces, que unía a los dos países: esos colores (de hecho, con el tiempo, supe que los colores de Boca se basaron en los de la bandera sueca, por un barco en el Puerto de Bs. As.)

En relación con el fútbol también me acuerdo que, en algún momento, tuve unos amigos uruguayos (hijos de una pareja que tuvo mi papá). Eran dos hermanos. Yo jugaba más con la nena, que era de mi edad, y el nene era un poco más grande. Era hincha de Peñarol (equipo de fútbol de Uruguay), y como yo sentía cierta admiración por él, entonces, decía que también era de Peñarol. Así que era de Boca en Argentina y de Peñarol en Uruguay (esto me hace volver a pensar ese sentir pluricultural de esos años, por llamarlo de alguna manera). Muchos años después, ya adolescente y viviendo en Argentina, me enteré que esta chica había vuelto a Uruguay y allí se había suicidado. Fue muy triste.

- En el comité latinoamericano del que te comenté, al que frecuentábamos bastante, hacían varias actividades para los niños. Por ejemplo, mi mamá y otra amiga nos leían cuentos, también recuerdo obras de teatro, títeres y juegos. También nos festejaban los cumpleaños allí. Eran cumpleaños comunitarios para los chicos que cumplían años durante el mes (independientemente de que cada uno después también lo festejara en su casa o guardería). Recuerdo las tortas que hacía mi mamá, muy creativas. Una fue un gusanito formado por varias tortas redondas que formaban el cuerpo, y

era una por cada cumpleaños (con los años, a modo de broma, cuando recuerdo esos cumpleaños, los llamo los cumpleaños socialistas de mi infancia).

- En cuanto a cosas materiales, además del mono que te conté que viajó conmigo, tengo varias cositas de aquellos años.

Por influencia de mi papá empecé a coleccionar monedas y estampillas. Monedas tengo de varios países y de diferentes épocas (incluso algunas muy antiguas). Y en cuanto a las estampillas, tuve varias compradas y otras que sacábamos de las cartas que nos enviaban. Había aprendido a usar la técnica con agua para despegarlas para que no se rompieran. Luego, con los años, se las di a mi mamá para que las use en sus *collages*.

También tengo guardadas figuritas, cartas y postales (esto supongo que muy relacionado a mi profesión, o a mi personalidad “junta cosas”, ¡ja! Cada vez que dije que las voy a desechar me arrepiento y digo que algo puedo hacer con ellas).

Me gustaban mucho los juegos de mesa y los de ingenio. De estos conservo el cubo mágico y algunos otros juegos (pequeños, que ocuparon poco lugar). También tengo dos cajitas de música.

Libros para chicos creo que quedaron algunos de esos años (pero esos los conservó mi mamá). Me gustaba que me leyeran antes de irme a dormir. Pero creo que eran más cuentos en español. También recuerdo que me gustaban mucho las historias relacionadas con los gnomos o *trolls* (personajes de la mitología escandinava, seres que vivían en los bosques).

Pero como te comenté, mi personaje preferido era *Pippi Långstrump* (sobre todo la seguía en la serie de televisión).

- La escuela a la que fui, tenía un comedor donde almorzábamos. Tenías que servirte sólo la cantidad de comida que ibas a comer. No en exceso para que no sobrara y no se tirara comida.

Todos esos años tomaba leche acompañando las comidas (era bastante común allá). En la Argentina durante un tiempo lo seguí haciendo. Algunas amigas de ese entonces me hacían notar lo raro que les parecía. Y en algún momento, no recuerdo cuando, dejé de hacerlo.

- El dulce de leche se conseguía en un comercio que vendía produc-

tos importados de varios países. Ahí también compraban la yerba mate. Pero para mí, el dulce de leche era lo mejor de la Argentina. Llegaba la lata de un kg. de la marca San Ignacio, una lata azul. Todavía recuerdo con las ganas que me servía en un platito y lo comía a cucharadas. Si tengo que resumir mi argentinidad de esos años: es el dulce de leche.

Bueno, algo más te conté. Bastante desordenado, como me fue saliendo, como pude. Seguro repetí muchas cosas que ya había dicho. Me doy cuenta, pensando en lo que hablamos el otro día y releendo lo que escribí ahora, que tengo sentimientos encontrados y algo contradictorios. Mirar para atrás, a esos años de exilio y el retorno, es alternar entre ver el vaso medio lleno y medio vacío. Es como mirar esas imágenes con efectos de ilusión óptica en las que a veces ves una cosa y a veces otra. Según desde donde lo mires. Según como lo mires. Pero todo está ahí.

Te mando un abrazo,

Ivalú



# Simplemente ¡argenmex!

Galia Labrin Kallmann\*

*Hace 32 años llegábamos a Argentina. Volvíamos del exilio o al menos así lo vivían mis padres. Pero para mí, la historia era otra: llegábamos a un país desconocido, con formas y costumbres totalmente distintas a las que yo había aprendido y que tenía una carga de “volvemos a mi país” cuando, en verdad, nunca lo había sido. Argentina, hasta ese momento, era el lugar en donde había nacido, el país que había sido arrasado por los militares y del que nos habíamos tenido que ir o el país en donde vivían nuestras familias; pero no era nada más que eso. Me llevó mucho tiempo aceptar esa nueva realidad que se me imponía. Lo que más me acuerdo de los primeros días en Buenos Aires es que todo era gris, más allá de llegar en invierno, la sensación de que faltaban colores me asfixiaba. México siempre fue colorido o al menos yo lo recordaba así. El tiempo lo que hizo fue hacer que las dos culturas convivan de una manera armoniosa; hacer tacos con tapas de empanadas; tener tíos allá, a quienes se extraña un chingo, pero que por suerte ahora pueden venir; cantarle a mi hijo Naranja dulce y el Twist del mono liso y, gracias a los avances tecnológicos, poder estar en contacto con todos esos amigos de la infancia que quedaron dispersados por el mundo. Pero lo que no hizo fue sacarme esa sensación de vivir dividida en dos: simplemente, argenmex<sup>1</sup>*

\* Hija del músico Naldo Labrin y de la periodista Diana Kallmann. Galia se exilia con su familia en México cuando tenía 8 meses de edad y retorna en 1983 con 8 años. Vive en Neuquén y se dedica al periodismo institucional.

Este texto fue elaborado a partir de la entrevista realizada por J. Celedón y C. García Vázquez el 2 de diciembre de 2019 (Neuquén). Toda la información fue revisada por Galia.

<sup>1</sup> Publicado por Galia en su Facebook (15/06/15) y leído en el transcurso de la entrevista.



Nosotros nos fuimos en junio del 76. Mi papá se había ido en marzo y quedamos mi mamá, mi hermano [Lautaro] y yo. En junio nos pudimos ir los tres. Argentina era una idea de la familia, un lugar muy dual, porque era esa cosa que ellos contaban, que era re-lindo, pero también me decían que había soldados que eran malos y que mataban gente. Veías el dolor de tus viejos, ¡la tristeza! Yo entiendo que mis papás no eligieron irse, pero yo no elegí volverme tampoco. Fue duro, muy duro.

En México terminaba segundo grado en junio, y en Argentina me vuelven a hacer repetir la mitad de segundo grado. Y mi hermano, que terminaba quinto, lo pasaron a sexto. Como sabía escribir en imprenta, me hicieron todo el cuatrimestre hacer el abecedario en cursiva. Y si hablaba, mis compañeritos me decían: “Ahí está la del Chavo”. No fue una buena llegada, llegamos un 15 de junio del 83 ¡a Buenos Aires! Dejamos nuestros amigos de toda la vida, era todo como muy solitario.<sup>2</sup>

Mi casa estaba en Mixcoac. Había mucha música, mucho ensayo, mucha guitarra. Fui a la guardería que se llamaba “La casa del niño argentino”, junto con mis amigos argentinos, que son de toda la vida: mi amigo Andrés Ríos Vela, que falleció este año [2019] y era hijo de Humberto Ríos<sup>3</sup> y la historiadora Pilar Vela, y mi amiga Tania Holland.<sup>4</sup> En la escuela IDEA<sup>5</sup> tuve amigas mexicanas. De hecho, cuando volvíamos a Argentina, fue duro despedirme de mi amiguita mexicana, Lorenita. Es más, de las pocas cosas que tengo guardada de niña, es la muñeca que me dio ese día. Mi mamá dice que ese día se dio cuenta de lo difícil que iba a ser la vuelta cuando vio que nos despedíamos abrazaditas, llorando a mares las dos.

<sup>2</sup> En 6° grado tuvo de maestra a M. Cristina Vega, exiliada-retornada. Al darse cuenta de su esfuerzo con la cursiva, le dijo: “A partir de ahora vas a empezar a escribir en imprenta”. En palabras de Galia: “eso para mí fue un montón. Primero, porque me ayudó a dejar de intentar en la cursiva y, segundo, porque me devolvió algo de mi México. Pudo darse cuenta y ayudarme con eso. Siempre le estuve muy agradecida.”

<sup>3</sup> Humberto Ríos nace en Bolivia. Luego de estudiar en el Instituto de Altos Estudios en París, se radica en la década de 1960 en Argentina. Fue profesor de Raymundo Gleyser (detenido-desaparecido el 27 de mayo de 1976) en la Escuela de Cine de la Universidad Nacional de La Plata. Unidos por un fuerte compromiso político, fueron figuras clave del “cine militante” de los años sesenta y setenta (véase la entrevista a Humberto Ríos. Recuperada de <https://periodismodeinvestigacion.wordpress.com/2009/10/28/entrevista-a-humberto-rios/>).

<sup>4</sup> Hija de Ricardo Holland y Miriam Berlak, exiliados-retornados. Tania es psicóloga y se desempeña en el ámbito educativo. Vive con su familia en Mendoza.

<sup>5</sup> Instituto de Enseñanza Actualizada.

De mis juguetes, también tengo una tortuga, que me trajo mi papá de Nicaragua, y una muñeca que me regaló otra amiga. Esas son las tres cosas que guardé. Mi hijo encontró el otro día la tortuga y dijo: “¿Y esta tortuga?” Digo: “Esta tortuga es de mamá, no se toca” (risas). Pero sí, son esas cosas, los pequeños arraigos.

Si bien la llegada a México para mis viejos estuvo complicada, vivíamos en una casa con tres familias de exiliados hasta que llegamos a la casa propia. Mi mamá siempre habla de la casa de Sur 73, que compartían con la familia de Roberto Espina<sup>6</sup> y los Bejarano,<sup>7</sup> con sus tres hijos, que también son mis primos. Para mí, la vida empieza en una casa con dos casas y un patio enorme, con una familia [con la] que compartíamos el patio. Mi papá que me llevaba y traía de la guardería, después fue con transporte escolar a la escuela IDEA, o sea, la vida era buenísima. Vinimos acá y las cosas fueron bastante más duras, pero a nivel de exilio, para mí, exilio fue Argentina, no fue al revés.

Yo entendía que vinimos a la Argentina porque parece que los malos ya se van, pero está bien ¡volvamos a casa! Yo vi cuando hicieron —eso fue ¡dolorosísimo!— la venta de mi cama, la venta de mi bicicleta, de mi ropa, porque no se podía viajar con todo. Ahí nos hicieron seleccionar qué cosas queríamos, el resto se vendía o se regalaba y eso fue así como desprenderte de toda tu vida y ver que entra en un cajón. ¡Dejar mi gato!, teníamos una perra y un gato, y nos trajimos la perra nomás. Los últimos días fueron muy complicados. Dejamos mi casa, nos fuimos a la casa de los Adellach,<sup>8</sup> unos amigos de mis viejos. Eran despedidas todas las noches, y yo, si bien no

---

<sup>6</sup> Roberto Espina (1926-2017) fue actor, titiritero, mimo y dramaturgo argentino. En la década de 1960 se estableció en Chile. A partir del golpe de Estado a Allende inicia una sucesión de exilios que lo llevan a vivir un tiempo en la Patagonia y dictar clases en la Universidad Nacional del Comahue. A sabiendas de estar en una “lista negra” de la Triple A, y bajo la sentencia del Interventor de UNCo, Remus Tetu, que en 1975 le dijo: “Espina, va a tener que irse. A mí no me gusta trabajar con cadáveres”, se exilia en Panamá hasta llegar a México como país de refugio. Luego vive en Mozambique, regresa a Chile y, finalmente, retorna a la Argentina en los años noventa para vivir en Río Ceballos-Córdoba (Pozzo, Estefanía. 6 de julio de 2017. ROBERTO ESPINA, EL QUIJOTE HUMANISTA. Cultura Caníbal, Córdoba. Recuperado de <https://culturacanibal.com.ar/roberto-espina-el-quijote-humanista/>).

<sup>7</sup> Eduardo Bejarano (1945-1983) fue un músico, poeta y maestro neuquino. Integró el grupo Voces del Sur y Sanampay. Se exilia en México con su esposa, Beatriz Petersen, y sus tres hijos: Carolina, Mariano y Camila.

<sup>8</sup> Alberto Adellach (1933-1996) fue un guionista y dramaturgo argentino. En 1976 se exilia en España hasta 1981, luego en México para, finalmente, radicarse en 1984 en los Estados Unidos.

hablaba y no decía nada en cada despedida, y hablo de cada porque en Buenos Aires volvió a pasar lo mismo, levantaba 40° de fiebre y me daba otitis. Tuve otitis reiteradas desde los nueve meses, pero en esas situaciones particulares yo levantaba fiebre y me daba otitis. Al día siguiente estaba bien pero a la noche, en la despedida, la última noche era así. Era muy fuerte la sensación de “nos vamos”, pero yo tenía la esperanza de que íbamos a volver, era: “bueno, vamos, pero ya ahora venimos, ahorita volvemos”. Me acuerdo ese día que nos fuimos al Benito Juárez [aeropuerto internacional de la ciudad de México] a las cinco o seis de la mañana, y además arrancamos en un viaje con tres escalas. Mi papá venía para formar el cuarteto Zitarrosa acá, porque Alfredo se presentaba el 30 de agosto en el Estadio Obras, entonces, papá ya venía con los guitarristas, con Alfredo Gómez y con “el Vasco” Azcárate. Íbamos por el aeropuerto que era muy largo y salía el sol y yo miraba así como diciendo “¿y ahorita qué hago acá?” Hicimos la primera escala en Lima, tuvimos que buscar a mi perra para darle de comer, porque iba en bodega. Bueno, y de ahí subimos al avión y nos fuimos a Santiago y, antes de llegar a Santiago, a mi hermano le empieza a salir sangre de la nariz, le salía sangre y le salía sangre. Las azafatas empezaron [a decir] “¿qué le pasa a este niño?”, entonces avisan al aeropuerto de Santiago que viajan con un niño con hemorragia permanente. Llegamos a Santiago de Chile, aterriza el avión, no dejan bajar a nadie, viene una ambulancia, levanta a mi hermano, a mi papá y a mi mamá y yo me quedo con los músicos, con Alfredo y “el Vasco”. Y, bueno, a mi hermano se lo llevan al hospital del aeropuerto y ahí, por suerte, le tocó un médico bastante piola que le empezó a decir: “mira, Lautaro, vos volvés ahora a Argentina, no va a pasar nada. Los militares ya no están. No te va a pasar nada a vos, no le va pasar nada a tu familia. Tenés que estar tranquilo”, y sí, dicho y hecho. Tres horas después de haber llegado a Argentina y ya, cuando estábamos en la casa de mi tía, mi hermano no tenía nada. Fue un sacudón porque, digamos, mi hermano en esas condiciones, mis viejos que me tuvieron que dejar sola con los músicos, que además no eran del grupo de “mis tíos”, pero a los que yo conocía. Pero fue así, raro. Cuando pisamos Argentina y llegamos a Ezeiza, a las doce de la noche, todo oscuro, todo cerrado el aeropuerto, y no sé por qué, a alguien en el grupo de recibimiento se le ocurrió que era una *rebuena* idea recibirnos en autos viejos.

Y yo me acuerdo que el auto al que nos subimos era uno de esos autos, no puedo describirlo, pero esos autos de los 50 y dije: “¡Es todo viejo acá!”. Y al día siguiente nos levantamos, día de lluvia, gris, a comprar *chamarra*,<sup>9</sup> porque lo que teníamos no servía, y, además, mis viejos tuvieron la muy mala idea de mandarnos a mi hermano y a mí a Neuquén —yo creo que fue para procesar la llegada a Argentina—. Para mí fue muy difícil, porque yo no dormía en casas ajenas. Y me mandaron a la casa de este tío, el que fue a conocernos a México. Y la *nonna* de mi prima me compró unas plantuflitas rojas con chivito adentro. Yo me la pasaba muerta de frío, además. O sea, era junio, julio, y en esa época había temperaturas bajo cero. Me acuerdo del frío, el té y las pantuflas rojas. Cuando llegó mi hermano, que llegó unos tres días después, ¡como garrapata atrás de él!

Creo que lo más duro fue el cambio de la rutina familiar: ver que mi papá dejaba de hacer música para hacer un trabajo de oficina fue impactante y que mi mamá también dejaba de ser periodista para hacer trabajo de oficina. Por suerte, al poco tiempo, mamá empezó a trabajar en el diario *Río Negro*. Después, mi mamá cuenta que al año me tenían que comprar zapatos, yo estaba enojadísima. Me llevó por todas las zapaterías, ¡las tres zapaterías que había en Neuquén!, y no me gustaba ninguno. En un momento me dice: “pero ¡¿qué zapatos querés?!”. Y yo le digo: “unos zapatitos de charol” —porque en México todos usan zapatos de charol—. Nunca me compraron zapatos de charol, vale decir. Mi mamá recuerda que dije: “no me gustan los zapatos de Argentina y no me gusta Argentina. Quiero irme a México”. Ahí, ella se dio cuenta que yo no la estaba pasando bien. Pero nada, la decisión de ellos era vivir acá y uno [a esa edad], hace lo que hacen los padres.

Ocho años tenía. Toda esa etapa para mí fue terrible, tristeza y angustia... creo que es lo que han vivido mis viejos cuando estuvieron allá al principio, ¿no? Yo no podía volver, ellos tampoco podían volver; o sea, ellos no podían volver a Argentina y yo no podía volver a México porque era menor. Y fue todo muy duro. A los doce años me di cuenta de que realmente nos quedamos a vivir acá, porque todo se manejaba por períodos. Papá iba a tener un trabajo en el gobierno de Don Felipe Sapag. Y bueno,

<sup>9</sup> Campera o chaqueta.

[pensé] termina esto y ¡ya está!, no tenemos nada más que hacer y nos vamos. Cuando realmente me doy cuenta de que nos quedamos a vivir acá, me deprimó por dos años, iba a la escuela secundaria a la tarde, llegaba, subía a mi cuarto, cerraba los postigones, apagaba todo y me ponía a escuchar *Sui Generis, cassette* ida y vuelta, ida y vuelta. Dos años de mi vida. Después, cuando me sentí un poco mejor, empecé a escuchar *Serú Girán* [risas]. Por eso te digo, nunca se termina.

Cuando tenía quince, dije: “yo no quiero fiesta”, “yo me quiero ir a México”. De regalo de 15 me fui sola a México. Y ahí, me di cuenta de que tampoco era México. Mi tío, Eduardo Bejarano, había muerto allá antes de venir, y al estar allá fue aceptar que realmente estaba muerto y [que] no era que nosotros estábamos en Argentina y él allá. Fue encontrarme con su ausencia definitiva. Cuando llegué, Eduardo no estaba y no estaba mi casa y México no era el mismo, lo sentí muy violento. Ahí empecé a negociar con Argentina, a los 16 años. Y también me pasó una cosa, yo siempre estaba tranquila mientras fueran más los años vividos en México que los años vividos en Argentina. O sea, ocho años en México, dos en Argentina, ocho años en México, tres en Argentina. Cuando llegamos a los ocho [años] en Argentina, ahí se pudrió todo porque no quería que pasáramos los ocho, yo quería volver a mi casa y pasaron los ocho años ¡con creces!!!

A mí siempre me gustó cantar. A veces me cuesta mucho decir las cosas y, entonces, busco una canción. Siempre les he regalado canciones a mis amigas, o les digo “esto es *re* para vos”. Mis hermanas, ¡sí!, cantan las dos y tienen mucho talento musical, ojalá que lo puedan desarrollar. Pero ellas tienen una carga distinta, no vieron el papá de Sanampay, de Silvio Rodríguez, de Zitarrosa, esas son anécdotas. Nosotros ¡sí lo vivimos!

[En la escuela primaria Jean Piaget] estaba yo sola, después llegó Ivalú, que venía de Suecia, y estuvo un año David, creo que era su nombre, un chileno que estuvo exiliado en Francia. Pero no se hablaba del exilio. Era como que no tenías que hablar de eso, no tenías que decir que fuiste exiliado. Yo viví con mucha culpa [eso de] estar viva y criada por mis padres, porque además, cuando empieza el tema del juicio a las Juntas, yo llegué a escuchar “y vos, ¿por qué estás vivo?” o “¿vos por qué zafaste?”, entonces, [pensabas] “mejor de esto no hablemos”.

Estando acá, y ahora que lo pienso, es que veníamos con miedo. Cuando fueron las elecciones, nosotros ya estábamos en Buenos Aires, las del 30 de octubre del 83. Y cuando ganó Alfonsín, mi hermano empieza a llorar a lágrimas, ¡mal!!! Mi abuelo dice: “¿pero qué te pasa? ¿Por qué estás llorando?” y mi hermano le dijo: “no, porque ahorita nos tenemos que volver”. Era esta cosa permanente de que los militares podían volver por nosotros, que podían buscarnos, pero era en Argentina, porque el país del miedo, para nosotros era Argentina. El país donde la policía es mala, los militares son malos. Yo tengo muy incorporada la cosa de la *persecuta*; y creo que se afianzó más en Argentina que en México, porque en México no nos perseguía nadie. Pero acá había gente desaparecida, había familias desaparecidas, niños desaparecidos. Y tampoco te identificabas mucho porque ¿de qué te vas a quejar si estás vivo y te criaron tus viejos? México [funcionaba] como ideal: el país de la felicidad. Lleva mucho trabajo desarmar esto, ¿no?, poder decir “che, pará, está bueno México, pero tampoco es tan así”, y cuando vas y te encontrás con que no es tan así, es ¿y ahora qué?, o sea, no es ni México ni Argentina. Entonces, ¿qué es? Es una dualidad fuerte, hasta que, bueno, [te] rearmás. Yo estoy con mi marido hace 26 años, y es un tipo totalmente distinto, no tiene nada que ver con esta historia, él viene de San Juan. Y una vez que visitó a su mamá, cuando llegó, me dijo: “por fin llegué a mi Neuquén”. Y yo pensé: “si él siente eso yo también puedo decir es mi Neuquén”. Creo que ahí empecé a conciliar. Esta cuestión de saber dónde estoy.

Hoy por hoy elijo que mi hijo crezca en Neuquén, que sea así, porque lo puedo hacer. Mis padres no se imaginaron criándonos en México, la vida los llevó a eso por sus decisiones políticas, que yo respeto y agradezco, porque me han hecho la persona que soy. Pero no se imaginaron eso, no pensaron eso para nosotros. La vida ha sido así. Y esa comunidad, es muy difícil poder explicar y transmitir la sensación de comunidad (...). Esto que te decía, era muy solidaria la gente en México. Mis viejos vivían en reuniones y yo no tengo recuerdo de que fuera tedioso. Y yo me pongo a pensar que a mí me llevaban a reuniones y siempre me divertí, siempre había otros niños, porque, claro, no había abuelos, ¿a quién les dejabas los chicos? Mi papá tenía una tocada en la peña “del Sapo Cancionero” y nosotros volvíamos a las cuatro de la mañana con ellos, y yo dormía en dos sillas o dormía

a upa de mi mamá. Una vez le dije a mi mamá: “yo me acuerdo de esto”. Es una imagen en la que yo me despierto, abro los ojos y veo que estoy durmiendo con ella, veo que mi hermano está arriba y veo que estamos durmiendo en un camarote. Hay una ventana redonda, era azul y eran blancas las sábanas. “¿Qué es?”, le pregunté y ella me dice: “Vos no podés acordarte de eso”. Nosotros yendo a Guanajuato en tren porque mi papá estaba tocando ahí, y yo tendría un año. Y es esa cosa, sí, son los olores, son las formas. Yo me acuerdo cuando escuché por primera vez las canciones de los tangos de *El exilio de Gardel*, que hay una parte que dice: “Somos hijos del exilio dentro y fuera del país”, y para mí eso es así, no hay forma, no podés escindirlo. Mi mamá ha vuelto ahora a su pueblo, Riglos, que está en La Pampa y se encontró con sus amigos de la infancia. Yo no tengo ese lugar adonde ir. Y, además, si vuelvo, no es que encuentro a la gente con la que estuve. Es muy difícil decir: “yo no estoy dividida en dos”. Fue muy fuerte México, y fue muy fuerte porque está asociado al golpe militar en Argentina. Vos decís: tenés desaparecidos, tenés detenidos-desaparecidos pasados al PEN, hijos de desaparecidos, hijos desaparecidos y tenés los exiliados. Los exiliados, recién en la época de Cristina o de Néstor, tuvieron otro espacio. Yo creo que desde ahí digo que yo viví en México porque fuimos exiliados políticos. Hasta entonces no lo decía, y en 2003, que estaba cerca de los 30, tenía 28 años. Nunca manejé bien esa dualidad, de si se puede decir, si no se puede decir. Mis viejos preferían que no digamos que habíamos sido exiliados. Entonces ¿qué hago con esa parte de la historia? Por eso es muy difícil decir que se puede amalgamar, ¿no? Sos *argenmex*, siempre sos. Todo radica en *argenmex*. Y es eso, es el corazón dividido, la bandera es esa, es mitad mexicana, mitad argentina.

[Mi mamá habla] del corazón partido en dos. A mí me gusta más usar el *argenmex*, porque creo que une, en vez de dividir. Si estuviera partido estaría dolida, no sé si estoy dolida, ya no, ya lo vivo de otra forma. En México, dejé mi vida, dejé a mis amigos, dejé a Lorenita, mi gato Catsby... Y entiendo que mis viejos hicieron todo lo que pudieron; o sea, yo, [durante] mucho tiempo les facturé ¿cómo se les ocurrió venir a Argentina y mandarme a Neuquén a 1.200 kilómetros? Hoy te digo, ¿sabes qué?, ellos tenían que llegar, tenían que volver al país que los había expulsado, tenían que reencontrarse con sus amigos. Yo no les puedo seguir reclamando, a los 44

---

años, lo que hicieron en ese momento. Saber que estuvo duro, sí; decir que yo haría lo mismo, no, seguramente que yo no haría lo mismo, pero bueno, yo no les reclamo esas cosas. Una vez me dijo una psicóloga, porque yo le decía: “yo no quise venir a Argentina, yo no elegí venir a Argentina”, y ella me dijo: “pero ellos no eligieron irse”. Cuando ella me lo dijo pude tomar perspectiva de que la decisión no había sido de ellos, o sea, era “o es esto o te mato”; y eso también ayuda a mirarlos un poco más, fueron padres muy jóvenes. Sí hay cosas que a mí me han pasado y yo no sé muy bien qué [es lo que] tienen que ver: cuando voy a las marchas y estoy muy cerca de los bombos, me da taquicardia, tengo que mantenerme lejos. Mi mamá sospecha que es por todo el tiempo de huida que hubo entre que yo estaba en su panza y luego de bebé. Entonces, no es sencillo, porque lo que sentís es un desgarró, o sea, vos tenías una vida y te sacaron de ahí y te metieron en esta vida (...) que no tiene nada que ver con aquella. Ya México es como que ya está, ya acomodé, está en el cajón que tiene que estar.

Mi vida está dividida en dos, y una parte es de 8 años y la otra es de 36, y no hay forma de que eso cambie. Que tenga esta dualidad es porque me tuve que ir a otro país. Sí, tiene que saberse que a los hijos del exilio también nos afectó, que nos pasaron cosas. Yo creo que a todos nos pasa lo mismo, eso de decir: “yo estoy viva”. Entonces, la consecuencia de la dictadura militar fue de 30.000 desaparecidos, más de 500 niños apropiados, los exiliados y los hijos de los exiliados. Insisto en esto: “somos hijos del exilio dentro y fuera del país”, eso es así, no tiene otra forma. Siempre me pregunto si yo soy exiliada política, me parece que no, mis viejos son los exiliados políticos y yo soy hija de exiliados políticos. Hago esa diferencia porque el compromiso político era de ellos, y nosotros sufrimos la consecuencia de esa militancia política.





## **Volver a casa: México, ¡Tierra Santa!**

Lautaro Labrin Kallmann\*

*El argenmex naturalmente es de dos naciones. Yo soy de dos naciones y quizá de hasta una tercera... Soy de los argenmex que más tiran para México. No fue la vida simple para ninguno, de esto sí estoy seguro. En algún punto, en alguna situación nos pega, nos toca y nos vuelve. Con lo latinoamericano nos quedó muy arraigado la lucha de los 70, que no perduró. Me quedó muy arraigada la furia poética de Sanampay en vivo, la de Alfredo, la de Silvio desde su punto de vista por su tierra, me quedó esa lucha... Hoy es muy complicado encontrarla, hoy está más distorsionada, está más adentro de una grieta política más extraña, deja de ser una lucha y pasa a ser un partido político y ya creo que se desvirtúa. Quizás, o soy de la vieja escuela latinoamericana y por eso no encuentro un lugar tampoco donde poder expresarla porque no lo hay. Pertenezco a México y pertenezco a Argentina. Me preguntás en dónde está mi corazón, en el avión, en el medio de la frontera. El símbolo que más me pegó siempre es el del Yin Yang, los dos lados tienen un poco del otro. Tanto la oscuridad tiene un poco de claridad y la claridad tiene un poco de oscuridad. Creo que es eso. A veces pienso que si yo vuelvo a vivir a México sería un argenmex también, no terminaría de ser mexicano, creo que seguiría tomando mate... Por eso me acepto como argenmex, pero*

\* Este texto es el resultado de dos entrevistas realizadas por C. García Vázquez y J. Celedón, el 4 y el 10 de diciembre de 2019 (Neuquén). Toda la información fue revisada por Lautaro.

*reconozco como un lugar más habitable a México, me pasa eso. Un lugar donde yo creo que viviría mejor sería en México. Esa es la diferencia.*

Mi papá viajó primero, vendió un auto, se fue el mismo 25 de marzo. Empezó a trabajar allá para enviarle los pasajes a mi mamá. La ansiedad de mi mamá nos salvó, estábamos acá, en Neuquén, y figurábamos en una lista negra. Mi mamá dijo “nos vamos a Buenos Aires”. Nos habían reventado la casa. Me imagino mi madre, yo tenía cuatro años y mi hermana ocho meses, arrastrándonos en el aeropuerto con las valijas y toda la historia para sacarnos de acá. No entendí hasta mucho después lo que me pasó, los relatos que escuché allá pesaron mucho.

Mi viejo es músico,<sup>1</sup> de hecho, aprendí a hacer esto [manejo de consolas y grabación] en México. Con el grupo salían todo el tiempo. A veces estaban en el Distrito Federal, si iba a grabar, yo me iba con él. Me imagino un chico de 6 o 7 años adentro de un estudio de grabación, hay que entretenerlo con algo y me enseñaron a grabar ahí. A los 8 o 9 años ya empecé a grabar discos. Las primeras grabaciones que tengo son de Alfredo Zitarrosa. Yo tenía una relación más cercana con Alfredo, al no tener hijos varones creo que me había apañado por ese lado, no sé si era chiquito y le caía en gracia. Lo primero que grabé fue un disco, que no lo grabé yo, me decían dispará acá, no había computadora, no había control zeta, cada pinchada había que entrar y contar los compases, era otra historia. Creo que se hizo en apoyo al Frente [Sandinista de Liberación Nacional] de Nicaragua, que estaba contra Somoza, ese fue uno de los primeros discos que me acuerdo que estaba en el estudio.

Empecé la escuela allá. Primero era el argentino en México. Era, por un lado, lindo y, por otro, no. Era lindo decir “tengo algo particular, algo distinto al resto” (...), pero después empecé a ser el hijo de uno de los músicos de *Sanampay* y ahí se me fue abriendo otra puerta, me empezaron a integrar de otra manera, ya era Lautu, no era más “el argentino”. Yo empecé la primaria en una escuela privada, hice primer grado hasta sexto con los mismos amigos. (...) Y terminé haciéndome uno más del montón, con ami-

---

<sup>1</sup> Se refiere a su padre Naldo Labrin.

gos que jugábamos al fútbol, que jugábamos al box, al fútbol americano, al béisbol, a las cartas. Incluso cuando me decían “argentino” yo no tenía la sensación de que era otro, que era agua de otro pozo. Cuando llegué acá, era el mexicano...

[ Al volver] perdí primer año, allá hasta sexto y acá no llegaban los títulos e hice séptimo de nuevo en el sistema argentino. Llegamos en junio o julio del 83. Volvimos con una gira que tenía Alfredo. Aprovechando esa gira, las dos familias decidieron regresar a Argentina. Eran más o menos 8 recitales en distintos lugares del país. Y en el medio, me acuerdo, pasaron las elecciones. Mis viejos, peronistas, cuando perdió el peronismo, yo pensé, “¡nos volvemos a casa!” Sí, sí, cojonudamente lo digo. Me costó muchos años entenderlo, años y años de trabajo, lo que dejé allá. Fue una bisagra muy fuerte. En la ida tenía cuatro años, estimo que eso no me costó, no, no, pero a la vuelta me costó años y ¡mucho!

Mi edad fue clave. Tenía amigos que empezaban a ser amigos “más carnales” [como] se decía allá entrando a la adolescencia, amigos que uno piensa que son para siempre. En Argentina terminé quinto año y me quería ir a estudiar música a la Escuela de Avellaneda. Me agarró la *hiper* de Alfonsín, ahí entendí que este país te quita el futuro. Y sigo con eso (...). Entonces entendí que no hay futuro porque la realidad económica te lleva a otro lugar, salvo que entres en la bicicleta financiera, que busques dólares, pero yo realmente para los negocios soy desastroso, pero sí, me duele que mis hijas no tengan un futuro.

Tuve una infancia particular, mucha gente que soltaron llegaba a México. Mi casa era muy grande y era un punto de encuentro y de reunión. Mis viejos hacían muchas reuniones. Yo lo dimensioné mucho tiempo después, pasaba Silvio Rodríguez, Alfredo Zitarrosa, Pablo Milanés y se quedaban días en casa, semanas enteras. Y para mí eran tíos que estaban, que iban, que venían y ¡qué sé yo! Tejada Gómez estuvo casi un año. También estuvo Lima Quintana; García Márquez fue un par de veces a casa. Yo dimensioné todo eso cuando estaba acá en la secundaria. Me hice muy amigo de Santiago Feliú, que me llevaba cuatro años. Cuando nos conocimos, él también era medio parco, y le costaba hablar porque era medio tartamudo, empezamos a guitarrear y ahí nos hicimos amigos. Los conocí a

todos como personas, con sus falencias y sus virtudes desde lo afectivo y desde el trabajo social. Me acuerdo de eso, pero mi vida era así, no era que venía Silvio Rodríguez, venía Silvio, pasaba Delfor Sombra, Caíto, eran todos los que vivían en casa y Armando [Tejada Gómez] era uno más también. De Armando tengo una particularidad [y tiene que ver con que] de mi viejo, en sí, lo que más me atrajo es la música, para mí la música es vital, es vida completa, y de todo lo que ha hecho mi viejo lo que más me gusta es “Coral terrestre”, creo que es la obra más grande que he escuchado. Con Armando recuerdo haber hablado de eso, pero me las politizó a todas. Yo iba y le decía: “Contame desde la perspectiva latinoamericana, el comunismo guardátelo”, porque era acérrimo. Así era la relación con Armando, que era un tipo muy apasionado con todo, ¡todo lo magnificaba!

*Sanampay* lo armaron cuatro personas, Eduardo Bejarano, mi viejo, Delfor Sombra y Caíto [Carlos Díaz]. “Caíto” fue el que más tarde tuvo una hija con la que nos conocimos 15 años después, más o menos. Con los hijos de los otros nos juntábamos, éramos como el núcleo familiar, después se suma Alfredo [Zitarrosa] cuando volvieron de Madrid. Que yo me acuerde, el núcleo más cercano era ese, eran nuestros tíos, nuestra familia. Después Miguel Ángel [Estrella] se quedó un año, iba y venía; Silvio Rodríguez se quedó unos meses, Pablo Milanés no tanto. Pasaban por casa innumerable cantidad de gente. Pero el núcleo era ese, son los primos con los que nos criamos. Y eran casi todas mujeres. El más cercano era Mariano [Bejarano], y después de los hijos de Delfor, Sebastián con quien nos llevábamos 4 años.

Y cuando alguien llegaba, solía ir a casa. Bueno, ¡la emoción! Entiendo hoy la situación, en el momento, yo me escondía para ver lo que pasaba. Yo notaba que había algo raro, algo que movilizaba a los adultos, que estaban ansiosos y querían saber lo que pasaba acá. Y me comí muchas declaraciones de tipos que habían salido de plena tortura. Me acuerdo de dos o tres que eran muy bestiales y que no me las saqué nunca más de la cabeza, y yo, que tenía 7 u 8 años, me sentaba en el borde de la escalera porque sabía que no me veían y escuchaba, escuchaba. Entonces el miedo que tenía para volver era muy grande. El avión nuestro hizo escala en Perú y en Santiago de Chile. A Perú llegué con un ganglio en el cuello más grande que mi cabeza, entonces el médico me dio no sé qué, y ahí arranqué con

un derrame nasal de Perú a Chile y el médico de Chile se dio cuenta, él fue el que dijo “este crío no quiere volver”. Entonces recuerdo que me dijo “volvés a Argentina que es tu casa”, llegamos a Ezeiza, fuimos a la casa de una hermana de mi mamá que me dijo “bueno, estos son tus primos”, ¡qué sé yo! ¡ni el olor!, no sentía nada. Cuando regresé [en 2006] a México el olor fue fundamental. Me entró a abrir puertas en la cabeza que yo había anulado. Eso fue apenas llegué. Me fue a buscar un tío, Delfor, salí del aeropuerto y cuando abrí la ventanilla se me empezaron a abrir todas las puertas en la cabeza y me entró a acordar de todo, que yo había anulado, un mecanismo de defensa, no sé qué pasó, pero sí, ¡esa es la Tierra Santa!

Fue como una sensación de tranquilidad. Una jornada de trabajo muy fuerte, vos llegás a tu casa, te desabrochás el cinturón, te sacás la camisa y te relajás, esa sensación la tuve cuando bajé la ventanilla. Habría quinientos millones de vehículos en la autopista. Me contrataron para un sonido en el Teatro Nacional, [un día] terminé a las 8 [y, al salir,] me agarraron diez pibitos de unos quince años que dijeron “a este güerito...” y yo entré a charlar con ellos: “vamos no me van a robar a mí, que yo soy de acá”. Les invité una cerveza, los distraje y cuando vi que estaba todo bien me las tomé, más o menos logré zafar. Digamos, conscientemente yo me tendría que haber tomado un taxi, la sensación de seguridad que tenía no me daba el raciocinio para inventar tal cosa.

Cuando llegué a Argentina tenía mucho miedo. Estaba cojonudamente asustado. Esa sensación sí la recuerdo, sobre todo cuando perdió Luder, porque yo era chico y mis viejos me decían hay que ver por cuánto gana, estaban convencidísimos —¡menos mal que ganó Alfonsín!—. En el momento en que pierde el peronismo, dije: “No, otra vez”, me escondí debajo de la cama. Aparte mis viejos no estaban en Buenos Aires, estábamos en un departamento en Buenos Aires, ellos estaban de gira con Alfredo, y en ese momento yo me escondí debajo de la cama. Por eso me acuerdo que era miedo liso y llano, no tenía otro contraste.

Llegué con 13 años. Quería juntar guita para volver a México, era fundamental para mí lograr eso. Estuvimos un mes acá [en Neuquén] sin mis viejos. Yo llamaba por teléfono, en esos tiempos los teléfonos eran de ENTel, no todas mis tías tenían teléfono, entonces averiguaba dónde estaba

mi hermana para hablar con ella —las distancias de acá al centro eran largas—, trataba de cuidarla, cada vez que la veía le preguntaba: “¿Cómo estás?”, “¿estás bien?”. Yo le decía: “Estoy buscando el método de volver a casa”. Y me miraba, no entendía de qué le hablaba. Pero eso sí lo viví. En 2006 me di cuenta que no se me fue la sensación. Hoy tengo 48 años, no sé qué pasará con mi vida pero ganas de irme tengo, ganas de volver a casa tengo, siempre, me quiero morir allá, lo tengo recontra presente. No es que desprecio este lugar, que me ha dado a mis hijas. Pero es lo que vos me preguntabas del hogar, yo sí siento mi hogar a México. Extraño esa sensación de estar relajado, yo acá no logro relajarme en ningún momento. Estoy en un lugar de trabajo cómodo, vivo bien y en cuanto a mi profesión me ha traído muchas satisfacciones, pero me sigue faltando esa piedra fundamental. Fue un quiebre. Totalmente. Creo que dejamos muchas cosas allá. Yo me imagino que mi pesar era el mismo que tenían mis papás. Cuando vos estás haciendo la comparación entre la primera generación y la segunda, esa sensación de mis padres de volver a casa es la que necesito yo como segunda puesta para allá. De hecho, varios de los que adoptamos como tíos, vinieron y los hijos no lograron nunca asentarse. Y se volvieron a México. Me llevó tiempo entender a mis viejos, yo sí entendí que me fui sin entenderlo y regresé sin quererlo. Eso sí lo tenía recontra claro.

El deseo de volver a México lo tuve siempre ¡sí! Y yo creo que a mí me tocó quedarme entre México y la Argentina, para mí yo me quedé arriba del avión, entonces jamás logré ni hacer pie acá ni despegarme de México. El resumen de lo que a mí me pasa es eso. Es eso, no era la sensación de volver, en ese momento lo vivía de otra manera, lo vivía como que me tenía que cuidar de lo que decía, que iba a volver la tortura, los desaparecidos... Me asustó mucho en Plaza de Mayo cuando vi los dibujos de las pancartas, con una figura y el nombre: “Juan Pérez arrestado tal día”. Sí, apenas volvió la democracia fuimos a Plaza de Mayo y me dio un miedo eso, me quería volver al departamento ¡ya!, e irme abajo de la cama otra vez. Y eso fue, debe haber sido después de que asumió Alfonsín, creo que fue el primer aniversario del golpe. En el 84 por ahí, pero sí me acuerdo, eran como fantasmas —y yo, en México, vivía de fiesta el Día de los muertos— pero eso sí me daba miedo, no me daba miedo estar arriba de una tumba con los fantasmas de México. Pero esta historia de terror argentina me trabajó la cabe-

za de otra manera. No culpo a mis viejos, no me decían “vení, sentate acá y escuchá”. Yo soy consciente de que yo lo hice, aproveché la situación, porque ellos estaban enchufadísimos en lo que oían, no en lo que pasaba alrededor. La gente que logró sobrevivir a la tortura yo no sé si va a volver a vivir otra vez, tiene que haber hecho mucho trabajo. Me acuerdo que a un amigo pianista<sup>2</sup> le quebraban los dedos, vendado, y después lo llevaban a otro piso donde había una “enfermera” (...) que le curaba, eso fue cíclico durante dos o tres años. Una de las últimas sesiones de tortura que tuvo, le sacan la venda de los ojos y la “enfermera” que lo curaba era la misma que lo torturaba. (...) No era solamente lastimar el cuerpo, era matar el alma, matar la cabeza, era eso lo que buscaban, y en muchos casos lo lograron. No es normal, tenés que ser muy sádico para pensar las torturas, tenés que tener una maquiavélica cabeza, y eso es lo que me asusta, el argentino es creativo en muchas cosas, ahora cuando usa la creatividad para otra cosa...

Literalmente dentro del colegio era el güerito. Cantábamos el himno mexicano con un sentimiento enorme y no tuvimos ningún recuerdo de que me hayan apartado por ser un argentino. Prejuicio sí había y lo vi contra los porteños, pero muy respetuoso el prejuicio del mexicano, cuando lo ven, “¡ya, párale!”, te lo dicen así “tranquilízate”, tiene eso el mexicano no va con muchas vueltas tampoco. Tenía mis primos, los Bejarano, que vivían en un lugar con unos edificios de 10 pisos cada uno, había chicos uruguayos, argentinos, chilenos, jugábamos mucho ahí y nos juntábamos en un playón central y era juntarnos a reírnos: “Y tú de dónde eres” y “¡pinche uruguayo!”, “¡pinche argentino!”, no era que te alejaban, era más de convivencia. Son el patio de Estados Unidos, tienen dos premisas: al mexicano nunca le toques a la madre, te matan, y la cultura es parte de la madre, te dejan tener Mc Donald, Burger King, pero hasta la puerta de Tenochtitlán. En la capilla de la Virgen de Guadalupe hay un Mc Donalds, un Burger King, un Wendy’s pero adentro es una zona inmaculada. Son así, te movés hasta cierto punto, pero después si seguís las reglas de ellos no pasa nada. Y las reglas de ellos son las más razonables que vi. Yo creo que este país

<sup>2</sup> Se refiere a Miguel Ángel Estrella, secuestrado y torturado en Montevideo (Uruguay) en 1977. Véase la entrevista que le realizara Miguel Bonasso al pianista argentino, el 12 de octubre de 2003, titulada “Me decía: ‘te formaron para tocar para nosotros y elegiste la negra’”, publicada en Página 12, Buenos Aires. Recuperada de <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-26634-2003-10->



perdió totalmente la identidad. En México, al Día de los Muertos, nadie se los toca. Acá, las fiestas patrias son un día para no ir a trabajar, pero no lo digo demagógicamente, lo digo desde la parte que uno siente hacia lo propio sin caer en lo facho nacionalista. Yo creo que Argentina pierde la identidad latinoamericana. Y eso sí me duele de este país, incluso yo soy parte alemana por mi vieja, lo cosmopolita es muy grande acá también, pero no lo veo ni en la educación ni en la cultura. En México, te abren las puertas, te dejan pasar, pero lo que es nuestro es *nuestro capital*, nuestra historia es *nuestro patrimonio* y lo cuidan a rajatabla. Lo hacen por el sentimiento a lo suyo, por eso lo comparan con la madre. Es lo mismo, su cultura es lo mismo que su madre, no la podés tocar. Yo aprendí a respetarlo, no solo que lo respeto, lo entendí y lo hice carne también. Fueron todo este tipo de cosas que cuando yo llego acá no logro bajar, acá sí me sentí sapo de otro pozo, hoy me pasa. El golpe militar en sí creo que fue un trabajo de unos 50 años para terminar en lo que terminó, entiendo que llevará unos 50 o más años tratar en revertirlo, por esto mismo porque no es que eliminaron una forma o limitaron una forma de pensar, eliminaron el pensamiento. Por eso creo que el trabajo de los militares fue bastante fino. Y cuando fue pasando llegó la “tinellización” de todo. Se perdió el diálogo, yo me acuerdo en México nos juntábamos y hablábamos de todo. Armando me enseñó eso también, la idiotez latinoamericana. A la parte latinoamericana la miro desde mi crianza en México, escucho música latinoamericana desde que nací, quizá por eso la siento muy adentro porque la vivo a Latinoamérica desde la música, me crié escuchando eso. Fui viendo las corrientes políticas, los desarrollos sociales, viví la liberación tanto de Nicaragua, como la que se llevó después en Panamá y en Costa Rica. La cubana me la contaron. En México yo me acuerdo que nos juntábamos seguido, veíamos a nuestros padres cada vez que se juntaban y grababan discos, hacían recitales, a favor de distintas causas en toda Latinoamérica. (...) A Latinoamérica la veo desde ahí, desde esa necesidad de levantar y resistir. Y la vivo desde la música, la música es fundamental. Escucho música de distintos lugares del mundo, pero necesito cada tanto volver a la raíz. Cuando empiezo a despejarme de lo de mi viejo, empecé con Pink Floyd. Mi viejo, como trabajaba con productoras mexicanas, tenía entradas para los recitales y me llevó un día: “vamos a ver un recital de rock”. Fuimos al Estadio Azteca y comen-

zamos a ver *The Wall*. Yo me acuerdo la imagen mía, yo tenía 10 años justo, estaba comiendo un *hot dog*, estaba así sentado esperando y veo un avión que se acerca al Estadio Azteca y pienso “qué bajo está eso”, y revienta contra el escenario y empiezan a tocar...Y yo dije “¡Chinga! ¡la madre!, ¡güey! ¿qué es esto?”

Tengo dos lugares a los que los siento como más neutrales: uno, es con mis hijas —mis hijas creo que son lo más importante para mí— y, otro, es atrás de la consola.



## Acá la T y la L no suenan juntas

Citlali Vilte Chaves\*

*Al momento de entrar con algo formal o legal, de golpe te saltaba que no eras de acá. Que en otro momento capaz que no lo sentías, pero ahí el mismo Estado te devolvía: “vos no sos de acá”. “¿Cómo? ¿Yo no soy de acá?, o sea, no soy de acá porque vos, Estado, habías decidido que no podía nacer acá. No porque yo elegí”. Entonces, a todo eso le di una nueva vuelta a partir de la psicóloga que me devuelve “vos también fuiste exiliada, estuviste exiliada, no solo tus padres”. Ahí fue un quiebre... Yo relataba la historia del exilio como la historia de mis padres (...) o la historia de los amigos de mi mamá o la historia de los amigos de mi papá, y de golpe fue como que esa historia también era parte de mi historia. Como que yo no era ajena, que no relataba esa historia desde afuera, que yo había vivido esa historia en primera persona.*

Comienzo a darme cuenta de que había algo diferente, de entrada, por mi nombre.<sup>1</sup> Hasta que me reconcilié con mi nombre pasaron muchos

\* Citlali nace en México en 1981. Es hija de René Chaves y Ernesto Jesús Vilte. La historia de René, su madre, es conocida por haber sido militante y diputada justicialista en Neuquén. Luego de sucesivas amenazas se exilia en 1977. Allí conoció a Ernesto, abogado jujeño y militante de una agrupación de orientación marxista, quien había llegado a México a fines de 1976. En 1984, su padre retorna solo a la Argentina y se instala en Jujuy. René pudo hacerlo recién en 1988 con Citlali (con 6 años de edad), permanecen un tiempo en la capital de Neuquén y, luego, se trasladan a Aluminé en donde René trabaja como docente. Terminada la etapa del secundario, Citlali estudia Psicología en la Universidad Nacional de Córdoba.

<sup>1</sup> Este relato fue elaborado a partir de la primera entrevista realizada el 20 de diciembre de 2019, por M. Schierloh, S. Bascur y C. García Vázquez (Neuquén). Toda la información fue revisada por Citlali.

años porque era “¿cómo?”, “¿qué?” Deletrearlo, porque esto de la T-L es como que no, no. De ahí: “¿qué significa?”, “¡ahhh, sos mexicana!” y “¿por qué sos mexicana?” Y ahí empezaba una situación que, como yo era chica, era complejo de explicar. Después mi mamá, en Aluminé, siempre siguió militando en el gremio y, bueno, era una madre soltera, que militaba, que había vivido en México, era así como medio bicho raro. Ahora Aluminé es más grande, antes eran dos mil habitantes, así que todo el mundo se conocía. Cuando llegamos fue difícil, ni se hablaba, ni se podía hacer nada. Gendarmería es muy fuerte, el pueblo tiene mucha población gendarme. Entonces, mi mamá en esa época tenía mucho miedo de... “guarda a quién le contas”, “guarda con...”, porque todavía estaba esto de “los subversivos”, “algo habrán hecho”. Acá, en Neuquén, no tengo tanto el recuerdo, pero en Aluminé sí, fue muy marcado esto de “cuidado con quién...”. (...) Sí, yo creo que esa fue la etapa más “rara”, porque yo sentía como que mi historia no se podía contar y era yo un bicho raro porque tenía el nombre raro, había nacido en México...

Los últimos años de la primaria y el secundario fueron complicados. Bueno, después, en cuarto año me eligieron abanderada y [yo] era extranjera. Lío acá, lío allá, que sí la bandera, que no la bandera. Yo en ese momento decía “ufff, puro lío, yo no quiero. A mí me da igual!” Y yo veía que mi mamá se enroscaba ¡y dale que la denuncia en el INADI! Ahora la entiendo, en ese momento era como no querer estar ahí, que todo el mundo hable de vos (...) Había una reglamentación del Consejo Provincial de Educación que prohibía que los extranjeros porten la bandera argentina. Y justo ese mismo año hubo un caso de una nena chilena en una escuela. También Menem me mandó una foto. La tengo guardada. Yo pensaba “esto es un quemo” [risas]. Y eso fue en el último año, en el 98. Me sentía expuesta. En esa época, como que ya había pasado un poco el miedo, y entonces ya hablábamos abiertamente: “nacé en México por el exilio de mis padres”. Había una ley, bueno, mi papá es abogado, que establece que los hijos de argentinos nacidos en el exilio por razones políticas se reconocen argentinos por el solo hecho de no haber podido nacer en territorio argentino por ese motivo. Entonces, todo ese lío... hasta que me dieron la bandera. Se tuvo que derogar la Resolución [CPE N° 2256/88] y a la chica chilena y a mí nos dieron la bandera a la mitad del año siguiente. Pero, bueno,

fue toda una situación en ese momento... ahora puedo entenderla un poco más. Yo tenía 17 años, era “¿para qué hacemos tanto lío si no importa si no soy abanderada?”, yo lo leía desde ahí. Y mi mamá lo leía que no, ¡que no!, ¡que es un hecho de discriminación! Salió en los diarios.

De grande uno empieza a entender todo lo que significa el exilio, no es solamente estar lejos de tu casa. Es que quedás en condiciones de desigualdad, que no sos ni de acá ni de allá. Por ejemplo, en México se iza la bandera en las escuelas los lunes y se baja los viernes. Ese es el momento cuando se canta el himno. (...) Y ese día tenías que ir vestido de blanco en el jardín. Mi mamá ¿cuál fue su brillante idea? Pedir un guardapolvo a la Argentina [risas]. Los chicos van con un pantaloncito blanco, una remera, o un vestidito blanco. La única ridícula con guardapolvo argentino, con tablitas y todo, ¡era yo! “¡Ay, mamá!”... “¡pero era blanco!” ¡La única ridícula de guardapolvo en México! No sé, ella sentía que así hacía patria, no sé qué se le ocurrió, pero le pareció fantástica esa idea. Ahora le parece que tendría que haber comprado un vestido blanco y preguntarme.

Pero México era eso, no eras un mexicano 100%, por decirlo de algún modo. Y acá, no eras argentina porque eras mexicana, tu documento dice mexicana, entonces no eras argentina. Esto de: “¿y vos comés tacos?”, “No, vine a los seis años, nunca supe hacer un taco, mi mamá menos”. Hasta el día de hoy me dicen lo de los tacos, “¡nooo! ¡no sé hacer! ¡Sé hacer empanadas, un bife te hago!” [risas]. Eso si te da una sensación de no ser de un lugar ni del otro, en algunos momentos, cuando estás en exilio es eso: es como que estás en un lugar que te resulta que todavía no te es propio. Y muchos de los que decidieron volverse, fue por eso. A veces mi mamá dice: “estuvo bueno veniros de México”, así sale la charla. Y yo le digo “¿pero vos te querías volver?”. Hubo otros que se quedaron, pero ella siempre hablaba de que se quería volver. Y le digo: “y hubo cosas que estuvieron *rebuenas*, otras hubiesen estado mejor en México” ¡Qué sé yo!, en México, a mi mamá casi no la veía porque trabajaba mucho y la ciudad es gigante, entonces viajaba un montón. Le digo eso: “al menos acá, en Neuquén, te veía todos los días la cara, desayunábamos juntas”. Eso, en México no existía. Conocí a mi abuela, conocí a mis tíos, conocí a mi familia en Jujuy, eso es lo bueno de haber vuelto.

[Al hacer terapia] lo pensé de otra forma; de entender también algunas cuestiones que, antes, quizá no les podía dar un sentido a mi malestar. Y como que uno, al verlas desde otro lugar, no vivió el miedo, la huida, salir, digamos, realmente al borde del riesgo de vida. Pero sí, vivir o haber vivido en el exilio significó esto. Yo tengo una relación diferente a la que tienen mis primos con el resto de la familia, digamos, yo no me crié con mis primos, no tengo el mismo vínculo con distintos personajes. Algo que no es ni bueno ni malo, es distinto y tuvo que ver con estos 6 años que yo viví en otro lado. Ahora se puede hablar también porque el miedo fue cediendo. Es más, creo que llegamos y al poco tiempo fue lo de La Tablada y recuerdo que mi mamá quería que nos vayamos. Tengo en mi memoria la situación de miedo, de que ya viene de nuevo y cómo nos vamos y la plata y que no sé qué, los pasaportes. Entonces, era todo el tiempo así al principio, una situación de peligro, de que si contabas te podía pasar algo. Me acuerdo en Aluminé, escuchar a compañeras, hijas de gendarmes, “no, bueno, eran todos unos subversivos y algo hicieron, por eso terminaron así”. Me quedaba callada con algunas, había otras con las que tenía un lazo más cercano y les decía “mirá, mi tía está desaparecida y ella era maestra, su militancia era en el gremio”. Escuchaba comentarios que en ese momento eran pesados, pero ahora veo que todo eso son los resabios de haber vivido esa historia y que en algún momento era incómodo y ahora no me es incómoda, porque es mi historia. Pero en la adolescencia o en la niñez es difícil ser el diferente. Igual, yo tenía un grupo de amigas que eran divinas y con ellas sí hablaba (...) En un momento era como un peso “¡ufff!”, “¿por qué yo soy la distinta?” Y ahora no. Estoy orgullosa por lo que mis padres hicieron, lo que fue mi historia, digamos, que dentro de todo es una historia distinta, complicada, pero que ya no la reniego como en aquel momento de mi adolescencia, porque era denso el tema.

Yo siempre pienso que México fue el lugar que me permitió nacer. Uno, porque permitió que mis padres estuvieran vivos y, dos, que se conocieran allá. Yo pienso que mi sensación con el exilio no fue en México, fue en Argentina. En México era chica, era otro el contexto, capaz que no lo notaba, pero sí cuando llegamos a la Argentina, esos [primeros] años, ahí es donde yo sentí esto del impacto del exilio, de haber nacido en el exilio. México es un lugar al que le tengo mucho afecto, me genera mucha grati-

tud. Sí, es eso, es un lugar de mucho cariño, de gratitud... creo que esa es la palabra. Los recuerdos que tengo son lindos, sí, de la vida en una gran ciudad que es difícil, pero momentos muy gratos, de gente con la que una se sintió muy querida ahí, o muy cuidada. En cada lugar en que viví se construyó un vínculo con alguien, y yo siempre digo esto de cómo entendemos la familia. La familia como un lugar que cuida y protege; no la consanguinidad, los lazos sanguíneos, sino las personas. Donde se cuida y se es cuidado. Hay roles diferenciados y esto de que vos te sentís cuando sos niño, cuidado. (...) Yo he decidido que los lugares donde me siento bien, esas personas son mi familia.<sup>2</sup> A mí, cuando me preguntan, yo digo que soy argentina, me crié en Argentina... Y siempre digo que gracias a México yo existo, así que es bastante importante México, pero si a mí me preguntan, yo soy de Aluminé, neuquina y argentina. Nací en el Distrito Federal, pero yo siento que soy argentina porque es el lugar donde me crié, tengo las pautas culturales de acá. Manejo los códigos de acá, voy a México y no entiendo nada. En México, yo me siento argentina.

Me acuerdo la partida, ¡un caos! Mi mamá nunca fue muy ordenada para viajar, y volver del exilio no fue fácil. Traíamos como *quichicientos* bolsos, cajas, cajitas, cajones y después veníamos con unos bolsos gigantes, arriba, en el avión, que no sé ¡cómo no nos bajaron! Y un sombrero de charro, que mi mamá le traía de regalo ¡a un primo!! Yo no entendía mucho, porque todo el mundo lloraba. Me acuerdo que fue Marta,<sup>3</sup> fueron varios al aeropuerto, me acuerdo de Marta y de su hija más grande, Valentina, porque éramos muy amigas. Ahí sí fue como triste, una sensación así. Yo creo

<sup>2</sup> A lo largo de la entrevista, Citlali mencionó a varias personas amigas de su madre y familiares que han sido significativas en su vida. "De México: Marta De Cea, su esposo Modesto López y sus dos hijas, Susana Sanz, Ernesto Jauretche, María Luz Casal y su hijo Emiliano, Jaime Dri y Olimpia Díaz. De Argentina: Beatriz Romero —"que era así como mi tía favorita en Cipolletti— y después, mis tíos de Jujuy, (...) yo los quiero muchísimo. Mi papá, mi hermana, algunos de mis primos, cinco primos que son como mis hermanos. Y en Aluminé, que hasta el día de hoy son 'mi familia aluminense', amigos de mi mamá e hijos de ellos."

<sup>3</sup> Marta De Cea fue secuestrada en Cinco Saltos y torturada en el centro clandestino "La Escuelita" en 1976. Realiza un posgrado en Perú y a su regreso se convierte en socia de la librería Libracos, fundada por Marta Echeverría. En marzo de 1975, Libracos sufre un atentado con un explosivo; en junio de 1976 desaparece Alicia Pifarré —quien trabajara un tiempo en la librería— y en septiembre detienen a Marta. Una vez lograda su liberación, se exilia en México junto con su hermana Beba; mientras que, Marta Echeverría se instala en Brasil. Véase Libracos: en sus escaparates está la historia neuquina, del país y del mundo. 2 de junio de 2018. *Río Negro*. Recuperado de <https://www.rionegro.com.ar/libracos-en-sus-escaparates-esta-la-historia-neuquina-del-pais-y-el-mundo-df5124588/>



que con Valentina llorábamos porque veíamos que mi mamá y Marta lloraban, que los otros lloraban, como que no tenía muy claro esto de qué era irse a la Argentina. Y después tengo más el recuerdo de Ezeiza, de haber llegado a Ezeiza y de que había mucha gente. No entendía nada, todo el mundo lloraba, todo el mundo me pasaba de brazo en brazo... estaba mi papá. Fue medio como un merengue ese día. Sí me acuerdo que había mucha emoción pero que, bueno, uno como niño no logra entender por qué.

Traje mucho juguete, fue lo que más prioricé. Todo lo que era muebles, mi mamá lo vendió. Yo sabía que no se volvía a México, que ya no íbamos a vivir en esa casa, que no íbamos a vivir en México, que no iba a ir más a esa escuela. Porque fue toda una época de despedidas, de mi niñera, en mi jardín me hicieron una despedida también. Así que era como un cierre. Tengo el recuerdo así, de las corridas, de regalos, de gente que mandaba cosas, bueno, de esos bolsos de mano que traía mi mamá que eran ¡así de gigantes! No sé cómo nos dejaron subir a ese avión con ese sombrero charro, [mi mamá] no sabía dónde dejarlo, así que se lo puso. Andaba ahí, en el aeropuerto, con el sombrero. De eso sí tengo el recuerdo, y que tenía claro que era definitivo, que ya sabía que no se volvía. Y después..., unos días en Buenos Aires, unos días en Jujuy, después venir acá, a Neuquén. Tengo ahí como un nudo, que no sé... sé que fui a Jujuy, después creo que fui a San Luis a conocer a mi abuela, a la mamá de mi mamá. Fue mucha gente de golpe, que no había visto en mi vida.

En un momento es como que uno piensa que [solo] había sufrido el que había estado preso o los familiares de los desaparecidos. Después empecé a entender todo lo que significó el exilio. Mi mamá perdió todo lo que tenía acá, ¡¡todo!!, las fotos de cuando era chica, su ropa, su trabajo... Tuvo que trabajar 11 años más porque no le reconocieron los años del exilio. Mi papá también, no pudo ejercer su profesión, se tuvo que ir, así... con lo puesto, cuando desaparecieron a su prima.<sup>4</sup> Y entonces ahí te vas dando

---

<sup>4</sup> Ernesto Vilte nace en Purmamarca (Jujuy). Al iniciarse el Operativo Independencia militaba en Tucumán, por esta razón, decide regresar a Jujuy. Poco tiempo después la represión en San Salvador de Jujuy se recrudeció. En diciembre de 1976 secuestran a su prima, Marina Leticia Vilte, tía de Citlali, maestra y militante sindical que se desempeñaba como secretaria general del gremio de los docentes de la provincia. Secuestrada por la policía provincial, se cree que estuvo en el centro clandestino de detención "Guerrero". Hasta el día de hoy está desaparecida.

cuenta que no fue gratuito estar allá, esto de no poder ver a tu familia. No fue que vos estabas de vacaciones en otro país. Fue muy doloroso. Y a veces creo que es lo que no se entiende del exilio, que el exilio es verdad que no estás privado de la libertad, pero no podés entrar a tu país, no podés ver a tu familia, no podés tener tus cosas, te fuiste corriendo porque te mataban. Si te quedabas te mataban, no había mucha vuelta. Entonces ahí [empezás a] entender. Sí, me parece que el Estado debe reparar por ese daño que generó ese mismo Estado a través del terrorismo. Tiene esa obligación con los exiliados. Y como que ahí también entra en tensión. Es que nadie, solamente la persona que vivió la tortura, sabe lo que es estar en una tortura. Cuando dicen “ese delató”, “parece que aquel dio el dato”... Nadie puede juzgar a alguien que estuvo en una situación de tortura, ¡nadie!, cada sujeto es único y cada uno puede soportar el horror hasta un límite. No podemos juzgar a una persona que dio un dato en esa situación. Al igual que los presos, porque solo la persona que estuvo presa puede dar cuenta de lo que significa y solo las personas que vivieron en el exilio pueden dar cuenta de lo difícil que es.

Antes yo no podía hablar de exilio o era un tema de mi mamá y yo. Ahora, al hacerlo es parte de mi propia historia, me pareció interesante esto, que seguramente debe ser parte de la investigación, [de conocer] la perspectiva de las distintas personas que sufrieron el exilio, tanto de los que eran militantes adultos como la de los jóvenes o la de los niños. A veces estas dos generaciones que tuvieron que sufrir el terrorismo de Estado, uno como militante y otro como hijo de esos militantes, genera choques. Yo he oído a algunos amigos decir: “tu elección de militar me trajo una consecuencia a mí, que no pude elegir”. Y esto de los desencuentros... pero, bueno, es la parte de la historia que nos toca. Yo, al lado de otros, siento que hay otros chicos o jóvenes que vivieron situaciones mucho más complejas, tener que exiliarse siendo niños, abandonar su escuela, sus bichos, sus casas o estar expuesto a situaciones de mucho riesgo. También decir esto es parte de la historia de esa generación, los que éramos más chicos o que no teníamos participación activa, pero que también fuimos víctimas, por decirlo de algún modo. El otro día veía a las Madres de Plaza de Mayo, que ya están *reviejitas*; o la generación de mi mamá, que ya están todos bastante mayores, ya no son la JP, les digo, antes eran la Juventud y ahora son

los Jovatos [risas], quédense con la JP. Nosotros también tenemos ese compromiso, empezó con HIJOS en su momento, más activamente, en la lucha por la memoria. Más allá de que el Estado pudo generar un cambio, yo en esta época de Macri, dije: “¡qué frágil que es todo!”. De golpe empezaron a surgir de nuevo discursos, de esos que vos decías: “pero eso supuestamente ya lo habíamos superado”. Y te das cuenta que no, que hay algo ahí, todavía. Eso va a estar siempre ahí. Así que, bueno, un compromiso para que no se repita el horror que fue, uno tiene la obligatoriedad de seguir contando, de seguir poniéndolo en palabras. Nosotros nunca vivimos un golpe de Estado. Al menos siempre vivimos en democracia, mala, más o menos, medio-medio, pero en democracia. Entonces, yo creo que es importante transmitir esto, que tenemos la suerte de vivir en democracia más allá de todas las críticas que se les pueda hacer a los distintos gobiernos. Y hay algo que me genera mucho malestar cuando se dice “esto parece una dictadura”. Y no, “claramente, no viviste una dictadura”. Una vez, en una reunión para organizar un 24 de marzo, dijo uno: “porque a mí esto me parece que es una dictadura”. Yo le dije: “pero si fuera una dictadura no podríamos estar reunidos todos nosotros, en una biblioteca, hablando de este tema tranquilamente, porque yo acá, ¡no tengo miedo!”.

Hoy vivo en Aluminé. Salió un concurso y dije “bueno, pruebo”, gané el concurso. Entonces es esto de volver, es encontrarme con mis afectos. Es estar desde otro lugar, esto que contaba que en mi adolescencia era todo oculto, ahora no. Yo voy, vengo, organizo, hablo, ¡ya está! Los gendarmes son vecinos que te saludan, algunos son tus pacientes y les pasan cosas de cualquier persona, o hay gendarmes mujeres que sufren violencia y las atendés. Es como que en los pueblos chiquitos todo eso hay que pensarlo, es un trabajo bien artesanal. Poder sumar cada vez a más personas que puedan pensar y problematizar, es una sociedad muy machista, con un índice de violencia altísimo, por eso, que vos habilites un espacio [es muy positivo], pero si empezás a ir al choque o hacés cosas que en Neuquén pueden ser, ir enfrente de la iglesia y nos ponemos todas en teta y vos pensás “puede estar bueno”. En Aluminé lo hacés, ¡y listo!, diez mujeres no te van a saludar más en la calle. Te preguntás, ¿para qué?, ¿cuál es el objetivo? Hoy no sería el objetivo ese, sino ir sumando. Lo charlamos y tratamos de no entrar en choque con los individuos que forman parte de esas institucio-

nes. Después sí, cuestionar la institución en su calidad de fuerza de seguridad.

Se trata de poder leer esto: una cosa es el vecino o el policía, hay muchísimos chicos del pueblo que son policías, entonces, es darnos cuenta que yo también les puedo contar mi historia y no tiene nada de malo. ¡Pueden conocer mi historia!



## Hija de exiliados, entre otras cosas más

Natalia\*

*¿Me preguntas si me identifico como hija de exiliados? Me acuerdo que cuando tenía quince años me daba mucho orgullo saber eso. Mis padres casi ¡héroes! ¿no?, —tampoco me lo contaron así—. Con quince años estuve averiguando sobre H.I.J.O.S, estuve investigando el libro “Nunca más”. “Bueno —decía—, esto es algo que a mí me afecta” y tiene que ver con todas esas preguntas que me he hecho de adolescente y que tienen que ver con mi origen. Son cosas que me contaron sin poderlas visualizar. Yo vengo a ser española porque mis padres argentinos se exiliaron ¿no? Y tiene que ver con que yo me preguntaba: “¿por qué yo no tengo a mi familia?”... “¿qué pinto yo aquí en España?”*

*Mis 15 años no fueron los de mi mamá, y me di cuenta que no podía seguir enganchada con eso, porque es mi vida. Me sirvió, pero tenía que dejarlo estar. Quedarme identificada con la “hija de...” toda mi vida, como que de alguna forma me dejaba pegada en el tiempo, y de alguna forma no me dejaba ser yo misma. Yo soy hija de exiliados, entre otras cosas...<sup>1</sup>*

Los primeros tiempos fueron muy difíciles, muy desgarradores, por la cuestión de la adaptación. Para mí fue muy difícil y no porque no me lo

\* Para reservar la identidad de la entrevistada se ha decidido cambiar su nombre. Nace en Madrid en el año 1979. Sus padres se exiliaron en 1977, primero, en Brasil y, luego, en España. Con la apertura democrática decidieron no regresar. Actualmente su padre vive en Madrid; su madre, retorna a Neuquén en el año 2018.

<sup>1</sup> Texto elaborado a partir de tres entrevistas realizadas en el año 2014 por C. García Vázquez (Neuquén).

hayan puesto fácil. Yo tengo la sensación que se me han dado todas las oportunidades y a mí me han dado mucho la mano, ya te digo, he tenido mucha suerte, pero nadie te quita el ardor que implica el desarraigo ¿no?, el sentirte sapo de otro pozo, el no compartir los códigos culturales, entonces tienes que eliminar los propios e incorporar los otros, sin estar de acuerdo. Sí recuerdo cuando yo ya estaba trabajando en el oeste de Neuquén, estaba muy cansada y me quedé dormida en el colectivo y me desperté cerquita de mi parada... ¡fue iluminador para mí!: si yo ya me podía dormir en el colectivo no era tan amenazante, ni tan nuevo el lugar. Es una tontería, pero para mí fue clave.

Llegué el 1 de octubre de 2009. Estuve una semanita en Buenos Aires, esperando el DNI y luego me vine para Neuquén. El DNI argentino, en realidad, yo lo había tramitado en Madrid. Fui a hacer la doble nacionalidad. Yo quería venir y trabajar. Y ya te digo, en tres días tenía el DNI, ¡no lo podía creer! ¡Una felicidad enorme! Me dio muchísimo orgullo porque yo siempre me había sentido muy argentina. Era muy simbólico el hecho de tener el DNI. Me sentía muy bien, por ahí se concretó algo, yo no soy muy patrioter, pero siempre me había sentido bastante argentina. Pero nunca del todo argentina, ni del todo española, siempre estás ahí, en el medio. El hecho de concretar el DNI y elegir una nueva vida en Argentina y que todo comenzara con ese DNI era mucha cosa linda, se me abrían muchas puertas.

Siempre tuve en mi cabeza la idea de que tenía que conocer este país, pero conocerlo no turísticamente, porque había muchas cosas aquí que sabía que me encantaban, son reminiscencias de que mis padres traían algo que no era de España, era algo diferente. Lo que nos ofrecían, a mi hermana y a mí, era muy argentino, o sea, tampoco mis padres nos hablaban de la bandera, de la patria, ¿no? Cuando yo viajé en el 90 me quedé fascinada, en el 95 también viajamos de visita con mi hermana. Luego terminas el secundario, te echas un novio, has tomado decisiones, es muy fuerte dejar un lugar. Yo no estaba bien, estaba viviendo una vida que no quería vivir, trabajaba un montón en una fundación para inmigrantes. (...) No estaba enamorada, no me ataba nada, muy “cabecita”, en el sentido de organizadora. El movimiento ya estaba, sentí que ya había tomado la decisión, nunca me quise volver. He extrañado mucho y he estado muy triste, he

extrañado muchísimo, pero nunca decir: “¡no puedo!”

Para mí ha sido una oportunidad para crecer, la verdad, ha sido crecimiento personal, yo creo que es el balance que puedo hacer. Hasta los malos momentos me han hecho ampliarme, conocer las propias limitaciones y fortalezas, hasta qué punto uno puede [también] sostener la soledad. Yo me había enfrentado con la soledad allá, en España. Acá fue diferente. El tocar fondo hace que uno se conecte con uno mismo, así ¡¡a lo bestia!! Por eso yo te decía al principio que las fotos son como pequeños retazos de mi vida. El caso es que yo siento que esta experiencia me ha permitido crecer, estar lejos de mi familia. Al final, es uno el que hace el entorno, es uno el que construye. Yo lo he hablado con mis padres, yo he elegido estar aquí y no lo he hecho por ellos: ha sido Neuquén. Yo creo que me he demostrado a mí misma, sin necesidad de vincularme con ellos, que puedo hacer mi vida. Mi mamá feliz: “¡Hija, haz tu vida! ¡Haz tu vida!”

Acá en Neuquén me siento cómoda, pero no deja de ser el lugar que no es propio. Yo, en Madrid, [siento que] son mis calles, es mi parque, me tiro al pasto, me siento en mi espacio. De hecho cuando me vine la última vez, me pasó algo que no me había pasado: sentir nostalgia por las calles, o sea, no era algo relacionado con nadie, eran las calles. Cuando me estaba despidiendo de Madrid, miraba las calles, el colectivo, caminaba y miraba con tanto cariño los barrios en el centro y llegué a decir ¡qué lástima no poder vivir aquí! Porque he vivido ¡tanto!, ¡tanto! He tenido una adolescencia y una juventud muy linda y disfruté muchísimo de la buena época de Madrid, para mí fue muy buena. No era algo vinculado con relaciones [personales] sino a relaciones con el espacio, algo más ambiguo, más inespecífico. Lo comenté con mi madre, porque es la primera vez que yo puedo encariñarme con Madrid de esa forma, porque ya estoy aquí, en Argentina. Yo antes era como que me defendía de Madrid ¿no?, porque veía todo lo malo, todo lo feo para no tentarme a volver. Y ahora me siento “aquí”, entonces, puedo mirarle con ojos tiernos, con cierta nostalgia. Tiene que ver con los espacios, con lo que uno deposita a nivel subjetivo, tiene que ver con lo que ya no va a volver nunca, porque yo ya no voy a volver a tener 15 años, 20 años, por suerte ¿no?, y aunque yo volviera a vivir a España tampoco sería lo mismo, ¡nunca!



Me hubiera gustado que mis padres no tuvieran que exiliarse. Mis padres ¡están súper marcados por todo eso!, sin hacer un drama. Mi papá toda la vida escuchó tango y lo he visto secarse las lágrimas. Los domingos eran terroríficos. Mi mamá se fue muy piba, le jodieron la vida. Se fue con 17 años, se fue del país ¡siendo menor de edad! Expulsada con 17 años, cuando mi mamá tenía todo por delante. Era una estudiante brillante. Por suerte, eso no lo abandonó nunca y pudo estudiar. Mi mamá se está replanteando si volver o no, qué tiene acá, qué dejó, qué quiere recuperar, qué hay de lo que quiere recuperar y qué perdió, qué tiene en España. Son todas preguntas que se hace.

Hay cosas que se rompen para siempre, que son *irretornables* ¿no? Digo, lo que te planteaba, lo que no se puede recuperar, y lo que vos me planteabas ¿qué es lo que más echás de menos? Aquello que no va a volver más, aquello que uno vivió en aquellas calles, una vez que vuelves al lugar, que no vas a recuperar. Esta idea de ser hijos de exiliados... es verdad que yo soy hija de argentinos. Eso en mi historia es lo que más me ha pesado, ser hija de argentinos, [más] que ser hija de exiliados. Pero hubo situaciones, no tan alejadas en el tiempo, en las que el hecho de ser hija de exiliados ha vuelto como un fantasma. En un trabajo allá en España, en una fundación con inmigrantes, una fundación de derecha recalcitrante, era muy difícil trabajar ahí, con el equipo nos entendíamos bien, pero para la gente que trabajábamos era muy pesado. Tenía una jefa [que pertenecía] a una familia española vinculada a la época franquista. Esta mujer, cuando me hizo la entrevista, me preguntó dos veces en qué año habían llegado mis padres. Yo sé que no era ingenua esa pregunta. Ahí te vuelven algunos fantasmas, ahí yo vuelvo a ser hija de exiliados ¿no?, no se me puede ir ese dato.

Otra situación —digo, ¡cómo vienen los fantasmas!— cuando yo entro a trabajar en las escuelas acá [en Neuquén], en una de ellas me preguntan en qué año se fueron mis padres. Yo no fui capaz de decirle, después de tantos años de aquello, no me sentí con la libertad de decirles. Ahora sí, creo que conozco más la situación, conozco el lugar y lo puedo decir. Cuando aparecen todavía los temores, después de tantísimos años, es que hay cosas que no están resueltas, están en algún lugar. Con el tiempo comencé a entender las cosas, un poco *persecuta*. Es doloroso, creo que pasaron cosas horribles. El hecho de que mis padres estuvieran implicados

en toda esa situación, me parece una mierda. Que hayan tenido que vivir toda esa situación...pero, claro, uno hace un análisis desde otro lugar, desde fuera. Es muy difícil entenderlo, comprenderlo, porque es algo que yo no viví.



# Yo también soy parte de esta historia

Jordi Aguiar Burgos\*

*Me siento con una identidad que condensa todas. Me siento hispanoamericano, de la Patria Grande, más latinoamericano que europeo, aunque no dejo de ser europeo. La pregunta es si soy un latino europeizado o un europeo latinizado. Eso es algo que todavía no sé o que, por momentos; soy uno o soy otro... Me encanta la cumbia, pero escucho cosas de fusión que vienen de Europa. Escucho un productor inglés que hace una cumbia colombiana maravillosa. Entro por el productor inglés, por lo europeo y después profundizo y contacto con lo americano.*

*Cuando uno ve el desarrollo de mi vida se da cuenta que está atravesada por la historia trágica de este país. Cualquiera pude decir: “Este español, qué hace acá”. Yo, realmente, ¿qué vine a buscar acá? No me sentía un excluido, pero durante mucho tiempo sentí que era una historia de mi madre y de mi hermana, que yo empecé a sentirla mía cuando me*

\*Nace en Valencia en el año 1981. Hijo de Jorge Aguiar Beltrán y de Susana Burgos Molina. Su padre, exiliado uruguayo, y su madre, sobreviviente de la ESMA, se conocen en Madrid y, luego, se van a vivir a Valencia. Jordi se define como comunicador, pasión que comparte con la militancia, el fútbol y con su trabajo en Derechos Humanos. En el 2019, publica su libro *Neuquinidades: crónicas desde las tierras de Vaca Muerta*, es un reflejo de sus inquietudes identitarias a nivel regional y personal. Este texto se construye a partir de las entrevistas que le realizara en el año 2014 en la ciudad de Neuquén, en un momento en el que estaba a punto de concretar su programa radial *Amanece que no es poco*. Lo que aquí presentamos es un breve recorrido de reflexiones que surgieron a lo largo de las entrevistas en torno a sus múltiples identidades, descubiertas y resignificadas a partir del momento en que vino a vivir a Argentina. Ese encuentro con sus raíces activó diversos sentidos de pertenencia, entre ellas, reconocerse como parte de una misma historia exiliar como condicionante de su propia construcción identitaria y de su proyecto de vida (Cristina García Vázquez).

*vine a vivir acá y construí mi historia acá, por afuera de mi madre y de mi hermana. Esto, de alguna manera, me da la sensación de decir: yo soy parte de esta historia.*

Llego a Neuquén en abril de 2005. En septiembre de 2003 hago el viaje más importante. Se casaba mi hermana Diana; mi hermana Anita ya estaba viviendo en Buenos Aires. En ese viaje, es cuando decido venir a vivir a Latinoamérica. Estuve en Uruguay, en Brasil, Chile y Argentina. Me encuentro con los hijos de exiliados con los que yo me había criado, que viven en General Roca.

Vengo a Neuquén con dos maletas, una llena de ropa y otra llena de libros. Vine porque sentía que quería vivir en este continente y [que ese] era el momento. Me vine porque sentía mucha pertenencia y porque estaba mi viejo, y estar cerca de él sería seguramente algo importante para mí. Me vine porque está mi hermana Anita. Esos vínculos primarios que para mí son muy fuertes. Lo único que me faltó concatenar a eso fue un enamoramiento. De alguna manera, el amor es una buena palanca de movimiento, en ese sentido. Y así sucedió, me enamoré. Ella es una de esas personas con las que me crié de chiquito en España, pero que había retornado a Argentina con su familia muchos años antes. Conformamos un núcleo de pareja y de familia porque ella ya tenía una hija. Me parece que es una de esas historias dignas de ser contadas. Yo lo he pensado mucho por qué estoy acá. Sí tengo en claro que lo que nunca se me pasó [por la cabeza] fue volver a vivir allá. Por lo general, yo soy muy pragmático en las definiciones. En ese sentido sopeso y, seguramente, en ese sopeso hay una racionalidad que esconde cuestiones más internas, pero me vine a buscar mis raíces, y ese buscar mis raíces tiene que ver con mi construcción identitaria y tiene que ver con encontrar y saber quiénes son mis papás, conocer a mi familia paterna, estar cerca de él, ver a qué se dedican, cuáles son sus valores. Conocer bien la historia de mi mamá, de mi papá, por qué se había venido, sus dramas. Sin lugar a dudas, tenía que ver con buscar mis raíces. Y ¿por qué me vine lejos?, si esa es la pregunta, en definitiva, es porque necesitaba o sentía que para construirme como tipo, necesitaba no sentir esa presión, ese superyó tan fuerte que eran mi mamá, mi hermana, mi viejo: “Vos tenés que hacer esto”. Cuando uno no sabe qué quiere hacer, las voces de los otros, de algu-

na manera lo condicionan, y uno, además, se deja condicionar por ese miedo a la libertad, como dicen algunos autores. En España estaba muy trabado. Siento que vine a hacer lo que quería hacer. En esas raíces, está la militancia; en esas raíces, está la profesión —esa profesión que me he construido y de la que siento orgullo—. Me vine buscándome.

Para los exiliados no tener familia es una cosa muy fuerte, se inventan subrogados. Dentro de todos esos tíos tengo que mencionarte a Daniel y Araceli, los padres de mi amigo Javi; a Aníbal, Esteban y Antonio que son también mis tíos postizos; Aníbal, argentino de La Plata, que junto con mi abuelo en España me transmitieron la pasión por el fútbol; Esteban, uruguayo y muy amigo de mi viejo, que tenía una agencia de publicidad y me influyó en la formación y Antonio, amigo español de mi mamá que tiene que ver con la referencia identitaria del lugar en donde nació. Osvaldo, mi terapeuta, me ayudó a conocer las raíces. Quizás es una linda síntesis: tenés un montón de familia alrededor, pero acá estás solo. Digo, en esta disyuntiva siempre en juego, —estoy pensando mientras voy hablando, no es algo que tenga reflexionado—, pero sí que creo que hay una pequeña contradicción y dicotomía en esto, ahora no dejo de estar solo. Soy una persona solitaria, que necesito del colectivo, de la militancia.

El viaje de 2003 *curtí* mucho Montevideo con amigos de mi primo Sebastián. Yo me sentía muy bien, tenía una sensación de pertenencia: “yo pertenezco a este lugar”. El lugar tiene que ver con las inquietudes internas que yo tengo, y en España no puedo aproximarme a esas inquietudes: la política, estudios superiores... Buenos Aires es un monstruo; Montevideo no, la manejo, tiene aires de Valencia. La ciudad, el núcleo, lo manejo, no es una ciudad apabullante, con clima húmedo. Montevideo tiene sol y playa, y eso es Valencia. Yo a Valencia la siento como mi ciudad, y a Montevideo como muy propia. Me pasa con Neuquén. Creo que son las tres ciudades que siento como propias. En Montevideo no viví, solo unos pocos meses. No me veo volviendo a España, pero sí me veo en Montevideo.

Si me preguntás que echo de menos, pues bien, las horchatas, los churros. Yo tuve la sensación, ahora en 2010, que el solo hecho de estar en Valencia me producía una sensación de bienestar interno, en mayúsculas, con solo el hecho de estar sentado e ir a la plaza del Ayuntamiento, ya era

para mí un punto de felicidad total. Extraño en un punto veinte años de mi vida. Extraño que [Valencia] es mi ciudad. Extraño a mi madre que está ahí, por supuesto. Extraño el recuerdo de ese lugar. Es decir, yo no tengo la posibilidad de transitar ahí por el solo hecho de vivir en otro lugar. Uno congela los recuerdos de los lugares en los que fue chico, de los lugares en que aprendió a caminar, donde dio su primer beso, a hacer el amor. ¡¡¡Eso!!!, recuerdos que son propios de una etapa de la vida que se produjo en ese lugar. Extraño el clima, extraño el menú, la gastronomía, el olor a sal, a brisa, el mar. Cuando uno viaja, vuelve a ese lugar ya no viviendo en ese lugar. Eso te implica otro vínculo con el espacio. Pienso no tanto en el trato, sino en las impresiones que te aparecen. En mí, el valenciano está adentro. Después de cuatro días de horchata, de comer mariscos, a uno se le activa...vas pensando más en valenciano, es decir, hay todo un adentro con muchísimo contenido, con veinte años de historia. Esas impresiones se van activando. No pienso en el trato, pienso en el olor, pienso en la luz, pienso en los monumentos, caminar por esos lugares que uno transitó durante tanto tiempo. A mí me pasaba algo cuando vine a vivir acá: había momentos en que cerraba los ojos y tenía esa sensación de recorrer cualquier punto de la ciudad con los ojos cerrados. Podía ir a la calle como recreando los itinerarios de un punto a otro punto. En este simple ejercicio se te agolpan un montón de cosas que están ahí o a la espera de que las active algo de afuera. Me sucede cuando voy a Montevideo. Yo vuelvo a ciertos lugares porque hay lugares que me generan esta sensación de pertenencia ¡Qué sé yo!!! Me pasa en la rambla de Pocitos, en el Parque Rodó... Necesito ir porque siento que estoy volviendo a mi casa. Es esa sensación de lo propio. Lo mismo en Valencia, y si algún día me voy de acá, seguramente me pasará. Recordaré mis viajes por el bosquecito, vivía en Alta Barda. No he tenido esa sensación a la que podemos asociar con no sentirme parte del lugar, los amigos, el trabajo. Eso no me sucede. Me sucede que se me activen determinadas cosas que juegan con la memoria emotiva.

Me siento bien, como todos tengo incorporada la cuestión de la nostalgia. Hay ciertos escritores con los que uno se identifica mucho. Benedetti lo siento casi como mi abuelo, te diría; Saramago, este tipo de escritor que tiene en su personalidad cierta nostalgia ¡siempre!

Me parece que, no sé, la condición de exiliado es previa al nacimien-

to. El ser hijo de exiliados no es algo que uno puede disociar de chiquito, en un país en donde mis padres eran de otro, hablaban de una manera distinta y además había toda una historia atrás.

Para mí la idea del *desexilio* es una idea central. Sí creo que es algo que los exiliados de la segunda generación, como vos decís, tenemos. Uno se *desexilia*, pero el *desexilio* es también un exilio. Hay un juego en el que quedás atrapado. En definitiva, la pregunta es: ¿cuál es tu país? El país de uno es aquel donde nació, donde vivió, pero no se termina por tener un país propio porque hay esa dialéctica con esa cultura trunca que se mamó de chiquito, la herencia de los padres y que juega con esa mochila que traemos los exiliados de la segunda generación... Ahí aparece esta idea del desexilio, uno construye ese lugar como propio o como no, o esta idea mía que es mucho más nómada.

Yo siempre digo que la identidad se construye por la negativa y por la positiva, por todo aquello que dijimos que no nos vamos a copiar de nuestros padres, [pero] lo terminás copiando, lo incorporás y después lo cuestionás. Me imagino que también para la gente tener una familia diseminada, resquebrajada, hace que su deseo sea construir una familia del mandato tradicional. En otros casos no, esto, de no terminar de ser del todo de un solo lugar, es más fragmentario. No siento como propio un solo lugar, sino un fragmento de cada lugar, por ejemplo el Parque Rodó en Montevideo, no es Montevideo lo propio, pero sí el Parque Rodó, creo que es esa la cuestión. Yo, en Neuquén, no me siento un extranjero, lo siento a este como mi lugar, pero no la totalidad, algunos espacios, algunos fragmentos. Por eso es más fragmentario y tiene que ver con la condición posmoderna, dirían ciertos filósofos. No me siento ajeno a..., pero siento como propio un fragmento, un recorte de este lugar junto a otros recortes de otros lugares, y con ese conjunto de recortes armo mi *puzzle* ¿no? Son piezas de *puzzles* distintos, para buscar otras metáforas.





## Los cinco históricos

Laura, Marta y Paula Genga Bottinelli\*

*Hay algo que tiene que ver con el compromiso, con el involucrarse, con el no abandonar y con el no poder no mirar al lado. Si vos no mirás al lado, es lo mismo que no estuvieras, es una frase del viejo. Lo que sea que hagás, si no mirás al costado, no tiene sentido.*

*Pero eso nace de una casa abierta en el medio de Madrid, con otro tipo de sociedad, por donde pasaban personas todos los días. Algunas venían por 10 minutos, ¡no importa!, siempre había un plato más de comida. Traían, llevaban noticias, cosas que nos pasaban, éramos chiquititas, pero lo mamamos así. Entonces, el exilio, ¿cómo nos pegó? Y... somos esto por todo.*

**Laura:** El “volvimos” para mí no era volvimos, era “vamos” porque nunca había vivido en Argentina. Estuvo siempre eso de: “vivimos acá en España, pero en algún momento nos vamos a ir”. Yo ya tenía 14, para mí

\*Hijas de Luis Genga y Silvia Bottinelli. La pareja se exilió en 1977. Ambos militaban en el sindicato docente de Río Negro —Luis fue el primer Secretario General de UNTER—. En 1976 fueron secuestrados cuando se encontraban en una reunión con Cristina Bottinelli y José Américo Villafañe (véase el relato completo de Luis Genga y de Silvia Bottinelli en Bercovich G. et al. (2019). *Terrorismo de Estado: memorias de la Norpatagonia. Registro y trayectorias de quienes estuvieron detenidos desaparecidos durante 1974- 1983*. Neuquén: Ministerio de Ciudadanía, pp. 228-255). Las tres hermanas nacieron en España: Laura en 1978, Marta en 1985 y Paula en 1986. En 1992 retornó toda la familia y se instaló en una casa del barrio de Parque Chacabuco, en la Ciudad de Buenos Aires. Hoy, Silvia y Luis viven en Gral. Roca-Río Negro.

La entrevista fue realizada por M. Schierloh el 29 de julio de 2019, en Gral. Roca-Río Negro.

no era volver. Y así fue, levantaron un departamento chiquitito en el centro de Madrid, [fue cosa de] levantarlo todo y venirnos. El 14 de noviembre era el cumpleaños de Paula, nos estábamos tomando el avión por primera vez todos juntos —porque siempre o viajaba mi papá o viajábamos nosotras con mi mamá—. Creo que fue la única vez que viajamos los cinco. Nosotros nos autodenominamos “los cinco históricos” porque, luego, ya vinieron las nietas. Así que, los *cinco originales* tomamos el avión por primera vez juntos y llegamos a Argentina a una casa que mis padres habían comprado en Capital Federal y que cuidaban mis abuelos. Nosotros llegamos en noviembre, primavera.

**Paula:** Yo empecé a cumplir los años en otoño y terminé de cumplirlos en primavera, porque viajamos el día de mi cumpleaños, cumplía 6 años.

**Marta:** Yo me acuerdo esa parte, cuando hacíamos el *check in*, y que todo el mundo: “¡es tu cumpleaños!”, todo un jolgorio. Me acuerdo de las caras nuestras, como un poco desfiguradas, no entendíamos nada.

**Laura:** Este departamento, que yo te digo, se lo quedaba una tía, hermana de mamá. Todo lo que se levantó se fue en el *container*; lo que no, en la valija y, lo que no entra, se queda. Y ¡ya está! En ese departamento pequeño, en el que nacimos las tres y donde se desarrolló la vida durante 14 años de exilio, si querés ponerlo así, lo que se quedaba, se quedaba: papeles, máquinas, cosas y ¡qué sé yo!

**Marta:** Yo solo recuerdo toda esa secuencia de la vuelta: tomamos un avión, verano, y nos fuimos. También es cierto que vivíamos un poco así, con la Feria del Libro: era todo el tiempo ir dando vueltas por todos lados, 15 días en cada pueblo durante el verano.

**Laura:** Vivíamos en Madrid toda la época escolar, pero en los meses de verano eran, tal cual, 15 días en cada lugar, coincidiendo con las fiestas locales, porque era cuando se hacía la Feria del Libro. Íbamos con la camioneta y alquilábamos un departamento porque éramos muchos. Se compartía entre todos los de la feria. Había argentinos, todo tipo de latinoamericanos, españoles también. Se compartía un departamento al que íbamos todos los feriantes, estábamos unos 3 meses itinerantes de pueblo en pueblo, y la pasábamos ¡bomba!

**Paula:** ¡Estaba buenísimo!

**Laura:** ¡¡Sí!! Era vida de feria. Al lado de la Feria del Libro, estaba la de los jueguitos y, como se conocían entre todos, se trocaban. Decías: “Te doy un libro y me das tres pases para los caballitos”. Y Paula se iba a darle de comer a los ponis. Nosotros hacíamos eso todos los veranos. Y ese verano terminó, ni la escuela empezamos: en septiembre no fuimos a la escuela, en octubre tampoco y en noviembre aparecimos en Argentina. Una noche nos acostamos en el departamento de Sainz de Baranda en pleno Madrid, nos tomamos un avión y nos despertamos en Zelarrayán 1090, que fue nuestra casa durante otros casi 15 años, o más o menos. Esta casa era un *lugar de aterrizaje*, decían nuestros padres, y que de ahí tenían que ver adónde irían.

**Paula:** Quince años de aterrizaje, o un poco más.

**Marta:** ¡Veintidós!

**Paula:** Las casas en donde vivimos siempre estuvieron abiertas.

**Laura:** Yo tengo una imagen: un departamento chiquitito en Madrid y sentados en una mesa muchas personas, ¡pero muchas! de todas las nacionalidades que se te ocurra, con un mapamundi de papel pegado en la pared y discutiendo acerca de política argentina, latinoamericana. Venían a casa peruanos, bolivianos, todo, todo lo que se te ocurra del mundo latinoamericano. Argentino que pasaba por Madrid, tocaba el timbre y decía: “bueno, yo...”. Mi tía, que está en España, relata siempre que mi mamá nunca cosió cortinas para el departamento de Madrid porque estaba siempre por irse, entonces, para qué le iba a poner cortinas. Te digo, cosas así, que yo las tengo ahí guardadas. Escucharlos discutir si compraban una máquina para hacer unos *fotolitos* para reproducir unos libros, si compraban o no una megamáquina, pero... ¡si ya estaban por irse! La máquina estuvo ahí más de siete años, diez años, creo. Y se hacían *fotolitos*, pero con esas cosas de comprar, era pensar el gasto y para qué vamos a hacer el gasto si nos estamos por ir.

**Marta:** Ese tipo de cosas hacían a la construcción del “estoy de paso”. La gente que va, que viene, todo el tiempo eran entradas y salidas y acá se trasladó eso. Siempre fueron casas abiertas y nuestros padres ¡siempre fueron *adoptantes*! [risas].

**Paula:** Tenemos un hermano, Dani, que es de la familia y sus hijos son nietos de mis viejos. No es hermano. Era un chico que jugaba, a los 14 años, al vóley con Laura. Una vuelta vino a casa y el viejo dijo que iba a hacer unas pizzas para los amigos de Laura, pero estaba pintando. Daniel tenía hambre y le dice: “Luis, ¿cuándo termina de pintar?... porque tengo hambre”. Se puso a pintar con él una vitrina, a charlar y, en fin, no se fue más.

**Laura:** Con respecto al exilio, la verdad es que, para ese entonces en Madrid, no sabíamos toda la historia completa. Yo me entero de la historia completa, ¡completa!... [hace una pausa]

**Paula:** ¡A ver eso!! Hay cosas que ni nosotras sabemos de nosotras. ¿Vos cuándo te enteraste?

**Laura:** Yo me entero de la historia completa ese verano, antes de venimos.

**Marta:** Perdón, yo me entero completa, y con detalles, a los 14.

**Paula:** Yo a los 13. A la misma edad, pero unos años más tarde. Para nosotras estaba todo mal con los militares, pero no había un relato de por qué ellos se habían ido a España. Para nosotras, España era el lugar donde habíamos nacido y volvíamos a Argentina porque era el país de los viejos. No mucho más. Yo me llamo Argentina Paula, y cuando preguntaba por qué me pusieron Argentina, la respuesta de mis padres era: “porque vamos a volver a Argentina”, pero nada más. Una noche, un verano, cuando yo tenía 12, 13, primer año, y vos Marta debías estar en 2º, arranca un relato en el patio de Zelarrayán de los cinco originales: pasó esto, pasó lo otro.

**Laura:** Y hay una parte ahí en la que no está tan claro poder decir “somos”. No decíamos “somos de España” sino “venimos de España”. Claro que en el año 92 ya podías venir de España por otra cosa, ¿me explico? “Venimos de España” sí, pero “nuestros viejos son exiliados”, ¡ni ahí!!!

**Paula:** ¡Noooo! ¡ni ahí! Si hasta los 12 no lo sabíamos.

**Marta:** Hasta los 12, los 14. Yo recién a los 14.

**Laura:** 5º año en la secundaria, del Normal N° 8, ponen una lista con los mejores promedios. Yo era segundo mejor promedio y no estoy en la

lista para elegir el abanderado. Digo: “Che, pero yo soy el segundo mejor promedio”. Respuesta: “Laura, pero es que vos sos extranjera”. Imaginate que los viejos fueron, buscaron todos los reglamentos y, en fin, termino siendo escolta, eso fue en el año 96. Ahora yo te hablo del año 2013 donde presento los papeles en Neuquén para dar clases en secundaria, soy kinesióloga, el título me habilita a dar Biología de 3°. Presento todos los papeles, me dan un curso y empecé a dar clases. No cobro, no cobro, ¿qué pasa? Me devuelven un papel, diciéndome que yo no podía dar clases porque era extranjera. De hecho, hablo por mí, es como que otra vez te ponen la marca y te obligan a decir: “Che, mirá, que soy hija de gente que en el año 76 se tuvo que ir, porque no le quedó otra. Soy hija de exiliados, viví tantos años.” Cuando en lo cotidiano te preguntan, nadie te dice nada, pero después sucede que en los papeles... y te da mucha bronca.

**Paula:** Igual, cambió mucho el discurso. No sé, tomarte un auto y que el taxista te dijera que “tienen que volver las botas” y, uno pensaba, “estoy a ocho cuadras, bueno, ¡me lo fumo!” [risas]. Pero eso cambió no hace mucho. No sé, para mí, un parámetro interesante es que mientras yo hice la secundaria, el 24 de marzo no era un día en que no hubiera clases. No existía, es muy reciente también para el mismo país, me parece, hacer esta diferencia entre todo lo que pasó. Y mucha gente —lo digo por personas conocidas, de 50 o 60 años— diciendo: “Yo no sabía que a dos cuadras de mi casa pasaba todo esto”. Y gente que uno sabe que no se lo bancaría. Ese discurso, me parece que hace muy poco que se dio vuelta. Y hoy un taxista no dice eso. No estoy diciendo que ya está, porque sigue estando ¿eh?, pero son tipos que hoy se miden. Y, hoy por hoy, cuando alguien expresa eso, decimos: “¡pará! ¡¿Qué estás diciendo?! ”

**Laura:** Pero, bueno, yo tampoco lo tenía tan claro como para poder explicar mucho. Claro, fue en ese verano cuando me enteré de las cosas.

**Paula:** ¿Lloraste? ¿Te pusiste a llorar? ¿Qué te dio? Porque yo, me fui a llorar ese día porque le habían pegado a mi viejo.

**Laura:** Lo que sentí fue el alivio de poder saber toda la historia. Porque, además, hay otra cosa: todas las discusiones intelectuales las vivía cotidianamente en esa casa y siempre había cosas como veladas. Éramos niños, no se hablaba, había cosas que estaban ahí. No recuerdo si fue llanto,

pero sí alivio de saber la historia completa, lo que realmente pasó. Después me enojé mucho porque me sacaron de Madrid y me trajeron a la Argentina, esa es la realidad. No sé si llegaba a comprender todo como realmente era. Pero sí, mi enojo era con ellos: “¡Me estás sacando de acá!” [de Madrid]

**Marta:** Claro, porque encima no había un por qué, ni un para qué: era eso de ¿por qué nos íbamos, por qué en ese momento y por qué había que hacerlo sí o sí? Yo me acuerdo de esas secuencias en el departamento. Desde ya que no éramos tampoco de discutirle mucho nada a los viejos. Pero sí me acuerdo de Laura gritando “¡¡yo no quiero!!”, y llorando. Creo que jugaba un poco de culpa, por decir: “no me quiero ir y estoy boicoteando todo y ¡no quiero, no quiero y no quiero!” y, la otra parte, “hay que hacerlo porque es algo importante y porque tenemos que...”, pero faltaba una parte, había un hueco ahí, un vacío. Para mí, era maravilloso porque llegamos acá y era otra aventura más. Acá todo era muy diferente. Era poder ir a la vuelta y jugar con el vecino o andar en bicicleta toda la tarde por la cuadra. Esa era la libertad que teníamos en Parque Chacabuco. Una de las primeras imágenes que tengo, porque nosotros llegamos en noviembre, era la de chicos saliendo de las escuelas con delantal: “Mirá, mamá, ¡tienen delantal!” Era como todo nuevo, todo para mí era maravilloso. Después, obvio, me dieron una cachetada, en sentido figurativo: “¿delantales? Pará, te explico por qué es el delantal” [risas]. Y te encontrabas con alguien: “Hola, ¿cómo estás?, ¿podemos invitar a las nenas”.

**Laura:** En España era impensable. En cuanto a la familia, nosotros no conocíamos lo que era tener ni primos, ni tíos, ni abuelos. Esas cosas nacieron en Argentina. Era muy diferente la vida en España: a las 9 de la mañana vas al colegio, a las 5 de la tarde salís, capaz que tenés alguna actividad extraescolar, y ya, se terminó.

**Marta:** Mamá siempre lo cuenta: “Mira, madre, ¡vacas! ¡vacas!” Y después de tres horas: “Ma, ¿cuándo llegamos?”. Hay campo y campo, campo sin nada y campo con cosas, pero vos en España ves un campito con cuatro vacas, metidas ahí, cercado completamente y al lado está el otro y al lado empezó la ciudad. Cuando salíamos de feria podías ir caminando de

un pueblito a otro. Acá: “che, ¿caminamos de San Bernardo a Mar de Ajó?” Y eran kilómetros de playa ¿y... cuándo aparece Mar de Ajó?! [risas].

**Paula:** Si te enterás a las 12 años de todo lo que pasó, es como que no sabés si querés ser muy preguntón. Es algo en lo que vos tampoco te ponés mucho a indagar. Es esta cosa de alivio de que te van a decir la verdad. Pero no sé si es una conversación que sacás en lo cotidiano. Que no quiere decir que no se hablara de política, pero sí quiere decir que lo que a ellos les había pasado fue lo que contaron esa noche. Yo no sé, yo no volví hasta después de los juicios y de este bullir de sus figuras acá, en Gral. Roca.

**Marta:** También coincide con un cambio de época, ¿no? Los juicios fueron un cambio importante.

**Paula:** No sé si por un cambio de época, pero sí un cambio de valoración de la historia. Y quizá todavía no tenemos clara cuál es la historia, no nosotras, sino el conjunto de la sociedad. Sí es cierto que ahí hubo una vuelta grande, de no poder decir la cuestión, o de decirla con ciertos recaudos. La conversación de los 12 años en esa mesa me generó mucha indignación. Fue como la mayor injusticia que podía haberme pasado que a mi viejo le hubieran pegado, que a mi vieja la hubieran tenido de determinada manera. “¿Ustedes pasaron por todo esto?” —les preguntaba—, y llanto.

**Laura:** Como yo estaba medio enojada, y dije que me habían traído de “prepo”, en algún momento mi registro fue: “nosotros siempre nos estamos por ir, bueno, yo también me estoy siempre por ir y cuando termine de estudiar, me voy a ir”. Así fue, volví a los 18 años, un mes. En mi imaginario era como que me iba a reencontrar con todos mis amigos de primaria. Me encontré con tres o cuatro, estábamos en caminos completamente diferentes, yo ya no encajaba ahí, ya no tenía nada que ver. Luego, volví cuando estaba en cuarto año de la carrera, todos temían que no regresara a Argentina. Me iba por un mes y me quedé cuatro, pero volví el día en que tenía que empezar las clases. Después me fui con el que es ahora mi marido, el padre de las *peques*, y ahí viví cinco años más en España. Primero estuve un año en Estados Unidos y, después, volví a Argentina, me casé y nos fuimos a España. Cuando volví, me traje el



mismo *container* que se habían traído mis viejos en el 92. Cuando yo lo estaba cargando para venirme, pensé: “otra vez tengo 14 años, estoy volviendo a cargar un *container* para volverme... ¿o irme?”, ya era como un despelote. Ahí sí sentí que estaba volviendo.

**Marta:** Antes *me estaban llevando*, ahora *estoy volviendo*.

**Laura:** Mi tía, la hermana de mi mamá, todavía sigue viviendo allá. Yo fui a parar a su casa en un primer momento; luego, ya cada uno hizo su casa. Para mí, mi sensación era que no estaba cerrada España y que tenía que volver para cerrar esa historia. De hecho, los primeros seis meses yo me iba a caminar por Madrid y lloraba. Iba a la mañana, caminaba por la que había sido mi casa, el barrio en Madrid, y volvía al pueblito en donde vivíamos y lloraba, lloraba. Después empecé a trabajar y... ¡ya está! Y cuando decidimos volver, para mí fue difícil. Mi marido lo tenía clarísimo. Yo me preguntaba si no me estaba equivocando otra vez. Porque no era un fracaso, para nada, porque estoy decidiendo volver. Estoy tomando la decisión adulta con treinta y pico de años de volver. Bueno, esa impronta de *otra vez*. Sabíamos que a Buenos Aires no queríamos ir, y nos fuimos a San Martín. Para mí tiene que ver con esa impronta. Te lo cuento en una anécdota: una vez mi viejo, conmigo siendo chiquita, viaja a Argentina, no recuerdo el año, creo que cuando recién había empezado la democracia o un poquito antes. Vivíamos en España, yo tenía 5 años. Cuando está entrando al *check in* de Barajas, lo apartan para revisar el equipaje. Y veo a mi vieja que empieza a ponerse mal. Bueno, nada, a esperar que saliera de ese cuarto. Yo tengo la imagen de mi viejo caminando de espaldas con su maletín —un maletín que anda dando vueltas por ahí— y de repente lo apartan y se lo llevan a un cuartito. Era esa inquietud de no saber qué estaba pasando. El viejo sale, saluda y se toma el avión. No había celular, así que había que esperar a que viajara, llegara a algún lugar y llamara para saber que había llegado bien. Y, por supuesto, llamada por operadora, persona a persona, por teléfono fijo y el temor de quién lo estaba escuchando, ¿se entiende? Ellos tenían como una frase en clave que era —mis viejos se van a acordar cuál es—, como si te dijera: “como dijo Margarita”. Y yo, a las doce de la noche en Madrid escuchando en clave. Él había dicho que iba a llevar unos libros de muestra a no sé dónde y no había habido ningún problema. Pero la clave era esa frase para decir que estaba todo bien. Yo de

todo eso me entero años después. Mi viejo me escribió una carta —que está guardada en alguna valija— diciendo que estaba todo bien, que yo no me preocupara, que todo había ido perfecto, que me iba a regalar unas fresas con no sé qué. Historias de esas, a esa época la recuerdo compleja. Y eso queda en algún lugar: como esto de desaparecer o aparecer de a poquito o no abrir mucho la boca, o si vas a abrir la boca, fijate dónde lo vas a decir y qué vas a decir.

**Marta:** Nosotras tardamos un montón en procesar un montón de cosas, yo por lo menos.

**Paula:** Es que eso tampoco lo hace uno solo, lo procesás en base a cómo lo elabora la sociedad, a cómo lo procesa quién tenés al lado. Yo me acuerdo que lo hablé al otro día con dos amigas de la secundaria, pero era un tema de mi familia y ahí se acababa. Repreguntar, no. Yo me fui indignadísima por quién mierda le hizo eso a mis viejos, pero esa conversación no se retomó. Yo lo pienso desde hoy y creo que lo hubiera estado acosando. Todo bien, nosotras vinimos, nosotras no fuimos exiliadas, en principio. Nosotras nacimos allá y volvimos con nuestros padres exiliados, pero en las sutilezas de todos los días se traducía. Por ejemplo, con el tema del nombre: yo me llamo Argentina y a ella le decían “Chile” o “Bolivia”.

**Marta:** “Paraguay”, me decían.

**Paula:** Chistes de niños pavos, pero en lo cotidiano, decir, por ejemplo, “no sé qué me hizo daño”, y que te preguntaran: “¿daño? ¡Qué raro que hablas!”. Hay cosas en las que todos los días se traduce que no sos un pibe igual a todos los de acá. Quizá lo que digo es demasiado explícito, pero hay cosas más de lo esencial, de lo inmediato, que te diferencian, desde cómo mandas a tu pibe a escuela, con qué cabeza e ideas va a la escuela, con qué respuestas salís vos o salen tus hijos frente a determinada cosa. Hay algo que no termina de cerrar, no sé explicarlo. No sé si es una cosa concreta.

**Marta:** La palabra del viejo es “involucrarse”, “hay que involucrarse”. Yo la última vez fui a una entrevista para un puesto que me interesaba mucho, muchísimo. Me preguntaron sobre mi formación

académica. Les digo: “en realidad mi formación empezó en mi casa. Mi formación es que mis padres... y arranqué ¡de ahí!!

**Laura:** Obviamente no le dieron el puesto [risas].

**Marta:** Y no sé, ves los trabajos de Paula de la facultad u otros, y, ¡local!, ¡escribís igual que yo!!! Esto es mío, pero con tus temas. Va más allá de ser de la misma familia o de habernos formado casi en los mismos lugares. Y, sí, siento la diferencia con quienes charlás. Hay un pedacito que hace algo diferente cuando hablás con cualquiera y te cuenta cómo fue su niñez. Y yo era chica, así que para mí, ir y volver no fue sino ¡nos mudamos! Sí, hay algo distinto. Está bien que no hay dos familias iguales, pero nosotros, típica familia papá y mamá: peleas, cosas normales, tres hijos, pero hay algo. Tampoco tuve experiencia de sentarme a charlar con otros exiliados, no me pasó, no conozco.

**Laura:** Yo alguna vez sí he escrito alguna cosa de que soy hija del exilio. Yo nací en el exilio y fue como esa impronta. Alguna vez, escribiendo alguna cosa lo compartía con Gonzalo, el hijo de Cristina, la hermana de mi mamá que falleció en México. Nosotros somos los dos del año 78, él también nació en el exilio de Cristina. Íbamos mucho a México porque no se podía venir a Argentina. Tenemos un montón de fotos y de anécdotas en México, con mi mamá, con su hermana, con Gonzalo y conmigo. Con él teníamos como otro código, otra cosa, la de recordar o hablar cosas, que una no sabe exactamente dónde están. A Cristina, por ejemplo, la golpearon mucho en el secuestro, tuvo mucha picana, mucha historia. Y quedó con muchas secuelas y necesitaba una vacuna especial que solo se hacía en Madrid, en México no se conseguía. Yo recién llegaba a Madrid con mi marido, y alguien tenía que viajar desde Madrid a llevarle las vacunas: fui yo. Entonces, compartir o tener vivencias o recuerdos, no te puedo decir algo específico. Pero sí afirmar que nosotros fuimos los primeros, ¡fuimos los hijos del exilio!



Se terminó de imprimir en agosto de 2022  
en PubliFadecs  
Departamento de Publicaciones  
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales  
Universidad Nacional del Comahue  
General Roca, Río Negro, Argentina.

[publifadecs@hotmail.com](mailto:publifadecs@hotmail.com)